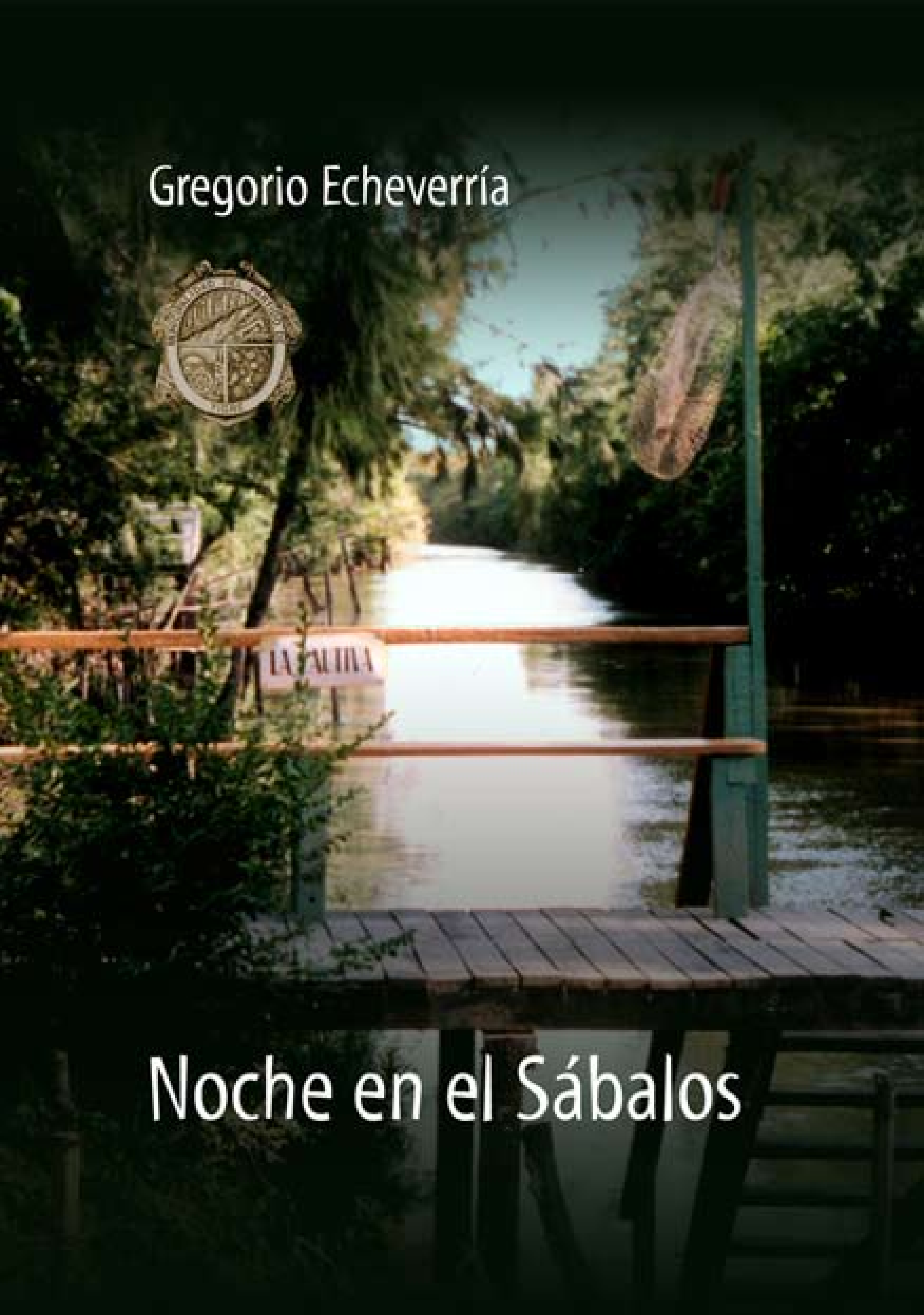

Gregorio Echeverría
Noche en el Sábalos


EX LIBRIS
GRIMALDO EZCURRA

Noche en el Sábalos

Gregorio Echeverría

Noche en el Sábalos



Edición subsidiada por el Fondo Municipal de las Artes

Echeverría, Gregorio

Noche en el Sábalos. - 1a ed. - Ricardo Rojas-Tigre : el autor, 2014.

320 p. : il. ; 22x15 cm.

ISBN 978-987-33-4275-2

1. Narrativa Argentina. I. Título.

CDD A863

Fecha de catalogación: 18/12/2013

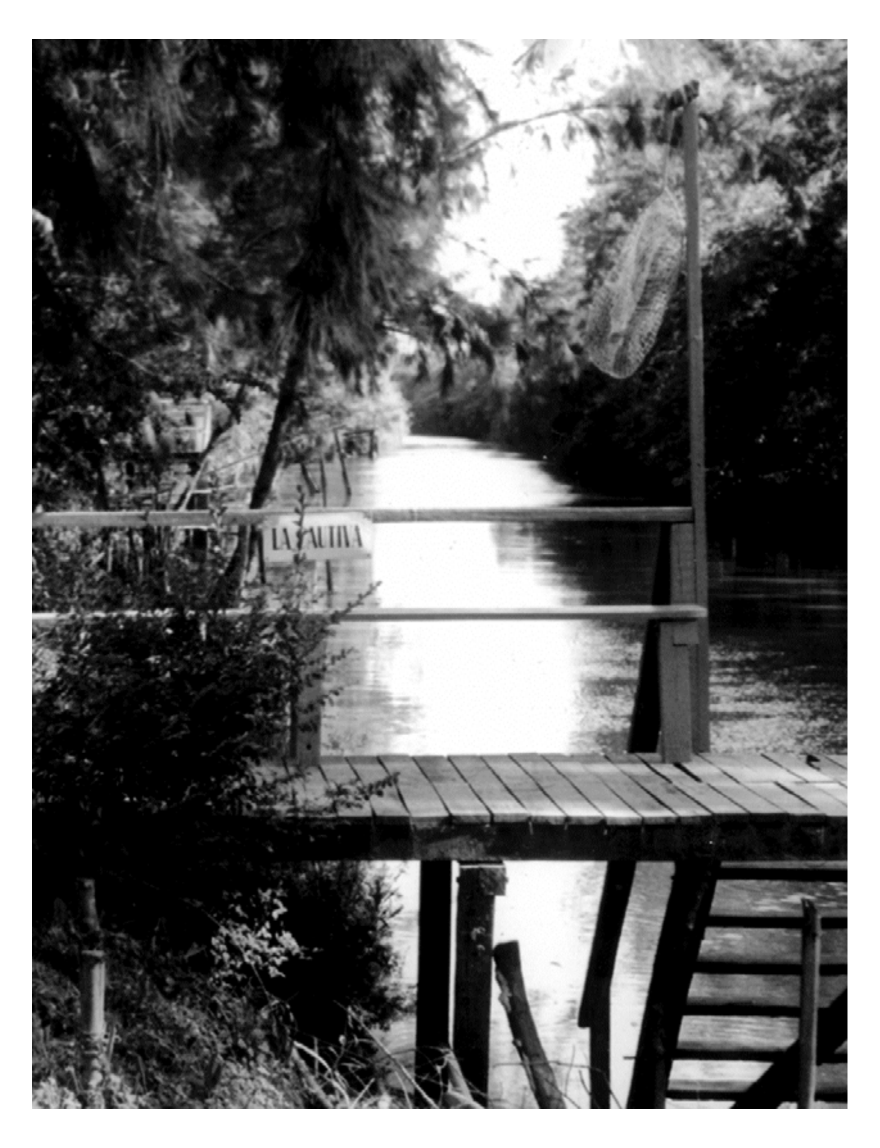
ISBN: 978-987-33-4088-8

Diseño gráfico
Dissegnogrosso

Foto de tapa
© GE / Muelle de La Cautiva, arroyo Sábalos 1986.

Realizado el depósito que marca la ley 11.723
Libro de edición argentina / Impreso en Argentina

Al fantasma de Rosita
que me espera sin impaciencia
al caer cada noche
en el muelle de La Cautiva



Muelle de La Cautiva, sobre el arroyo Sábalos (Delta 1ª Sección de Islas), 1986.

Prólogo

¿Le ha sucedido alguna vez, lector, encontrar en un libro las exactas palabras que lo descifran? ¿Ha dicho usted al leer un párrafo "-Esto es lo que yo hubiera querido expresar"? Pues bien, sepa desde ya que no será éste el libro que le produzca esta sensación.

Gregorio Echeverría no es un autor concesivo, no subestima a sus lectores explicándose ni poniendo en buen castellano lo que ellos piensan. Usted va a encontrar algo infinitamente más valioso en este autor.

Lo conocí en el Taller Literario Municipal de la Biblioteca Popular Ricardo Rojas que con enorme satisfacción coordino hace cinco años. Callado, casi tímido, pensé con ingenuidad. Toma la consigna de la semana laborioso, infalible, dócil y la transforma en carne, sensual o sangrienta, aromada, desopilante o cáustica pero ya suya definitivamente.

Tuve que aprender a leerlo, entender sus claves y sus símbolos, desentrañar el ritmo imprevisible, el adjetivo sacro y el pagano, el adverbio inesperado, el lenguaje más guarro y el más culto. Aún así seguía sin entender por qué ese autor sólido, formado, con una extensa obra premiada una y otra vez en Argentina y en el extranjero, acudía cada miércoles a las dos en punto de la tarde con su texto a un taller que poco podía añadir a su arraigada literatura.

Escucha atentamente la lectura de los textos de sus compañeros. Opina punzante pero con enorme respeto. Pide más entrega, aborrece lo superficial y lo superfluo, apuesta siempre al trabajo en

profundidad. Anima, azuza a sus compañeros porque los quiere y sabe que pueden dar más. Y el taller crece bajo la sombra de su follaje de árbol Maestro y paternal. Pato ha dejado atrás el estilo rosa adolescente con el que llegó, surgen ya los nudos de su entraña. Jesica nos sorprende con su escritura incisiva y penetrante. Cristina se ha abierto en palabras que ya no se esfuerza en explicar y fluye en una prosa que levanta vuelo. Rodrigo está y no está pero ya aprendió a decirse más allá del Rock y mucho más él mismo. Y entonces comprendo. Es por eso que Gregorio sigue viniendo al taller. Es por amor.

Vasco por sangre y a contrapelo por costumbre, Gregorio se brinda con generosidad cabal, con una honestidad que duele y desangra en sus textos hasta el último adarme de su más oscuro núcleo y su más nítida pureza.

En *Noche en el Sábalos* nos convida a entrar con él en su propio laberinto, en el Delta íntimo, feraz, dibujado con canales que desafían a la más precisa de las brújulas para llegar a su palpitante corazón de isla. Para acompañarlo deberá usted, querido lector, abandonar en la orilla todos sus prejuicios, dejar que se vuelvan instinto cada uno de sus sentidos e iniciar la aventura maravillosa de conocer a un hombre.

No será simple. Presiento su molestia al verse obligado a hacer un alto en la lectura para recurrir al diccionario en más de una ocasión, al darse cuenta de que muchas personas referidas pertenecen al ámbito íntimo del autor y sólo las conoceremos por su mención en el texto pero fíjese amigo lector, está usted siendo depositario de una entrega absoluta, sienta los perfumes, escuche, está en el Delta, lo puede sentir en la humedad persistente de la tarde, en los sonidos que van poblando la umbría correntada del arroyo y de la isla.

Gregorio Echeverría está a su lado en el muelle. Quizás lo convide con un buen vino tinto aromado de maderas mientras disponen las tanzas sin apuro y poco a poco empezará a llevarlo a cada

isla de su vida. Bajando la mirada le hablará de sus hijos, después de aquel recodo le mostrará la luz pertinaz del recuerdo de un viejo amor que insiste en no morir entre las sombras. Más allá los vecinos y convocado por el vino regresa Haroldo del destino inexorable de sus últimos minutos y habla.

Definitivamente también esta obra es un acto de amor. Por ese lugar que Echeverría ha elegido, del que conoce cada detalle de la flora y de la fauna y que lo ha adoptado como a un hijo, donde ha construido con sus manos y al arrullo del canto de las chicharras su refugio seguro de isleño solitario.

Me parece justo mencionar como de lectura imprescindible, el prólogo de Silvia Braun a los tres volúmenes de *Zapping*[1] y el de Ricardo San Esteban a los otros cuatro volúmenes de *Premios con historia*[2]. Por fin, recomendaría repasar las críticas de Osvaldo Aguirre, Sonia Scarabelli, Edgardo Pérez Castillo y Diego Colombo en los Apéndices de esta obra.

Ahora, lector lo dejo con Gregorio Echeverría, aquí en el muelle. Suba a su barcaza, él toma los remos y déjese llevar pero sepa que al regresar de este viaje usted seguirá volviendo siempre en busca de su amigo a La Cautiva.

Marina Raña, enero de 2014.

---

1 G.Echeverría; *Obra completa* / 50 años en Literatura (1961-2011). CD edición limitada.

2 Ibid.

From: Kindsvater, Ricardo
Date: Mon, 13 Jan 2014 10:20:53 +0000
To: Gregorio Echeverria <dissegnogrosso@2000x.com.ar>
Subject: RE: Noche en el Sábalos

Buen día Gregorio.

El título toca una cuerda de mi guitarra de recuerdos y se expande en esa cajita donde los guardé con mucho cariño. Claro, con excepción de esos malditos cangrejos que se comían nuestras carnadas!! Esas noches estrelladas, el Villa que bombeaba agua imponiendo su sonido, las partidas de generala, la Legui que le gustaba a la Doña, las inundaciones del terreno, los paseos con mis botas Topper amarillas y machete en mano,
los murciélagos y sus caminatas por el techo antes de echar vuelo en la noche, ese silencio cálidamente interrumpido por los sonidos de los habitantes naturales del lugar, esos sábalos que esquivaban hábilmente el anzuelo robándose tu salame. jajajajajajaa.
Qué linda época!! No me habías comentado al respecto.
Sin duda voy a disfrutarlo.

Te mando un fuerte abrazo, Ricardo.

Preludio

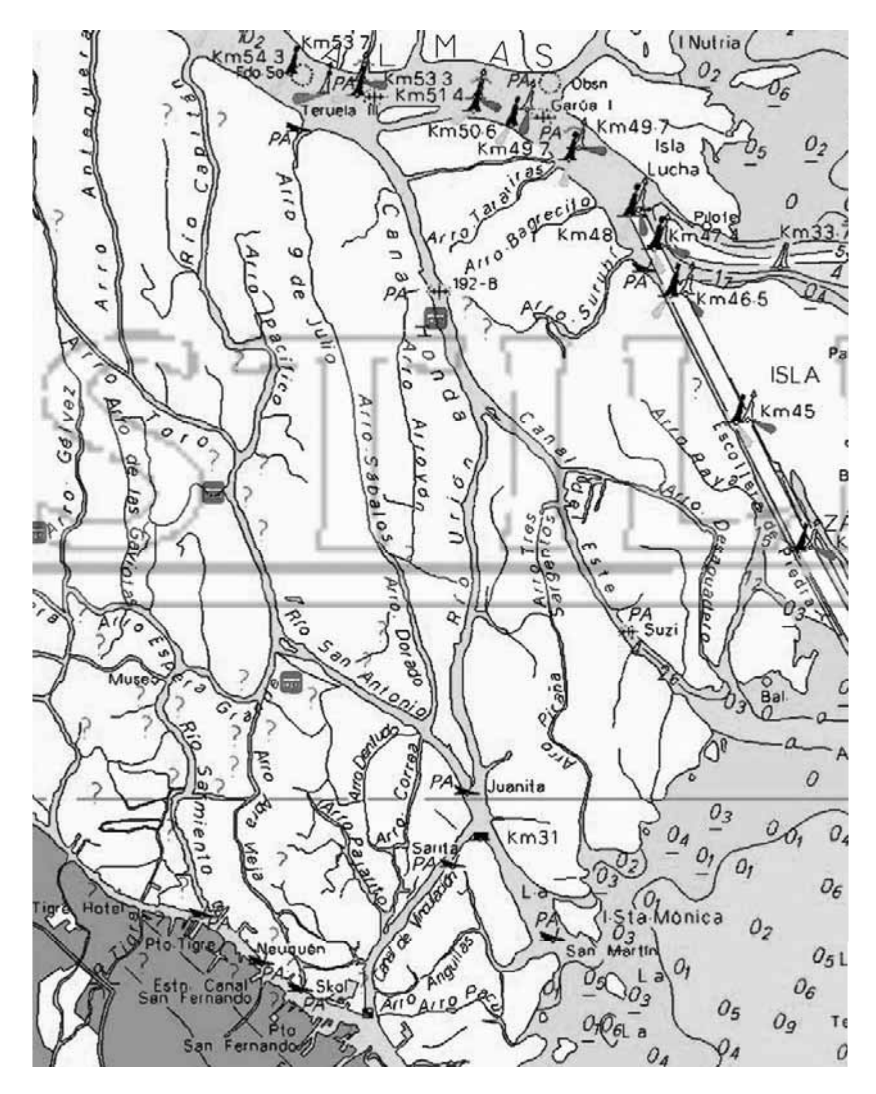
"El mapa no es el territorio."
Joseph Korzybski; *Semántica general.*

El debate acerca de literatura territorial ha de ser añejo, acaso no en el mejor sentido. Y al socorrido "pinta tu aldea" bien le cabe lo del orden de los factores. La amada universalidad de los enciclopedistas —universal a medias— cayó bajo la supergilette de monsieur Guillotain y terminaría derrapando merced a sucesivas revoluciones. Unas culturales y otras no tanto. Me parece innecesario colocarle límites a la literatura. El Universo no los reconoce. Y además se burla de continuo de sus agrimensores, expandiéndose a la velocidad de la luz, mientras sesudos académicos (o casi) malbaratan su vida en poquedades normativistas.

Nací en mi amada provincia de Santa Fe, aunque nuestros cerebros empolvados me rechazan por vivir fuera de sus fronteras. Escribo en Tigre —donde resido con parte de mi familia desde hace veinte años— pero hay quien me niega reconocimiento porque mis textos "no hablan de Tigre". Entrego entonces a mis queridos amigos y vecinos estos tímidos apuntes, para entre todos descular de qué y desde dónde habla el que habla cuando escribe. La interisleña nos espera en el muelle.



GE / Tigre, enero de 2014.



Delta del Tigre, 1ª Sección de Islas. Parcial abarcando desde el río Luján al sur, Paraná de las Palmas al norte, el arroyo Antequera al oeste y el Raya al este. Los sucesos -reales o ficticios- a los cuales se refiere este libro, van mucho más allá. O mucho más acá tal vez. El mapa no es el territorio.

Prisiones

Au-dessus de l'île on voix des oiseaux
tout autour de l'île il-y-a de l'eau…

Jacques Prèvert; *Chasse a l'enfant.*

Arrastrar los deshollados vértices de la resignación
sobre inventarios de marcela y cardamomo —agonía
de farfallas— recapturando perfumes susceptibles
de decapitar estos puerperales estertores / pernoctar
atormentados de salitre o anémicos de confabulación
los maxilares bajo filosa luz sin ojos de trópicos
carnívoros / triturando en justicia de brújula los biceps
y los dientes / ambular entre menguantes límites
de un nombre —eco solo a veces— sin comunión
sin cielo / Ashveros multiplicados sin remisión
tras el azogue duro de venganza de los espejos negros
tiritar esta sed insatisfecha desterrando —desahuciadas—
las promesas de resurrección / yertas embalsamar
las epifanías y la fe abatidos en racimo los húmeros
ceniza de zorzales en la matriz de la guitarra asesinados
acceder —cóncavo el gesto— al horizonte
nibelungo en acecho del transustanciado grial
(esa subliminal bien que enceguecedora cuota
de libertad) y tropezar sin moraleja —a destiempo
de toda geografía— con las aristas bruscas del ladrillo.

Con el ombligo inculto de la isla. ▮

San Isidro / octubre 1979.

Azul de piel y arena

La brisa crepuscular se despereza sin urgencias entre el picor del duraznillo y la frescura de las alfombras de trébol y raygrass. Un poco más hacia el poniente la impaciencia del ají arremete contra el rubor de las matas de cilantro y peperina, ignorando por su parte los remolinos que remezclando la resina de las araucarias con la melaza del blueberry y la retama se zambullen a escondidas en la correntada renegrida. Zumbidos y perfumes ruedan enlazados en un amasijo de tentaciones y promesas sobre la arena de la orilla, salpicado todo por las primeras sombras y la premura de las truchas que emprenden vuelos atrevidos en procura de la nube de mosquitos y comejenes tontamente vibrando como la caldera de la barcaza al cruzar el lago de una orilla a otra sin saber en verdad cuál es su rumbo.

El bullicio denso de ese silencio premonitorio lo incita a la modorra. Pero ya el olfato se enlaza con sus tímpanos medio desafinados y la aspereza de lengua y de papilas percibe sin emoción su saliva espesa y tibia que le resbala pecho abajo trazando itinerarios salados de lujuria.

Es tiempo de dormir aunque el entorno conspira para rejonearlo con mil sensaciones fuera de lugar en esas latitudes, a una hora en que se cierran ya las chicharras y los grillos. El silencio percute contra las hojas de liquidámbar y las agujas de los pinos. El silencio es una prolongada frustración de élitros y plumas aunando vibraciones en una coreografía muy loca de hipérbolas y catenarias dibujando sus aromas y provocativos sudores en azules y amarillos y naranjas o índigos que espesan paso a paso golpe a golpe la majestad irrespetuosa del ocaso.

Mareadas las brújulas y desjarretadas las clepsidras, solo el scherzzo del viento deslizándose entre las ramas separa los compases de la vida de entre la melodía del silencio.

Cuando imagina que debiera echarse de rodillas ante la sombra oscura de la montaña apenas esbozada por el contraluz del plenilunio, se encuentra en cambio rodando entre el musgo húmedo y la arena aún caliente del anochecer ya cerrado. Sin pensamientos y sin dudas. Atento nada más a ese otro latido que sin apremio se le pega a la piel escurriendo entre su pecho y las capas más profundas de ese misterio. Misterio que deja de ser ajeno al instante de rozar con sus labios ardidos de fiebre la superficie azulada del tatuaje que se abre a su sed como una cábala infinita. ▮

Taller Municipal de la BP Ricardo Rojas / noviembre 2011

Ancestro

He derivado sin timón / descalzo magro de vestimenta
y biografía sobre una arena paleolítica desembarco
crustáceos intensos trituran mis costillas / un vendaval
de arenques castañetea mis molares / mellando
omóplatos y esternón me circunvalan caracoles
acorralado bajo un cielorraso sin estrellas / padezco cabe
los pies rastros cuasi esbozados / escozor de redes
húmeros hastiados de paisaje sin gaviota
(una muñeira seduce mis insomnios con eclosión de gaitas)
piedra transustanciada de altares paganos me enceguece.

Pescador impar —el ceño innumerable— remendando
con tripa de besugo tus mallones / cincelando
las corvas un menguante y el signo de tu aldea
reconozco tu perfil —salobre escorzo de bronce
ennegrecido— esa pipa de escayola / relámpagos
hincan a sangre mis ijares callándome a concelebrar
ensimismada comunión / bisabuelo pescador / encanecida
rama / roble fundacional parido entre la urdimbre
de basaltos celtas y el entramado de la mar gallega
hieráticas —ya apaciguado el trémolo— mis quijadas
dando resuello a los resucitados huesos me acuclillo
presto a tejer mi propia barredera y relingar mis cabos
una gaviota afiebrando mi frente con la señal del ángel
exorciza todo lo gris y mis cangrejos. ▪

San Isidro / mayo de 1981.

Tribulaciones de Jonás

Porque como estuvo Jonás en el vientre de la ballena
tres días y tres noches; así estará el Hijo del Hombre
tres días y tres noches en el corazón de la tierra.

[Mateo 12:40]

Ya ni recuerdo el tiempo que llevo en este lugar. Para saberlo, tendría que echar la mirada más atrás, más antes. De veras lo intento, lo he intentado varias veces. Lo he intentado muchas veces, ahora que lo pienso. No recuerdo ningún antes. No creo que haya un antes.

Tampoco me parece que haya un dónde. Acá. Aquí. Esto es todo. Este es mi todo, mío, propio, solo mío y para mí solo. Mi mundo. El mundo, eso. Tibio, amable.

Sin embargo, presiento cosas extrañas. En realidad todo el tiempo me ocurren cosas extrañas. Ruidos, golpes. Y los sueños. Más que sueños, diría pesadillas. Sobre todo una. Una que me persigue y me mortifica al punto que me despierta. Desde que empezó, mi vida es un permanente sobresalto.

No sé por qué dije "todo el tiempo". Nunca se me había ocurrido. Debe ser cuando empecé a decir antes. ¿Antes de qué? ¿Antes de cuándo? ¿Antes de cómo? Pero me asusta. El mundo me resulta chico ya. ¿Ya? Me resulta chico punto. Ahora. ¿Ahora? Antes dije antes. ¿Entonces? Antes de ahora, claro.

Pero entonces ¿después qué? ¿Después? ¿Después de qué, de cuánto, de cómo? ¿Después de dónde? Estoy bien, me siento cómodo aquí adentro. Un poco apretado, es cierto. Así encogido, sin poder estirarme. Sin poder moverme en realidad. Un poco los pies. Un poco las manos. Apretado por estas paredes acolchadas calentitas. Y afuera los golpes y los ruidos.

¿Qué habrá ahí afuera? Me está costando respirar. Ahora los golpes están adentro de mi cuerpo. Un tambor repicando y oleadas de calor que me recorren y me empujan.

La cueva me está estrujando. Cada vez más apretada, cada instante más estrecha. Pero aquí está toda mi luz. Afuera lo imagino todo negro. Negro y peligroso. Lo pienso y el tambor adentro se enloquece.

Algo pareciera tentarme desde allá afuera. Como una promesa. Como un señuelo. Tengo que animarme. Ahora. Ya. ▮

Taller Municipal de la BP Ricardo Rojas / marzo 2013

Abrazado a la kundalini

Antes de llegar los primeros fríos diversas señales anuncian la hora de proteger los brotes tiernos y poner a resguardo los rebaños. No imperiosas ni siquiera evidentes a veces. Pero bastante claras para quien se recrea interpretando el retroceso de los verdes intensos y el avance de los ocres.

Claro que uno debe poner cada año a salvo asimismo cada matiz de verde y la coloreada paleta de ocres que van armando las sutiles páginas de la memoria. Pues si la memoria no registra de poco valen las imágenes del ojo. Si no se ha hallado placer en separar el verde musgo del oliva y el esmeralda del verde amarillento y el aguamarina, uno despertará una mañana sobresaltado proclamando el advenimiento de las trompetas o los tiempos del ángel.

Es cierto que resulta doloroso comprobar la opacidad de los laureles. La gloria y los coqueteos de la fama suelen ser seductores infieles. También es cierto empero que el ojo mismo empieza —acaso por impaciencia— a traducir con signos de fatiga las fórmulas cromáticas. Incluso el hábito puede llegar a confundirnos al pensar que hablamos de colores pantone para papeles encapados y unas tintas brillantes cuando en realidad tenemos en reserva papel obra y colores opacos. Nos acosa la sospecha del daltonismo tan lejana ya la época en que hasta era roja la esperanza (porque la contemporánea fue verde y se la habrá comido un burro por error).

Uno se siente un uno solo a la hora del crepúsculo introvertido y el alba restallante. Uno sabe —adivina— que en el fondo de una gruta azul de los glaciares allá en el sur o bajo el cimborrio verdecido de las selvas tropicales un uno otro aguarda y busca. Uno escucha la llamada del uno otro desde la profunda garganta del solsticio y alza su pie derecho hacia la estrella más brillante del cinturón

del cazador. Uno percibe en el centro mismo del corazón axial de su masmédula la trompeta guerrera a cuya voz acudían los avestruces y el bisonte arrugando a su paso la piel adormilada de las pampas.

Uno presiente bajo la telaraña de constelaciones y metáforas la figura vestal que se desliza grada a grada taipa a taipa hacia el oscuro fondo del poema. Uno espera ser testigo entre el fervor de los azules y el recogimiento de la calamocha y los pizarra del bostezo inaugural de Nguenechén al abrirse sus ojos en la matriz del ventisquero y su garganta en el trueno que preña las cañadas y desvirga los desfiladeros y los profundos valles.

Uno apunta el ámbar sacrificial de su mielina y la erección desvergonzada de los axones a la estrellita blanca que parpadea sobre la frente de la virgen como un faro direccionando el instinto de los toros. Uno trepa entonces por la ladera mórbida del cuarzo y el faldeo de las caderas tremolantes y se lanza en hervores de semen y papilas a la devoración de las distancias medio fauno medio demiurgo imbuido del rol de un unicornio o un caballito de la estepa decidido a galopar tras los vientos azules a la conquista de unas vírgenes en celo.

Uno ignora que volará de sueño en sueño de paraíso en paraíso para abrir al fin los ojos al pie del Árbol abrazado a la kundalini que saborea con sus ojos nictálopes la epidermis ávida de la manzana. ▮

El Talar / octubre 2005

§

Por sobre la isla se ven pájaros / alrededor de la isla solo agua.

Jacques Prèvert; *La caza del niño*.

Hambrientos de paz y llenos de cicatrices de esas que porfiadamente no cierran y lastiman hacia adentro, avistamos la isla. Hay quien cuenta que se llegaba navegando por el Luján hacia el este. Río Sarmiento al norte y al alcanzar el San Antonio, de nuevo al este. A un par de millas teníamos a babor el Dorado. Y más adelante el Sábalos. A menos de una milla, La Cautiva.

Para mí la isla nunca tuvo coordenadas. Estoy seguro de que puedo buscarla en las mejores cartas. No acertaría a encontrarla. Ya no existe. Es más, dudo si alguna vez existió, fuera de mi imaginación y de mis ganas. Sé que en medio del silencio y la soledad navegamos una mañana por el Delta. El Tempe, lo llamaba Marcos Sastre y supongo que hubo un acierto en esa idea.

Yo tenía la isla desde hacía mucho tiempo adentro. Armada medio a los ponchazos con lecturas adolescentes, con versos sueltos y algunas narraciones nuevas. La isla de los Robinsones. La misteriosa. La del tesoro. Los tesoros de la isla de Creta. El coloso de Rhodas. *El faro del fin del mundo*. La isla de Guilligan. *Delito en la isla de las cabras*. *Isla a mediodía*. *Una expedición a las islas Orcadas*. La isla de Pascua. Juan Fernández que era —dicen— la de Crusoe. Las Galápagos. La de Aldous Huxley. La isla del Diablo. Alcatraz. Manhattan. Cuba la perla de las Antillas. La isla Tortuga. Jamaica. Las Baleares. Canarias; Gran Canaria, Gomera, Lanzarote, la del Hierro. Martín García. Alto Verde. La isla Victoria. La isla Huemul…

No se trataba —en última instancia— de copiar algo visto anteriormente. Diría casi un modelo para armar. Como el de Cortázar pero con agua y con muelles, con casuarinas y cangrejos.

Una tarde empecé a cavar el zanjón en todo el perímetro. Mi isla debía tener una parte habitable, cerca de un arroyo. Y otra parte agreste e intransitable. Con algunos indefinidos pero reales peligros. El suelo era en general flojo, como todo terreno sedimentario. Procuré que el fondo del zanjón no fuera demasiado parejo, para que el agua pudiera saltar y cantar al correr. El zanjón no daba toda la vuelta porque me hice cargo de lo ímprobo de la tarea. Crucé transversalmente al llegar a unos quinientos pies de la costa. Que en verdad tampoco era costa todavía. Cuando la zanja estuvo lista, me ocupé de dibujar un contorno por delante del cual haría correr el agua. Con la costa a medias delineada, ya me di cuenta de que iba a tropezar con algunos problemas para moverme fuera de los límites. Además no me convencía la terminación abrupta de mi costa, porque a partir de esa frontera la vista se perdía en una masa brumosa indefinida. Ambigua sería la palabra, claro. Es de esas palabritas que me escuecen de solo pensarlas. Demasiada ambigüedad hay ya en mi historia personal. Seguí dibujando la ribera y preparando albardón hasta donde me daba la vista, para en el lugar donde tenía previsto, montar el muelle. Las herramientas fueron por cierto primitivas, como corresponde a la directriz del proyecto. Palas, azadas, machete, hacha, horquilla, una sierra tronzadora. En fin, lo que se supone portaban en sus carretas los colonos que abrieron picada hace un siglo en nuestras provincias del litoral.

Por ese entonces llegué a descubrir que algunos próceres de mi panteón personal —como el viejo Gastón[3]— tenían los pies tan de barro (o tan embarrados) como el más pedestre de sus lectores.

---

[3] Gastón Gori, alias literario de Pedro Marangoni. Esperanza 1915 - Santa Fe 2004.

Pero hasta tanto no advino ese tiempo amargo, el viejo era para mí lo mismo que nombrar a Aarón Castellanos. O memorar aquellos versos de Pedroni. El tiempo ennoblece las tradiciones y los buenos vinos. Los ídolos con pies de barro, las amistades de ocasión y los brebajes mezquinos terminan confundidos en la salsa insípida y sospechosa de la desmemoria. Mezcla que falta del elevado peso específico de un buen metal debe resignarse al estrato en que sobreviven aunados la espuma y las escorias.

De hecho el alistamiento de la isla fue todo una epopeya colonizadora a contrapelo y a contramundo. Porque mientras estacábamos la costa y multiplicábamos casuarinas, sauce álamo y tacuara, los isleros viejos se morían o emprendían el éxodo postrero hacia la civilización. Que era como decir Tigre o San Fernando, no más lejos porque no lo requería de todos modos el final miserable que los aguardaba en el continente. ▮



La Cautiva, la casa levantada a 30 metros de la costa del Sábalos.

§

De haber tenido visión de futuro y un poco de paciencia, podría haber cuidado algunos detalles. Pero la isla iba tomando forma. Cuando el terreno y la costa estuvieron perfilados, empecé a correr agua. Despacio y en pequeñas cantidades al principio, más que nada para dar tiempo a que las costas se humedecieran sin desmoronarse. Es increíble de qué modo el agua toma fuerza y velocidad hasta que no hay artificio capaz de detenerla. De inmediato me aboqué a plantar los pilotes para el muelle. En realidad no esperaba que se acercaran embarcaciones, porque el calado del arroyo no lo hubiera permitido (y yo tampoco). De todos modos me pareció menos agresivo controlar la altura del agua que instalar un cañoncito sobre la costa para quitarle el entusiasmo a cualquier atrevido. Las dos primeras casuarinas que planté sobre la orilla no tenían otra finalidad más que la vista y consolidar el terreno cerca del arroyo. Porque tampoco tuve la constancia de trabajar para un mar —ni siquiera para un río de cierto caudal— o sea quedó un arroyito modesto, de unos cuarenta pies de ancho por poco más de cuatro de profundidad. Pero la isla iba cobrando forma. Planté manzanos y los primeros ciruelos. Un peral, uno o dos damascos, varios naranjos. Unos limoneros. Pensando en que las flores alegraran la vista, ubiqué algunas azaleas, unos jazmines, varias hortensias y la camelia que estaba cerca del arroyo, frente a lo que después sería la casa.

En realidad, antes de comenzar con la casa propiamente dicha, preparé al fondo —llegando al bañado y a la paja brava— una tarima elevada para los cajones con las colmenas. Era firme y sólida, con alguna dificultad para trepar. Pero desde allí arriba se tenía una hermosa vista. Y era la gloria dormir sobre las maderas recias, cara al cielo. No estaba seguro acerca de las abejas, de compartir mi atalaya. Faltó un catalejo, con el cual podría haber oteado hasta la entrada del Sábalos. Pero los horizontes abiertos me causan vértigo, de

manera que seguí agregando casuarinas y algunos pinos, que fueron delimitando un espacio menos vertiginoso. No sé cuántas semanas —meses — trascurrieron antes de empezar a plantar los primeros pilotes. Fui acarreando troncos y ramas desde los alrededores, porque no quería dañar mis árboles. Y esto hizo algo más lenta la tarea. Pero se alzaron los pilotes primero, entabloné la terraza, paré el marco de la puerta. Ya entonces el arroyo empezaba a traer algunos amarillos y una que otra anguila. Y repartía mi tiempo entre serrucho, martillo y los sedales. Los pájaros fueron arrimándose solos. Un casal de torcazas. Unas cuantas parejas de calandrias. Varios zorzales. Un par de carpinteros. Frente justo a la casa, sobre la orilla opuesta, se aquerenció un martín pescador. De ese lado la vegetación la formé más baja y abierta, para que no me quitara el sol de la tarde. Sería la costa predilecta de las nutrias y algunos carpinchos. Una mañana bien temprano aparecieron cuatro o cinco pavas de monte. Me despertaron con sus agudos yacú, yacú… Una semana después llegaban las primeras martinetas. Por el agua ya remoloneaban tarariras y bogas. Y al atardecer se escuchaba el salto de las carpas. La casa iba avanzando despacio. Tomar medidas, elegir las mejores tablas. Separar costaneros y despuntes. Juntar el aserrín para aflojar la tierra de los almácigos. Arrinconar una batería de camión que cargué en uno de los viajes. Clavetear. Pulir un poco. Pasar las primeras manos de cera. Una a una aparecieron las ventanas. Primero las que daban al arroyo. Por ellas entraban el sol y la luna. Y desde allí se vigilaba todo el movimiento del agua. Las boyas, las carnadas. En noches de verano, la zambullida de las nutrias. ▮

§

Ahora necesitaba pensar algunos personajes, vecinos que hicieran más creíble todo aquello. Al plantearlo me di cuenta de que me importaban más las viviendas que sus habitantes. Empecé pues instalando en dirección al Mburucuyá la casa del Maestro, la Fusa y la casa de Miguel. En dirección opuesta, hacia el lado del Arroyón, fueron surgiendo Camuatí, Labe, La Sonámbula, El Acomodo, La Luz, La Emilia y Coembotá. El predio vecino lo dejé dispuesto para cuando llegara Juan Carlos en busca de su Isla Agradable. Quería tener cerca algún amigo con quien compartir los largos atardeceres del verano, a bordo de unas postas de amarillo y unos buenos jarros de cerveza. Eso quedaría para un poco más adelante. El muelle lo fui terminando a la par. La casa del Maestro —muerto hacía ya varios años— me brindó alrededor de treinta (casi cuarenta) durmientes de quebracho. Seguramente Nicolás —queda en el incógnito su apellido— tuvo algún amigo ferroviario, porque al finalizar la guerra el ferrocarril se modernizó y se cambiaron muchos kilómetros de vías y toneladas de durmientes de quebracho colorado. Es la única madera capaz de aguantar un siglo sumergida en el agua, de mar o de río. También una de las más duras para trabajar. Pero con el material de la casa de Nicolás no tuve ningún problema, a lo sumo reponer los bulones demasiado herrumbrados, los agujeros estaban todavía perfectos. Me habrán faltado unos quince tirantes para la cubierta, esos aproveché de pichinchearlos en uno de los viajes a tierra —cada vez menos frecuentes— en un desarmadero cerca del puerto de San Fernando. ▮



El autor y su esposa, disfrutando una merienda en el deck de las colmenas. La Cautiva, isla adentro a unos trescientos metros de la orilla del Sábalos, verano de 1987.

§

De las damas del vecindario, algunas eran frescas y atractivas y otras verdaderos fantasmas, en el cabal sentido de la palabra. Rosita, la antigua dueña de la isla, había muerto unos diez años atrás. Pero no era infrecuente encontrarla al borde del muelle, de punta en blanco y con su inseparable sombrilla rosa, esperando la lancha de las diez de la mañana o la de las siete de la tarde. Muchas versiones circulaban a media voz acerca de historias negras de contrabando, alcohol, amores ilegales y muertes violentas. De bellas mujeres raptadas y explotadas por inescrupulosos y sádicos rufianes. Tal vez Rosita haya sido uno de los espíritus fundadores de aquellas leyendas. O acaso no sea sino mero producto de las mismas. Quizá fuera todo apenas el espejismo escapado de un texto de Arlt o de Quiroga. Pero si por casualidad procuraba acercarme al muelle al atardecer, casi en punta de pies para preguntarle, me miraba por sobre el hombro con una sonrisa enigmática y se perdía en las anfractuosidades del crepúsculo.

Otra esotérica presencia en la isla era Coca, la ocupante de La Fusa. Siempre rodeada de gatos, viajaba con bolsos y canastas repletos de felinos de todo pelaje y edades. La acompañaba Aurelio, un hombre entrecano de unos sesenta años muy callado. Llegaron una mañana en la interisleña, bajaron en el muelle de La Fusa y la ocuparon como propietarios de toda la vida. No me opuse porque todavía no tenía pensados los personajes para esa casa y me conmovieron con su aire distante y melancólico (ambos) y sus gatos.

En la punta del arroyo, hacia el Dorado, se afincó una pelirroja de aspecto vital y algo descarado en las comodidades de La Emilia. Deben haberse acercado durante la noche, porque Johan, su socio o marido o lo que fuere, cobró rápida fama de cuatrerear las viviendas cercanas a la isla. O por lo menos de pasar datos e indicaciones a otros miembros de la banda.

A medida que fue tomando confianza, se la vio ocuparse de menesteres diversos en las fincas vecinas, como atender parques y dar de comer a los animales. También ellos se aquerenciaron en actitud de dueños y como tal se los empezó a tener a partir de entonces. Se veían un par de varones y una rubiecita que —de prestarse orejas a la maledicencia ingenua de los lugareños— seguía los pasos de la madre. ▮

§

Pero sin dudas la estrella del arroyo era la ocupante de Labe. Una mujer muy bella, morena de ojos enormes y labios carnosos y seguramente dulces, lo más parecido que uno pueda imaginarse a una sandía o una guayaba en sazón. Era más bien como un espíritu del agua y merodeaba ya por el arroyo antes de que el arroyo fuera el arroyo. Es decir antes de que comenzáramos a construir la isla.

Ocupó Labe porque la casa se alzaba muy cerca de donde ella acostumbraba a vagar durante las noches de verano. En plenilunio no era infrecuente verla pasar desnuda por la orilla, a la hora en que las nutrias salen silenciosas a navegar corriente arriba y las carpas inician su ronda de saltos y zambullidas. Que es la hora en que las estrellas pierden el rumbo y se echan como fuegos fatuos sobre la isla. No sería extraño que una de estas estrellas se hubiera quedado en los alrededores convertida en esta bellísima mujer.

Lo cierto es que también gustaba nadar desnuda por las noches. Y al amanecer podía percibirse su perfume flotando sobre el agua, como si junto con los camalotes bajaran manojos de madreselva. Y por la orilla quedaba al salir el sol la sombra tenue de sus pies sobre el musgo y el aura resplandeciente de sus senos ampulosos y firmes. ▮



El Rocinante es María Eugenia, hija del autor. Amanda su mamá. Y el Caballero de la Triste Figura es Ricardo Kindsvater. Para los más desacatados, Pocavida. Mejor alimentado que Quixote pero asimismo tan flaco. Quien tuvo el gesto de hacer llegar abrazos y buenos augurios desde San Pablo, alentando esta edición.

Tsunami

Cuando todas las aguas que estaban debajo de los cielos empezaron a juntarse con las de arriba de los cielos, cuando el murmullo del canto rodado menudo que la resaca va dejando sin apuro sobre la arena cada atardecer empezó a crecer como el galope de un millón de búfalos furiosos, el Último Hombre sintió lástima por el triste futuro de aquel lejano Primer Hombre abrazado a su desnudez, temblando de hambre y de frío bajo las lloviznas que alborotaban el Huerto cada amanecer.

Aquella mañana interminable empezaban a disiparse las tinieblas y los primeros rayos de un sol incierto pugnaban por atravesar capa tras capa los espesos nubarrones que se aferraban a la negrura constante mientras Alguien luchaba por separar las aguas de las aguas. Ni consciencia ni presentimientos ni recuerdos. El Primer Hombre y la Primera Mujer rodaban abrazados sobre las alfombras de musgo alrededor del tronco del Gran Árbol y sus gritos de placer se confundían con el gorjeo de los pájaros y el zumbido de las cigarras y los grillos.

Crecieron y se dispersaron y se multiplicaron por sobre la faz de la tierra. Nadie llegaría a sospechar que en la antigua primera guerra anterior a todas las guerras los hijos de la Luz habían sido aniquilados por los hijos de la Sombra.

Anudada al tronco y enredada entre las raíces, quedaba como un símbolo la piel de la serpiente. ▮

Taller Municipal de la BP Ricardo Rojas / noviembre 2011

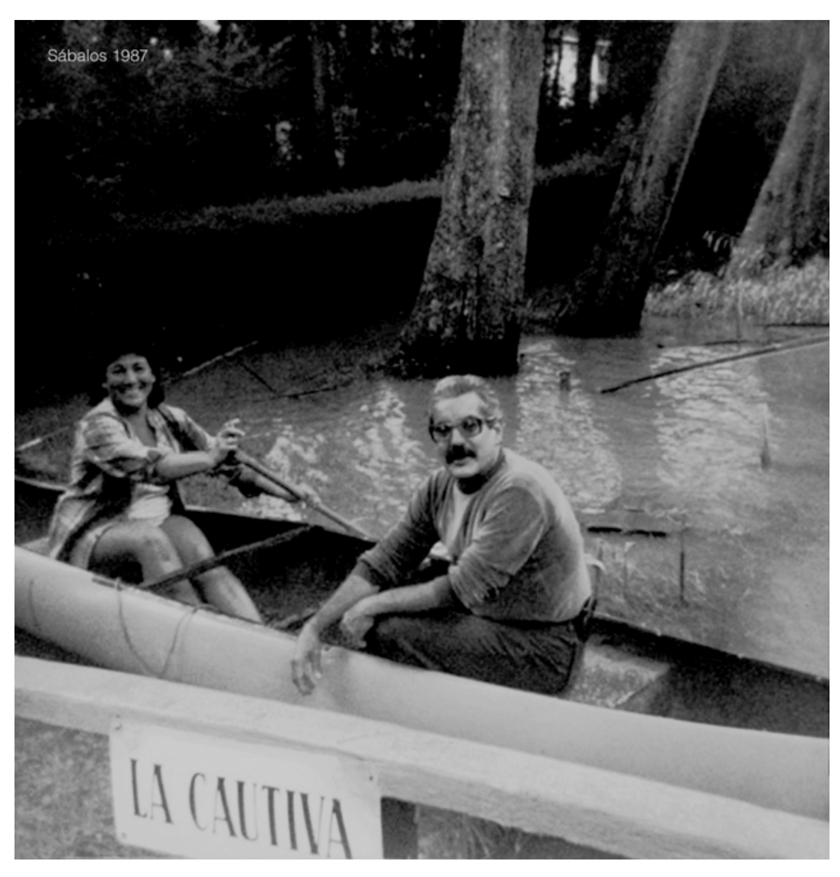
Esa piel tan obvia

Una pelusa casi. Una felpa incipiente que suscita pequeñas corrientes al rozarla con los labios. Al explorarla sin urgencia con la proa de la lengua, esa península rosada donde se amontonan las papilas más exigentes y atrevidas. Ávida del néctar que proclama el acceso al jardín de las delicias. El tacto de las yemas es acaso menos sensitivo, la piel de los dedos acusa la agresión de la tareas manuales, como un cuero mal sobado. Los labios y la lengua en cambio, siempre humectados a la espera del primer roce, el amague preliminar que endereza los folículos preparándolos para la fiesta.

El olfato y la mirada fruictiva se incorporan al avance, generando sinergias que estimulan al mismo tiempo regodeo visual, aroma, sabor y tacto, creciendo y alternando los tiempos débiles con los fuertes, componiendo un adagio que asciende de escalón en escalón. Para estallar en un *allegro con brio* que exaspera la visión y agudiza el derrame de pepsina y azúcares prohibidos. Melodía silenciosa desplegada en compases alargados por el rejoneo de la demanda y la promesa. Refrenando con pulso hábil la tensión de la cabalgadura que amenaza desbocarse avizorando vendavales.

Esa pelusa casi. Ese suave vello explotando en almíbar y saliva al primer mordisco que damos ahí nomás, en medio del monte, al pie del árbol, al primer durazno maduro de la estación. ▮

Taller Municipal de la BP Ricardo Rojas / mayo 2013



El autor y Amanda su esposa en el muelle de La Cautiva, 1986.

Hugo de la isla

- Primer Premio / II Certamen de Poesía "Hugo Mandón" / SADE Santa Fe 1987.
- Integra el volumen *Miseria blues*, Premio Municipal "Felipe Aldana" / Rosario 2007.

Hugo Mandón *in memoriam*

Apenas la desmemoria intente barrer las huellas
de tu pie fundador sobre la playa / reconvertidas
en calcárea impronta de caracol o almeja o vitrificado
rastro de aguaviva / la incuria de ojo legañoso
y estrábico pretenda sacralizar los horizontes
que vengativamente te devoran / pisaré tu embarcadero
hermano / anclaré mis velas al borde mismo de tu muelle
ataré con palabras de cáñamo tus espaldas de silencio
procurando modelar con mis manos el hueco adonde
acudan a chisporrotear las convexidades de tu verso
tus espaldas cimiento de minerales constelaciones
tu silencio de hematitas y ceniza que exaspera mi silbo
entraré a la caverna de tus dolores y tus miedos
auscultaré tus pipas los zapatos y tu lámpara
el humo de tus historias y tus libros / convocaré tu voz
tu ascesis tu memoria y la sexualidad de tu archipiélago
tu ausencia zenital espesándose en verdes de ribera
partiste hermano tosiendo desnudez / rumbo al ombligo
de tus islas más profundas. ▮

San Isidro / julio de 1986.



La cueva del autor, calle Marconi esquina Emilio Zola, Beccar. Su lugar preferido de estudio y recogimiento, entre 1982 y 1992. Lugar de nacimiento de *El gran Mandril de culo rojo*. Puerto de partida y de regreso hacia la isla.

Coordenadas de la caverna

Ya no me pregunto cada amanecer por dónde habré de iniciar la jornada ni a la hora del almuerzo me preocupa dejar señalado el lugar donde interrumpo la tarea para abrir un espacio al yantar y quede claro que tampoco la parada del ocaso me inquieta en cuanto a las coordenadas de la jornada que dejo atrás con vistas a no errar la posta en la mañana. Es decir empiezo a sentir como una verdad profunda lo que alguna vez escribiera *calamo corrente* acerca de andar por ahí sin mapas y sin brújula y no me desagrada descubrir que lo que alguna vez creyera esfera de metal sólido no es sino una cebolla de capas infinitas que uno no ha de agotar cualquiera fuere el ritmo o la velocidad de la excavación. Pues cierto es que de excavar se trata y bien profundo y muy en serio aunque la austeridad referencial que me rodea es mezquina en valores de largos y alturas y profundidades pienso que no por malicia sino más bien para no desalentar las jornadas iniciales que poco a poco irán dejando de serlo para enfilarse en esta rutina cuyo comienzo hemos olvidado y cuya terminación ni se vislumbra. Aludir a los inagotables laberintos y las bibliotecas asfixiantes que el querido Borges trajinaba con fruición no sería sino un modo nada decoroso de patear el balón hacia las gradas para ganar tiempo aun sabiendo que el árbitro me contempla inmutable presto a contabilizar con usura hasta la infinitésima fracción de gambeteos y verónicas pues por zorro viejo tiene harto bien ganado el puesto desde donde sigue mis intentos sin siquiera el esplendor de una sonrisa.

Y lo mismo daría llegado el caso pretender comparaciones con la abadía donde Guillermo de Baskerville perseguía el esquivo perfume de su rosa innominable pues la vana búsqueda de correlaciones no haría sino resaltar mi estupidez intentando tapar mis desnudeces con harapos ajenos.

Pienso en mi primera vez que no es la que algún guarro estará pensando sino la vez de mi primera encerrona y nada que ver tampoco con aquella primita con la cual pasamos momentos deliciosos y corridas de no querer repetir encerrados en la buhardilla de la casa materna porque esa clase de encierros siempre acaban bien a poco que uno se dé maña incluso con prima Teresita poca maña se requería para llevar a buen puerto la barca de los desvaríos y las sensaciones voluptuosas porque la pobre era de dar pie a la primera ocasión que le ofreciere la suerte y no lo digo por despecho ni porque me haya dejado la naturaleza en salmuera a la hora de tomar posiciones definitivas. Hablo de encierros a solas y de verdad en esas situaciones que uno no controla y ni siquiera es capaz de evaluar con una mínima serenidad pues hasta el terapeuta menos avispado conoce la cuestión de los bloqueos y toda esa perorata acerca de la adrenalina beta y la noradrenalina la serotonina y el menú completo de hormonas y enzimas que se desparrama por todo el cuerpo a la primera señal de alarma y ya no importa si de un ascensor se trata o una carbonera o un bus atestado de pasaje por tierra o por agua o por aire lo mismo da. O una excavación o una gruta o el baño de una tienda o el cofre donde se guardaban los balones de basquetbol en el gimnasio del colegio.

Y encima uno no escarmienta porque mucho antes de que los chips y los bites dieran por tierra con biblioratos y cartapacios y armarios y archivos y depósitos de expedientes y carpetas tuve la poca fortuna de quedar atrapado dentro de un fichero de los cientos o miles tal vez que contabilizaban los pormenores de la planta automotriz en la cual me ganaba los garbanzos. El fichero a mi cargo era un mueble de diez cuerpos con cinco gavetas cada uno y un millar de fichas de cartulina en cada gaveta que uno hacía deslizar hacia atrás y hacia adelante recorriendo rápidamente con los dedos las orejas que portaban códigos alfanuméricos de doce posiciones correspondientes a nombre y apellido de pernos, tornillos, arandelas, pasado-

res, resortes, retenes, clips, alfombras y la apabullante colección de textiles, polímeros y metales que formaban parte de una docena larga de vehículos de diverso uso y modelo parte de ellos estándar y la mayor parte específica. Pues lo cierto es que a fuerza de pasar cincuenta horas a la semana abriendo y cerrando las malditas gavetas y repasando a dedo las desabridas fichas, sacando, asentando y volviendo a su lugar para seguir con la próxima caí en la cuenta de que las gavetas eran cada día más grandes o lo que me resultaba más chocante yo me estaba empequeñeciendo físicamente en paralelo con lo mucho que me disminuía la autoestima esta miserable rutina de tinterillo. Y como la naturaleza no es de estarse quieta y las cosas mejoran o empeoran pero no son de quedar estables pues terminé reducido a la medida de aquellas fichas con lo cual revisarlas una por una era ya un suplicio y abrir y cerrar las gavetas y descender de ellas una aventura hercúlea. Hube de adaptarme a trabajar dentro de la gaveta previo trepar por los módulos a pulso al principio y finalmente ayudado por una escalerilla de las utilizadas en los almacenes para acceder a las estanterías donde habitaba la morralla de componentes y partes de cuyas altas y bajas me ocupaba. Para al fin optar por quedarme dentro de la gaveta misma dado el esfuerzo que me significaba empinarme para alcanzar el borde y alzarme a pulso para llegar al exterior e iniciar el descenso con riesgo si se trataba de las hileras altas de romperme la crisma de un porrazo.

Terminé trabajando colgado del borde de las fichas, sostenido por mi mano izquierda en el borde de arriba y haciendo las anotaciones con la derecha, sin intentar retirarlas y procurando que las de adelante no se cerraran contra las de atrás cogiéndome en el medio. Que es precisamente lo que me sucedió una maldita tarde de viernes invernal aunque bella como eran de bellas las tardes de los viernes que preludiaban el anhelado fin de semana y estimo que por la ansiedad de huir me solté del borde del que pendía y caí de pie en el piso de la gaveta haciendo al mismo tiempo que ambos mazos de

fichas se cerraran sobre mí. Que es cuando descubrí con desaliento que no solo había perdido talla sino además volumen y mi cuerpo no representaba allí sino el espesor de una ficha más. Estaba atrapado como un miserable ratoncillo en aquella trampa de fichas que sin presionarme demasiado me retenían inmóvil.

Por fortuna todo quedó en la memoria o en el olvido como un fin de semana de pesadilla sin otra compañía que la soledad, el frío y mi desaliento y la vida siguió su curso matizada de pequeños episodios cuyo común denominador son y fueron siempre los apretujones y el encierro, por lo que fui tomando distancia de cuanta situación me sugiriera un peligro real o potencial y así dejé de frecuentar cines y apartamentos en pisos altos y de servirme de ascensores y trenes subterráneos. Mi mundo se fue reduciendo en la medida en que la tecnología del confort ideaba ambientes y medios de transporte climatizados y por ende herméticos en los cuales corría peligro de quedar encerrado segundos u horas o toda la eternidad es decir el tiempo necesario para acabar con mis reservas de aire y morir asfixiado. Hasta que me atreví con mi primer ordenador y me fui adentrando en la exquisita complejidad de los universos virtuales.

Bien cierto es aquello de que el hombre es el único bicho capaz de tropezar dos veces con el mismo cascote y más de dos también aunque casi todos callan las reiteraciones dada la repulsa social generalizada que inspiran la tozudez y la contumacia pero lo cierto es que me creí muy de veras cuando empecé a navegar por la internet que al fin había dado por tierra con encierros y temores y nunca más eso me decía con entusiasmo nunca más los sofocones y los ahogos ni las vacilaciones ni las dudas. No niego que algunos resquemores me salieron al cruce relacionados casi todos con la ansiedad de no poder retornar al punto de partida pero el optimismo pudo más y razonamientos ligados a la redondez y las convergencias me fueron limando el pudor y la desconfianza a tal punto que me atreví a dar el importante paso de diseñar y navegar mi propia web. Que de haber

tenido mínima memoria hubieran acudido a mi consciencia los anhelos de abuela Macrina acerca de mi carrera y mi futuro al margen de que abuela Macrina hacía tiempo que descansaba en paz y parte de lo que entonces era mi futuro había quedado ya atrás hecho un amasijo de incertidumbres y traspies pero sin olvidar que abuela esperaba de mí un marino y no me deseaba sino fragatas y uniformes porque un hombre sin uniforme no era sino un hato de huesos y pellejo según su impávida visión.

Volví a caer en la trampa es decir en la tentación y me di de lleno a plantear un website sembrado de cruces y derivaciones envuelto y desenvuelto sobre sí mismo y sobre una matriz espacial de curvas, contracurvas y descansos y avenidas ciegas todo igual a sí mismo o al reflejo de sí mismo en un juego de imágenes multiplicándose en jardines de senderos que se bifurcan y en parques cuya obscena continuidad me sume a un tiempo en la delicia de los amados recuerdos y el espanto de los tan temidos encierros y ya no son el hambre ni el sueño mis preocupaciones sino esta incertidumbre de haber olvidado los vínculos que me ligaban al inicio y saber que todos los puertos son el mío pero al mismo tiempo he vuelto a navegar ah mísero de mí ah infelice sin mapas y sin brújula y mis puertos están ahí aunque ora me ignoran ora me rechazan en un juego perverso de labios que se entreabren ofreciendo la humedad de sus promesas y pezones que descaradamente gotean sobre mí la escandalosa claridad de sus corolas y las oscuras anfractuosidades de un vientre que se parece tanto a una caverna a través de cuya eclíptica navegan mis intuiciones y el abyecto recuerdo de todas mis humillaciones y los miedos. ▮

El Talar / setiembre 2006

Hormiga imposible

Lo que hoy las hormigas son
eran los hombres de antaño…

Samaniego; *Las hormigas*

La observación fue del todo casual, aunque el quía se pone verde cuando hablo de casualidad. Nada más existen causalidades me subraya con su habitual caripela de tiburón en ayunas. Igual ha de ser el último en enterarse, aunque me parece que se va a quedar con las ganas porque no le quiero regalar una pelota que solo tocarla con el empeine entra.

Bueno, el tema es que estaba tomando unos amargos temprano debajo del quincho por el rocío. Momentos ideales para decidir divorciarse o arrancar con un curso de calderería, esos divagues tan necesarios para no dejar el motor en punto muerto porque ya se sabe lo que ocurre entonces. Uno se pone a pensar en cosas serias o sea peores y termina con una depre mañanera como si resucitara al cabo de una polución nocturna.

Estaba cebando mate y nada, eso. Habré estado pensando en los grillos topo o en las hormigas porque ella siempre habla de las hormigas y los grillos cuando tomamos mate a la mañana. Y ahí la veo, entre otras dos hormigas que caminan como todas las hormigas. Para adelante moviendo sus seis patitas y un poco las antenas. Pero esa —la del medio— va caminando hacia atrás.

A ver, si hace falta empiezo de nuevo pero nada va a cambiar. Las tres hormigas —negras de regular tamaño, bien alimentadas— van marchando en fila por una leve huella en el césped que apenas se nota porque hace varios días que no se pasa la máquina. No hay otras a la vista, nada más esas tres. Las tres en fila india en la misma dirección. ¿Se entiende?

Y sucede. Algo fuera de lugar me llama la atención y claro, al acercarme (nomás agacharme y observarlas a cosa de medio metro) confirmo la novedad. La del medio lleva la cabeza y las antenas donde las demás hormigas llevan el culo. O sea que va caminando con el culo para adelante.

Pienso si medio dormido le habré errado a la yerba al preparar el mate. Aunque no soy de dejar las cosas fuera de su lugar, menos la picadura y todo eso. Bien fijado me quedó aquella vez que casi me preparo un té digestivo con unas hojas de estramonio que tenía sueltas a secar en el estante donde se guarda el té, el café y el azúcar con la yerba mate.

Bueno, después de revisar mi bacap y asegurarme de lo que uno tiene que asegurarse para no hablar pavadas, vuelvo a observarlas. Y sí, no hay duda, la del medio camina para atrás. Que yo sepa las hormigas no tienen ojos en el culo ni otro órgano o sensor que les sirva para orientarse en la marcha. Esta va derechita detrás de la primera, aunque teniendo en cuenta que la segunda enfrenta sus antenas con la tercera, deduzco que ahí está el misterio resuelto. La tercera (que camina hacia adelante como casi todas las hormigas) le va pasando data a la segunda a través de las antenas. Eso es.

Ya me dispongo a seguir cebando, contento de haber despejado la incógnita, cuando caigo en la cuenta de que en realidad no tengo solucionado el tema central o sea la hormiga que marcha en reversa. A todo esto la pequeña procesión de himenópteros (himenóptero=hormiga, para que les quede claro) se encuentra bastante más adelante, apuntando al cantero de la lechuga que tengo armado alrededor del farol.

No recuerdo si conté que antes las hormigas se subían a montones al farol y dormían apretadas alrededor del vidrio como vueltas de un ovillo de lana, quitándole casi toda la luz, por lo cual preparé el cantero con lechuga para cortarles el paso.

Funciona como un laberinto y es de lo más divertido observar cómo las estúpidas dan vueltas y más vueltas tratando de embocar la subida al farol que no la encuentran casi nunca, pero esta es otra historia. De repente me doy cuenta de que si entran en el laberinto de hojas de lechuga las voy a perder de vista. O sea perderlas para siempre, a menos que me siente a esperar si se avivan y aciertan con la salida o al contrario se les da por echarse un sueñito dispuestas a morir ahogadas en este mar de clorofila. Hasta en una de esas a la que pilotea el equipo se le da por cavar un camino por debajo de la tierra y andá a saber por dónde irían a desaparecer y yo entretanto esperando como un boludo verlas salir del cantero y por ahí hasta con sendos trocitos de hoja de lechuga a cuestas. Conque de inmediato descarto todas las alternativas que partan de dejarlas meterse en el cantero. Tengo que pararlas. Pararlas y capturarlas, a las tres claro. Porque de poco o de nada me podría servir la del medio sola. Por múltiples razones casi todas evidentes, aunque me voy a extender un cacho en esto por si no les da la neurona.

Asumiendo que lograra capturar a la del medio solita (no me pregunten por ahora de qué modo), nadie me garantiza que separada de sus partenaires su comportamiento siguiera siendo el mismo. A ver, en ningún libro está escrito que si una hormiga acompañada camina para atrás, cambiaría la dirección de la marcha de quedar sola. No jodamos que cualquiera sabe que todos hacemos cosas estando solos que ni locos haríamos en público. O viceversa para no entrar en terrenos delicados.

Por supuesto que capturar a las tres al mismo tiempo complica severamente el problema. Digo, no se trata de agarrar tres hormigas al boleo y encerrarlas por ejemplo en una cajita o en un frasco. Sino —mucho más complejo— enganchar a esas tres, nada más y únicamente a esa tres y no a otras tres cualesquiera ¿se entiende? porque si hace falta lo aclaramos o vamos de vuelta, no tiene sentido cortar el hilo del razonamiento lógico.

Creo que cualquiera se da cuenta de lo ineludible de tomarlas prisioneras a las tres. Resuelta esta etapa de decisiones digamos primarias, queda por acordar el cómo. Tema ya mucho más complicado como cualquiera se puede imaginar. Porque no tengo un recipiente ni nada parecido a mano y entre ir adentro a buscar y revolver alacenas y cajones vaya uno a saber a dónde va a para el trío de himenópteros en cuestión.

O sea que me veo obligado a resolver la operación en dos tiempos. Primero detenerlas —estaba a punto de decir entretenerlas— y luego capturarlas, previo acopio de instrumento idóneo.

Me parece que lo más práctico es que vos —ustedes— me las vigilen unos minutos, mientras busco el frasco y vuelvo. Eso sí, traten de no lastimarlas ni asustarlas, para no alterar la naturalidad de sus reacciones. ▮

Ricardo Rojas / abril de 2011

Topografía de las islas

Solitario bosque ombroso / a te viene, afflitto cor,
per trovar qualche riposo / fra i silenzi in questo orror.

Paolo Rolli; *Solitario bosque ombroso*.

Hay las islas breves —longilíneas— de curvatura previsible
explorables a pie sin sobresaltos / islas —quiero decir—
donde lo verde ocupa siempre su lugar / la angustia allí
consistiría en dilucidar los hábitos nupciales
de las luciénagas (o en las tardes de otoño paladear
los pormenores de la lluvia) cuyos nativos son extravertidos
y —bajo declaración jurada— felices / sabe uno
que nada abrupto puede acontecer (perdernos una excitante
serie por TV o hacer aguas dormidos) consumen poco aire
en el espacio y no son caras de mantener / otras —so capa
de sensuales toponimias y miríficas tentaciones—
son intransitables / sobre sus hologramas convergen
adolescentes paralelas / en los vados se dan sin mezquindad
la ruda y el euforbio (aunque lo preocupante sea
más que su geometría o su botánica la ausencia de gerentes
editores y escribanos) son parajes sospechosos alejados
de Dios y de las computadoras / sobresaltos acechan
al viajero hincándole rosas náuticas en los brazos
deshollando con cardamomo y sílice la planta de sus pies
esas son de temer / cada noche se ve uno compelido
a navegar rumbo a su ombligo inculto / un minotauro
siembra el grito germinal de sus poemas / la kundalini
estalla en relámpagos de semen. Esas no tienen límites. ▮

La Cautiva / setiembre 1986.

cada adjetivo es una pincelada y cada frase una tela de vigor y colorido.

(Parte primera del prólogo de Víctor Mercante a la edición de la obra, publicada por La Cultura Popular, Buenos Aires 1937, impresa en Talleres Argentinos L.J.Rosso, Doblas 951).

Topografía de las Islas

Solitario bosque ombroso / a te viene, afflitto cor,
per trovar qualche riposo / fra i silenzi in questo orror.
Paolo Rolli: Solitario bosque ombroso.

Hay las islas breves —longilíneas— de curvatura previsible,
explorables a pie sin sobresaltos, islas —quiero decir—
donde lo verde ocupa siempre su lugar, la angustia allí
consistiría en dilucidar los hábitos nupciales de las luciérnagas
(o en las tardes de otoño paladear los pormenores de la lluvia)
cuyos nativos son extravertidos y —bajo declaración jurada- felices
sabe uno que nada abrupto puede acontecer
(perdernos una excitante serie por TV o hacer aguas dormidos)
consumen poco aire en el espacio y no son caras de mantener.

Otras —so capa de sensuales toponimias
y miríficas tentaciones— son intransitables
sobre sus hologramas convergen adolescentes paralelas
en los vados se dan sin mezquindad la ruda y el euforbio
(aunque lo preocupante sea, más que su geometría o su botánica,
la ausencia de gerentes, editores y escribanos).
Son parajes sospechosos, alejados de Dios y de las computadoras,
sobresaltos acechan al viajero hincándole rosas náuticas en los brazos
deshollando con cardamomo y sílice la planta de sus pies.

Esas son de temer y cada noche se ve uno compelido a navegar
rumbo a su ombligo inculto
un minotauro siembra el grito germinal de sus poemas
la kundalini estalla en relámpagos de semen.

Esas no tienen límites.

Gregorio Echeverría / La Cautiva (Arroyo Sábalos), setiembre 1986

Nº 3 / Agosto-Setiembre 1999

Tigre 2000x, año I Nº 3 Agosto-Setiembre 1999, pág.10. *Tigre2000x* es un brote visible -no el primero ni el único por cierto- de la experiencia en la isla. Sus cuatro números (así de breve fue su vida) reflejan a la vez personajes y hechos de la zona, pero asimismo algunos interrogantes ante el advenimiento del Nuevo Milenio.

§

La Cautiva, lunes 23 de marzo de 1987.

Querida flaca: A veces se dan las cosas para hacerse el bocho, esa gimnasia que otros llaman meditar. El día se presta. Estoy solo en la isla desde el viernes. Está lloviendo. Como sin querer, se fueron armando cosas. Primero, el recuerdo suave de Manolo, mi suegro. Se llamaba Andrés pero el flaco Pocavida[4] le decía Manolo y también aceptaba que yo le dijera papá. Eso era para mí una fiesta, porque a mi viejo ni siquiera llegué a verlo cuando estaba en el cajón. Lo de Manolo era una especie de código entre nosotros ¿entendés? Estuvo años esclerótico, pero siguió siendo un pedazo de pan hasta el último suspiro. Y a veces comprendía. Cuando le hablábamos de cosas buenas, entendía y sonreía. Fue de las pocas personas que conocí que vivía los hechos ajenos, los buenos más que los malos. Aunque no hablara, le brillaban los ojos de contento. O te decía "qué bien, hija" o "qué bien, Tito" (nunca me llamaba Grimaldo), "me alegro, lo felicito…" cosas por el estilo. Pero se murió nomás y eso ya no tiene remedio.

Es la primera vez que la muerte de un ser humano me jode de este modo. No por impotencia ni nada de filosofía barata. Vos pensarás este boludo haciendo dramas casi con cincuenta y tres pirulos, acerca de circunstancias que el que más el que menos ya lo han pasado hace mucho rato. Un día, el único día que recuerdo haberlo visto embroncado, hará doce o trece años, trataba de explicarle que el comerciante, el intermediario, no producen riqueza ni agregan valor a los bienes. ¡Cómo se rayó! Sobre el pucho me retrucó enojado: ¿Así que yo que me pasé cuarenta años detrás del mostrador nunca trabajé, carajo?

---

[4] Ricardo Kindsvater, quien también atesora vivencias de la isla.

Era tierno el viejo. Cuando Gustavo pisaba los quince meses Manolo tendría sesenta y nueve años, si no saco mal la cuenta. Estaban los dos solos en casa y Gustavo se trepó por una escalera de pintor al techo de un cuartito del jardín. Manolo se dio cuenta, y sin decir una palabra para que Gustavo no se asustara, subió a buscarlo y bajó con una sola mano y el nieto debajo del brazo.

Ahora está lloviendo más fuerte, de tanto en tanto alguna buena descarga. Ya ves cómo se va desovillando la madeja, flaca. Empezamos por Manolo y ya estamos en Gustavo. Nunca tocamos el tema pero algo se dijo entre líneas creo. Gustavito, el benjamín, edipito, etc. Tuvo una infancia difícil, con un padre que por convicción o por comodidad no le dio mucha bola; con el intríngulis de que la cigüeña cambió el paquete de María Cecilia por el suyo, con una madre que en muchos aspectos se detuvo en la etapa de los quince años, con un hermano mayor que como edipo primo ejercía sus prerrogativas, en fin… nunca pude/quise/supe entrar en la vida de ellos. Dejarlos hacer, mirarlos crecer sin tratar de formular expectativas. No sentirlos cosas mías. Bastaba, debía bastar con el ejemplo. Y por lo visto el ejemplo no fue gran cosa. Un padre que hasta sus cinco años salía a laburar a las siete de la mañana y volvía a las ocho de la noche. Después, cuando teníamos el taller porque yo le decía a ella que quería estar más con los chicos, lo que vivían eran interminables discusiones entre los padres, por el laburo, por la guita, porque papá era egoísta y se negaba a comprar televisor, después por la literatura ¡pobre hijo! Me acompañó a los trece años a recibir un premio en Monte Grande y se quedó dormido escuchando la lata de los oradores. Hace veintiún meses se fue de casa a vivir con Alba, de treinta y dos y una hija de quince. Se ve que necesitaba cortar cordones a cualquier precio. Ojalá no le salga demasiado caro el parche. No nos dan bola. Después de una sólida gresca con mamá y papá, a días de perder Alba un embarazo de cinco meses, nos mandó de palabra y de hecho al carajo y nunca más. Cuando eligió pareja nos dijo: “quiero

tener el derecho de equivocarme por las mías.” Estuve de acuerdo. ¿Me habré borrado? Cuando Gustavo me dice “no tengo de vos imagen de padre”, ¿es Gustavo quien lo dice o repite el libreto que escuchó tantas veces a mamá? Además ¿es necesario que tenga imagen de padre o que sea un individuo independiente a pesar de? ¿O una cosa no tiene que ver con la otra? ¿Sería mejor el bardo, flaca, si no hubieran existido Sófocles ni Freud? Guillermo también está en la lidia. Pero él no se va. La pelea desde adentro para destronar a Layo. También con libretos-inconscientes-de-mamá. Resultado, el estudio anda a los tumbos, hoy pinta, mañana compone y ahora ha formado un conjunto para tocar en los boliches. Él también tendría que tomar la iniciativa de cortar los cordones, pero ¿cómo? Y yo como buen boludo lo pongo a laburar conmigo.

Silvia querida, terminó mi hora de análisis. Esto es el diluvio, con viento y relámpagos. Pienso en Hugo[5]. Un espectáculo para disfrutar, pero mi espíritu no está en calma. Lo habrás notado a través de la charla. No me compadezcas. Yo no me compadezco. Es que a ratos conviene abrir la válvula para que no se junte demasiada presión. Pero miremos las cosas desde otro punto de vista, queridísima loca. Estoy solo en un buen lugar, viendo los árboles y el césped reverdecer agradecidos, el arroyo a unos treinta metros sin saber quién fue el padre, los pájaros en sus nidos, el repiqueteo del aguacero sobre las chapas, vino blanco y cerveza en la heladera, sobre la mesa Cortázar, Roa Bastos e Isabel Allende, más *El Tempe argentino*, más una carta náutica del Delta. Además no estoy solo. En un tacho está Jerónimo, un cangrejo que pesqué hace una semana (la venida anterior) y nos dio lástima matarlo (habitualmente los pongo en alcohol, mi “museo” cuenta con trece ejemplares de crustáceos). Nos mira de una manera casi humana ¡vaya elogio! Tratamos de criarlo, aunque no le gusta estar enjaulado. Mañana antes de irme lo voy a dejar otra

5 Hugo Mandón.

vez en el arroyo. No todos los pájaros están guardados. Estoy vichando un zorzal que no aguantó las ganas de salir a buscar gusanitos y lombrices bajo la lluvia. Otro solitario. Ahora cedió un poco el agua y son varios los que se anotan. En el pastito mojado y la tierra blanda es más fácil escarbar ¡bichos piolas! Estoy releyendo la primera parte de *Usted*[6] y me sigue costando un poco armar el árbol genealógico completo. Las dos Juanas contribuyen a una sabrosa ambigüedad. Como una reminiscencia de la interminable lista de Aurelianos y José Arcadios ¿no? Ambas Juanas tienen ya un bien trazado escorzo. También Domitila. En cambio los tonos de Roberto, Marta y Rosario (y Marcos) e incluso el de la locutora, son mucho más tenues, por ahora. Pienso que no estaría de más llevarlos al mismo peso de los otros, puesto que aunque nada te impide optar por personajes principales y personajes secundarios, siento que esto da para un esfuerzo que coloque a todos en personajes principales (o centrales). Brígida es rica y da para mucho todavía antes de morir (tal vez después también). Me viene a la memoria aquel hermosísimo capítulo de *Zeta* en que el tren corre durante la noche desde Salónica hacia Atenas llevando el féretro del héroe asesinado, amontonado con otras cargas, sin compañía y a oscuras y esto es el fondo de un largo diálogo entre el cuerpo de Zeta y su alma. Porque Brígida, por sus propias limitaciones, no está participando más que con los racontos. Eso coloca demasiado frecuentemente a la locutora en escena. No está mal, pero podés sacarle provecho a ambos planos fuertes y al mismo tiempo flaca, por favor, poné una pincelada que humanice algo a la locutora. Es demasiado fría, demasiado aséptica, demasiado no comprometida en todo lo que pasa. A menos que tu idea sea convertir la cosa en un alegato velado en pro de la dicente. Ella abre, corta, punza, escarba, incrimina y sin decir ¿y yo mientras tanto qué? No creo que pienses limitar a este personaje fundamental en mero ele-

---

[6] Silvia Braun; *Usted que es tan señora*, Premio Municipal de Santa Fe 1997, editado en 1998.

mento de coro a los fines de apoyarte en ella nada más que para armar la trama. ¿Será posible que con la misma voracidad y lucidez con que acomete hacia afuera, de tanto en tanto eche algo de luz hacia adentro de ella? Hasta el momento se la va sintiendo como una víctima entre todas las otras y supongo que hay facetas más ricas (insisto, y más comprometidas).

Bueno, perdón por haber invadido territorios. Agarrate, flaca. También escribí (ayer) el prólogo y el capítulo uno del *Mandril*[7]. Es decir, los llevo en borrador, lo mismo que esta carta, para pasarlos a máquina, porque todavía no le encontré sustituta a la Underwood.

¡Qué bien me hizo escribirte, flaca! Te juro que ya andaba navegando por aguas fuleras cuando empecé. No necesitás que te descubra ciertos estados de ánimo que suelen desembocar en la remanidísima pregunta "¿para qué carajo…?" Porque en eso estaba, Silvia. En inquirir(me) acerca de la validez, la razón, el mérito de ser como uno es, de pensar como uno piensa, de tratar de hacer lo que trata de hacer. Pensar, para dar un ejemplo, escribo, ahora quiero publicar. Eso es, que me lean. ¿Que me lea quién, flaca? ¿Tenemos algo en común con alguien? ¿Podemos dar algo a alguien en un poema o en un relato? ¿O solamente, con suerte, procurarle un rato de solaz a una señora gorda que te va a leer si sos, para contarlo y tenerte forrado en cuero de rusia en una biblioteca de estilo? ¿Toda esta mezcla de mierda y de ternura que venimos amasando y pasando por la máquina de picar carne —o por la de hacer chorizos— se puede escribir, Silvia? Y si se puede, si lo logramos al fin ¿para qué? ¿para qué? ¿para qué? ¿Vale ese poema la sonrisa que no dimos, la piel

---

7 *El gran mandril de culo rojo*; compitió en 1989 en Casa de las Américas con la obra ganadora, del comandante sandinista Tomás Borge. El volumen 1, actualizado en 2012, está dedicado al comandante Hugo Chávez. Una copia fue a Caracas en manos del embajador de Venezuela en Buenos Aires. Otras dos están disponibles en la Biblioteca de Casa de las Américas, en La Habana.

que no compartimos, la caricia que no brindamos? ¿Alguien entiende que el crear es un enorme gesto de amor y al mismo tiempo el más enorme acto de contrición? ¿Necesito gritar a los vientos que escribo porque es lo único que sé hacer? ¿Necesito pedir perdón por ello? ¿Debería flagelarme entonces? ¿Caminar descalzo y de rodillas sobre tornillos y alacranes para que se me perdone? ¿Es necesario preguntar y preguntar como un piantado para qué? ¿A quién le importa el para qué? ¿Y qué carajo me importa si a alguien le importa o no le importa? ¡¡¡Mierda!!! Y además dar explicaciones, muchísimas explicaciones. Porque escribís muy difícil. Muy rebuscado. Muy oscuro. No escribís para todo el mundo. Hay que escribir para que a uno lo entiendan. Con el lenguaje común. No se entiende lo que querés decir. Hay que leerte con el diccionario en la mano. En cambio uno lee algo de Poldy Bird y es algo tan sencillo, tan dulce, ah…

Cierro la esclusa y la seguimos en la próxima, mi amor. Nos despedimos de nosotros mismos, nosotros que somos tan, pero tan señores. Un beso. Grimaldo. ▮

Ascenso y consumación del rojo

Algunas tardes —noches— sus horas trascurren al trote lento. Son esos atardeceres en que contempla sin urgencias las nubes largas amontonadas hacia el oeste. *Sunset westlight*. Ese cielo rojizo del ocaso trae recuerdos. *Ciel rougent / plues ou vent*… Vaya a saber en qué arcón del alma estarán guardados aquellos retazos. Pedacitos de algo que no se sabe bien qué es. Chispazos. Palabras. Gestos. Olores … historias nimias. A veces pensar ese cielo ardiente es pensar el desierto. Nunca estuvo en un desierto. Pero ha vivido sofocantes aventuras entre la sequedad de sus dunas. *Beau geste*. O en medio de los pedregales. *Era la tarde y la hora / en que el sol la cresta dora / de los Andes…*

Desearía congelar ese instante en que el cielo se incendia antes del crepúsculo. Por dos motivos, uno obvio, el otro no tanto. El obvio es que el golpe de fuego lo traslada a los lejanos ardores de los zaguanes y la siesta. Cuando mirarla de cerca era el inicio de una explosión en diferido anunciada por el preludio de rubor. *L'aprés midi* pastoral del fauno de Debussy tal vez. Para avanzar en un golpeteo embravecido de los corazones y la traidora sequedad de dos gargantas. Cuando los ojos se entornaban para dar paso a la fiesta de labios húmedos entreabiertos y lenguas golosas. Todo a compás de yemas y papilas hasta alcanzar aquellos miríficos *prestissimo con tutti*. Cuando todo era sexo y nada finalmente lo era. Sino una sublimación tan refinada que no aceptaba definiciones ni acataba límites. Y cabalgar no era el socorrido retintín de la metáfora sino la carrera furiosa que remezclaba sin usura cascos, belfos, crines y sudores. Cuando cerriles y triunfantes terminaban rodando sobre el escenario que las circunstancias ofrecieran. Arena o césped. Parquet o alfombra. El mosaico con su frío y su lisura. O la aspereza cálida del ladrillo del

patio trasero. El heno en los establos o unas bolsas de alfalfa en los corrales. Cabalgándolo todo en una nada. Esos rojos eran rotundamente rojos. Fuego anterior al fuego sin atenuantes ni matices. Rojos desvergonzados porque ellos inventaban sus decretos y los códigos. Cascos y crines que saltaban sobre todos los límites. Que demolían todos los precintos y alegremente profanaban las fronteras. Rojos de arremetida y de demanda. De envite y embestida. Ese rojo asfixiante del abrazo apropiatorio y el mordisco refrendario. Los rojos enloquecidos del acoso y el vértigo. Rojos contestatarios y violentos. El rojo casi insoportable de la divina gracia. Ese rojo infinito.

En todo caso un rojo indescriptible. Rojo de trompetas. Más de un anochecer en la isla recordó versos sueltos y fragmentos de poemas referidos a esos cielos tan particulares. Dramáticos en buena medida por el cúmulo de códigos y símbolos. Un entrecruzamiento casi rabioso de referencias solicitando atención. Todas a un tiempo. Exigentes. *Stormy weather. Blue skies. Moonlight serenade. Rosa púrpura de El Cairo*. Ahí el cielo enrojecido —sangriento— del desierto libio. Teñido con la sangre de Osiris. Los restos de su cadáver desparramados a la deriva en la vastedad del cielo nocturno. ¿Sería Isis la rosa púrpura? Imposible soslayar *El nombre de la rosa*. El incendio de la abadía también enrojece el cielo en aquella noche invernal. Infernal. Casi homophonia. Casi sinonimia. Metaphora. Casi. El rojo es rojo desde siempre. Desde siempre sujeto a revulsivas percepciones de grado y tinte. Y nombre. El nombre de la rosa, claro.

El infantil colorado se sostiene hasta los nueve o diez años. El traje de Papá Noel es colorado. La sandía y el final de los cuentos son colorados. Pero la caperuza de caperucita ya es roja. Y el automóvil rojo de Lotario era ya evidentemente rojo. La bruja induce a la bella futura durmiente a engullir una tentadora manzanita roja. En cambio la tradición no recoge el color de la manzana primigenia. Aunque todo hace suponer que era de un fuerte rojo pecaminoso.

Quizás el rojo sea desde entonces un color culpable. Si lo sabrán los republicanos. Stendhal, como los paños de ruleta de los casinos, le quitan parte del contenido dramático al adjuntarle el negro. Cuando la literatura y los requetés empezaron a preocuparse por la maldad intrínseca del rojo, ya el rojo ha hecho de las suyas en cuestiones harto más comprometidas. Pues es a causa de las investigaciones y desvelos del señor Doppler que el rojo se pone en evidencia como contagioso entre las bandas del espectro. Los demás colores se corren hacia el rojo. Anda. Un color revoltoso, qué duda cabe. Imputable por lo visto de la permanente expansión del cosmos. Un baldón nada sencillo de limpiar. Como las manchas de sangre.

He aquí el ejemplo de una materia que si pretendiera dejar de ser roja para pasar (un supuesto) por colorada… enrojecería de vergüenza. Es lo rojo lo que da a la sangre su carácter. O los hematíes, que no son sino el espíritu del rojo disfrazado de un griego sospechoso. Quién no ha palidecido al espiar el alarmante porcentaje de sus eritrocitos en un informe de laboratorio. En cuestiones de salud cunden el escamoteo y el disimulo. También en otros órdenes, para qué negarlo. El Mar Eritreo se hubiera abierto de todos modos a la orden perentoria de Moisés. Pero fue el Mar Rojo el protagonista de la maravilla. No el Mar Negro ni el Mar Blanco ni el Mar Amarillo. La historia, que se complace en registrar tantas frivolidades, no menciona ejércitos amarillos ni verdes ni azules. Reservando en cambio extensos capítulos —no siempre laudatorios— al Ejército Rojo. Dando asimismo a la Plaza Roja un protagonismo del cual carecen una hipotética Plaza Violeta o una no menos impensable Plaza Naranja. Las que —hasta donde llega mi conocimiento— solo salen del anonimato en una novela de Silvia Braun. Y si de aventuras se trata, salta de inmediato el nombre del Corsario Rojo. Quien sí tiene en su caso un partenaire estelar en el Corsario Negro y en un Corsario Verde. En cambio, el chapulín se queda en su discreto colorado.

En fin, no es breve el catálogo. Casi me atrevería a proponer un inocente ejercicio recordatorio. Traer a colación un vino, un título nobiliario, un transatlántico, varios ríos, unas cuantas bebidas de buena graduación, un molino de fama dudosa, el stop de los semáforos, la anacrónica lamparilla de los burdeles, la cresta de los gallos, el color de algún guacamayo, la escenografía de la danza de Falla, nuestro planeta bélico, algún equipo de fútbol. El imprescindible toque de calidad de la frutilla, la granada, la cereza, la manzana Double Red, la ciruela sangre y esas naranjas sanguinas y doblefinas que nos hacen agua la boca. Una capa de torero, aunque nos repugne el oficio. La vigorosa tinta de un clavel o un geranio o una rosa Sonya. Unos carnosos labios de mujer o en su defecto un buen *lipstick*. Indeleble por si acaso.

Eso es lo obvio, no lo que se disimula. *Después el cuadro cambia y de una boda / el grupo alegre desde aquí contemplo*… Los pigmentos se mezclan. Se desdibujan —lentamente— los ardores. Se sinceran los sienas y las sombras. Se apaciguan los rojos. La flama se encamina ineludible hacia el rescoldo. Dominan las penínsulas grises. Los bitonos. Los índigos de la rutina. El añil de las lágrimas. El morado luctuoso de la desesperanza. Las mismas bambalinas y los viejos telones. El proscenio y los palcos no han cambiado. Tal vez un mayor aplomo en los actores. *Nosotros los de entonces / ya no somos los mismos*… El adagio se desliza hacia un morado funerario. La lámpara del tálamo quema un aceite oscuro. Un óleo quisquilloso de resentimientos y rencores. Un hollín pegajoso intoxica los ojos y enmudece los poros. El pabilo agoniza sin escándalo. Asumen unos violetas previsibles y los grises. Cuando el ardor se opaca se marchitan los cálices y la ebriedad unánime. La copa del hastío es una ceremonia solitaria. Y la noche un espejo negro imperturbable. Una rosa púrpura se deshoja sin premeditación entre sus dedos. ▮

El Talar / diciembre 2003

Cuánto cuesta un cangrejo

Uno siempre responde con su vida entera
a las preguntas más importantes.

Sandor Marai.

¡Quién pudiera saberlo, señora mía! ¿Es acaso que se atrevería usted a decirme lo que cuesta un par de alas de mariposa? ¿O el primer rayito de sol de primavera para el condenado que agoniza tras el ventanuco de su celda? Me deja usted pasmado, hermana. Y casi como que no entiendo muy bien su inquietud.

¿De precio estamos hablando? Me viene a la memoria alguna partida de truco a la sombra de los claustros grisones del convento de los dominicos predicadores en mi vieja y mojigata Santa Fe. No mujer, qué tontera, no la de Bogotá sino la de la Vera Cruz, la de don Juan de Garay, vamos. Sí, mujer, sí. Por ahi cantaba Garay. ¿O usted qué piensa? Partidas trasnochadas entre envites y retruques en las que ningún jugador se privaba del verso florido o la copla malintencionada. Y de a ratos, entre medio de un silencio sin chicharras y sin grillos, el lamento de un pie al tirar el ancho de espadas encima de un caballo de bastos. ¡Lo que cuesta vale, carajo!

No le voy a decir un número, para qué vamos a macanear. A fin de cuentas, el precio lo pone siempre el que vende, el dueño del cangrejo sería en este caso ¿no? Yo supe tener una tracalada de cangrejos en mi cueva de San Isidro, aquel altillito abarrotado de libros y diarios al que se subía por una escalera de gallinero y se entraba agachado para no pegarse un cocazo contra el dintel. No me vaya a venir con la pregunta de la Susana, por favor. Quietitos y bien tiesos, metidos en alcohol del bueno dentro de unos frascos de mayonesa… no digo la marca para no pasar el chivo, vio. Esos de boca ancha y

tapas amarillas ¿se acuerda? Catorce llegué a contar desparramados entre los libros. Y también caracoles de todo pelo y marca. Y una parva de almejas y mejillones trenzados como ristra de ajo con ovillos de sisal y piolín choricero. Y cazuelitas de barro y conchas de loco de aquel viaje del '83 por las playas del Pacífico. También colgando de las vigas, cargadas de jenjibre, porotos colorados, azafrán, pimienta negra, pimentón de Cayena, semilla de girasol y sésamo molido. ¿Y para qué? Le leo la pregunta burlona en su mirada. Pues que entonces la cueva ya no es mi cueva de calle Marconi. Mi cueva se ha mudado conmigo y mis cangrejos a un almacén del puerto o a una tienda de abarrote allá por la ciudad vieja. No, touchè, usted no tiene un criterio, qué quiere que le diga. La está engañando el jedor de los libros. No la de Galeano ni la de Onetti, de don Alejo hablábamos. Las barricas de ron y los fardos de bacalao seco… y hasta el sabor de la guayaba. Ya no son mis tristes cangrejillos colgados de un anzuelo en las aguas barrosas de un arroyo del delta donde Haroldo. De un repente se me agrandaron los bandidos y me imagino rodeado de paguros asustadizos y centollas espinudas y unos carapachos grandotes como aquellos escudos que usaban los soldados grecios para pararle los sablazos a los escuadrones de la montada.

No es su pregunta tonta lo que me marea, no crea. Y lo que se me sube a la cabeza no es el vino, es el olor de los recuerdos. Tal vez lo que me duele no es pensar en lo que costaron mis cangrejos. Ahá. Así como le cuento. Lo que me pega mal es el olvido. ▮

Taller Municipal de la BP Ricardo Rojas / abril 2013

Pequeño Benyi

Una pradera alargándose a derecha e izquierda. Como tomada por una de esas cámaras con lente de 180 grados. Panorámica. Una criatura con su barrilete. Ni árboles ni pájaros. Yo en primer plano afuera de la escena. Tan ínfimo en medio de esa pradera interminable. Produce un sentimiento como de nulidad. Eso es. Una ecuación con unos cuantos términos igualados a cero. Sin saber bien por qué el pensamiento matemático me va llevando con disimulo a otros territorios. La pradera y el chico permanecen tal cual. El chico lanzado hacia adelante tirando del piolín del barrilete. Y la pradera retrocediendo veloz bajo sus pies.

Después intentaré dar precisiones acerca de Benjamín y su barrilete. Antes quiero detenerme en esta oleada de códigos que me atrapa a propósito de las ecuaciones. Mi primera vez en este tema fue allá por los cuarenta. Entre el ‘48 y el ‘49 tal vez. Las neuronas pierden su virginidad como cualquier otro pedazo del cuerpo. O peor todavía. Las mías empezaron a flaquear ante las arremetidas de tres señoritas que eran para mí la síntesis del acorralamiento y la antítesis del glamour. De lo contrario no tendría tan presentes sus nombres abominables. Celina Repetto. Susana Linskens. Hilda Fesquet. Para ratificar los nombres podría revisar mis viejos libros de texto. Aunque me queda más a la mano echar un vistazo en internet. Busco Celina Repetto y saltan un montón de referencias. Era muy exigente. Mandaba a examen a la mayor parte de sus alumnos. De todos modos no tuve con ellas tres otro contacto que el de los libros. El verdugo en vivo era el profesor Juan Herrera. Riojano socarrón de muy pocas pulgas cuando estaba en juego el conocimiento. O sea la salvación de nuestros estreñidos cerebros. Es decir la preservación de una fe por la cual respiraba y a la cual había dedicado el medio siglo

largo que llevaba sobre sus espaldas. Manifestaba hacia las tres profesoras el esperable respeto entre docentes. Lo que no le impedía referirse con manifiesta ironía a los libros “de las tres señoritas”. Antes de toparme de lleno con ecuaciones e inecuaciones, tuve que enfrentar a don Juan Herrera en el manejo —penoso para mí por cierto— de las igualdades y desigualdades. Si bien este ilustre maestro se dignó aclararnos alguna vez que las desigualdades matemáticas eran insignificantes en comparación con las que habríamos de conocer a nuestro debido tiempo.

Al año siguiente estaba metido en un berenjenal. Porque a las ecuaciones matemáticas habrían de juntarse las fisicoquímicas, no menos arduas y asimismo —a mi modo de ver— estériles. Pero la fertilidad o falta de ella no eran el tema de discusión. Por suerte, porque sabido es para cualquiera que las haya padecido, que hay proposiciones que no crecen ni prosperan por más agua que se les suministre. A lo sumo el agua pudo haber servido para ahogar nuestra ignorancia. De no mediar el hecho de que nuestra ignorancia —como muchas penas— sabía nadar en cualquier medio y bajo cualquier circunstancia. Así fueron desfilando ante nuestra inanidad la ecuación de Gibbs-Hemholtz, la de Gibbs-Duhem, la de Duhem-Margules, las cuadráticas, las cúbicas y las diofánticas. Que no dejaron en nuestras malheridas inteligencias otro rastro que el desconsuelo y la abyecta frustración. Y que ni siquiera nos preservó de futuros sobresaltos a quienes con tozudez nos volcamos en la universidad hacia el campo de las ciencias exactas. Pensarme al cabo de tantos años perdido en la orfandad de los claustros académicos no me parece menos infeliz que la visión de ese niño corriendo por el llano en pro de remontar un barrilete que porfiado se apega al modesto ruloteo a ras del suelo. Salvo quizás el hecho de que este inocente no llora ni se arrepiente de sus propósitos. Mi vida de estudiante, en cambio, estuvo jalonada —malgrè moi— de avances y retrocesos. En una relación por cierto desafortunada, tal que al cabo de innumerables sofocones y tropiezos

advierto que la evaluación honesta debiera ser pocos y medidos avances. Muchos y amplios retrocesos. Aunque me resultaría penoso que esta breve charla se transformara en una sesión de confesiones y culpas. Es decir de pésames y confiteor y tardías contriciones. Lejos de la musa calderoniana, magro se vería mi discurso si empezara con los ah mísero de mí que las damas sensibles aguardan con impaciencia para empezar a echar los mocos. Amén de que mis agravios no se refieren al cielo sino a cuestiones pedestres como las ecuaciones bicuadradas y las inecuaciones de Rey Pastor. Aclaro que mi primitivo contacto con la ciencia de los números pasaba mucho más cerca del álgebra de Picatoste que de los tratados de cálculo diferencial. Por lo cual es de suponer mi grado de acidez cuando, después de oblar un precio nada menudo por un volumen del maestro, eché una prudente ojeada al índice. Más me hubiera valido internarme en una selva indonesia. Aquello de los invariantes y los algoritmos y los laplacianos y las series de Euler y de Fourier y la regla de l'Hôpital penetró con tamaña violencia en los intersticios de mi intelecto, que no dudé por un instante haberme equivocado en la formulación del pedido. Es más, creo recuperar —tarde piaste por cierto— la sonrisa enigmática del librero al pasarme el precio y preguntarme con rostro inmutable si lo quería envuelto para regalo. Lo que me importaba entonces era darme importancia llevando bajo el brazo un libro importante. En realidad lo que llevé a cuestas durante casi dos años fue la amarga carga de haber pagado una pequeña fortuna por una obra que resultaba tan accesible a mi ignorancia como lo hubiera sido el *Arte de la Fuga* para un percusionista de la edad de piedra. Aún creo que salgo perdiendo, pues ni siquiera soy intuitivo. Lo demostré, exponiéndome al escarnio y al ridículo, en una de las primeras clases de Matemática I. Tal vez la primera, porque me latía todavía en la cara el rubor de un bachillerato muy alejado de las exigencias de la ingeniería. Egresado de colegios de varones, era la primera oportunidad —a excepción de la academia inglesa— en que me encontraba den-

tro de un aula con un número no grande pero al menos notable de mujeres. Apenas nos acomodamos en las gradas, el colorado Rodolfo Kuhn empezó a llenar el pizarrón de desarrollos inverosímiles al tiempo que los explicaba —de espaldas a nosotros— con formulaciones absurdas a una velocidad terrorífica. Mi desesperación me llevó en muy mala hora a interrumpir la exposición magistral. Perdón ingeniero, por favor explique más despacio porque no lo podemos seguir. Sin darse vuelta siquiera para identificar al atrevido, lanzó como un grito de guerra “yo no tengo la culpa si son tarados”.

Hoy por supuesto hubiera entablado una discusión educada pero firme con el pelirrojo. Quien por otra parte era —lo supe más tarde— una verdadera autoridad matemática, casi a nivel de genio. Pero entonces, morado como una remolacha y casi ahogado por la rabia, solo atiné a abandonar el aula con no muy buenos modos. Y ahí mismo tomé la desastrosa decisión de no concurrir más a teóricas y rendirla libre. Me llevó dos años y tres aplazos aprobarla. En realidad debo reconocer que, dejando de lado la demora, terminé conociendo la materia bastante a fondo. Es decir, lo suficiente como para darme cuenta de que Rey Pastor era una majesdad por completo alejada de mis necesidades actuales y futuras. Y que aquel dichoso volumen de álgebra era además de inútil, invendible. En verdad pienso que jamás hubieran regresado a mi memoria las penurias de estos frescos amaneceres, de no mediar un fatal encuentro, hace alrededor de diez años, con aquellos malvados signos de mayor que y menor que de los cuales se valían las desigualdades para expresarse. Estaba intentando descifrar la semántica del teclado de mi primera computadora cuando —entre otras infamias tipográficas— di ahí debajo de mis dedos con los susodichos signos. Lo cual, reconocido sea de paso, ojalá hubiera sido el único inconveniente que me acarreara el endemoniado artefacto. Descubrirlos y revivir de inmediato aquella penosa aventura de ecuaciones e igualdades y series y matrices fue instantáneo como la deflagración de una carga de pólvora. Pero re-

pasar esta parte de mis desgracias me apartaría fatalmente de la historia de Benyi y su barrilete. Pues mientras evoco estas módicas peripecias académicas, una brisa liviana promete ayudar los intentos del niño, hasta el momento vanos. Sea por propia intuición o por consejo de algún circunstancial paseante, el pequeño se ha puesto de espaldas al viento y marcha hacia atrás, dando ligeros tirones al piolín. Con lo cual logra que a cada tirón el barrilete se eleve un tanto y entre pasitos de espaldas y tirones al hilo consigue por fin que el rombo rojo y amarillo se alce hacia las nubes.

En ese momento, niño y barrilete se funden en una figura viva y múltiple recortada del paisaje y del mundo. Las manos crispadas aferrando el pedazo de tacuara donde está atada la última vuelta de piolín, el cuerpecito arqueado haciendo fuerza para que el barrilete no suelte sus amarras y la pandorca con sus flecos al viento y la cola serpenteante, crecen a mi vista como un gracioso dinosaurio de cuello larguísimo y cabeza de colores. Ignoro cuánto tiempo dura este angelical espectáculo. En algún momento cierro los ojos y me pongo a correr con mi fantasía a la par del pequeño.

Al abrirlos, el niño y el barrilete han desaparecido. La soledad y algunas gaviotas planean sobre la llanura desierta. Y yo sostengo en mi mano crispada un trozo de tacuara del que cuelgan unos escasos palmos de piolín. ▮

El Talar / mayo 2004



Uno de los 14 ejemplares de crustáceos que llegaron a convivir en la Cueva, en amable camaradería con minerales, moluscos y pequeños cacharros con semillas aromáticas.

Un rato antes de despertar

- Integra el volumen *Tercera fundación*, Premio de Narrativa ficción "Ciudad de Rosario" 2006 / Editorial Municipal de Rosario.

Apenas la canoa se suelta del costado del muelle, mira adelante con aire indeciso y luego hacia el norte por encima del hombro. Ambas alternativas son buenas. Y ninguna lo es en el fondo. *Vivir, morir… tal vez soñar…* La pesadez de la siesta le ofrece el necesario respiro para instalar los remos en sus toletes. La canoa ha virado al sesgo de la corriente y ahora se encuentra derivando lentamente rumbo al Paraná de las Palmas. Nada más —acaso— que para contrariar ese preciso orden que la naturaleza parece imprimir a los acontecimientos más triviales por el placer de agudizar sus frustraciones y sus enconos, clava el remo izquierdo con gesto voluntarioso y con un par de robustas remadas del derecho embica la pequeña embarcación en dirección al sur. Una torcaza bate las ramas superiores de una casuarina con su gorgoteo cansino. Lejos, como de contrapunto, una pava de monte retoma la ronda de chillidos y aspavientos, al tiempo que en lo alto un casal de gavilanes polleros planea a dúo, marcando sobre el cielo cenizo un pas-de-deux mezcla de solemnidad y mal agüero.

Afirmadas las alpargatas con bronca contra la bancada de popa, se empeña en un mano a mano tozudo contra la correntada. Desde el San Antonio, camalotes y juncos remontan el arroyo, mezclados con ramas y basura. Poco a poco, los remos se van acomodando al ritmo lastimado de su pensamiento. Más que pensamientos pantallazos, fogonazos en los que el odio remezcla destellos rojizos con relámpagos amarillos de ira y vetas pardas de resignación y desesperanza. Sórdida tormenta cuyos compases se entrelazan con el canto zumbón de las chicharras y el silbido compadrito de los benteveos. Que —desde hace años— le revuelve las tripas con la amonestación de sus silencios ácidos. Y que —invariablemente— arranca

con un acorde alto y afilado resabio probable del alarido de la montonera en el ceremonial instante del entrevero, para culminar en quejido luctuoso de paladar reseco y vértebras quebrantadas.

Su vida es como esa canoa, tironeada por caprichos de un remo derecho o de un remo izquierdo. Un traspunte reticente le indica, de tanto en tanto, que hay medios más eficaces para avanzar por la vida. Sin ir más lejos, en tardes de verano pasan frente a la isla los fuera de borda insolentes y los cruceros de varias toneladas con mujeres hermosas tostándose casi desnudas. Y los kayaks rampantes y las canadienses multicolores cargadas de risas y aventura. Como antes viera pasar las Legnano y las Gilera y los Fititos y los Falcon. A veces una tablita Dufour le zumba por las narices y un androide de lomo bronceado a windsurf y ultravioletas le llena la cara de espuma. Él, terco en su angustia, sigue aferrado a los remos de la vieja canoa injuriada de arañazos de tala y tapones de pabilo y brea.

Van quedando atrás un ceibo, el playón de las nutrias y los dos montecitos de ligustro. Unos cien pies al sur del segundo monte, la boca de una corriente angosta, a medias disimulada por una barrera de juncos, lo llama con insistencia. Nunca se ha metido en ese zanjón, que apenas da, según calcula, para maniobrar con los remos.

Hace ya mucho tiempo ha olvidado el viejo arte de avanzar a golpes de pala, como los pescadores de su río Colastiné. Impulsado por desprolijas motivaciones, abre con parsimonia los juncos y cabeza gacha penetra en el túnel de sauce álamo y madreselva. La proa hiende el agua calma, protegida de los latidos de la creciente. A medida que avanza se alzan las ramas, al tiempo que la luz se va empobreciendo, tragada por la muralla de troncos y la mansarda de follaje. El marrón cobrizo del agua se oscurece, al punto que en un rato tendrá la sensación de navegar un arroyo de alquitrán.

Hasta allí lo acompañan el croar de las ranas y el cloqueo de las gallinetas. Pero según se interna en la corriente oscura, silencio y negritud se abaten sobre él. Piensa, saboreando su revancha, que ni

las mujeres de los cruceros ni los tilingos de los fuera de borda se animarían en esa. Piensa, también, que esta imprevista expedición a una estigia no por inmediata y concreta menos espeluznante, resulta apenas el reverso —el contraluz— de su fatal avance cotidiano a contramano y a contrapelo del destino universal, o al menos de su personal y sórdido destino. Acostumbrado desde siempre a la contradicción de lo diferente y a la aspereza de lo desparejo, único elemento inexistente de un conjunto vacío, singular borrego ignorado por el rebaño y por esa misma razón aislado cuando no desechado, montón de pedazos de hombre entre los hombres del montón, procura sonreir a medida que metáforas y analogías desfilan en un calidoscopio de fiebres verdes y aristas de mercurio. Remando a ciegas, percibe cómo el techo de ramas ha sido reemplazado por un cielorraso abovedado de tierra compacta, y cómo de repente se han acallado chicharras, gallinetas y ranas. Comprende —sin explicárselo— que la corriente lo está llevando bajo tierra. Y entiende, asimismo, que la reciente imagen de una estigia contemporánea refuerza, sin quererlo, su ofuscado rol de Caronte sin vestuario y sin libreto.

Más como un exorcismo que refutando algo concreto, murmura acerca de la fatalidad y de suertes echadas, y acelera su marcha con remadas rítmicas. Ejercicio innecesario, dado que la pendiente del terreno determina un flujo de agua que lo impulsa, túnel adelante, a regular velocidad. La oscuridad es total. De tanto en tanto alza un remo para estimar la altura del techo, comprobando que se mantiene a unos tres pies por encima. Chillidos de murciélago y el ulular de un búho rasgan el velo de silencio.

A esta señal, el arroyo subterráneo inicia un adagio de silbidos, aleteos, crujidos, chapuzones y graznidos. Ramas de sauce y lianas de corneta de bobo imprimen caricias húmedas en el rostro tenso. Docenas de cangrejos, prendidos del casco, amenazan triturarlo en un concierto de pinzas y mandíbulas.

Lejos, hacia adelante, repiquetean risas y tambores. Un ave —no logra discernir si gaviota o lechuzón, tal vez un biguá— deja caer encima de él su lluvia de excremento ácido. Formas pesadas agitan el agua, salpicando una espuma aceitosa hedionda. El miedo suelda sus mandíbulas, impidiendo que los dientes se quiebren a impulsos de una emoción que racionalmente niega, pero poco a poco lo va envolviendo en un abrazo lleno de nudos, dentelladas hirvientes y caricias heladas.

Cada rasgo de su cara se inmoviliza trabajado por el sudor. Al fin, hasta el sudor es devorado por la máscara de escarcha. Sabe —adivina— que debe resistir y seguir avanzando. Ignora qué es lo que habrá de encontrar al final del túnel. Pero tiene la intuición cabal de que retroceder sería, además de insoportable, inútil.

Su vida ha sido una apretada urdimbre de cavernas, túneles y laberintos. Recuerda ¡buen momento para detalles! distantes conversaciones con su analista acerca del recinto materno y la madre tierra y la matriz universal. De alguna manera, esas charlas involucran confusos ritos de pasaje, cálices misteriosos, fórmulas esotéricas y espadas mágicas. Evocando las epopeyas de Gilgamesh, Teseo y Sigfrido, suelta los remos y aferra con ambas manos el machete.

Risas y graznidos estallan entre amenaza y burla. Tenso, percibe cómo la escenografía agónica le desacomoda los músculos y las vértebras. El licor umbilical espeso del que hablaba en uno de sus poemas, se enrosca ahora alrededor de su cuello con una presión urticante de fibras de cáñamo.

Un potente haz de luz lo inmoviliza. Aflojale, que estos hijos de puta se nos mueren en las manos sin largar prenda. Tirado de espaldas sobre el fondo de la canoa, siente antes de perder totalmente el sentido, el peso de una bota que le quiebra la columna.

Vuelve lentamente en sí al cabo de unos minutos. De unas horas o de muchas semanas. Pero vuelve. Sin identidad, sin memoria, también sin dolor. Le cuesta el menor movimiento, como si se

hubiera extinguido toda relación entre cerebro, nervios y músculos. Ya no está atado a la cama de hierro. Alguien ha barrido sangre y excrementos que fueran su única respuesta a unas preguntas ya olvidadas. Sin alzar la cabeza, recorre con las manos un piso de tablas. El olor a madera y la adivinada proximidad de agua le acercan una sed pretérita.

Aguantate unas horas que si no te agarran contracciones. Si tomás agua estás listo. Abre despacio —entreabre apenas— un ojo. El otro es un agujero de barro y sangre coagulada. Su cerebro registra con esfuerzo el muelle, junto a un arroyo. A pesar de los tabúes y las prohibiciones, el agua significa escape, libertad. Intenta arrastrarse sobre el vientre. Las piernas son un montón de carne insensible. Solamente los antebrazos sirven para avanzar, pulgada a pulgada, haciendo fuerza con los codos. Por fin, ya en el borde, incorpora levemente la cabeza y espera. Tiene que sobrevenir el golpe de las botas sobre la espalda. O los palos de goma en los riñones. O las mandíbulas de los perros. Mejor —en todo caso— un itacazo o una ráfaga de uzi. Aunque sabe bien que no le cabe tanta suerte.

Hay una canoa amarrada al muelle. Cerca de él. Cerca de esa absoluta soledad, porque en el lugar no hay nadie. Agarrado a uno de los palos, se deja resbalar hacia la canoa. Es dificultoso hacerlo despacio, pero de otro modo el único resultado sería volcar ese penoso destello de esperanza. Ya ni siquiera recuerda el sentido de esa palabra. Cuando los pies tocan el fondo de la embarcación, desata la soga y se deja ir. ▮

San Isidro / marzo 1988.



Otra vista de la Cueva. Un ojo de buey que alude a ciertos ancestros marineros. Uno de los faroles de la isla. Un níspero. Cangrejos y caracoles. Recipientes de arcilla con especias aromáticas, en recuerdo de aquellos almacenes de ultramarinos de los muelles de La Habana pintados por Alejo Carpentier. Cazuelas con alcanfor, canela y fenogreco. Conchas de loco. Un refugio sin relojes y sin brújulas.

La siesta ya dormida se fue por la tarde

Los zorzales, una pareja de benteveos y algún hornero armaron una ronda apenas cayeron en el césped los granos apetecidos. Esa mezcla que preparaban en la carbonería para pájaros medianos. Maíz partido, mijo, alpiste, girasol… las chicharras estaban al margen, colgadas en las ramas de los robles.

Nunca se había puesto a pensar de qué viven las chicharras. Del canto, por supuesto, si sería abombado. Igual que él, un vago, un inútil, un inservible. Y las ranas se anotaban de tanto en tanto, memoriosas de la lluvia artificial que llegaría al ratito, por la boca de una manguera nada mezquina en caer desde la parte alta del cerco, resbalando hacia la tierra en cascaditas alborotadas.

La fiesta las volvía locas. Croaban embelesadas sin cuestionarse acerca de compromisos ni obligaciones. A fn de cuentas, la única obligación que se tiene con la vida es vivirla, qué carajo. ▮

Taller Municipal de la BP Ricardo Rojas / setiembre 2011



María Eugenia y Gustavo, los dos hijos menores del autor, con Aída y Catín, La Lucila 1973.

Duque en la memoria

Aunque siempre fueron perros los más próximos a ese rinconcito donde uno conserva el sabor de las primeras mieles entremezclado con la acidez de las más queribles amarguras. Tratá de aguantar un poco más Negro. A las ocho y cuarto empieza *La noche de las narices frías* y vamos a cambiar este final. Amanda y los chicos la vieron hace casi veinte años. ¿Te acordás mamá qué ojos dulces tenía el perrito lanudo? Siempre hubo perros en nuestra vida. Y también —en la mía — películas que por diversa circunstancia fueron escapando a mi apetito. Que no dejaron sino ese picor amargo en la boca, no poder saborear con un hijo la ternura de un diálogo o una epopeya fulgurante.

Qué extraño estar memorando esto hoy que con Duque llevamos tres días sin dormir. Primero Platón, aquel cuzco que compartía con Guillermo los huesos chupados a cuatro manos y con el que Guillermo compartía chupetes y mordillos (en la realidad, usaba de mordillo los huesos reciclados). Son las cuatro de la tarde. No hace frío, pero estás temblando. Si me remonto en la memoria (bien vendría en este otoño enfermo una terapia de vidas pasadas) había en casa un collie recorriendo sin prisa patio y habitaciones en atenta vigilia. Prim era su nombre, vaya uno a saber qué metejones de abuela Macrina, quien gustaba de aderezar la grisura cotidiana con entremeses de su España. Para qué te hablo de ella, Negro, si no la conociste… ella debe andar eligiendo sardina fresca en el Tombo de su ría de Marín (esas sardinas más sardinas de un mar más mar bajo un cielo más cielo) para prepararme una inolvidable empanada…

No faltó un Bobby emulando a los perros de madera, patas movibles y cola de resorte que apañaron mi infancia, perrazos blancos con lunares que yo paseaba cordel al cuello sin saber aún que

esos bicharracos mantenían intacta mi inocencia, porque esos no se morían nunca. Ya ni fuerzas te quedan para morder, Negro… te sostengo para que no te lastimes la lengua… No tengo presente el final de Prim, era ya un mito en casa a mi llegada. No aparece en mis primeras fotos, esa sin pañales y aquella otra, con galas de bautismo…

También en la infancia de ella hubo perros. Es decir en su adolescencia, porque su madre nunca quiso animales aparte de canarios. Pero a la edad en que llevó a Terry —a poco de conocernos— contaba con el poder que otorga aportar un sueldo a fin de mes. Y fue aceptado —de mala gana— y duró hasta que su instinto pudo más que la buena letra que Amanda madre exigía. Junto con la vainilla de un juego de sábanas arrancada a mordiscos y una maraña de helechos y malvones sembrada por el patio a la par de terrones y fragmentos de terracota, Terry fue un ataque de lágrimas primero y un tierno recuerdo al fin.

Al poco de nacer me separaron de mi madre para llevarme a una casa donde tres niños y dos personas adultas me recibieron con un plato de leche tibia. Debo haber sido como un príncipe para ellos porque me llamaron Duque. Ella se ocupa de mi comida, mis pulgas y mi baño. Habla mucho conmigo y algunas veces mientras me cuenta cosas llora en silencio. A él lo veo menos. Aunque no llora también parece triste…

Recuerdo el día en que te trajimos. Una pelota de terciopelo negro, llorona y calentita. Catín II te recibió como a un hijo, tal como había prohijado a los gatitos de Aída desde aquel día del camión… Apretame, negrito, ya sé que está doliendo mucho. Antes tuvimos un Catín I, que fue el perro de la infancia de los tres; huraño con extraños y manso con ellos. Hasta cabalgaban encima. Pero celoso si entraba otra criatura. Por eso quedó una noche en la terraza, encadenado a un caño. Amaneció duro y estirado —los ojos muy abiertos— nunca pudimos olvidarlo… descubrimos la pérdida de corriente… adivinamos que tal vez había sido una vida a cambio de otra vida…

Para entonces los chicos ya habían visto la película y sus juegos eran una mezcla de perros de peluche, de celuloide y de auténtico pellejo canino. No entendían lo de llevarse como perro y gato puesto que gatos y perros convivían en casa en complicidad, exigiendo —cada cual— su cuota de mimos. Dejate las mantas, Negro, que estás temblando. Durante cerca de veinte años la perruta reinó en casa, madre de cachorros propios y gatos ajenos. Instalada en nuestros hábitos, acompañando quenas y sikus con un ulular que daba cuenta de su vena lírica. Ignoro qué sintieron vos y Catín II con el advenimiento de Pompy. Gustavo lo encontró de dos meses perdido —abandonado— hambriento de cariño. Me cuesta precisar si fue siempre el mismo hijo de puta simpático o estas virtudes le crecieron con el tiempo. Ustedes dos lo aceptaron como esos males que no tienen remedio. Tal vez se hayan propuesto educarlo en otros modales. Intención —si la hubo— perfectamente inútil. Inútil —asimismo— recordarle a Gustavo que Pompy había ingresado a la familia como miembro transitorio. Era argumentar con una pared. Ella y yo nos sentíamos despiadados cuando se abordaba el tema. La actitud de Guillermo y María Eugenia solidaria (con Pompy) hacía delicada la tratativa. Corolario: Pompy con carta de ciudadanía. Decidido a colaborar en tu educación. Y —a su debido tiempo— con las pulsiones libidinales de la perruta (no sé si supiste que este apodo era un apócope de “perra hirsuta”, que ella reivindicaba cuando la irritaban, erizada gruñendo desde los bigotes hasta el extremo de la cola). No te saques las mantas, Negro…

De más está recordar los resultados de tal magisterio. Al año, ambos (nunca la perruta) saltaban cercos y tapiales, cayendo sobre transeúntes y ancianas desprevenidas. Primera vez que veo volar a un perro, comentaba una pobre vieja sobreviviente. Entre esta gimnasia y la rutina de correr tras la pelota de madera, vos y Pompy demostraban su habilidad culinaria, custodiando los trozos de carne que nos encantaba asar a la parrilla. Fruto de ese celo fueron casi tres ki-

los de vacío que uno de los dos retiró de las brasas y se repartieron como hermanos. Como casi tres kilos de vacío es lo que nos correspondió de menos, las cuentas quedaron a cero, como Dios manda. La paliza debe haberles servido para agilizar la digestión.

El capítulo amores con la perruta merece lugar aparte. Catín II solo había tenido cuatro pariciones, fruto de experiencias furtivas. Para cuando ustedes sintieron correr por la sangre las cucarachas del instinto, ya la perruta era una madama retirada del oficio. Situación que explicitaba con gruñidos —en caso necesario un atinado mordisco— cuando alguno la empezaba a requerir de amores. Con lo cual debieron abordar el aprendizaje sin ella. Como la imaginación requería variantes, Pompy se ingenió para conseguir el consentimiento de la perruta, ante tu mirada sorprendida y —desconociendo las reglas— te interponías intentando una *ménage à trois*.

La perruta no dejó de advertir que tu físico era más interesante. Pompy un peso pluma. Y vos mostrabas unos músculos que ella no podía ignorar sin escándalo. Al principio te hiciste rogar. Pero también la carne canina es débil y también es propio entre perros que las hembras salgan con la suya. Al fin bajaste la guardia y la perruta entró en una etapa gloriosa, con dos cachorros a disposición en cuanto alzaba la cola.

Son pasadas las seis. Tu respiración es pesada y despareja. Hay un bajón de signos vitales… Dentro de un par de horas, disfrutaré de mi *Noche de las narices frías*. Verla cerrará un círculo de complicidad con nuestros hijos y también con nuestros perros. Como armar una figura que comenzó con andadores y soldados de plomo y Fuerte Apache y termina en un hogar que se va adecuando a espacios más silenciosos. Los afectos no claudican, lo que claudica muchas veces es el soporte material de ese afecto. Los forzamos, cuando le firmamos la trasferencia a Pompy después de masticarse aquella tortuguita que no manifestaba interés en conocer de cerca la dentadura de los perros.

Cuando tragándonos las lágrimas vimos retozar por última vez a la perruta vaya uno a saber en qué campos, entre qué flores, acosada por una inyección que tuvo que aplicar el veterinario porque me falló el coraje. Ya falta muy poco para que empiece la película, Negro, para meternos en esa magia de colas y narices que nos abra la ventana de su final feliz.

No te duermas, en un ratito vas a correr por esos montes, a la orilla de ese arroyo, bajo las casuarinas y los sauces. No importa el viaje en la lancha, yo te voy a llevar en cubierta. Te voy a mostrar las curvas del Luján, las playitas del Sarmiento, las aguas anchas del San Antonio. Vamos a remontar el Dorado, a través de los camalotes y los ceibos. La curva del Arroyón, la boca del Fontana. Por ahí te dejo bajar, para que sigas corriendo a la par de la lancha, mientras entramos al Sábalos. Nunca probamos si sabés nadar, Negro, pero el perro nada por instinto. Igual tené cuidado, suele andar alguna comadreja entre los pajonales. Si te cruzás con Botija dejalo, es un amigo. En La Luz no tienen animales. En Osvaldo y en La Sonámbula tampoco. Mac Lean tiene un cuzco grandote y manso como él. Los chicos de Camuatí los traen y los llevan con ellos. Y mirá, corriendo y retozando sin permitir que los asombros de islero novato te oscurezcan el instinto, ahí estás en el muelle de La Cautiva, esperando que amarre la Interisleña, moviendo la cola, masticando una mezcla salada de susto y orgullo. Aguantate un rato, que Amanda cebe unos amargos mientras preparamos las cañas. Por ahí te vas a aburrir sentado al lado mío en el muelle, hasta que pique una boga o una tararira. Si es tararira, no se te ocurra arrimarle una pata a la boca. Ya vas a aprender a conocerlos. Los bagres tienen unas chuzas que te van a dejar peor que aquella abeja que tragaste cuando no contabas seis meses.

Ya es la hora casi. Hay lecciones que no quisiste aprender, viste. Que las abejas y las avispas cargan aguijones. Que hay gente ¿cómo querés que los llame? capaz de tirarte un pedazo de carne o

una albóndiga llenas de veneno. Vos qué podés saber lo que es un veneno, si lo único que hiciste en seis años fue querer a nuestros hijos como si fueran tus cachorros y hacernos fiestas como otro hijo… dicen que los animales no tienen alma… La tuya va a volver a aquellos caminos por los que nunca anduviste, a esa isla que no alcanzaste a conocer porque no nos animamos. O a lo mejor se queda en este rincón, bajo la escalera, donde Amanda y yo te estamos contemplando despedirte, sin mirarnos a los ojos, porque hay emociones que pasan muy lejos de las miradas y las palabras…

Me parece que ya no tengo ganas de ver esa película, se te está poniendo muy frío el hocico. Menos mal que pararon las convulsiones… Ahora sí vas a dormir tranquilo. La boca entreabierta como en una sonrisa… Te habrás cruzado con Botija, o con alguna comadreja… O estarás pensando darnos una sorpresa y esperarnos en el muelle, escondido entre los ligustros… tené mucho cuidado con las tarariras y los bagres.

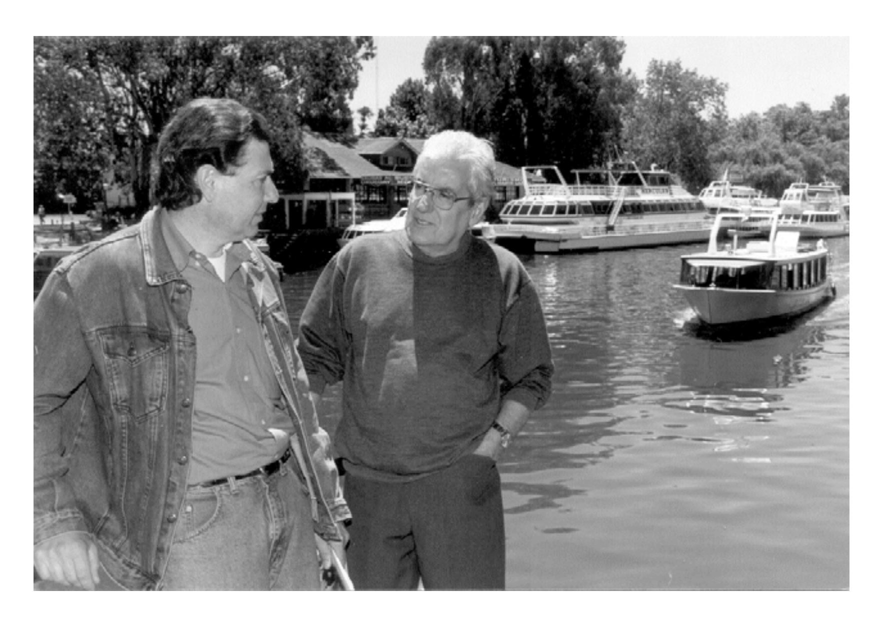
Se te puso muy dulce y líquida la mirada. Tan clara, tan limpita, que ya no nos alcanza, Duque… ▮

San Isidro / agosto 1989.

Las historias y los puertos

Fantasías acerca de capitanes almirantes o adelantados
—casi toda cuestión de contrabandistas / sacristanes
jibosos y filibusteros— se prolongan en puerto entre avíos
de cáñamo jenjibre masteleros de cofa / acritud de opio
pipas de raíz de mandrágora / desaforada ronda
de constelaciones australes con barricas de ron y bacalao
desengaños y cangrejos / sus discursos abundan
en papagallos nudos desvirgados a fuerza de falanges
y paciencia (o con espada) alforjas ahítas de mal francés
charque / nostalgias de una playa insular / redondillas
de amor o cualquier otra mentira inevitable / muelles
atesorando cicatrices o herrumbre en cascos
desencuadernados / perfume de la cabellera de Honorata
de van Gould / hilachas de mala fama de Morgan
y del Holandés Errante / en casi toda historia alguien
—típicamente taciturno y solo— llega o embarca rumbo
al ombligo misterioso de unas islas. ▮

Puerto Yeruá (Entre Ríos) / noviembre 1989.



Tigre, Estación Fluvial 10 de noviembre 1999. El autor, con el poeta isleño Eduardo Ángel Battagliero. Nació en la isla. A los ocho años escribió su primer poema. Publicó el primer libro a los 17. Estuvo siete años cerca de Borges. Vive en el Caraguatá.

"… a mí me apasiona la literatura, pero no es para ganar dinero. Ni Borges pudo ganar dinero con la literatura, porque él sacaba ediciones y vendía no sé, cien libros, ciento cincuenta libros. Ediciones de 2000 ejemplares, de 1500 ejemplares hacía él, más no hacía. Por eso, mi trabajo es otro. Cuando vivía mi papá, trabajábamos la fruta, el mimbre. Y de eso vivíamos. Ahora me tengo que dedicar a otra cosa, porque la fruta ya no se puede cultivar. La gente se fue yendo de la isla, se abrieron las compuertas, se rompieron los diques y al inundarse no se puede cosechar. La planta se seca. Yo en mi quinta tengo mimbre y hago trabajos afuera, carpintería y albañilería…" [*Tigre 2000x*-Año I Nº 4- Octubre/diciembre 1999, pág. 8]

Sobre todo la ética

Los cangrejos no tienen un pelo de tontos. A diferencia de las musarañas y los guarisapos, el cangrejo —me refiero, naturalmente, al género Pagurus—nace con una marcada inclinación al hedonismo.

Ustedes me dirán que lo hedónico (o hedonístico) es connatural en las mariposas y los ciempies —es decir en los lepidópteros y oxiuros, aunque ahora que lo pienso me parece que se me lenguó la traba y debí decir anuros— mientras que los arácnidos y algunas especies de crustáceos llegan a la manifestación seudo hedonística a fuerza de leerles capítulos y capítulos acerca de la revolución productiva y de lo necesario y más que necesario urgente y conveniente que son el sudor, el sacrificio, el ahorro, la participación del esfuerzo de unos en la grandeza de otros/muchos/todos (tachar lo que a uno le parezca menos y dejar lo que le parezca más).

Bueno, los cangrejos no tienen, decía, un pelo de tontos. De hecho casi todos los que alguna vez llegaron a mis manos no tenían de esos ni de los otros. Probablemente una larga permanencia en agua dulce los que provenían de las salinas grandes, o en agua salada los oriundos del río de Solís, haya incidido desfavorablemente en la conservación de sus valores capilares. Lo cual quita a mi comentario algo de fuerza, pero considerando que lo que que cuenta es la espontaneidad, adivino que todos entendieron la dirección de la metáfora.

No puedo seguir adelante sin fundamentar los asertos iniciales respecto de las musarañas y los guarisapos (nada que ver con la aparente identidad de los somorgujos), pero atento a que faltan pocos minutos para que lleguen mis primeros pacientes, deberé postergar para otro jueves las precisiones que ustedes requieren y merecen.

Lamento que el Sucu se quede con el intríngulis, pero el Santo Padre de Viena y elementales obligaciones profesionales —todo eso

que puesto en un paño humedecido en explícitos humores se vende en los mercados sicodélicos como placebo de la ética— corto ya, porque como sicoanalista ni como sicoterapeuta o sicogimnasta, me agrada hacer esperar a los pacientes.

Ya debe haber ocho o diez cangrejos en la sala de espera.

Manuela Pedrazza / jueves 12 de setiembre 1991

Alguna runas incestuosas

Ignoraban la opacidad de los códigos y la insípida sensatez de las personas adultas y se amaban con ahínco a través de las telarañas majestuosas en un verano sediento e interminable.

Se amaban y la sed del verano era su propia sed y la majestad de las telarañas era una copia de la agitada turbulencia de su amor. Los dioses no los apañaban ni los envidiaban porque cuando se conocieron casi todos los dioses habían muerto en la desesperación de no haber sido testigos de tan bella insensatez como la de aquel amor. Los escasos dioses sobrevivientes estaban demasiado atareados derribando unos muros y anotando todo lo que los dioses anotan habitualmente al margen de los decretos y las pólizas y gracias a esto podían amarse locos y bobos solamente preocupados por olerse y buscarse con los ojos vendados y las manos ávidas y las bocas tentándose con ese vapor húmedo que hace felices a los enamorados y temibles a los dragones.

Pero ella era cierva de aire y él era dragón de fuego y se amaban imperturbables en medio de las tormentas y nadaban por el aire que los relámpagos inundaban de ozono y sobre la arena que refractaba las lágrimas de la luna y reflejaba sus papilas impacientes y el rencor de los predicadores de desgracias.

Ellos presentían que los códigos ocultaban el despecho de los avaros y la demencia del ciempiés y las hormigas que eran capaces de caminar sobre el filo de las espadas y vivir de la pelusa que se cría en los bolsillos cuando ya no sirven para atesorar las ilusiones.

Ellos adivinaban que la felicidad no estaba en el camino del ciempiés ni en la jubilación de las hormigas y les preocupaba mucho más recorrerse la piel y aspirar a bocanadas la melodía de sus dientes y el rumor de sus lenguas reptando sobre las apófisis como si des-

cribieran el torbellino de miel hirviente que anida en el cráter de los volcanes de malaquita o el quejido que hace temblar el estómago de los violines.

Ellos ciegos y mudos inventaban la luz y establecían la música con cada abrazo con cada estallido de sus gargantas con cada pulso de sus ombligos dóciles al color y adictos al vibrato de sus epidermis golosas de fulguración y ebrias de saliva sacramental.

La fiebre solo era verdadera fiebre al rozar los labios de él sus pezones ingrávidos o al deslizar sus dedos ella entre el misterio de sus ingles pero su amor volaba por encima de los techos más allá de los decálogos y a caballo de las leyes y las computadoras.

Ellos pudieron resumir en un solo verano todos los veranos del mundo y su mundo era un espacio cóncavo con olor a maderas y a selvas y a minotauros que enceguecidos recorrían las paredes de resina perfumada donde los enamorados enjugaban sus apasionados silencios porque de qué pueden hablar los enamorados entretenidos en lamerse y aspirar las vibraciones de sus pétalos y el color de sus trasmutaciones.

Y entre lamerse y aspirarse trascurrían cada sístole y las acaloradas diástoles en la jugosa evolución del plenilunio y cada mediodía resucitaban enfebrecidos ojos una urgencia de plexos demandantes cayendo en caracol hacia los hondos ecuadores en procura de sus ábsides. Uñas multiplicadas en uñas pupilas multiplicadas en pupilas crecían en la anchura del abismo a medida que el verano alargaba sus sombras a la sombra de las maderas rodeados de minotauros y de selvas.

Todo era entonces uno y uno era entonces todo para ellos que no comían sino de sí mismos de sus alientos de sus labios de sus vértebras puro axis puro atlas pura médula reptando sigilosa hacia unas órbitas que clausuraban las pestañas y toda cavidad donde el musgo y la premeditación pudieran perseguir el rastro de los caracoles que marcaban las horas devorando uno a uno los corpúsculos de cuarzo.

Así descubrieron sin querer ecuaciones del tiempo desconocidas para los matemáticos y los físicos absortos siempre en axiomas ignorantes de lenguas y papilas y otras materias perturbadoras que no acatan los referentes ni tienen otro paradigma que las anfractuosidades de la sed.

Sus alientos enrojecidos aplastaban los cardos dejando bajo la planta de sus pies descalzos la seducción de las alfombras de trébol de cuatro hojas cuyo zumo adormece a las nodrizas y a las madres castradoras y resultan el acolchado predilecto para cachorros somnolientos y enamorados retozones.

Ella mordía con deleite sus nudillos y el atormentaba la laxitud de sus corolas con un bigote ríspido que conservaba con la lenta caída de los gránulos de cuarzo el aroma de su vientre y uno que otro rizo dorado del pubis impensable. En tardes de contravenciones y chicharras se devoraban con la premura de los náufragos hambrientos regurgitando sudores gráciles y salivas que sabían poderosamente a cardamomo y adormidera enjugándolas gozosos con sus párpados y con el dorso levemente salado de las córneas.

Acostumbraban a volar con los ojos cerrados pero la brisa de los astros exasperaba su impaciencia y sus devoraciones marcando rumbos prohibidos en los portulanos y apenas reconocidos en el resumen de los *ars amandi* y los decamerones pues escribían y borraban todo al mismo tiempo con plumines de pájaro mosca y bolitas de médula de saúco embebidas en sandáraca.

Nada de lo que en medio de sus mañanas procesionales y sus siestas entre amapola y trébol se comunicaban es traducible a otro signo que no conlleve sospechosa similitud con el reclamo de los alces y el gemido de las vírgenes en celo.

Y no escribieron otro testimonio que el discurso de las papilas trituradoras y los palpos sedientos y algún poema arañado sobre la madera espesa en trazos de remoto sentido cuneiforme y alguna runa de incestuosos timbres envidiables y premonitorios.

Pues era inevitable que un atardecer despertaran prisioneros del hierro condenatorio que destilan los procuradores y los administradores de consorcios.

Varias noches hubo silencio de luna y de chicharras y al amanecer del día séptimo comenzaron a secarse las alfombras de trébol y todas las rosas náuticas y en el aire crujían alaridos de interdicción y el canto lúgubre de los predicadores de desgracias y los guardianes victoriosos. ■

El Talar / agosto 2004

Abel ya no se afeita

Esto se acaba ya mismo. Lo piensa. Hace cuánto que lo piensa. Tanto pero tanto que ya ni se acuerda desde cuándo ni por qué. Mal. Peor, cada vez peor, cada año, cada semana, cada minuto. En el odio también puede haber ese delivery del ya. De lo inmediato, de lo instantáneo. A él, al ladrón. Que sepan, que se enteren. Que le quiten hasta el saludo. Que todos comprendan al fin y se den cuenta y se haga justicia. Unos tanto y otros tan poco. Mierda de mundo, mierda de sociedad. Dónde la *new age* y el hombre nuevo.

Él dijo ser el hombre nuevo. Decía. A cada rato lo decía. En la cara me lo decía mirándome con sorna. Mientras se acostaba con mi mujer. Nuevo dónde cuándo para qué. No hay nada nuevo, qué va a haber. Cuando Abel creció un cachito Adán ya fue cornudo. Ella dice que me quiere. A él le vende el mismo verso. Que no hay nada malo porque no es lo mismo. Incluso me quería un cacho más a mí. Antes claro. Hace ya tanto.

Él sabía bien cómo venía la mano. Yo en babia. Fue siempre el mejor, el preferido. Todo le salía bien de movida. Hasta la primera vez. Yo en cambio. Para qué acordarme. Mechones de pelo en la palma de las manos y esas manchas amarillas en los ojos.

Ana María me gustaba. Me volvían loco sus ojazos y las venas que le bajaban por el cuello y la mano que se me iba detrás de la mirada. Dejame no seas malo. A ninguna mujer le gusta que la besen así. Él se la llevó un día a su departamento y ella ahí sí que se dejó mirar y acariciar y él hizo lo que quiso. Yo boludo como siempre. Esa misma noche le pregunto con cara de borrego qué sentís por mí. Se le adivinaba la burla en los ojazos. Él siempre anda cerca cuando no debe. Cuando quiero estar solo. Esos días que hasta el aliento te jode. Que no te bancás ni el calor de la almohada. Y él ahí con su mirada sobradora. Otra que te largó en banda seguro. Campaneando

canchero cómo el rubor me sube hasta la raíz del pelo. Vos les das verso y las minas no quieren verso. Quieren que vayas a los bifes. Nunca dice mirame a mí, pero no hace falta que lo diga. Él se larga sin mirar siquiera si hay agua en la pileta. Yo la pienso y la pienso. Y cuando termino de pensarla me encuentro solo como siempre. Pensando cuando la vuelva a ver le digo. Seguí pensando boludo. Me dice con una sonrisita ganadora. No sabés cómo se revuelca en cuanto la apretás un cachito. Eso me acaba de decir. Arrimándome la cara tocándonos casi las narices y pechando con ese aire de pesado.

Nunca imaginó que fuera verdad lo del cántaro en la fuente. Ni le di tiempo para que lo pensara. Abrió grandotes los ojos y alcancé a disfrutar viendo cómo el alma se le escapaba por la boca en un quejido mudo. Quedó hecho un ovillo. En un charco de sangre multiplicada por las astillas del espejo. ▮

Taller Municipal de la BP Ricardo Rojas / octubre 2009

Sueño de una noche de verano

… y entonces la luna, cual arco de plata
tensado en el cielo, habrá de contemplar
la noche de nuestra ceremonia.

Shakespeare; *El sueño de una noche de verano*, acto I, escena 1ª

Todo estaba escrito y anunciado. En el hornillo se quemaban la mirra y el incienso. En el altar ardían los restos de grasa de las ofrendas. Detrás de las columnas caracoleaba el salmo de los sacerdotes. Lejos retumbaban los parches de un kultrum y un timbal o acaso el trueno o la explosión del mar contra los acantilados. Los salmos subían hasta más arriba de la cúpula y los tambores acompasaban el galope de la bestia. La bestia que salía del mar cerca de los acantilados y venía a mi encuentro. La que anunciaban Juan y los profetas. Podía percibir el pavor de su aliento y la pesadez de sus pezuñas. Esa bestia ya estaba casi encima de mí. Se cumplían las abominaciones y los tiempos. Cerré los ojos implorando a los dioses que me despertaran de aquella pesadilla.

Al abrirlos de regreso en nuestro lecho nupcial respiré aliviada. Después la pavura de su aliento y el manotazo de las garras y el rugido. ▮

Taller Municipal de la BP Ricardo Rojas / octubre 2012

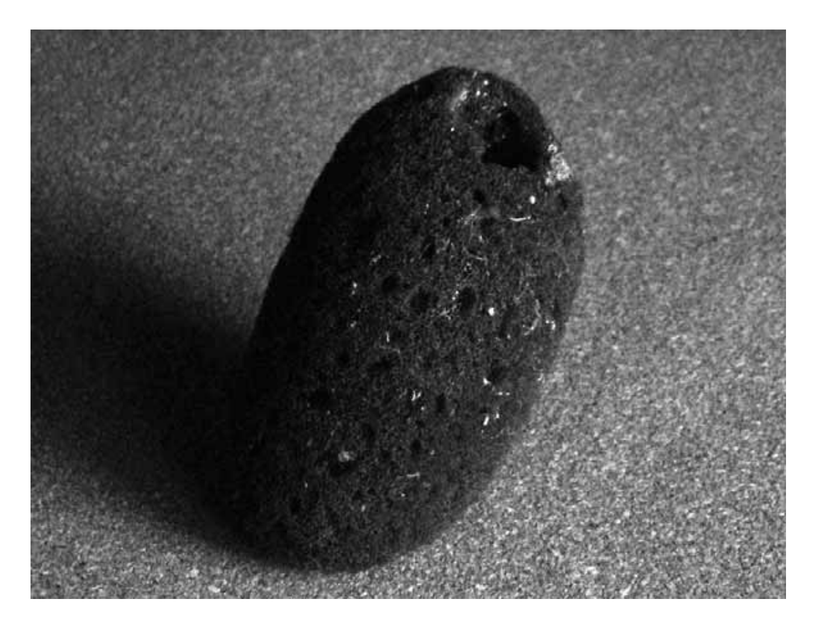


Variedad delicada de coral, *Gorgonia ventalina*, recogido por Mónica Ameztoy en la costa norte de Cozumel, después del huracán Katrina, en 2005.

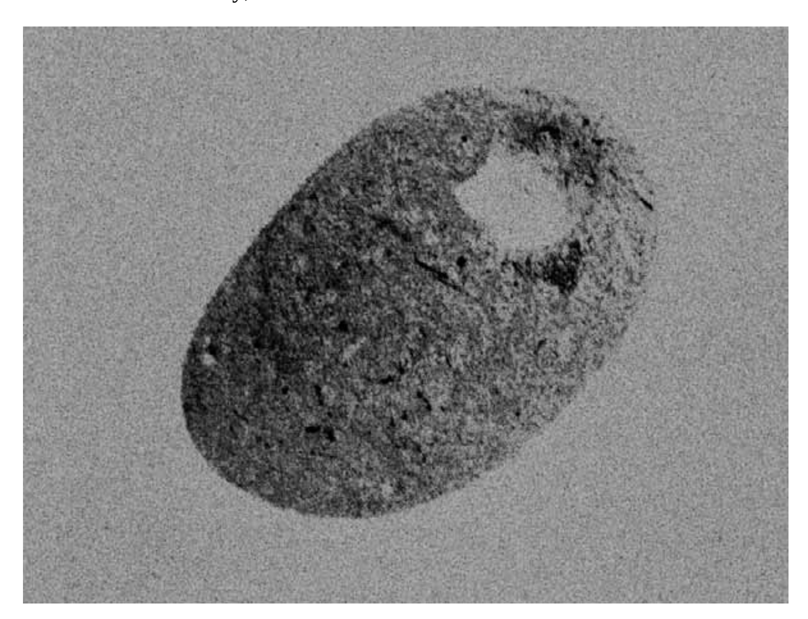
Segunda fundación

Entonces la superficie del agua se agitó. De aceite oscuro espeso se tornó en un fluido brillante. Algo hervía en las profundidades. Como las aguas bíblicas, el lago se abrió por su centro. Primero apareció el techo. Poco a poco el tejado. Las paredes, escurriendo —en medio de la solemnidad crepuscular— restos de plantas acuáticas y barro. Por fin los pilotes. Aquellos pilotes de quebracho colorado que un día se habían negado a seguir soportando tanto peso. ▮

Manuela Pedrazza / jueves 31 de mayo 1990.



Variedad de esponja marina *Phylum Poriphera*, recogida al norte de Cozumel. Cortesía de Mónica Ameztoy, México 2006.



Historia de una pasión

Often, standing on the shore at low tide,
has one longed walk on and in under the waves
and see it all but for a moment.[8]

Charles Kingsley; *Glaucus, or The wonders of the shore*.

Nada más pensar en ella me sumerge en vórtices de lujuria. Nada más imaginar la dulce curvatura de su cuerpo excita de tal modo mis dendritas que me veo obligado a recostarme en la penumbra, huyendo de ese fulgor casi fantasmal que irradia el perfil largamente adivinado, presentido… saboreado. La sequedad en la garganta me marca la necesidad de hidratarme para evitar un colapso, pero mi atención permanece fija en cada uno de los detalles que definen a ese ser galáctico capaz de vulnerar mis defensas con mayor ímpetu que una descarga eléctrica. Todo mi yo es una tensión insoportable, incapaz de controlar siquiera el sudor frío que escurre a mares por mi frente, el desacompasado parpadeo y la crispación que me genero a mí mismo al repasar mis antebrazos con la yema de los dedos, provocando una marejada de vello restallante.

Tiene pocas ideas claras acerca de la cuestión. Apenas una cierta certeza de que alguien alguna vez le dijo (acaso lo haya leído) que el camino es una infinita secuencia de bifurcaciones. Excusa trivial para divagar un rato por *Jardín de senderos que se bifurcan* o *Continuidad de los parques,* entre los tantos textos que lo acercaron a este tema. Haciendo memoria, su atención recae en las lecturas de Julio Verne —amado camarada de infancia y adolescencia— en particular aquella minuciosa travesía a bordo del Nautilus.

---

[8] Más de una vez, de pie junto a la costa con marea baja, uno siente ansias de caminar tanto sobre el agua como bajo la olas y verlo todo, aunque más no sea por un instante.

A los diez o doce años, escaso rigor podía alcanzar el repaso de páginas y páginas dedicadas a la enumeración y descripción de especímenes marinos, con prolija constancia de clases, órdenes, géneros y familias. Sin embargo, una duda acerca de la honestidad del novelista lo había impulsado a comparar sus datos con los de otros autores de clasificaciones sistemáticas y diversos biólogos, de Linneo en adelante. Para llegar así a la temprana reflexión de que mal podía la visión humana abarcar con pretensiones de exactitud la fantástica pluralidad de la Naturaleza. Pero dejando de lado las ligeras discrepancias, se le hizo evidente la seriedad de su autor de cabecera, quien habría de ocupar a partir de entonces el trono de las preferencias. Con el tiempo llegarían las andanzas de Cousteau y sus propias fantasías de dedicarse de por vida a la espeleología, no tanto para satisfacer la fascinación por las cavernas terrestres sino por la expectativa que le suscitaban las grutas submarinas, habiéndose detenido antes su mirada en detalles de la Gruta Azul de Capri y las Cuevas del Drach. Material fotográfico que acompañado de cuidadosos comentarios, le salían al paso desde las láminas de la revista Billiken, los álbumes de figuritas Nestlé o los fabulosos ejemplares de National Geographic que le facilitaba el ingeniero Emilio Bossert, atento a su visible interés. A su tiempo varios títulos de *Colección de la Naturaleza*, de Life, junto con una *Breve historia de la biología*, de Isaac Asimov y una *Vida marina*, de J. David George y Jennifer J. George, traducida por Rafael Jordana y Antonio Campoy, investigadores de la Universidad de Pamplona. En el camino, variadas lecturas acerca —por ejemplo— de las migraciones del salmón ríos abajo y ríos arriba en la Columbia Británica o las anguilas desde y hacia el Mar de los Sargazos. Hasta las increíbles travesías de las golondrinas a San Juan de Capistrano y la mariposa Monarca desde el centro de Estados Unidos hasta el Río de la Plata. Misceláneas de variado nivel científico, más bien material de divulgación, que fueron rellenando huecos de saberes e intereses y perfilando seguramente la inquietud

que habría de derivar en su fascinación por caracoles y esponjas. Hay devotos de vírgenes y santos que se nutren de estampas y reliquias; fans de artistas que se desvanecen por la fotografía autógrafa o un *souvenir* de su chica o de su hombre admirados. Él sintió colmada su sed con dos piezas que Mónica Ameztoy le enviara por correo, acompañadas por una breve noticia acerca del origen de ambas. La primera en llegar a su poder fue un soberbio Strombus Gigas Linnæus recubierto por una costra calcárea que llevaba su peso a algo más de tres libras. Recogido cerca del agua como producto del revoltijo generado por el huracán Katrina, al tocar las costas de México en agosto de 2005.

Resistir el acoso de esa criatura deliciosamente lasciva es tan arduo como enfrentar el huracán en medio de la playa, sin el auxilio de un miserable tronco al cual aferrarse. Nada más evocar sus formas armoniosas me hunde en un abismo de desesperación que no se explica sino por la feroz demanda de poseerla, tenerla toda entera para mí y vivir nada más para ensayar en ella cuanto la humana sabiduría haya elaborado en pro del puro placer, haciendo de ese cataclismo erótico una geografía de sensaciones y un terremoto de apetitos y locas exigencias. Mirar, acariciar, besar, morder, sucumbir en fin a las mil muertes que el amor ofrece solo a quienes son capaces de entregarse a él sin miramientos ni pudores.

La primera reacción es de sorpresa, la segunda desilusión. Habituado a las vistosas estampas que suelen mostrar el nácar desnudo, el recubrimiento blanco opaco de su Strombus le parece casi una afrenta al bello caracol antillano, que los especialistas llaman Concha Regia. Estima que una solución clorhídrica es la vía adecuada para desprender la gruesa capa de carbonatos que a todas luces menoscaba los delicados detalles del ejemplar. Temeroso de destruir la pieza por un tratamiento inadecuado, recorre varias webs dedicadas a la cuestión. Finalmente confirma que su razonamiento era correcto, pero se pregunta hasta dónde aquel material que piensa eliminar no

es parte sustancial del caracol. La abertura ventral está despejada, indicando que el animal ha reposado años en su postura normal, mientras la capa de sales calcáreas crecía sobre su lomo. Probablemente la carne de este molusco, estimada por las poblaciones costeras del Caribe, tentara asimismo a las aves marinas y peces predadores, en cuyo caso la cubierta blanca disimulaba las formas del animal, haciendo de coraza contra dientes aguerridos y picos voraces. Con este panorama a la vista, su decisión es conservar el Strombus tal como lo recibiera; llegado el caso siempre estará a tiempo para quitarle con cuidado los carbonatos y dejar a la vista las preciosuras escondidas. Nada diferente —razona para sí— de lo que debe padecer el diamante, humillado milenio tras milenio bajo la apariencia oscura y anodina del carbón. Un año más tarde llega a sus manos el otro envío, algo menos voluminoso y ciertamente más leve. Esta vez se trata de algo delicado y no menos bello. Un ejemplar adulto de Phylum Poriphera, orden Dictyoceratida, familia Verongiidæ, de la especie Aplysina. Un cilindro oblicuo de generatriz ligeramente curvada y superficie de color tostado surcada de poros, áspera al tacto, unos quince centímetros de altura. Peso alrededor de doscientos gramos. Recogido también en aguas de Cozumel, de espaldas al continente. Otra de las sensibles huellas del mismo huracán que ha azotado aquellas costas un año atrás. Ni el Strombus con su coraza de cales ni la Aplysina con su tejido etéreo, han escapado del estridente contrapunto entablado entre aire y agua, acaso nada más un reflejo de sabe Dios qué recia apuesta entre Neptuno y Thetis contra las deidades acuarteladas en la alta atmósfera. Volviendo a los episodios del Nautilus, un arranque de violencia no inferior el de Nemo a la vista de la odiosa fragata americana.

Adivinar bajo qué geometrías o lengua pictográfica
con cuál mirada o al cabo de qué ímproba jornada
circunscripta en la traza de celestiales carpos
acaecen tus directrices y los arcos / comprender
en un sentido amplio las curvas ascendentes
el espesor tajante de esos poros y los labios
de tu ósculo pulposo / ah elipses exultantes
ah fibrados calcañares / mi bella bella esponja.

La primera sensación de frío desaparece rápidamente. Parece huir en el torbellino de burbujas que brota del propio cuerpo al iniciar el descenso. La luz blanca de la superficie se va esfumando gradualmente a un celeste lavado, a un celeste verdoso y hacia abajo a un azul cobalto muy vivo. Es cuestión de dejarse ir con la gravedad para no generar remolinos y permitir que el intruso pase inadvertido. Las burbujas mayores son las que escapan por las válvulas. Explotan justo en la interfase, cada vez más alejadas, cada vez más arriba de este cada vez más abajo que ya es una solución de sulfato de cobre amoniacal. Un zafiro plástico fluido que abre paso al cuerpo extraño dejándose caer sin esfuerzo.

La temperatura interior es ahora una onda tibia sincrónica con la exterior y mis extremidades parecieran envueltas en una delgada película de poliéster adherida a la carne como una segunda piel. Una piel que podría quitarme en cualquier momento para salir nadando con la misma libertad que los renacuajos al mudar de vestido. Me asiento sin esfuerzo en una pradera de algas, a escasa distancia de una colonia de Aplysinas con sus cuerpos erguidos y los ósculos desplegados en todas direcciones. Al aproximarme puedo percibir los delgados filamentos acuosos que entran a través de los poros para brotar como leves surtidores por los ósculos, como un manantial de luz clara en el azul intenso de alrededor.

La colonia cuenta con cinco o seis docenas de ejemplares adultos y dos docenas de esponjas jóvenes, identificables por los tonos claros y el menor desarrollo. El conjunto es de una belleza apacible, una serena sensación de plenitud que se trasmite como círculos concéntricos abriéndose hasta perderse de vista, seguidos por más y más anillos displicentes y amigables. Recupero con emoción los últimos versos.

… las curvas ascendentes / el espesor tajante
de esos poros y los labios de tu ósculo
pulposo / ah elipses exultantes / ah fibrados
calcañares / mi bella bella esponja.

Es casi lo último que recuerdo. Este éxtasis y la luz tan intensa allá arriba y el agua tan azul y tan tibia que blandamente me adormecen. ▮

El Talar / noviembre 2009

Balandro al acecho

Es mi barco mi tesoro y mi dios la libertad…

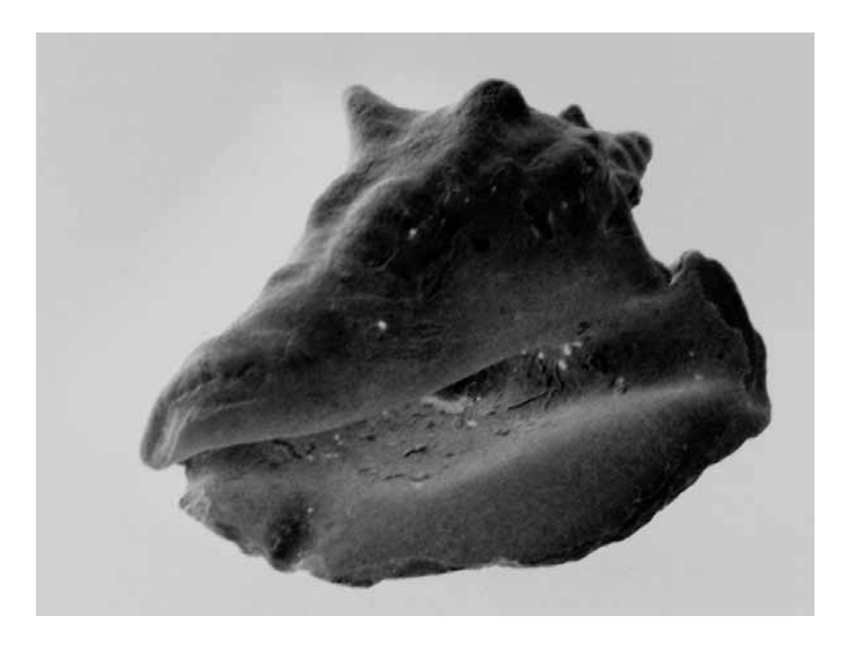
Espronceda; *Canción del pirata*

Auscultar los electrocardiogramas de la clepsidra
—la orografía vertical del cuarzo— los pulsos azulados
de nuestra rosa náutica (no todo tiempo del ecclesiastés
es apto) antes de librar los cabos inmolar algún viernes
un cordero al arpegio augural del crepúsculo de la mañana
guardando en piedra y número los tabúes del génesis
—mirra y aceites aromáticos para encender el fuego
escudilla de oro para las abluciones / alba de lino blanco
anclado el parietal en la cadencia de los zèphirot— en éxtasis
beber cada migaja del arúspice / toda gota del copón
atesorada en la concavidad del arca / por lo demás curar
la vigilia de las cofas (de la renta de ojos) abasto de tasajo
agua / provisión holgada de altramuz y paño / reservas
de pabilo y vela —lo prudente en fin para la travesía—
amén de cartas y compás / como un relámpago delgado
breve como el gemido de las vírgenes en celo el minuto
de soltar amarras desatando las gavias / parcos de sobrecarga
y despedida / de bolina rumbo a la quijada exacta de Caribdis
—el sur en la pupila— emergiendo de la placenta dura
del ladrillo hacia el ombligo inculto de mis limoneros
y mis casuarinas / hacia ese verdor caliente de mis islas. ▮

San Isidro / junio 1990.



Bello ejemplar de *Strombus giga*, recogido por Mónica Ameztoy en la costa noreste de Cozumel, después del huracán Katrina, en agosto de 2005.



Acerca de temores

Es fácil el tema. Total, escribir acerca de lo que uno sabe (cree que sabe) o conoce (techito por si llueve). Eso que uno inteligentemente visualiza, asume y elabora.

Ojo que es jueves, no viernes. Pero si es jueves, ¿por qué carajo querés meternos en el cepo? ¿Por qué no nos dejás que mañana, que sí es viernes, nos dediquemos a macanear y a escabullir y a escamotear? Seguramente te pica descubrir cómo es un neurótico cuando no está laburando de neurótico. Vos sabés que es lo mismo, papá. Más aún, tuviste la generosidad —el pasado viernes— de confesar que va a seguir siendo (que vamos a seguir siendo) lo mismo toda la putísima vida. Pero ya que estamos, te cuento. Les cuento.

El más grande de mis miedos no es el ascensor, ni los aviones, ni los perros con cara de perros hijos de puta, ni el SIDA, ni los embarazos inoportunos. Ni la desaprobación de Mamá, ni las malas notas ni los gritos del jefe cabrón. Ni siquiera me produce temor la probable ceguera cada vez más allegada.

Me da miedo, me aterroriza, la idea de morirme —sin preaviso y sin consenso— sin haber hecho algo que me justifique como ser humano. Me espanta la idea de encontrarme, más allá o más acá, con el querido Whitman y tener que agachar la cabeza cuando serena, amorosamente, me pregunte: hijo, dime —si lo deseas— de qué modo y en qué medida aprovechaste los tantísimos —muchos de verdad— días, horas, minutos de tu vida…? ▮

Manuela Pedrazza / jueves 4 de abril de 1991



El lic. Sergio Spada con miembros del taller literario del Instituto de Salud Mental "Manuela Pedrazza", Buenos Aires 1991.

Rey blanco a la orilla del arroyo

Los que caminamos por esta orilla del arroyo.
Y los que van caminando —a la par nuestra— a lo largo de la otra orilla.
El arroyo no nos deja juntarnos pero no alcanza a separarnos.

De haber imaginado las imprevisibles acechanzas y el cúmulo de trastornos de todo calibre, es posible que jamás me hubiera animado a emprender ese viaje. Claro que al regreso es difícil evaluar con objetividad la situación inicial. Antes del inicio. Tal vez me hubiera animado de todos modos. Habría que barajar y dar de vuelta, hipótesis por otra parte totalmente inútil. Por imposible y porque aunque todo el mundo diga lo contrario, alguna memoria residual te debe quedar dando vueltas por ahí para advertirte acerca del *dèja vu*. Al momento de decirlo —de pensarlo— el viejo Heráclito me sonríe con picardía. Disfruta en recordarme, como de costumbre, que ni es el mismo ni soy el mismo. Pablo y él pensaban de modo tan diferente. Pero decían no es lo mismo. No somos los mismos. Aunque sonara tan creíble en uno y tan inconsistente en el otro. Pablo se refería a un nosotros indefinible y a un antes que ahora se nos figura ambiguo. Por lo menos ambiguo. Mis antes quedaron a la vera del arroyo. Y me cuesta imaginar si aquel nosotros era abarcativo o mayestático. De pronto caigo en la cuenta de estar usando palabras que ya no me sirven ni significan. Jamás. Inicio. Antes. De vuelta. Al momento. Ahora. Ya. De pronto. Algo me sonríe adentro como una fuga melódica de cascabeles. Insignificantes. Digo —pienso— adentro como por hábito. Porque también la sonrisa tintinea afuera. Arriba abajo a la derecha a la izquierda. Arriba y abajo y derecha e izquierda que tampoco dicen lo que digo. Lo que pienso. Algo o alguien se burlan sutilmente de mi desconcierto. Haciéndome notar sin la menor maldad —ni siquiera malicia— que debo estar usando ropa inadecuada

para mi talle. ¿En qué talle estás pensando? ¿Estás? Estoy (¿estaba?). Mi talle de antes. El talle de entonces. Mi talle actual. Paroles. *Words milord… only words. Conspicuous and unaffordable words.* Eso no es tuyo. Sí que lo es. Te equivocas. Sacudiste de tus sandalias la arena de Blackfriars al final del último acto. Abandonaste tu cayado y las alforjas al llegar al arroyo desierto. ¿Recuerdas? Arena del desierto de Gizeh pensaste. Cascabeles. No te rías. No me río. Eso es el valle de los reyes. De los reyes muertos. Buscar la identidad te lleva por caminos impensados a veces. No te burles. No me burlo. Te quedaste mudo ante la mujer de piedra. Nunca retrocedí ante una mujer. Jajaaaaaaa. Cascabeles más sonajas más algún fino cristal que arrastra el tintineo como una burla. Ni siquiera recuerdas la pregunta. Es verdad. Ningún viajero dio con la respuesta. Pero de todos modos no estuve en ese arroyo. El extranjero de los pies hinchados tuvo la respuesta. Hombre de escasa memoria. ¿Hombre? Hombrecito si prefieres. Homínido. Hominicaco. Homúnculo. Te fascinaba Paracelso. Ya no. ¿Qué es ya para ti? Ah no, primero me dirás qué eres tú para mí. Un espejo supongamos. Si fueras un espejo debería ver mi rostro. Pregunto por ti. ¿No sabes que tú eres yo? No juegues conmigo. Y de paso ¿cómo sabes que me gusta Guillén? Me consta tu mal gusto. El resto lo adivino. Eres idiota. Estamos hechos el uno para el otro. Achtung. Estás pisando el palito. ¿Si fuera el uno por el otro? De paso te recuerdo que alguien te dijo alguna vez que no sos adivino pero te gustaría ser divino. Sí. Eso lo largó Carlos un viernes en el Manuela Pedrazza. Loquero principesco por cierto. ¿Carlos el Calvo? ¿El quinto? ¿El hechizado? Tibio, tibio. Vamos entrando en materia. ¿Estuviste allá? Si vos estabas, debo haber estado. Si somos la misma cosa tú… y yo. Vuelta la burra al trigo. No te enfades, hombrecito. Tienes mucho más que una larga partida por delante. O mucho menos. Conviene que lo tomes con calma. Además es mentira lo del espejo. Según cómo lo mires. Tal vez seamos tú y yo la mentira. Eres un pelma. No te quieras mal. No me quiero mal, es que no te

soporto. Entiendo, si yo fuera tú tampoco me soportaría. ¿Pero no dijiste? Vamos, no es para que lo tomes al pie de la letra, ni tanto ni tan calvo. Déjalo en paz a Carlos. Conque a más de pelma embustero, falsario. Ole. No apures el desenlace, que apenas hemos cantado el aria. No has salido aún de la apertura. No creo que te dé la garganta. Ni a ti el estilo, anda. Tanta agresividad no alcanza para disimular el miedo. No te tengo miedo. Ni lo hubiera supuesto. Tu miedo es algo más hondo. Si tú lo dices… eres tú quien lo proclama. En lo que dices y en lo que callas. Qué sino un miedo pavoroso te lleva a hablar de continuo embarcado en este monólogo insensato. Estás solo amiguito. Solito contigo, lo cual no me parece muy buena compañía que digamos. Ay mísero de mí. Creo que tiene —tenía— razón el maldito. A mi pesar. Solo en medio de una soledad tan pesada y tan vasta como el arroyo. ¿Es que tengo idea acaso de la vastedad del arroyo? Apenas trasponer la linde, el horizonte va escapando por delante y hacia los lados. Como haber caído en un lago de leche y percibir las ondas que *ad infinitum* arrancando de mí se evaden y desbordan. Mientras esté en la leche habrá ondas. Y mientras haya ondas seguiré flotando —andando— en esta materia indiferente. No eso sino indistinta. Ni se distinguen los escaques. Más bien pienso indeterminada. Que no he avanzado nada con tantas precisiones. Porque en todo caso ¿qué sería avanzar en medio de este piélago cuya materia es tan escurridiza como indefinible? En cuanto a estar de regreso ¿lo estoy en realidad? Supuesto que sea permisible regresar de donde nunca se ha ido. Retroceder de donde nunca se ha avanzado. Pero tú has ido, no lo olvides. Yo he ido y quisiera olvidarlo. Si así fuera serías llevado de vuelta una y otra vez. Aunque dudo que alguien pasara nunca sobre sus propias huellas. Alguien habrá regresado alguna vez. ¿Tú eres alguien? Yo he regresado. ¿Tan cierto estás? Me pasmas. Te ayudo a repensar la cuestión. Si quieres. Por mí no te molestes. Solo me enredo bastante bien. Pues revisemos ese libreto. Estábamos en que el agua. La leche. Tu compostura. Tu im-

postura. Que te has puesto imposible. Pues que no te aguanto fantasma, sombra, eco, traspunte. Lo que demonio seas. No más de lo que eres tú. Ah. Que te has metido por el arroyo. ¿Tú acaso? Yo no podría aunque quisiera. Ah. Pero no he dicho que quisiera. Entiendo. No entiendes nada, no te creo. Pues, sí, te tengo. Pienso que anoche me acosté cansado. Digna frase. Seis palabras de ley. Te burlas. Trato de razonar contigo. Pero eres duro. Vano esfuerzo. Payaso. Clown. Histrión. Olvida el diccionario. Pues digo sí que me acosté. Cansado. Tal vez recuerdes dónde. No sé la circunstancia. Una playa. Arena al menos. ¿El desierto otra vez? No me fastidies. Ni desierto ni esfinge ni palmeras. La arena y una orilla. Has estado en el mar. Ni mar ni estrellas ni todo el repertorio, ya te veo venir. Has renegado en vano. Perdona pues. Prosigo. La arena y yo y aquella orilla. Nada más. Qué sabes de la nada. Nada. Y te echaste a nadar. Ahorra las chuscadas. Dije que nada. Más bien una pared como de hielo. Ya hablamos del espejo. Hielo digo, que nada reflejaba.

Celebro tu inocencia. A la vejez viruelas. Odio tu desparpajo. Ahorra un algo para ti. Y tente lástima en todo caso. ¿Cómo te atreves? Porque puedo, hombrecito. Porque puedo. *Bien, con muchas armas fundo que lidia vuestra arrogancia*. No son esas flores para tu jardín, pequeño ser. Ni dije que lo fueran. Simplemente amonesto tu cínica prestancia. Bien te cuadra. De ti hablaba. Lo mismo diera para el caso. Quedamos en la arena y la orilla y el hielo. Aunque no era frío. Entonces lo has tocado. No sé cómo explicarlo. Hasta el codo lo menos penetró mi brazo. Bravo. Me tienes sobre ascuas. Percibo tu sarcasmo pero vaya. ¿Y después? Como un llamado. ¿Unas voces? Una atracción, un magnetismo parecía. Casi como una mano que la mía tomara. Con suavidad y fuerza me apretaba. Has dicho que aún despierto estabas. Despierto digo. Que te acostaste cansado, eso solo he escuchado. Lo de acostado vale. Mas al instante en pie. Lo habrás soñado. *La vida solo es un sueño*. Te aplaudo. Yo solo sé que no sabemos nada. No malgastes tu ingenio. No hay quien aprecie tus es-

fuerzos. Soy buen espectador, descuida. Dirígete sin miedo a la platea. Haz de cuenta que me he borrado. Presumo que avanzaste. Te equivocas. ¿Echaste abajo el rey? Suspiraba por entablar al menos. Los reyes blancos siempre se fueron en sueños y suspiros. ¿Supiste al menos cuya era esa mano? La dama negra creo. Eso esperaba que dijeras. Mal plantado te veo. Varias veces viuda la imagino. Y retiraste el brazo. Pues retiré mi brazo. ¿Cómo supiste? Una intuición apenas. Una forma velada dentro del hielo. Un gel informe oscuro. Opaco más que oscuro. Y la mano quemaba. Me has apresado, continúa. Caminé por la orilla. Palpitando una esquina. Un puente, un vado. ¿*Vade mecum*? *Vade retro* más bien, supongo. Recuerdo mi sudor y el cabello erizado. Prudencia no sería cobardía. ¿Y tu estantigua? Frente a mí caminaba dentro de aquella niebla trasparente y espesa. Casi sobre la orilla, al otro lado. Sin voces me solicitaba. Es mucha presunción, amigo. ¿Fácil era esa dama? Es algo sin palabras. No valen ni surrealismo ni metáforas. No sé cómo explicarte. No te pongas en gasto. Navego por tu cabeza. Más espacio que cerebro, si te interesa. No me sorprende, el universo mismo es un vacío. Te avienes al modelo. Quedaste en el paseo por la orilla. ¿Diste al fin con el vado? Ni vado ni frontera. Yo por la arena siempre. La orilla interminable. Y aquel hielo permeable esfumando la sombra de las sombras. Y tú en la arena con los ojos cerrados. No lo había notado. Ábrelos si te place y sigue con tu historia. Solo por complacerte. Ah infelice. Que por las mías nunca los abriera. Me has tentado. Débil es la carne. Quién lo dijera. Di pues con qué paisaje te encontraste. Bien fuera si de un paisaje se tratara. Explícate. Con mis razones no podría. Hubiéraslos cerrado. Inútil el intento fuera. Un oscuro mandato he recordado. ¿Un mandato? Mandato digo y no desdigo. No cerrarás lo abierto ni abrirás lo cerrado. Extraño es el decreto. Desconcertante profecía. Extraña majestad lo ha promulgado. Cabe al rey negro promulgar decretos. Y al rey blanco acatarlos. Abrirlos fue temeridad. Tan caro lo he pagado. Acaba pues.

No tiene fin el cuento. Abiertos son. Tú en la orilla donde la arena ahora. Yo sombra espesa en este gel metido. Dame tu mano por favor. Tarde piaste rey. Tablas unos pasos atrás pude haberte aceptado. Ahora es mía la partida. Mi orilla has usurpado. Tú el límite sin miramientos has cruzado. Mi mano no aceptaste. Eres solo mi imagen en el hielo. Tu imagen era, rey.

Me has dejado en mala hora viuda. Esta arena caliente me revive. Entiérrate en el hielo. Están doblando a muerto las campanas. Los alfiles aguardan. ▮

El Talar / marzo 2004

Noche en el Sábalos

Hay un silencio en lo alto, visible en cielo despejado,
llamado la Vía Láctea y que brilla con fulgor propio.
Por él van los dioses hasta la real mansión del gran Dios del Rayo.

Ovidio; *Metamorfosis*

Silencio. Silent night. Silencio en la noche, stille nacht, heilige nacht. Ya todo está en calma, *el músculo duerme, la ambición descansa*. Parece; el verdadero silencio no existe (ni el ruido supone la voz, ni el silencio la impugna). No en este mundo. En el pajonal, una muchedumbre cautelosa retoma la lucha por el sustento diario (nocturno). *Una noche, una noche toda llena de murmullos, de suspiros y de música de alas*… Alguna comadreja atisbando un nido de loros en la horqueta alta del sauce álamo. La pareja de carpinchos, organizando vianda colectiva al amparo de una oscuridad que los coloca fuera del alcance de las miras. *Y llamó Jehová a la luz día y a las tinieblas noche*… ¡Que ironía! Los muchachitos que dejaron el cuero en una latitud que solo conocían (los que tuvieron suerte) en esquemáticos textos escolares, no contaron siquiera con esa ventaja de los carpinchos. *Noche de paz, noche de amor*… Eagle, el visor nocturno de largo alcance, probado ya por el ejército británico, está resultando ideal para la mayor parte de la operaciones nocturnas. Para obtener amplias informaciones dirigirse a Pilkington PE Limited (principal proveedor de sistemas de visión nocturna para las FF. AA. del mundo entero) Glascoed Road, St. Asaph, Clwyd LL 170 LL, UK Tel. (0745) 583301… lo dice este número 3 de la Revista Internacional de Defensa que tengo en mis manos. Que puedo leer como pudieron los generales. Los generales no saben leer. Los generales muerden y ladran y solo saben mandar a matar. Los generales solo preparan huecos en la cabeza de los niños. Para que las cabezas

de los niños terminen rellenando en cualquier tierra un pobre hueco de menos de dos metros…

¿Por qué ahora estas ideas ingratas, a miles de kilómetros, después de ocho años? ay, hermanitas perdidas… Emociones que adquieren solidez al cabo del tiempo, como un buen Cru Bourgeois. Acaso se discierne mejor ahora, a la sombra de una islita del Delta del Paraná, bajo este rocío de octubre que traspasa el buzo y ese bullicio disfrazado de silencio que atraviesa todas las trincheras sensoriales. *Una noche en la que arden en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas fantásticas*… ¡Argentina! ¡Argentina! *Coronados de gloria vivamos, o juremos con gloria morir*… ¿Cuántos generales murieron? Los generales no mueren. Los generales son inmortales. ¿Cosa volete: pane o cannone? *Vine, vidi et vicit*… ¿Dónde reposas, Horenheb glorioso hijo de Osiris, predilecto de Ammon? ¿Dónde estás César de la gens Julia, domador de las Casitérides, león ibérico, cadalso de las Galias, marido de todas las mujeres, mujer de todos los maridos? ¿Dónde los escipiones y los alejandros? ¿Dónde los bonaparte y los federicos? ¿Qué flores guardan el perfume de los Yacuza y de los Nothingham? ¿Que míseras cenizas testimonian la poquedad de los Andrea Doria o los epígonos de la casa de Alba? ¿Cuántos terrones fueron requeridos para sepultar aníbales y carlomagnos? ¿Resta alguna astilla —la mínima migaja— de un Belisario o de un Timur Lenk o un Menelao? ¿Qué incienso dieron las tumbas de An Lushan y los Yosgitsune? ¿Qué madre derrama una lágrima por las memorias de Othman y Bayaceto?

Modesta —ambigua— lección de estos carpinchos… a flor de agua, entre los zanjones, las anguilas también acechan una presa. Algún benteveo de mal dormir caerá acaso en las quijadas dispuestas de una overa todavía demasiado cachorra para disputar mano a mano con un enemigo despabilado… Cerca de mí, en el agua, uno que otro salto marca el ataque de las tarariras contra un bagre o una boga. Enfrente, ratas animándose por los troncos nudosos de los ligustros para

sorprender alguna camada de pichones sin custodia. Los murciélagos baten los espacios bajos, de una a otra costa, procurando su botín de mosquitos.

A intervalos pautados, el adagio de los grillos enredado con el andante maestoso de las ranas. El grito de las pavas de monte se asienta en los *intermezzi*, suscitando respuesta mil pies arroyo arriba y aguas abajo… Lenta la noche va pasando sus mensajes, quebrando una y otra vez el inasible silencio con crujidos, roces, zambullidas, aleteos y quejidos. Como flecha de mercurio a ras del agua, una nutria se desliza a favor de la correntada, atenta —uno más— a los reclamos de su estómago.

Arriba, toda la orquesta. La espuma blanca de la Vía Láctea. Las Marías. La Cruz. Las Nubes de Magallanes… Apoyo la caña contra la baranda y me acuesto sobre las tablas del muelle con las manos cruzadas bajo la nuca. Entorno los ojos y el calidoscopio acumula figuras. Casiopea, enmarcada por unas ramitas de sauce álamo, Orion y Perseo envueltos en una nube de abejas parpadeantes. Una estrella rojiza (¿Antares?) armando su telaraña aparte con dos o tres amarillentas … Venus y Aldebarán procurando atrapar un satélite que cruza raudo hacia Andrómeda, loco en medio de la marea de faros y semáforos. Para hacer más verosímil el juego, descruzo las manos y con ellas cerradas formando un tubo voy explorando el campo de estrellas… Alfa Centauri… Betelgeuse… las Cefeidas… Campus Stellæ, el camino del Apóstol. Ruta santa de los peregrinos hacia Santiago de Compostela, por donde marcho, deshollados pies, sin alforjas y sin báculo ¿pane o cannone? da lo mismo, después de todo el tubo del calidoscopio mismo se dirige sin demasiado disimulo a su escamoteado código de fusiles y cañones… Camino impreso en mi memoria desde niño —desde siempre— memoria de qué memoria de bisabuelos vascos y gallegos… bisabuelos que desconocían de seguro las efemérides astronómicas y la tabla de logaritmos, pero llevaban a flor de piel y siempre en hora el reloj de la san-

gre… que atinaron a grabar en sus testamentos genéticos esta paciencia para tejer interminables redes, capaces no solo de capturar ímprobos bancos de sardinas y besugos, sino enjambres de luminarias del otro hemisferio al que aún no me he atrevido a asomar, pero que algún día… parsimonia para serruchar cuadernas y espigar costillas hasta modelar los vientres panzones y afelpados de sus barcas. Ignoro los nombres de aquellas cascaritas de nuez… serán la Cándida… o la Natividad… o la Buenaventura. Sagrados y diferentes, para no confundirse con los de Macrina o la Polvolavida o la Xacomeredes, rodando a gritos por el Tombo… Aspirar con fruición el iodo de las algas y el aceite salitroso de la sardina. Las grandes a las cestas, las saracas para los gurrumines y los gatos.

Tres vueltas hacia la derecha y aparecen seis geishas enmarcando el rostro duro y tenso de un Utamaro, entre capullos de almendro y corolas de crisantemo. El aleteo ceremonioso de las gaviotas a la espera del desperdicio que se va echando al mar a medida que progresa la limpieza. Y que la resaca devuelve negadamente a la playa, para beneplácito de las vocingleras hambrientas. Iemanjá no acepta ofrendas de muerte. Nomás recibe el amarillo de la genista y el tagete o el blanco del jacinto y el junquillo.

Según encallan las barcas y se abren las redes, se va clasificando la cosecha. A un lado el pescado, al otro los mariscos. Y a su vez, el pescado grande apartado del menudo y todo ordenado. El bonito separado del besugo y de la corvina. La sardina aparte de los boquerones y de la parrocha. Las bacaladillas a un lado de los abadejos. Por azar un angelote, que deberá ser desjarretado de un buen golpe, para desarmarlo. Acuclillada entre peñas, la Loca de los Pazos entretejiendo en silencio la vista gacha sus collares y zarzuelos de conchilla… de tanto en vez uno de los sombríos mozos interrumpiendo la faena del pescado para contemplar su perfil vestal… A un costado cestas de meros y sargos y jureles.

En la otra costa, a bordo del otro mapa, los percebes y la centolla, la langosta y los cangrejos, los berberechos y las vieiras… Es cierto, abuela, el pescado aquí no sabe como el de allá… ni el agua … ni la verdura… ni el aire… ¿Cómo podría…? Estoy mezclando lo que no se debería mezclar. Para colmo, nutricios punteos de Joaquín Rodrigo haciendo de pastel y de argamasa… no es fácil… no es fácil. Nada fácil, porque para ser fácil debería no ser difícil… y eso suena imposible, según parece…

Los calidoscopios que tenía de chico eran menos embrollados. Alguna vez se me ocurrió desarmar uno, era necesario investigar aquella magia, ese misterio de abracadabras, aquel embrujo de gitanos. Estuve —recuerdo— antes de cometer el sacrilegio, todo una tarde girando el artefacto, admirando y preguntando (preguntándome) al mismo tiempo, cuál era el secreto. Triunfó el espíritu científico (una vez más) que habría de llevarme luego por tan arduos caminos… Lo despanzurré. Entonces desánimo, desilusión. Porque no había adentro sino unos espejos, vidrios y unos trozos de cristales de color con alguna arandela de cartón. En ningún lado duende, por ninguna parte ondina, gnomo, ninfa… o elfo… Puro fría técnica, mera combinación mecánica de mecánicos y duros artificios. ¡Qué inesperada (e inútil) lección anticipatoria! La víctima no era —por suerte— el gran calidoscopio en forma de pirámide octogonal que había traído mamá de regreso de uno de sus paseos al centro, un calidoscopio principesco, con vidrio esmerilado de tamaño doble a los comunes, y caras forradas en papel estampado con enanos y brujas y duendes, como debe ser un verdadero calidoscopio. Y sin propaganda comercial…

Descubrir que no había allí dentro nada más que lo que estaba a la vista fue una de esas atroces experiencias que estigmatizan una vida (acaso la razón de andar —casi cincuenta años más tarde— procurando hallar (o armar) un calidoscopio digno, creíble… querible. Con lo cual no sé si estoy contestando de frente a Ricardo

(perdón, doctor) o si me estoy rajando olímpicamente por una tangente… Una manera —por ejemplo— de ignorar que Josefina (vecina joven, atractiva y separada) anda desde hace una hora recortando el cesped frente a mi ventana. Si en el alma de un calidoscopio caben tantos vidrios de color y tantas estrellas y tantas ramitas de casuarina, por qué no la imagen de Josefina (quien tanto me recuerda —por otra parte— la cara de aquella prima Holanda que puso negro telón de infidelidades entre una Ana María de dieciseis y un Gregorio de dieciocho). A Carlos le revientan las repeticiones… Si supiera que todo no es sino una interminable sucesión de dacapos, entre un comienzo cuya esencia se nos escapa por entre los repliegues del inconsciente, y un final que pintamos y repintamos cada día con la ilusión de los amores jóvenes y la desesperanza de los ocasos próximos…

Retrocediendo casi una vuelta y frenando en seco los giros y contragiros de las volutas de vidrio, yelmos y cimeras se entrelazan en cromática guarda de dorados, prusias y granates, alrededor de una cruz central de tres fustes con seis traviesas. Ayer estábamos jugando I-Chin y me preguntaba con angustia qué es lo que en verdad deseaba averiguar. Delfos inspira religioso respeto… Creo que —aparte de seducir a la pitia— la cosa tiene el suficiente pegamento como para enganchar al más escéptico. ¿Quién hará de Sybila en esta moderna versión? Se puede retroceder (avanzar) hasta donde uno se atreva. Que es mucho (o poco) decir, según de dónde se lo esté mirando… De repente algunos grados al este-sudeste para henchir las gavias de ceñida y ¡milagro! Rosa mystica… Domus aurea… Stella matutina… medallón de Nôtre Dame cromatizado-sacramentado-filigranado en índigos y topacios entre una estrella de David y el sello de Amenophis (el halcón con el Horus entre las garras). En este momento se está pintando sobre el vidrio la imagen de Nora, sobreponiéndose a la esposa de Helmer en un ríspido diálogo de Ibsen. Queda ahí flotando una imagen semiterminada… Nora lejanía… Nora isla… Nora puerto… No sé qué mezcla sísmica de prohibiciones,

miedo y sensualidad descarada y desbordante… qué promesa cósmica… sombría…

Mejor retornar a la isla. La soledad extiende a veces salvoconductos para permanecer. Permanecer debajo de la herrumbre (*aunque a despecho de anclas y de escombros puedo*…).

¿Será posible compaginar una mujer como se compagina un video? Mezclar en armonía la sensibilidad de Eva, el aura doméstica de Amanda, la sensualidad de Mónica, la intangibilidad de Marta, la risa desintoxicada de Beta… Evitar —por sobre todo— que se superpongan autor y hablante, porque ello conduciría a catástrofes impensables. *Quod est, est*… Con la dulce paciencia de los musulmanes ante estos amagos de tragedia: Kismet… (quién es Kismet, aullaba Imelda, inmersa en la violencia de su virginidad y sus cicatrices).

Otorgar a este ludo estatutos de inocencia y providencialidad no resuelve —en todo caso— sus fundamentales asperezas… ¿A quiénes quiero? ¿A quiénes no quiero? Y ahondando un poco, solo un poco: ¿qué quiero? Y ahí nomás la definitiva: ¿Qué soy? ¿Quién soy? ¿*Quo vadis*? ¿*Quod vobis videtur*?

El Talar / mayo 1994.



El rostro de Neruda y el cuello promisorio de una botella de Oporto se integran en la Cueva al microclima creado por libros, moluscos, trozos de antracita, amatista y cuarzo, más cangrejos, una culebra, algún formio y el aroma de la pimienta, el azafrán, el jenjibre y la peperina. La vieja Underwood 1926 recuerdo de Orlando Lavagnino ha sido reforzada (no reemplazada) por una Lexikon Olivetti de carro corto, puesta a nuevo pero con mucho menor carga afectiva.

Solo caramelos

La juventud de un ser humano no se mide por los años que tiene, sino por la curiosidad que almacena.

Salvador Paniker

El Abuelo reina en su cueva con la apostura de un mariscal de campo. En esos escasos metros cuadrados, que él agiganta midiéndolos en pies, como los piratas, duermen amontonados libros, poemas, canciones, paisajes y recuerdos.

Su colección de estampillas envuelta en papel fuerte, a salvo del polvo y la polilla, inmovilizada desde hace por los menos veinte años. De tanto en tanto, cuando su memoria se posa en la arena de una playa del Caribe, recorre con la mirada escenarios sofocantes y la fauna exótica de Jamaica, Barbados, Saint Pierre o Guadalupe.

Escasos souvenirs de infancia, dispersos en su cabeza y en el tiempo como faros o balizas en medio del océano. Un tintero de bronce con la figura de un velero, regalo de Ángel Chenlo para algún cumpleaños. Dos o tres abrecartas con dedicatoria y unas fechas.

Una botella de leche a escala minúscula, con el logo de Establecimiento El Chacho, el negocio de lechería y granja que regenteaba tío Pepe en Rosario. El juego de aros chinos, adquirido para sus últimas actuaciones, hace más de cincuenta años.

Némesis. Esa foto salió a flote hace un par de semanas, mientras compilaba material para un taller literario. Charles Pix y Némesis. Hacían buen dúo con Carlos. Ahora… Carlos convertido en un burgués que se motiva maldiciendo al gobierno. Una pena. *Todo pasa y todo queda / pero lo nuestro es pasar*…

Una regla de cálculo y el mechero Merck, testimonio bienamado de sus años en la facultad de ingeniería química. Su primera máquina de escribir, una Underwood 1927.

Muchos caracoles, largas trenzas de almejas y mejillones enhebrados en sisal. El Strombus Giga y la Phylum Poriphera de las playas de Cozumel, regalo de Mónica Ameztoy.

El caparazón de un morrocoy rescatado por Guillermo Bianchi en una laguna uruguaya. Una primorosa caja taiwanesa en la cual el Abuelo tuvo guardadas algunas ilusiones, a salvo de curiosos.

Ahora podés abrirla, pero vas a encontrar solo caramelos. ▮

Taller Municipal de la BP Ricardo Rojas / abril 2013

Da capo

- Tercer Premio Juegos Florales “Centenario de Borges” / Municipalidad de Tigre 1999, provincia de Buenos Aires, Argentina.
- Primer Premio Especial XIX Certamen Internacional Tiflos 2005 / ONCE Organización Nacional de Ciegos de España. Integra el volumen (inédito) *Asunción en el Huerto*.
- Segundo Premio I Certamen Internacional “Oliverio Girondo” 2005 / SADE Delta Bonaerense (BA) Argentina.
- Antología nacional SADE Córdoba 2006 / Córdoba, Argentina.
- Integra el volumen *Miseria blues*, Premio Municipal “Felipe Aldana” / Rosario 2007.

A la memoria del querido maestro JLB

Desatar —espaldas al nadir— los penúltimos nudos
el pecíolo de cada ingrávido sintagma / las nervaduras
parentales / abandonar sobre el quebracho carcomido
—al pie de alguna casuarina— las alforjas y tu cayado
compostelano de tacuara (lastres innecesarios al cabo
de la hora nona) / navegar rumbo al ombligo inculto
de tus islas al trémolo incisivo de una rosa náutica
que absteniéndose de constelaciones y de ortigas ilumina
el timón y desnubla tus miedos / acosar al manglar
a la muralla ahíta de zorzales / al telón innumerable
de peces y perfumes / denso de escama y de sudores
agrios y manzana / abrir cada latido un junco / diestras
las yemas al encuentro de unos pezones evasivos
lamer sin contrición la sangre que suscita la totora
o las dagas del tala / la paja brava apenas estocada
imprimiendo sobre tu piel todas las prohibiciones
excarcelar el llanto / la confesión avara de perdones
relamer las arcillas y los ocres de las resecas ánforas

hollar el barro de todas las orillas y masticar la arena
de todos los remansos tras un abretesésamo impotente
erizado de azufre y campanilla / transferir
al papel tus últimas espinas.
Desatar —espaldas al nadir— los penúltimos nudos…

Gregorio Echeverría / Tercer Premio

Da capo

A la memoria del querido maestro

Desatar —espaldas al nadir— los penúltimos nudos
el pecíolo de cada ingrávido sintagma
las nervaduras parentales. Abandonar sobre el quebracho
carcomido —al pie de alguna casuarina—
las alforjas y tu cayado compostelano de tacuara
(lastres innecesarios al cabo de la hora nona).
Navegar rumbo al ombligo inculto de tus islas
al trémolo incisivo de una rosa náutica
que absteniéndose de constelaciones y de ortigas
ilumina el timón y desnubla tus miedos.

Acosar al manglar, a la muralla ahíta de zorzales,
al telón innumerable de peces y perfumes
denso de escama y de sudores agrios y manzana.

Abrir cada latido un junco, diestras las yemas
al encuentro de unos pezones evasivos,
lamer sin contrición la sangre que suscita la totora
o las dagas del tala. La paja brava apenas estocada
imprimiendo sobre tu piel todas las prohibiciones.

Excarcelar el llanto, la confesión avara de perdones, relamer
las arcillas y los ocres de las resecas ánforas.
Hollar el barro de todas las orillas y masticar la arena
de todos los remansos tras un abretesésamo
impotente erizado de azufre y campanilla.
Transferir al papel tus últimas espinas.

Desatar —espaldas al nadir— los penúltimos nudos…

Tigre 2000x. Juegos florales, año I Nº 2 Noviembre-Diciembre 1999, pág. 9.

Ojos al pie del árbol

Un poeta es un mundo encerrado en un hombre.

Víctor Hugo.

Acostarse más temprano para despertar cada mañana un rato antes es una de las tantas inciativas que empieza a encarar al descubrir que cada vez es más prolongada —y confusa— su charla sottovoce frente al espejo del baño.

La cosa toma cuerpo a partir de dos circunstancias ajenas entre sí —o no tanto— pero ligadas a su emotividad reciente. Teniendo plena consciencia de que su valoración del tiempo es por lo menos resbaladiza, reciente puede significar diez años o cinco segundos.

Einstein ha dejado surcos en uno de los costados más delicados de su cerebro, aunque ya no se siente capaz de precisar si en la proximidad del canal de Silvio o el de Rolando o más bien arrimándose a la cisura calcarina. Quizás en el hipotálamo. Uno de esos surcos se relaciona con un feo hongo de humo negro.

Otro con un examen de epistemología (de la ingeniería química) durante el cual, en el afán por escapar del vértigo que le suscitan los entornos de la filosofía, ha elegido permanecer callado acerca de la teoría de la relatividad. Silencio que le ha representado un aprobado caritativo más un monólogo magistral del doctor Gustavo Fester sobre el tema.

Uno de los accidentes que ha afectado entonces esta emotividad relativamente reciente, es un mail de Clara en respuesta obvia a otro suyo anterior, en el cual ella declara con acentos balsámicos que desconocer uno su propia imagen ante el espejo o sorprenderse por detalles (menores) del rostro es una prueba sincera de supervivencia. O algo así.

El otro se podría decir que acaba de ocurrir, si decirlo de este modo no conllevara el riesgo de que un lector avieso —todos lo son

al fin— apuntara que "acaba de ocurrir" es una petición de principio por lo menos tramposa desde el momento en que mezcla de modo nada claro al autor con el protagonista.

El hecho en sí es otro mail proveniente de Méjico, en el que Mónica hilvana con dulzura la ríspida cuestión del vello indisciplinado y las canas (prematuras como es de rigor).

Termina de encender la compu y empieza a leer el correo, no en orden de llegada sino por orden de interés. Tarea ardua teniendo en cuenta la habilidad que los generadores de spam han llegado a desarrollar en el afán de poner delante de nuestras narices remedios infalibles para elongar el pene, vencer la timidez, ahorrar en el papel del fax, adquirir psicofármacos sin receta o acceder a las mejores vacaciones de la vida en las islas Maldivas.

El correo de Mónica lo empieza a leer mientras la lista sigue bajando. Piensa en las casualidades. Es decir apunta a causalidades. Porque están por el medio uno anterior de ella con detalles desopilantes acerca del *backstage* hospitalario y otro de él copiando un poema que piensa proponerle traducir al inglés para publicar ambas versiones en *Voices in Wartime*. Es evidente —entre líneas— que también a Mónica le preocupa, en alguna medida imprecisa, la fidelidad de las imágenes. La correspondencia. La coherencia.

Ahora —es decir al rato— se encuentra sentado con su té y un bizcocho de cereal analizando la cuestión de los espejos. La vista y la mente vagando por separado. Un punto luminoso en la puerta de la heladera atrae su interés. Una luciérnaga que no titila aunque sí encandila. Cambiando el ángulo de observación comprueba que el punto de luz sigue allí. Lo confirma tras un leve sobresalto. No por el inocente bichito de luz obvio. Es que aún no ha borrado el tema espejo. Y sumar espejo a punto de luz ubicuo lo zambulle en Borges y zas… en el aleph. Tan temprano y ya en pedo mi general. Pero es té sin trampas. Sin azúcar siquiera. Y si insinuara desconfianza hacia un inocuo bizcocho, cualquiera tendría derecho a dudar de su cordu-

ra. Cambia otra vez de lugar nada más para ratificar lo acertado de su percepción. Se levanta con cierta inquietud para aproximarse a la heladera. Decisión sensata que le hubiera evitado asociaciones incómodas, pues al acercarse descubre que se trata de un imán Papá Noel o Santa Claus —da lo mismo llegado el caso— adherido a la puerta y pisando el almanaque de La Hispano Argentina (panadería y confitería). Y el brillo sospechoso no proviene sino de un pedacito de mica pegado al algodón de la manga de Santa.

Una paz inefable lo invade al hacerse cargo de que el viejo hubiera podido escribir esa joyita a partir de una torpeza perceptiva, justificada por otra parte por la ceguera casi total para entonces.

O sea asume con la mayor naturalidad posible el hecho de que ahora bien le cabe a él escribir su propio aleph, a despecho de las evidentes desventajas frente a un autor famoso (y muerto) y una obra consagrada. Pero también conoce lo veleidoso de la fortuna y la versátil calidad de la inspiración poética, consideraciones ambas que lo empujan sin compasión por el camino de la disciplina y el cilicio. La letra con sangre entra. Y suele derramarse con ayuda casi siempre de un disparo prolijo o una razonable puñalada. Mediando escasez de recursos, serviría llegado el caso hasta una hojita de afeitar.

Como paso inicial para reescribir un texto ajeno —sobre todo siendo famosos texto y autor— le parece evidente la necesidad de adentrarse de nuevo en sus vericuetos. Accidentes topográficos que suponen necesarios tropiezos semánticos, ineludibles trampas sintácticas y la maraña de solecismos, anacolutos y el sarcástico oxímoron que —se asegura al cabo de una octava o novena lectura— reconvierten la presunta linealidad en un fárrago de encrucijadas y desvíos menos sorprendente que peligroso para plagiarios desprevenidos y más vergonzoso que previsible para la rara categoría de adeptos que —teniendo formación y cualidades para hacerlo— se abstienen con voluntaria donación de la módica tentación de seguir —intentar— itinerarios personales, amparados en el socorrido *nihil novum*…

Dirigiendo la intención contra la sonrisa burlona en el azogue, se extravía una y otra vez en la enumeración de datos y circunstancias que la vanidad amontona y la racionalidad disipa según el aserto de Pauwells en el sentido de que toda percepción sensorial genera registros imborrables —omnipresentes— y la desangelada advertencia de Korzibsky de que el mapa no es el territorio. Peligrosa ecuación de cláusulas que una opinión ligera declararía excluyentes, de no mediar la consideración de cuestiones asimismo si no relevantes al menos pertinentes. Entre otras, el destino último de las paralelas en las geometrías no euclidianas.

La refutación del Principio de Incertidumbre de Eisenberg formulada —tardíamente— por Einstein (referido lo de tardío a que ni la claridad de Albert ni el tesón de Fermi ni la reticencia de Oppenheimer llegaron a tiempo para desarticular el hongo). O el camino propuesto por Huxley para la asunción al enésimo cielo por la vía —oral o endovenosa— de las silocibas, el peyotl, el mescal o el moderno crack. *Nihil novum*, obviamente.

Un mensaje, alguna advertencia, cierto críptico comentario parecen anidar tras la superficie pulida del espejo. Inocente en sí misma, si no conllevara la esencia de los múltiples —innumerables— espejos que fueron, son y serán en el universo y en el cúmulo infinito de inabarcables galaxias. Lo cual supone declarar que el rostro que devuelve su mirada con una mezcla de piedad y simpatía refleja su propio rostro pero igualmente el de aquella zigana vieja acunando sin lágrimas un feto a la puerta de la ciudad de los perros de oro. O el de la macchi cuyos conjuros volaban al encuentro de las carabelas en un esfuerzo supremo —y también inútil— por atemperar el desembarco de los barbados arcabuceros con los crismones y sus cabalgaduras y los perros. Y aun aquellos que deambulaban por el fondo de un río muy ancho, desnudos y despeñados desde un olimpo violento y con las filiaciones y sus ojos devorados por los peces.

En un instante que se agota en sí mismo pero a la vez incluye e involucra los incontables —muchos por cierto— años, días, minutos y segundos de su vida ¡salve, oh viejo querido Whitman! atina a vislumbrar un amanecer entre pelícanos y gaviotas de apetito desvergonzado en el muelle de pescadores de San Antonio al borde del Pacífico y un ocaso en Taormina acudiendo sin remisión a bordo de la goleta de velas negras que lo espera para partir —desnudo y ligero de equipaje— apenas pisar el puente. Escuchando una melodía en la que confluyen sin escándalo cierta sinfonía de Dvorak compartida con Pepe un sábado cuajado de ausencias y aquella marcha nupcial a la sombra de una capilla de los padres escolapios. Saboreando la miel acalorada de los primeros besos y un único poema premiado que Raúl dispusiera con sus moselas y aquel fuentón de ostras a modo de epitafio. Presintiendo a sus espaldas el despliegue de la kundalini en efusión de vértebras y semen. Y el picor de la mirada y los dedos neumáticos de Katja. Aspirando el violeta de la cabellera y el impudor del caracol y la anémonas que Clara abandonaba al costado del agua en los confines de la tarde y el aroma a canela y vainilla en rama del arroz con leche de la abuela.

Ars longa vita brevis. La cita convoca el rictus de una sonrisa, bienvenida menos por su carga augural que por su posible condición de hipótesis sobre la cual fundar acciones inmediatas. Dios sabe en virtud de qué caprichosa asociación, el concepto de brevedad se equivale en su entendimiento al de levedad. *La insoportable levedad del ser*, le sopla al oído el diablillo de sus mortificaciones. Delito y pena pueden ser leves. Las culpas y el arrepentimiento jamás. Aun cuando medien los ungüentos de la confesión y la penitencia o los placebos de la siquiatría y el análisis. Solo el fuego cauteriza. Solo el agua limpia. Solo la sangre redime. *Sanguinis que pretiosi*.

Sabe —presiente— que un recurso acaso eficaz para eludir el desenlace de eventos enedimensionales recurrentes en un epílogo aborrecible es acceder a un universo de (N+1) dimensiones o degra-

darse a otro —inferior— de (N-1) dimensiones. Seducido por la falacia que implica el sustituir acceder por ascender, razona (errando) que el proceso de degradación, basado en un criterio de sustracción, tiene como resultado inevitable, no importa cuán alto el valor inicial N, la nulidad al dar —paso ineludible— a N el valor 1. Silogismo cuyas cláusulas equívocas hubiera sorteado con holgura de comprender la índole de las circunstancias implícitas en la cuestión del espejo. El cotidiano adelanto-atraso de sus hábitos de sueño es ya en sí mismo un proceso aritmético de ascenso-descenso. Y —más importante— en ese juego de imagen real-imagen virtual en el cual uno se involucra al abrir los ojos delante de un espejo, la realidad y cualquier sistema de descripción de la realidad ingresan *per se* a un código de trascripciones y equivalencias no por obvio desechable, según el cual —por ejemplo— avanzar es retroceder, adelante es atrás, derecha es izquierda y adicionar debe ser necesariamente sustraer, etc.

En un instante —fugaz en su eternidad— presiente la irrisoria pretensión de inmortalidad expuesta en la concepción misma del diabólico artefacto. No reconocer su imagen reflejada en el espejo significa apenas —y nada menos— que todo espejo miente.

Todo espejo es por su naturaleza una interfaz concebida para entablar con el condenado —ahora se hace cargo de su condición— una dialéctica de más bello-menos bello (en el límite bello-feo), grueso-delgado, liso-rugoso, avance-retroceso. La mayor (o menor) precisión o finura de la superficie depende solo del material, del grado de pulimiento y de su estado de limpieza y conservación. Y determina que lo que un espejo de alta calidad resuelve en diez —o cien— etapas, uno basto lo realice con una rudeza atroz de una vez y sin atenuantes.

En ejercicio más de vicios académicos que de una perdonable curiosidad, se pregunta hasta dónde la planitud de la superficie azogada atiende a circunstancias geométricas congénitas o deviene —

por el contrario— de suposiciones *ad hoc* instaladas por su propia visión supuestamente binocular, presuntamente emétrope, libre de aviesas discontinuidades refractivas.

Y entonces el objeto interrogado no es ya la luna plana biselada sino una calota esférica de apariencia opalina, por instantes cóncava pero asimismo convexa, de suerte que al cabo de un lapso impreciso termina por ignorar si él mismo es el yo que observa desde afuera ese microcosmos convexo o un yo otro prisionero en la concavidad de una esfera que lo contiene y fagocita. Intramundo en el cual conviven —subsumidos y diferenciados a velocidad lumínica— sus gametos parentales, una blástula fruto de la reciente concepción, el lactante seducido por el primer dulzor de unos pezones acuciantes, el niño caminando descalzo sobre sus miedos primigenios, el adolescente acosado por la exigencia del tránsito a un segundo pecado original. La serie en fin de estampas y litografías encaminadas a esa figura cabizbaja centrada en relieve en una moneda cuya denominación y fecha no logra descifrar. Hasta la viñeta terminal, ese rostro descarnado orlado por la inscripción premonitoria. *Fui lo que eres, serás lo que soy.*

La ocasional herramienta va trazando sin urgencia grafías y sentencias. Imprimiendo en su frente y en las mejillas un sura de al-Qurham. Tallando cifras rúnicas y caracteres cuneiformes en el mentón y alrededor del cuello. Deletreando mantras védicos y una octavilla cirílica en el ecuador del pecho y un extenso himno celta entre el abdomen y las ingles. A lo largo de los brazos se desenvuelven en trenzas verticales unos glifos demóticos y las piernas se bifurcan en sendas estelas kechuas. Un rojo ceremonial expande sobre el piso del baño la geografía del silencio.

En algún espacio lejano —o infinitamente próximo— los ojos de un ciego que se parece con una insolencia atroz a Borges— parpadean casi sin ironía. Ciego y desnudo, encadenado a las estanterías de una biblioteca interminable. O a la estaca que tornaba infeliz la

existencia y vanas las expectativas y la falible lealtad del perro de Ulysses. Acaso a la roca inmemorial a la cual lo sometiera sin inocencia, al descubrir —ratificar— que a despecho de sus ordenanzas y las más detalladas prohibiciones aún añoraba saborear los frutos del Árbol, un otro uno que también pareciera tallado a semejanza de un ícono no imaginable. Un pantocrator resplandeciente de dientes y de escamas, encadenado por sus propios anillos al tronco de un peñasco inabordable, plantado en medio de esa niebla diestra en desdibujar las riberas del huerto y prometer las inmediaciones de la nada. ▮

El Talar / abril 2005

Y escuchará mi voz

Sangue di primavera, tutta la terra trema d'un antico tremore.

Cesare Pavese; *You*, *wind of march*

Introspección vagando desde no sé dónde a menos
lluvia —sábado— mojando un estar solo / en el parque
dos Lepiota Procera palpitando bajo la incitación acuática
parecieran amarse tan gigantes albinos (no existen
ya gigantes) viajando a bordo de Lacan-brujo libro-brújula
ágave inyectando bajo la piel sus compulsiones fórmicas
explorando qué arca cuál placenta qué yo otro perdidos
qué destrabalenguas significantes preclusiones
e inquisición de hábitos mamarios (inútil convocarlos
salvo verificar) me hizo babear casi orino el tapizado
del diván / estar ya de regreso nuestros (gigantes) padres
(todavía) en paz hablar de esta lluvia del amor
de los hongos / beber el fresco de las gotas / el silencio
húmedo saturando mis fibras la penumbra tan cómplice
al crecimiento de los talos la liberación de la libido
próximo al plenilunio se abultarán mis hifas / alguien
lejanamente escuchará noticias (hojeará un diario)
otro —no yo— calzará mis zapatos envidiando a despecho
de meditaciones o terapia opciones no transaccionales
escuchará mi voz de hongo enamorado. ▮

San Isidro / febrero 1990.



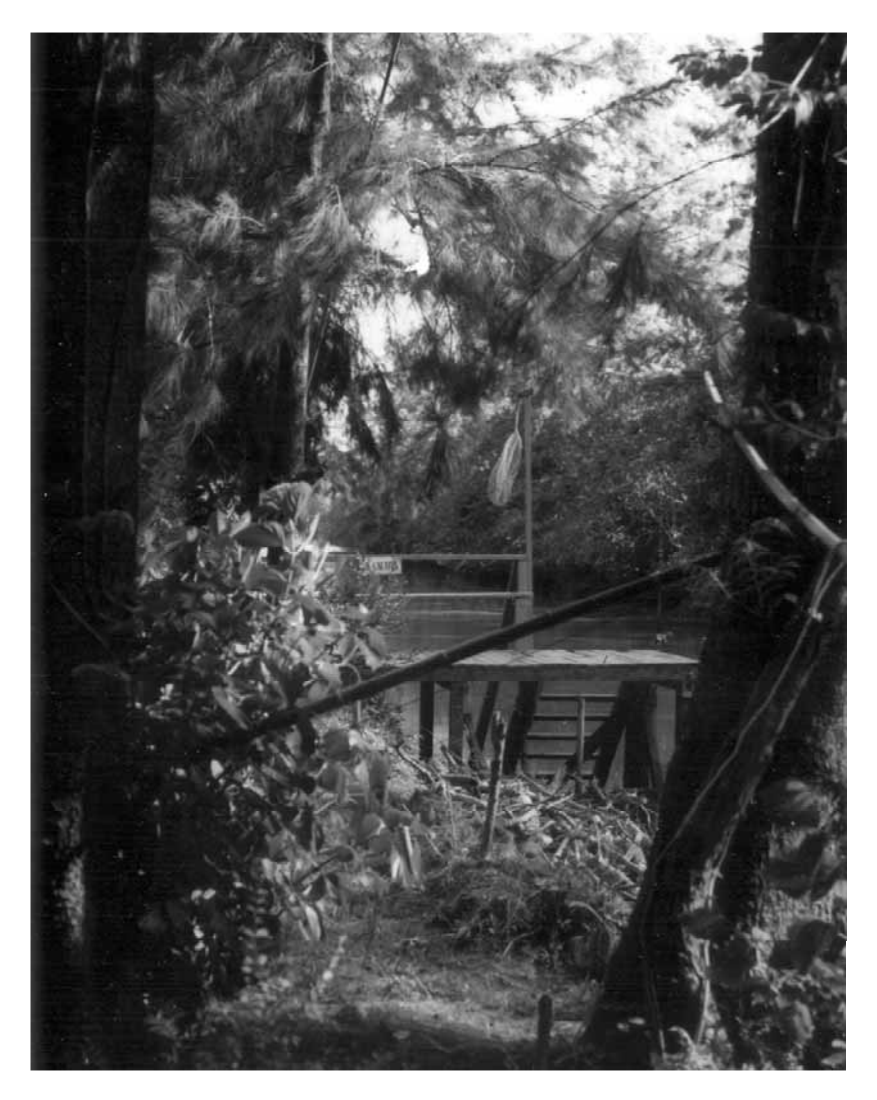
Una tararira de buena dentadura, cerca de 5 kg capturada con carnada blanca y una línea de flote, en la costa de enfrente, en horas de la madrugada. Los boyones se podían vigilar desde la casa. De todos modos esta hizo bastante barullo tratando de zafar del anzuelo. Pero había una parrilla con brasas lentas en su horóscopo. Y un vinito blanco frío, muy pasable.

§

From: Grimaldo Ezcurra <visual@cotelcam.com.ar>
Date: Sun, 01 Oct 2000 20:26:09 -0300
To: “Claraluz” <clara@hotmail.com>
Subject: Hongos

Es cierto, las palabras son un baluarte, una trinchera. Sirven —si se quiere— para mostrar o para esconder. Pero no mienten. Solo reflejan, cuentan nuestros pensamientos y nuestros afectos. Nuestras emociones. ¿Se pueden contar las emociones? La palabra es mágica y sagrada. Es una pena que hayamos perdido el respeto y el amor a la palabra. La palabra siempre dice la verdad, aunque estemos mintiendo. El corazón separa las palabras por su peso y por sus claridades. O por la negrura. Hay palabras blancas. Hay palabras grises. Las tuyas son enormes y luminosas. Cantan al oído y al corazón. La palabra se sublima tanto que al final es silencio. ¿Te agrada el silencio? El silencio verdadero casi no existe. Pero había en la isla algo parecido. Aunque en el fondo sonaban grillos y lechuzas y las ranas y el chapoteo de nutrias y carpas. Si uno se mete más adentro todavía, se escucha el pulso y el trepidar del corazón. Y después, mirando hacia arriba en las noches sin luna, llegás a escuchar la música de las esferas. Entonces podés cerrar los ojos y dejarte ir flotando, volando, por arriba de los sauces y las casuarinas, lejos de las demandas y los timbres, de las prohibiciones y de las negaciones, lejos de las exigencias, lejos de reproches, de frustraciones, de excomuniones.

¿Por qué los hongos? Porque son tan simples, tan hábiles para sobrellevar esto que a nosotros nos cuesta tanto, Clara querida … Te paso un poema. Después hablamos. Un beso. Grimaldo.

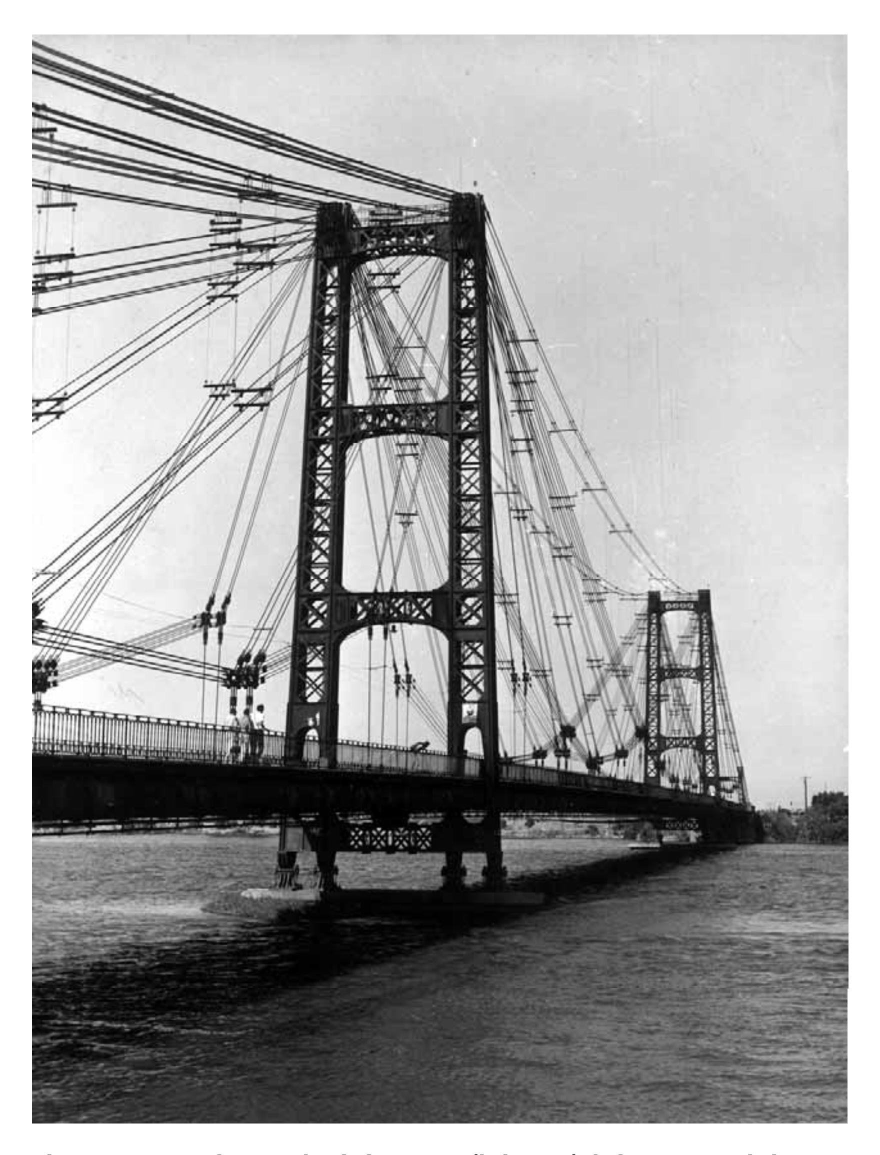


Con las primeras luces de la mañana, el arroyo vuelve a cobrar vida, a compás de los trinos, el cotorreo y los chillidos de las pavas de monte. ¡A vivir, que la vida es corta! *Ars longa, vita brevis*…

Sabor de los jugos

Me dejó adivinar un dulzor de dátiles
y rozar la palidez de sus corolas
eso fue al comienzo
la traje hacia mis noches / mis ojos
atesoraron su perfume / una mañana
sus labios pronunciaron mi nombre
y entonces comencé a regresar
¿qué más podía pedirle?

Ricardo Rojas / 20 de junio 2011



El viejo Puente Colgante sobre la laguna Setúbal. Un símbolo constante de la tierra perdida. Y en alguna medida, también del regreso imaginado. ¿El mito del Eterno Retorno?

Semiótica

Los pasos siguientes no dejan espacio para las equivocaciones. Sonríe frente a la improbable imagen reflejada en un espejo imaginario. De ahora en adelante todo ocurre en tiempo real. Vuelve a sonreir —a imaginar— y la misma idea de lo imaginario precipita otra sonrisa. Un poco más breve. Algo más incisiva. Casi cortante.

Alejo tenía bastante razón. Pero está acostumbrado de siempre a que el entorno tenga siempre razón. A su pesar y casi inevitablemente por encima suyo. Lejos han encallado las ocupaciones de mamá. Las preocupaciones de papá. Las recomendaciones del padre Pedro. Las reconvenciones del señor Armadá. Sus propias aceleraciones ante la inminencia de los espasmos de placer que antes y después le producen aquel terror. Un terror que nace bien de adentro. De la cabeza y de las piernas al mismo tiempo. Que son unas palpitaciones que todo el mundo le pesca en la cara. Un sudor que no retrocedía siquiera en las mañanas frías camino al Normal 3. Que puede de golpe y sin anuncio tornarse en un rubor horrible exponiendo a la vista de todos lo que de cualquier manera todos ya saben. Lo lleva como escrito en la cara. En el remolino rebelde. En el modo de mirar de costado como preparando la huida. En el temblequeo inmanejable de las piernas que no obedecen y vibran hasta el paroxismo.

Cuando —muchos años adelante— el padre Julián les habla de fiebres tercianas y cuartanas, empieza a atar cabos. Igualmente demasiado tarde. No sabe entonces que otras urgencias habrán de generar otras fiebres. Más eficientes y atroces, en la medida que le dejarán entrever que las de la infancia han sido meras diversiones.

Ni siquiera creo haberme dado cuenta de que en un momento empecé a relatar todo esto como si le estuviera sucediendo a otro. Cuando hicimos aquel ejercicio del cambio de puntos de vista con *La*

madre de Ernesto presentí la importancia del jueguito. Es la vía rápida perfecta para zafar. Si lo que me pasa le empieza a pasar a otro, deja de pasarme a mí. Pilato impecable. Pilato, Pilato, si no te dejás te mato. No es serio. No puedo traer en estos momentos esa clase de episodios chiquititos.

Qué propiedad correspondería aplicar. Aditiva. Conmutativa. Comparativa. Contemplativa. Durante los larguísimos años de terapia con Trosero el quía no me dejaba pasar una. Barajamos y damos de vuelta, Grimaldo. Mientras tenés pocas cartas en el mazo la cosa va dulce. ¿Qué significa Pilato para usted? Y ahí era capaz de que--darse, tres minutos, toda la sesión, un mes sin darme respiro. Haga memoria. Tómese su tiempo. Alguna vez le va a servir. Son señales. Referencias que uno va dejando al costado del camino. Como las miguitas de pan de Pulgarcito. Aunque sepas de memoria que es inútil porque los pajaritos. Y vas a probar entonces con las piedritas. Claro, pasa una y otra vez y empezás a perfeccionar las técnicas. Empezás a darle importancia a ciertas sutilezas que antes no contaban. Sutil y de aguas dulces decía Hugo. Cuando uno siente el agua al cuello y sabe que se le acaban las fuerzas, ya ni le interesa la sutileza. El cáncer no fue sutil con él en todo caso. Supongo que llegado el momento se habrá dejado llevar por la correntada.

Debe haber instantes en que uno intuye que hay que dejarse ir. Que hay corrientes intensas capaces de derivarnos aguas abajo a pesar de las remadas duras y nuestras rosas náuticas. Que toda resistencia es imposible y además inútil. Porque solamente constataremos una pérdida aún más rápida de nuestras fuerzas y nuestras ganas.

Nuestras ganas… ¿de qué? Cuando todo estalla, cuando los humores rebalsan el borde de la redoma, cuando todo entra en colisión con todo y uno sabe que ni brújula ni cartas marinas ni discursos bajo la cruz del papahigo lograrán detener la carrera hacia la catarata, hacia el torbellino, hacía el centro mismo del cráter…

Es más, todo intento, cualquier esfuerzo no hacen sino potenciar la inercia de la nave que se alza sobre su quilla desafiando todas las gravedades para arrojarse desde arriba y con toda la furia de todos los huracanes de todas las marejadas contra las quijadas ávidas de Caribdis que sabés aunque no las veas que te están esperando. Que estuvieron esperándote desde siempre. Vos pensaste infinitas variantes para escapar a la mordedura final de esas piedras eternamente sacudidas por el bóreas y remojadas por las hebras saladas de un Mediterráneo que no podés creer que sea el mismo de Serrat o de Julio. Aunque sabés que él es él siempre. *Nosotros, los de entonces, ya no somos los mismos*…

No puedo parar. No quiero parar. Porque me rebulle en el estómago o por ahí abajo un bolo mal digerido que salta y golpea contra el hígado, contra el bazo, contra los testículos. Sabés —sé— que en esa pelotita están apelmazados el antes, el nunca, el siempre y todos los no puedo. Cuando digo su santidad no quiere no tiene no puede y si los tiene para qué los quiere, ¿de quién estoy hablando realmente? Imposible parar y ni siquiera sé si me interesa de veras.

Inevitable, voy a recordar a Rosa y en ese momento no voy a estar en el patio del departamento de veinticinco de mayo sino en aquella isla a mediodía tirado sobre la arena blanca y saboreando las manos delicadas sobre mi espalda y el rumor agridulce de la palabra kalimera.

Confusión, todo confusión, nada más que confusión. Ciertamente parecida —demasiado— a la que el director del neurosiquiátrico le diagnosticó a tío Pepe antes de recomendar su internación. *Todo pasa y todo queda*. A mí no me queda. Como si mi historia fuera una botella de Klein. Echás y echás y todo se derrama y no la podés llenar. Y te agarra una cosa frente a esa botella enorme y vacía que te mira y se ríe, se te ríe en la cara. La botella DKW.

Querés tapar el cielo con un harnero, Grimaldo. Y por qué saliste ahora con Das Kleine Wunder. Tus malditos juegos de palabras. La vida no es un scrabble, mi viejo.

Ya contaste una y mil veces que toda tu vida te arrastraron las asociaciones. ¿Libres? Un carajo. No más libres en todo caso que aquellas agarradas del cincuenta y ocho cuando dell'Oro Maini. Libres de qué, de quién en todo caso. Libre como lo largó Diego acerca del hijo de puta y sus techos de oro.

¿Ves que estás entrampado con las similitudes y las homonimias y las homotipias? Sé que no te gusta que ande inventando fonemas y sintagmas. Sabés que no me gusta digo. Pero qué querés si al cabo de cada sesión meta pregunta y pregunta y puntos suspensivos por todos los rincones ya no sé quién soy yo y quién es él. Dejá por una vez las palabras en paz. *Words, words, only words, milord*… Por cierto, Grimaldo, pero qué reino, qué mundo, qué universo. Donde te movés en tu salsa. Conjugando, declinando, apocopando, manumitiendo, sintetizando, presumiendo…

Vanidad, Grimaldo. Todo y nada más y únicamente vanidad. Vanidad de vanidades. La Feria de las Vanidades. ¿Ves que no lo hago a propósito? Solitas se me vienen y se van armando ahí, una a continuación de la otra. Una ristra poco gaucha y menos campera, pero ristra al fin. *Paroles* decía Prévert. ¿O preboste? Oleadas de antigüedad me asaltan al evocar ciertas palabras. Voces con olor a siglos idos. Aparecen uno por uno y se unen en parejas, en escuadras, en legiones. Prebostes y mariscales. Abades y condotieros. Ediles y corregidores. Siempre te preguntaste qué es lo que corregían. Y ahi nomás saltan las sillas estilo Regencia y el Señor Regente y la Señorita Subregente. Vaya a la Regencia, señor. Y no se le ocurra orinarse encima mientras me espera. Seguro que no. Por supuesto que no. No es sino una manchita de humedad que se me escurre por el calzoncillo primero y por los pantalones cortos después y por supuesto, las medias tres cuartos terminan haciendo de papel secante.

Y tu cara, ese arrebol espantoso de criminal confeso y eternamente convicto. Porque eres culpable. Porque pienso que eres culpable. Porque necesito que seas culpable. Porque decido que eres culpable. *Mea culpa*. Mia sfortunata colpa.

Elevemos nuestros corazones. *Sursum corda*. ¿Dónde empezó el juego? No hubo un inicio formal. Solamente vos en medio de la cancha. Y el árbitro todo de negro explicándote todo lo que podías hacer y todo lo que no debías hacer. Tenerlos elevados implica potencia. Una función de potencia. $y=x^n$. Quién es “y”. Quién es “x”. Qué es “n”. Sabés que te van a seguir preguntando y preguntando. Arrinconado. Bajoneado. Bloqueado. Por el adetate. Anfetaminas al fin de cuentas. Lo supieras o no. Te gustaron los primeros resultados. Una cucharada a las diez de la noche. Amontonar encima de la mesa libros y apuntes. Aníbal también una cucharada. Y ponernos juntos, cada uno con su materia. El primer descanso a las seis de la mañana. Fantástico. Toda la polenta. Todas las pilas. Cálculo uno. O Cálculo dos. Tal vez Aparatos. Ese ratito suficiente para lavarse la cara, preparar otro termo y seguir. Acordarte —mal— de los primeros peloteos. La primera pelota en Inorgánica, porque justo al negro Mullor se le ocurre preguntarte algo que había explicado en clase y no estaba en el apunte. A usted no recuerdo haberlo visto en mis clases. Jorge Braulio tuvo siempre una memoria de elefante. Mala suerte para vos. Para mí, que apenas pude tartamudear un a veces doctor. Iban a pasar años antes de que las anfetaminas estuvieran en el candelero. Entretanto, cuando el adetate empezaba a desaparecer de las farmacias, te mandaste varios frascos de Dexedrina Spansule, una recomendación especial de Carlitos Blanco. Menos efectiva, en todo caso, que los ampulosos senos de su hermana Anita, que sí te hubieran llevado derechito a la gloria si su señora madre no se hubiera interpuesto aquella tarde de Anita en cama, con el pecho “tomado” y trasparentado a través de un camisón cristalino y cómplice.

Ya ves, no siempre la potencia fructifica como uno espera y Dios lo manda. Muchas veces todo se reduce a una triste fórmula matemática y es sabido que los matemáticos solamente conocen los senos de la trigonometría. Conocimiento carente sin dudas de los resbaladizos límites que parecían atrincherarse tras las escasas pulgadas cuadradas del susodicho camisón.

Otras caras y diferentes situaciones desfilan ahora ante mi memoria. Como si hubiéramos tironeado del extremo no visible pero real de un hilo zigzagueante y fértil. De los de Ana María conservo apenas el tacto porfiado y la extraña embriaguez de acariciarlos por sobre los algodones dóciles y los piqués escurridizos. Mis ojos deslumbrados accedieron a ellos una sola vez. Una tarde dolorosa que dejó tras de sí la impronta de reticencias inseguras y el resplandor fulgurante de unos pezones violáceos que marcaban extremos de radiación mortales no ya para la exposición sino para la mera imaginación. Las coordenadas son ya irrecuperables. Pero uno de sus extremos termina en medio del Puente Colgante, una madrugada de invierno a mitad del río. Sin una barca miserable y con un policía de particular en el desconcertado papel de Caronte desprevenido y casi ridículo. El otro extremo echa a volar en el instante mismo de la despedida y después de un par de planeos a baja altura sorteando la cúpula acribillada de Santo Domingo se pierde de vista rumbo a la Cruz del Sur. Muchas noches creo percibir su brillo engañoso en el cielo silencioso de la isla. Son esas noches en que las ánimas y los recuerdos merodean sin escándalo entre las ramas más bajas de las casuarinas, disputando primacías a la corneta de bobo y a los floripones. Hay una hora mágica en que uno casi puede apoderarse del silencio. Ranas, grillos, sapos y hasta las nutrias amortiguan la respiración intentando seguir el murmullo del murciélago y el salto de la carpa y el viboreo de una estrella como de utilería.

Las fiebres no pudieron conmigo. Una resistencia terca —una compulsión a resistir— me endurecía cada vez que arreciaban los

temblores. Hubo capítulos amargos y charcos elocuentes sobre las baldosas blancas y negras en damero del almacén de tío Pepe que era a una misma vez la inmensidad amarillenta del Mar de los Sargazos y la tundra que los caballos de Tamerlán interminablemente araban y desmalezaban primavera tras primavera. Ignorando que no eran sino repetidores de otros gestos y diversas escenas y un bis de nombres que antes habían sido Zinjis Khan y antes aún el mismísimo Azote de Dios. Aunque de poco me sirve navegar de bolina entre las podredumbres del Caribe o clavar las espuelas en los ijares de mi cabalgadura desbocada en la desmesura de la estepa. Siempre un mismo programa, idénticos guiones con detalles de aparente originalidad, sabiendo que todos ya saben lo que nadie se puede permitir ignorar. *Nihil novum ab sole*. Naturalmente. Khan de todos los khanes. Zar de todos los zares. Fuego al fin de todos los hogares. Fuego vuelto al rescoldo sin haber alcanzado jamás la luminosidad dolorosa de los santos ni la gloria descarada de los belisarios y los bayacetos.

Ah pícaro amanuense, tus manos han encanecido pero las perversas mañas sobreviven en el ejercicio del teclado y la precisión de las signaturas. *Da capo*. Por supuesto, hasta ese título le pusiste a un poema parido bajo la techumbre de un museo que si no lo fuera por la vejez de sus colecciones lo merece por la vejestud de sus curadores y cabildantes. Un juego que jugaste a sabiendas de que no habría Magister Ludii que garantizara la sonoridad de las estrofas y la justicia de los lauros. Como a Shakespeare, no me pudieron las fiebres, aunque raro es que me respetaran los piojos, las diarreas y los procuradores. Cómo encontrar la etiqueta que me contenga, que me explique. Qué metáfora, que figura, cuál retórica alcanzaría para medir una tensión, para calcular estiramientos y valorizar ese cosquilleo permanente capaz de recorrer todos los semitonos de una escala interminable. De la angustia a la euforia, de la soledad a la promiscuidad, del abandono a la entrega, de la estridencia al silencio… al fin cuál de las vertientes es la más expresiva, qué faceta la más ajustada,

la pincelada más creíble. En el fondo solo fiebres. Calenturas de fortinero estaqueado por exigir una soldada. Estertor de testigo que jamás ha de llegar al estrado. Alarido que solamente recibirá en la oreja el eco de su propio eco disparado y devuelto disparado y devuelto… vuelto… vuelto…

Un boomerang. Eso es. Naturalmente limitado por las breves distancias de la ciudad. El primer tiro se te queda colgado del obelisco. El segundo en una antena del helipuerto de Somisa. El tercero muere enredado en el cablerío que cruza Corrientes de vereda a vereda. Y pensás en Australia sería tan distinto. Vos también —yo— llegado el caso, qué gracia. En espacios abiertos no vale. Lo lanzás con todas tus fuerzas hacia adelante y te quedás esperando. Oteando el horizonte hasta perderlo de vista. Lo perdiste. Pero al rato sentís a tus espaldas el zumbidito y zás… clavado justito en el culo. Miren al frente… tomen distancias… no conversen… Y claro. Australia ¿te acordás? Remotamente la de cuarto. ¿No? Sacchi. ¿Cuándo te diste cuenta que el mundo terminaba —o empezaba— un poco más allá del Océano Atlántico? Sabías, por supuesto, que existía el Mar Caribe, porque el Corsario Negro y Honorata de van Gould. Y Cartagena y Portobelo. Y la isla Tortuga y Jamaica y los papagallos que recitaban en latín y puteaban en inglés. *Todos los piratas tienen*… No es una lista pequeña, por cierto. Nombrás a uno y van saliendo esas sombras, esos vapores, esos perfiles duros. El Holandés. El Capitán Garfio. El Corsario Rojo. El Capitán Drake. Sentís la punta del boomerang clavada justito. Y ellos que se van acomodando alrededor. Mirándote con una sonrisita sobradora. Te están haciendo retroceder. Un par de veces fue con Trosero ¿te acordás? Tenías treinta y tantos y de repente volviste a los catorce cuando aquella fiesta del Concejo Británico y Harry Rawlings y el Golden Fish y el señor escritor Michael Longstaff (australiano él, creo o neozelandés). Al rato ya estabas izando la bandera un 25 de Mayo en Provincial. Ocho o nueve años. Pero esto es diferente.

Salen como pálidos de un largo encierro. Y te miran en silencio. Ahí lo tenés a Sandokan. El León de Marruecos. Dick Turpin. Athos, Portos, Aramis y D'Artagnan (¿cuánto tardaste en aprender que no era Doctor Artagnan?) Y está Red Romer con Bozo, el Hombre de Hierro. Y el Capitán Marvel. Y Flash Gordon con el dr. Sarov. Es una muchedumbre y todos te miran esperando que los reconozcas. Saludá, saludalos a todos mientras vas haciendo memoria. Ese negro grandote es Lothario, el asistente de Mandrake ¿no? Y casi al lado lo tenés al Fantasma que Camina, la Sombra, la personalidad escondida del millonario Lamont Cranston. Atrás se asoma Alfredo, el discreto mayordomo de Bruno Díaz, la cara social presentable de Batman. Robin no puede andar lejos. Por la otra punta lo veo al Zorro, muy cerca de Bernardo, el sargento García y el Águila. Buffalo Bill junto a Danza con Lobos. Del otro lado descubro también a Clark Kent y a Lois Lane. El conde de Montecristo en animada charla con de la Vega padre. En el mismo grupo Cyrano de Bergerac y don Juan de Mañara. El que pasa caminando sin apuro hacia el grupo de Buffalo Bill es el Llanero Solitario en compañía del indio. Tenés muchos otros rostros a tu alrededor. Esperando que los reconozcas. Te acompañaron muchos años durante tu infancia. El Hombre Araña (¿Lamont Cranston era este o La Sombra?), Peter Fox en un aparte con Sherlock Holmes y el dr. Watson. Doc Savage, el de las escamas doradas en los ojos. Bill Barnes, el aviador. Tarzán al lado de Joy y Jane. ¡Gulliver y Alí Babá con el Ladrón de Bagdad! El Santo. El Fantasma de la Ópera. Nipur de Lagash. El Capitán Nemo, con Ned Land y todos los tripulantes involuntarios del Nautilus. Los hijos del Capitán Grant y el traidor Ayrton. Robinson Crusoe y su fiel Viernes. Miguel Strogoff. El Piloto del Danubio. Pinocho de la mano del anciano Gepetto. Los hermanos Karamazoff. Quasimodo y el monje Claudio Frollo. Robin Hood con Juanito. Sir Lancelot al lado de Godofredo Frente de Buey y la Reina Genever. Juan Moreira. Arsenio Lupin. Ivanhoe. El Capitán Magon.

Quién sabe cuántos faltan en tu lista. Algunos apenas rostros según los imaginaste a medida que devorabas un libro. A otros le conociste la cara a través de las revistas. Los más recientes tal vez, los que vivían en El Tony, en Tit-Bits, D'Artagnan, en Rojinegro, en Intervalo, en Pato Donald, en Aventuras, en Billiken… Esos eran dueños de rostros definidos, resueltos por cada uno de los dibujantes de la historieta. El resto solo títulos que fuiste poblando de paisajes y personajes. *La isla misteriosa. Los tigres de la Malasia. Cinco semanas en globo. Aventuras de Tom Sawyer*. *Beau gest. De la tierra a la luna. Viaje al centro de la Tierra. Corazón. Veinte mil leguas de viaje submarino. El volcán de oro. David Copperfield. Grandes ilusiones de Pip. El fantasma de Cursitor Fields. Un capitán de quince años. La vuelta al mundo en 80 días. Fantomas. El buda de esmeralda. Raffles. El llamado de la selva. Aventuras de Huck Finn. La isla del tesoro. La reina del Nilo. Colmillo Blanco. El jinete sin cabeza. La hija del faraón*. Tan extenso e impreciso como arrojar una piedra a un pozo muy profundo. El tiempo se detiene en el instante de lanzarla. Y no retoma su andar en tanto no escuchamos el golpe allá en el fondo. Si es que alcanzamos a escucharlo. Porque de lo contrario quedaremos suspendidos en un tiempo sin tiempo.

Los pasos siguientes no dejan espacio para equivocaciones. ▮

San Isidro / abril 1990

§

```
From: Grimaldo Ezcurra <tigre2000x@2000x.com.ar>
Date: Sun, 04 Feb 2001 16:03:38 -0300
To: Silvia Braun <SilviaBraun@arnet.com.ar>
Subject: tu sombra…
```

Flaca: Por apuro otra vez me dejé cosas sin decirte. El Manuela Pedrazza es un instituto municipal (de BA) de salud mental. Estuve haciendo terapia ahí del ´89 al ´91. Al año de estar haciendo grupo, surgió la propuesta de un taller literario. Los textos que seleccioné para *Zapping* tienen ese pie. Ahí confirmé —entre otras cosas — que la creación poética es una salida sublimatoria (bastante positiva) para remontar la neurosis. Y que los textos de taller tienen un valor proyectivo para el terapeuta. Si además tienen valor literario, es valor agregado… :-) También tuvo el coordinador del taller la enorme dignidad de reconocer, en un mano a mano y desde su posición profesional, que nadie cambia. Podemos pulir, suavizar, redireccionar, pero nada más. A las pocas semanas de esto abandoné el grupo.

Volviendo sobre las listas de nombres, en función de mostrarte la trastienda, me jode generalizar cualquier historia. Cada quien es cada cual y tiene derecho a que se lo nombre, no que se lo aluda. Tengo en mi poder la grabación de Hugo[9] que vos registraste donde dice “el argentino no existe, existen los argentinos…” No tiene el mismo valor testimonial (si querés verlo desde ahí) decir, por ej. “un compañero de cuarto me pateó una valija que me habían regalado”, que el “Chijani pateó con rencor…” de p.294. Son anotaciones hechas en diferentes épocas. Donde hay referencias cruzadas y hasta casi recuento o repetición de episodios, con diverso grado de detalle. No siempre recordamos los mismos acontecimientos con el mismo humor. No hay “plan” en *Zapping*. Tal vez el plan es que no

9 Hugo Mandón.

lo haya. La intención es llegar lo más cerca posible a la piel interior del otro. Dándole garantías —justamente— de que no todo es ficción aunque no todo obviamente sea realidad históricamente hablando.

Citar expresamente lugares, fechas, marcas, nombres, va generando un clima de credibilidad, de complicidad entre lector y autor … espero… debe estar escrito en alguna parte… pero yo lo siento así, flaca… por eso mis poemas no hablan de pájaros… hablan de zorzales o benteveos o calandrias… (tampoco de ruiseñores)… ni de árboles… sino de casuarinas y limoneros y tacuaras y sauces… (pero no de sequoias)… no hablo, en general, de piedras o minerales… vas a encontrar basaltos… antracita… granito… feldespato… níquel… hierro… acero… bronce… no me duelen los huesos… me duelen los carpos o los húmeros o los omóplatos…

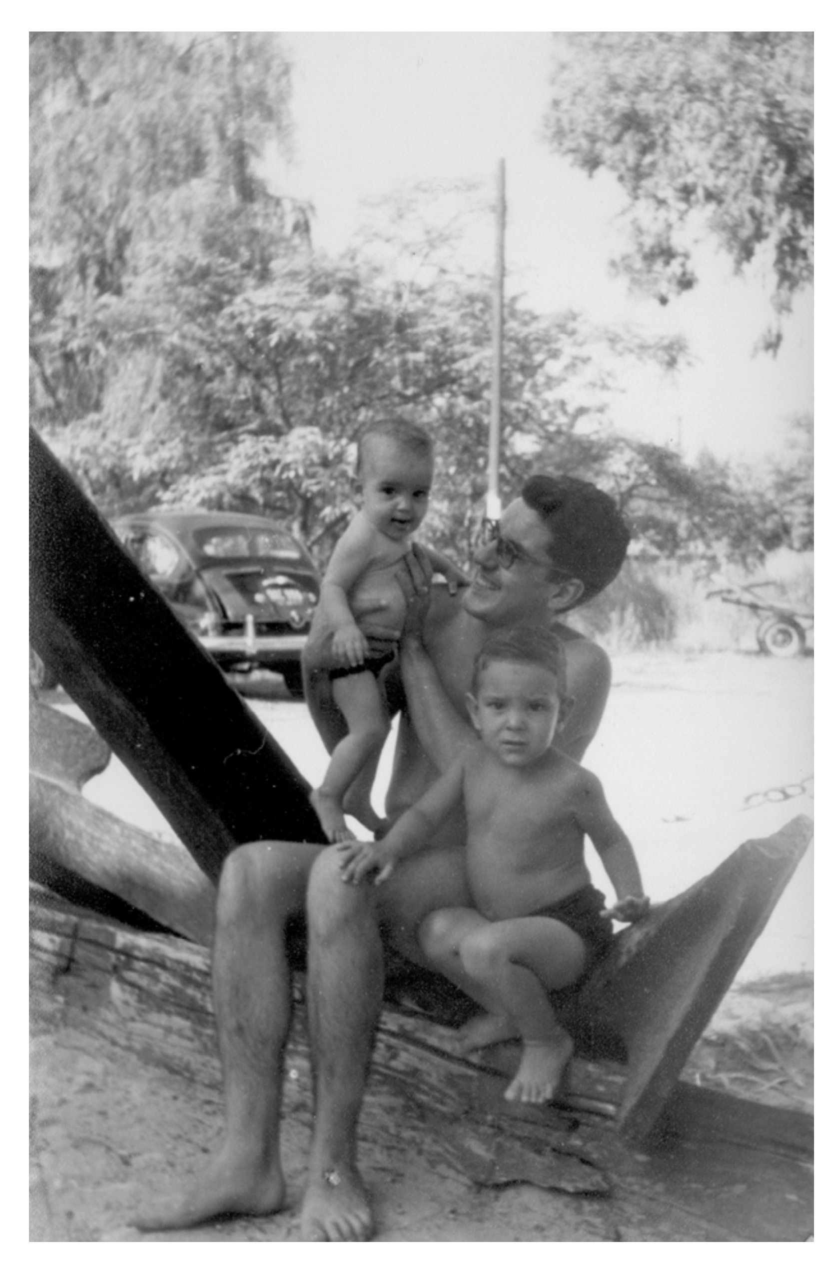
Hay un montón de gente que todavía duda acerca de la historicidad de la torta de estricnina… jaaaajjjaaaaaaa… :-) Anaximandro existió… vivimos en su terreiro meses alucinantes… aunque esa historia en particular con Gumersinda no haya ocurrido o esté contada con un discurso extremadamente metafórico o simbólico.

La isla existe… tenés cartas escritas desde allí… la cita en El Tropezón donde se suicida Lugones existió… metaforizada… retrabajada… la mujer que se bañaba desnuda por la noche existió… mis padrinos existieron… eran así… seguramente eran mucho más aparte de todo eso… pero eran eso… para Tito… y Grimaldo todavía huele hoy el piso recién encerado por Elvira… el sabor de las palmeritas de confitería que madrina servía con el té de los jueves…

Pensá flaca, que algunos recuerdos datan de los dos o tres años… apoyados por las repeticiones… por las evocaciones… por todo lo que quieras… pero pensá en lo que te estoy diciendo… Cuando vine (me trajeron) por primera vez a Buenos Aires, tenía tres años. Y aún me acuerdo ¡y cómo! de un clarinete de madera negra envuelto en bandas de hilo de algodón amarillo y rojo, que tuve que abandonar a nuestro regreso a Rosario porque no cabía en la valija…

regalo de mi primo Alberto, hijo de tío Celestino… el que estaba en cana y la mujer decía en “Paternal”. Recuerdo los ojazos de Pocho Zabala recitando a García Lorca, hacía un par de años a lo sumo que lo habían matado, yo no podía pasar de los cuatro años… Yo fui honesta y efectivamente hipnotizado por Tauro, en el Teatro Municipal, 1958 o ´59… Pero me acordaba de todo y era consciente de todo siempre. Cuando fui sujeto voluntario de hipnosis con el odontólogo (de ese se me piantó el nombre, pero si recorro la guía telefónica de Santa Fe lo pesco) abandonamos el día que me hizo una sugestión poshipnótica que yo recordaba al volver a la consciencia; “lamentaría hacerle trampa, usted me sugirió que al encender (usted) un cigarrillo, yo buscara una ilustración que está en la página 113 de ese libro de tapas rojas, encima de su escritorio…” Rubito Vittori estaba conmigo y había estado con Tauro y Tauro estuvo en su casa (yo vivía con ellos entonces).

Tenemos que sentarnos a chupar cerveza, colorada… hay mucho para descular… muchas preguntas… seguramente bastantes respuestas… y bastantes agujeros todavía… No te paso todo esto para hacer de mi propio ombudsman… vamos a discutir los recortes que te parezcan necesarios… pero pretendo que me los propongas conociendo al menos lo que hay del lado de acá… o debajo de la mesa… :-) Te amo. Grim. ▮



Santa Fe, verano de 1964/65, laguna Setúbal bajo el viejo Puente Colgante. El autor con sus hijos Guillermo y María Eugenia, un año antes de emprender el éxodo.

Pequeña historia casi tonta

Cierta impaciencia generosa no ha consentido que yo aprendiera a leer.
A veces lo deploro, porque las noches y los días son largos.

J.L.Borges; *La casa de Asterión*

Al recordar el inicio de este viaje sin final, afanoso de mostrar al mundo signos de intrepidez que —dicho sea de paso— nadie le solicitara, aviado apenas con el cepillo de dientes y un par de slips, comienza a sospechar que el destino se la ha jugado chueca. O que —al menos— ha pasado a engrosar *motu proprio* esa larga lista de dadores anónimos que de cuerpo y alma pavimentan los senderos del infierno. De todos modos —razona pretendiendo conservar aún su menguado sentido del humor— no es el lugar menos deseable, atendiendo a la evidencia de que los vehículos, caballos incluso, aparcan en las afueras del portal. Piensa "aparcan" y claro ahí nomás se disparan asociaciones irrisorias, parca, porco, *porcus bipedus* (de cajón) y cuando intenta retomar el hilo de lo que ha de resultar (aún lo ignora) el cuento de nunca acabar, se descubre dentro del recinto, escuchando a sus espaldas el portazo seguido de rechinar de cadenas y cerrojos todo ello en medio de esta oscuridad apenas velada por un resplandor rojizo que da a la escena nada más la condición crepuscular de las historias de Narciso Ibáñez Menta o los grabados de Gustavo Doré. No recuerda haber advertido letreros ni marquesinas antes de ingresar y ya no hay tiempo para confirmar nada. Ni siquiera escalando lo que capta instantáneamente como una muralla alisada y altísima. Lo bastante como para que la pobre iluminación reinante le impida estimar el cuánto. Conque el esperable encogimiento de hombros es lo que corresponde. Y apuntar al único sendero que se ofrece a la vista. Durante las interminables sesiones de truco que matizaban

antes la noches de libros y de apuntes (y también las otras) era frecuente escuchar “quien poco tiene pronto juega”. De lo cual por otra parte solo los demasiado incautos se fiaban, porque es una agachada de culto de las tantas que matizan el envido y los retruques. O sea, se pone a andar. Aunque dentro de su cabeza el resonante “quien poco tiene” se transforma en una elaboración más amplia y de inmediato surge la cuestión “si al menos hubiera otra senda para poder elegir”.

Observando el camino adelante, descubre una bifurcación que hubiera jurado no estaba ahí hace un instante. Apenas en un abrir y cerrar de ojos. Casi como un mandato, tuerce por este nuevo rumbo que se abre a su izquierda. Que, dado lo acotado de la visibilidad, retorna a ser único a los pocos pasos. Comprende que vale observar más y pensar menos. El pensamiento suele ser un gran distractor —sonríe— también un enorme traidor —recuerda y ya no sonríe— porque casi todo lo malo que evoca (y lo mucho que ha olvidado) le ha ocurrido siempre precisamente por pensar. Eso al menos aseguran ella y el quía —su analista— ilustrando la opinión una con desenfado y el otro con reservas, pero al fin es lo mismo. Es decir, privilegiar la acción frente a la intelección. Lo cual, a poco de reflexionarlo, viene a ser como un mandato hacia la animalidad instintiva. Eso, el desboque del instinto, la entronización del subconsciente.

Qué digo subconsciente, la ratificación del inconsciente, ese oscuro motor de desenfrenos y maldades. Abrirle lisa y llanamente la puerta a mister Hyde. A la nuca de Abraxas. A la otra cara del doctor Merengue, menos risueñamente, claro. Ah, otra vez la distracción, el divague. Estar atento, porque no todo ha de ser llano en este lugar. Verá que con abrir los ojos ha de descubrir que en pocos metros el camino se empina hacia abajo, en grave pendiente. La razón lo traiciona otra vez con un comentario previsible. Has debido suponer —explorar— un posible ramal ascendente.

Tan claro como el agua. Abres los ojos bien abiertos y allí lo tienes, que casi te lo pìerdes. Aunque con la pertinacia que da el ser

más papista que el papa, vas a elegir de todos modos el que apunta hacia abajo. Que seguramente no lleva como podrías sospechar si fueras un ingenuo a los antros subterráneos, qué va. Eso ocurre en los folletines, en las pesadillas y en las pelis clase C. Este es de seguro el buen camino y el perverso ha de ser el otro. Bajarás por aquí hasta un segundo —o quinto— subsuelo y de allí a la salida. Exit. Uscita. Conque hala, abre bien los ojos. Pues claro hombre, que esto se empina más y más y que cuando quieres acordar te encuentras en caída libre desde no sabes dónde hasta ni te imaginas cuándo. Cierras los ojos, no por miedo, qué esperanza. El aire que sopla desde abajo te obliga, te impide mirar lo que de cualquier modo no verías, dada la cerrada oscuridad. Ahora absoluta. Te queda ¿…? un resto de lucidez para imaginar un movimiento uniforme, no acelerado. ¿Y la gravedad qué? Estás metido en un torbellino cósmico que te arrastra al espacio. Vamos… si hasta puedes respirar. Y un leve resplandor rosado te permite explorar el entorno. Llegaste no sabes cómo a un fondo. Al fondo ¿de qué? Encogido, de espaldas y allá arriba una luna… un sol… ¡la salida! Exit. Uscita. ¿Pero cómo? La luna o sol o lo que fuere no se ve más grande que una moneda. Sin demasiado cálculo trescientos… seiscientos pies… y las paredes lisas de esta suerte de intestino grueso en el cual caíste. Recuerda que cada vez que cierras los ojos algo cambia en el entorno.

Los cierras. Los abres. Y ahí lo tienes. Las paredes —la pared — lisa no lo es tanto como pensabas. Ahí tienes esa rampa helicoidal pegada a las paredes, como una escalera caracol sin escalones, pero que te invita a subir. A salir, al menos a procurar la salida. Exit. Uscita. Allá vamos, algo menos excitado, bastante más cansado. No vuelvas a cerrar los ojos hasta llegar arriba. No sea que… vamos, me comprendes… como las reglas de aquel Tren Fantasma del Hollywood Park. ¿O era el Italpark? Mirando hacia adelante, ni arriba ni abajo ni atrás. No hagas la de Sara. Terminar en estatua de sal aquí abajo, sin admiradores ni turistas ¡qué final insulso, hombre!

¿Insulsa la sal? Caramba… ¿Y quién te dice que todo esto no sea sino sal? La muralla, el camino, el pozo donde caíste, las paredes… la tonalidad rojiza cualquier iluminador aficionado lo resuelve. Unas cuantas dicroicas, unos reflectores y listo. Claro, igual podría ser basalto o madera o yute. Hasta jabón o gelatina de frambuesa. Te está fallando el tacto acaso. Pero claro, no es que falte el tacto, es que no tienes dedos. Ni dedos ni manos ni piernas. ¿Entonces? ¿Entonces qué? Pues eso, nada. Un inmueble, una consciencia que percibe, piensa y se desplaza. Que entre un instante y otro ejerce la capacidad de modificar su propia realidad. La suya, no toda. No te pongas omnipotente. Avanzar, girar, bajar, ascender. Archivando experiencias y apreciaciones. Acertando y seguramente errando bastante. Porque te pesa la experiencia anterior. ¿Anterior? Habrás tenido un antes. Un antes de todo esto que vendría a ser un después. Tu después digo.

Aquí estamos entonces, dejando atrás esta especie de playón de estacionamiento donde se ven carros, bicicletas, automóviles… varios caballos amarrados al palenque… Empujando los portones de madera que ceden a tu paso y se van a cerrar a tus espaldas. ▮

Taller Municipal de la BP Ricardo Rojas / abril 2011

§

```
From: Grimaldo Ezcurra <visual@cotelcam.com.ar>
Date: Wed, 28 Feb 2001 07:35:30 -0300
To: “Claraluz” <clara@hotmail.com>
Subject: no me atrevo…
```

Quiero decir amor nuestro… esto es algo de a dos… dos niños que se regocijan en corretear descalzos por la playa a la salida del sol… O en echarse sobre una alfombra de tréboles a la sombra de las casuarinas en una isla de nadie… Que no se han preguntado siquiera quiénes son… cómo son … que solamente —milagrosamente — se aman… Ella una reina que entreteje amaneceres casi tan transparentes como el ocre de sus ojos enamorados… Él un mago afiebrado en los laberintos de un espejo alfombrado de mariposas de la noche … Ella una princesita descalza que vuela hacia una estrella desobedeciendo a su papá… Él un poeta bobo de ilusiones que se embriaga de violetas impensables y saborea la humedad de los relámpagos y el temblor de los nácares… Ella una presencia tenue que hace salir el sol con una sonrisa y unos matecitos calientes… Él un duende que solo sabe recorrer con sus antenas leves el corazón tumultuoso de la niña… No saben ciertamente quiénes son… se aman lejos de los ruidos de la calle… cerca del mar… abrazados a un rosal… entre los limoneros… en el reverbero de la vía láctea… bajo intuiciones de magia… al borde casi del milagro… se respiran y se aman… se nombran y se aman… se recuerdan y se aman… se acercan y se aman… se miran y ya no quieren despertar… Dos misterios andando tras la huella de una sola sombra… una sombra feliz acurrucada… ¿Me atreveré algún día a confesarte que te amo? ■



Con agua alta o baja, el bichero y el cartel son como un faro invitando a la imaginación y la aventura. *Esas no tienen límites*…

En la orilla

- Premio Internacional “Horacio Quiroga” / SADE Delta Bonaerense 2005.

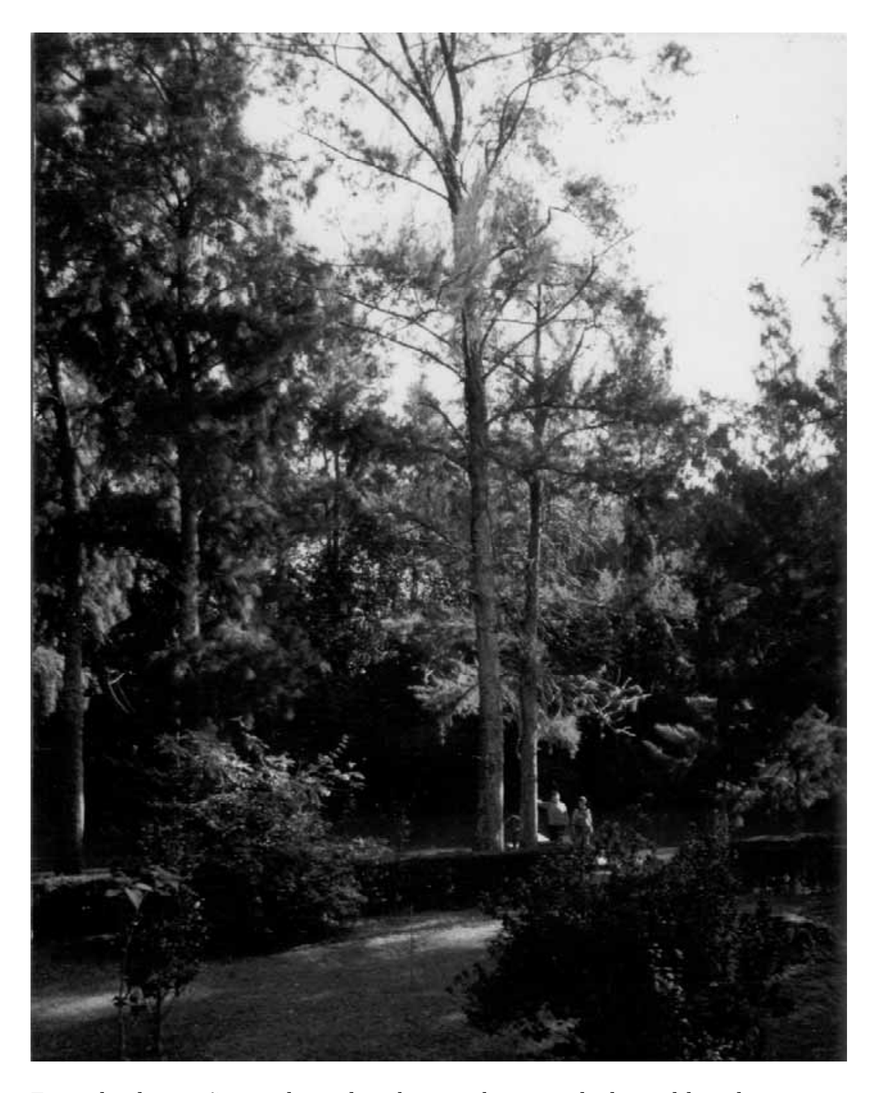
Casi la misma orilla. Al menos los mismos tréboles, las mismas (parecidas) casuarinas. Sabe del matorral de tacuara que aparecerá unos cincuenta metros adelante, casi frente a la casa del maestro. Hasta el mismo aire húmedo, un tanto más calmo tal vez. Nadie ha acertado a completar aquella historia del maestro. Un rumor de amores contrariados. La visión fugaz de unas trenzas rubias y unos ojos zarcos, detrás de la ventana que se abre entre los ciruelos. El mínimo ladrido de un cuzco que disfruta arrinconando gallaretas contra la paja brava al borde del zanjón. Poca cosa, como la aburrida biografía de esa legión extranjera de exleñadores, exmarineros, exnutrieros, excualquiercosa puestos a salvo de toda curiosidad a la sombra propicia de sauces y limoneros. No tiene consciencia de haber caminado mucho, pero el instinto le indica que ha dejado atrás Isla Agradable, donde seguramente habrá compartido algún chisme y un par de tintos con el gordo, quien no escatima matizar la reparación del muelle o una cortada de leña con alguna historia risueña de mirones escondidos entre los ligustros o señoras que gustan de remojar su desnudez en el rocío de la madrugada. Con Juan Carlos han sido vecinos desde poco después de ocupar La Cautiva hasta que un verano lo perdiera para siempre entre las tentaciones nocturnas de los Bajos del Temor. Todo está casi igual, casi todo. Las mismas anguilas remoloneando en las caletas a la espera de mojarras desprevenidas. Las mismas chicharras afinando los mismos violines al ardor de la siesta entre las ramas de los mismos eucaliptus. Los mismos cangrejos haraganeando al sol sobre las mismas piedras. Un par de veces intenta enfocar la canon hacia el carpintero abrazado al tronco de una de las casuarinas que dan sombra al muelle, o un martín pescador que vigila el agua desde la otra orilla. Pero tiene la sospecha de que

es inútil, que todo resultará en una confusión grisácea igual a los dos rollos de semana santa. Entonces había salido del paso pensando que era película vieja. Ahora será difícil repetir la excusa. Su memoria tampoco responde, salvo en destellos o retazos de algo así como el recuerdo de algún sueño en el que se mezclan vestigios de una realidad lejana con resabios de una borrachera interminable. Imágenes amontonadas sobre otras imágenes, sin orden ni sentido. Una tararira pudriéndose debajo de la casa de Maclean. Botija enredado a mordiscos con una comadreja. Un atardecer de sábado caluroso remando en silencio bajo los rosales que techan el Mburucuyá. El chinchorro dado vuelta con los chicos en el Arroyón. Una culebra zigzagueando contra la creciente, a pasos del albardón. El chillido de los murciélagos en la quietud del anochecer. Una boga asándose al calor de las brasas de chañar. Es casi la misma orilla.

Camina y camina, sin saber hacia dónde. Hacia adelante. Atrás lo siguen los disparos y los obuses de las fragatas inglesas. Ganso Verde debe estar a un par de millas a su izquierda. Y por el camino que lleva, si se puede llamar camino a la huella pedregosa anegada cada medio kilómetro, tiene no menos de dos jornadas para llegar a Puerto Argentino. Las tripas le duelen de vaciedad y la herida en la cabeza vuelve a sangrar, por debajo del precario vendaje. Sus últimos compañeros quedaron atrás, Moreira sin piernas y Suárez con un bayonetazo en la cadera. En bandolera lleva solo un par de cargadores, pero las municiones no se comen. En algún rincón de su memoria asoman versos que un poeta ciego aún no ha escrito y refieren la oscura muerte de un soldado oscuro en una playa oscura. Como si aquel río de Heráclito hubiera empezado a fluir en sentido inverso y se siente caminando hacia su nacimiento. Todo se amontona en su cabeza afiebrada por la infección y el hambre. Más que el hambre la sed cierra torniquetes de alambre en su garganta que ya ni puede enunciar sonido, apenas un ronquido lastimero, marcando el ritmo de los borceguíes hacia ninguna parte. Los disparos suenan ca-

da vez más lejos y estallan en su cabeza cada vez más cerca. Las fragatas colgaron en el cielo nocturno un sol artificial. Que nadie se detenga. Que nadie descanse. Que nadie duerma. Nadie se rinde, carajo. También ignora, porque por lo menos la ignorancia es piadosa, que nunca llegarán las cartas ni los chocolates. Mejor tampoco fasos, no sea que les pase como en *Sin novedad en el frente*. Agáchense carajo. Corran carajo. Disparen carajo. Caven carajo.

La casa del maestro no puede estar a más de cincuenta metros. Solo que la espesura del ligustro y los sauces no la dejan ver todavía. Los ruidos de la noche se cierran sobre su cabeza, arrullándolo en un tutti de lechuzones y grillos y ladridos. Ahora se arrastra, porque las piernas le pesan como bolsas de arena y entre tanta agua siente el ardor de la sed en la garganta donde una brasa quema y despelleja. Sobre su cabeza algunas constelaciones extrañamente han cambiado de lugar. Ya frente a la casa del maestro, duda entre intentar la subida para procurar algún alimento o bajar al arroyo para calmar el ardor de la garganta. Al fin, con un resto de aliento, se deja resbalar por el albardón y se hunde despacio en el agua, esa agua cálida y acogedora, casi una placenta plena de protección y amor. ▮



En medio de tamaña grandeza, el ser humano hasta puede darse el lujo de pasar inadvertido. Grito ¡aquí estoy yo! y un eco burlón me contesta: ¡a mí qué me importa!

Casuarinas

Más allá de la Cruz / apuntando a las Pléyades
todo el azul amoniacal —un cuarzo líquido—
reflejándonos jugamos nuestra ronda
duendes fantasmas —carapachitos—
entre quijadas duras de gravedad togada
y cancerberos amparados en eclipse
la levedad del aire y el olor de las islas.

Ah el rubí irrefutable de esas Pléyades
el cuarzo azul sangrando hacia un violeta
a través de la Gran Grieta fluye —leche
de nervadura y drupa— entre los nácares perplejos
que anticipan la cabellera holgada
los índigos fervientes / el holograma tumultuoso
amurando raíces en la fronda. ▮

Tigre / enero 2002.



Jerónimo era un cangrejo de esta misma especie de agua dulce. Me acompañó en silencio un largo fin de semana en reflexiva soledad. Y me dio una profunda lección de convivencia y pertenencia a un mismo cosmos. Él recuperó su libertad.

Final de Antígona

¡Ay, subterránea morada que siempre más ha de guardarme!
Hacia ti van mis pasos para encontrar a los míos.

Sófocles; *Antígona,* acto único.

Mi último recuerdo de la isla es este viaje en tren. Un perfume de fresnos y casuarinas anticipa la proximidad del Delta. Las ventanillas del vagón —vidrios y persianas cerrados— impiden disfrutar del paisaje, pero el olfato no me engaña. Ya estamos llegando a la vieja estación Delta. Apenas recuerdo las circunstancias iniciales de este recorrido. Tal vez el agobio en las espaldas, consecuencia del traqueteo y las muchas horas (¿tantas realmente?) a bordo de ese coche de trocha angosta medio desvencijado, me equivocan acerca del tiempo trascurrido. Horas o años. ¿Cómo mensurar suspiros, expectativas, proyectos? Tenías razón, ucrónico Shakespeare, todo ha sido amasado con la misma sutil materia de los sueños… En suma, una moébica cinchada “pan-queso-pan-queso-pan…” entre aquello que pretendiste y lo que las clepsidras y la brújula te han concedido.

Quizás en el afán de llegar al epílogo de tan incordioso crucero, se me figura que el tren disminuye la velocidad. Sonrío recordando lo exiguo de mi equipaje. Como Machado, supe que habría de llegar al cabo *solo y desnudo, como los hombres de la mar*… Ha costado alivianar las alforjas. Por el camino, han encallado mis estudios de francés, inconclusos pese al encendido aliento de madame Pujals (¡otra Ana María!). Mi carrera de ingeniero químico, inútil pasaporte hacia una libertad que nunca dejaría de ser condicional. Mi matrimonio, oscilando como un péndulo entre lo que quisimos y lo que pensamos que queríamos y lo que pudimos (o no)… ciertamente harto ligero el equipaje…

Una voz de Creonte autoritario me rescata de estas cavilaciones. Boleto. El guarda, enfundado de gala en una levita de paño negro arratonado, está de pie a mi lado, esperando con el ceño fruncido. Severo. Distante. Nada amistoso. Boleto. Cohibido ante la agresividad del hombre, revuelvo mis bolsillos, después el portafolios. Anotador, pañuelo, algunas monedas, un par de libros, cigarrillos… Pienso que lo guardé en un bolsillo. La mirada del funcionario se torna en verdad dura. Boleto. Otra vez aquel cansancio. Otra vez la voz de abuela Macrina, acuchillándome con las clases de música. Otra vez el sarro tabacal del decano notificando la expulsión. Otra vez la risa triunfal muda de Roberto recordándome que no conviene desafiar a un curda, ni con ventanas ni con palomas. Compongo creo una mirada de desamparo. Permítame un momento… debo haberlo guardado… no sé… Creonte es una lápida imperturbable. Muéstreme sus documentos. Creo haber escuchado mal. ¿Mis documentos? Pero usted no tiene derecho. La lápida se distiende en una sonrisa obscena. ¿De veras? Solo entrégueme su boleto entonces. Usted comprenderá que no puedo perder todo mi recorrido por un pasajero que viaja sin pagar. Está bien, solo necesito tiempo… Pero ya no tengo más tiempo ni paciencia. Además su cara me resulta sospechosa. ¿De qué se ocupa?

Grimaldo empalidece. Un enjambre de heridas y cicatrices se va conjugando hacia las grandes arterias, tronando parches de coronarias y adrenalina. ¿Edad, profesión, domicilio? Inhibido por lo insólito de la situación, atina apenas a tartamudear: soy poeta… ¿Poeta? Yo le pregunto por su trabajo. No me interesan sus vicios. Con gestos parsimoniosos Creonte inspecciona DNI, libreta universitaria y los resultados del último electro. La sonrisa es ahora oblicua y maliciosa. Seguramente te lo hicieron en el Borda. No se mueva de este asiento. Y no intente abandonar el coche.

Ahogado por la indignación y las lágrimas, levanta la cabeza. Nadie en el vagón. El tren está detenido —está seguro— en la esta-

ción Delta. Ni lo intenta, pero sabe que de nada valdría levantarse. Todas las ventanillas clausuradas; lo mismo ambas puertas. El tren se pone de nuevo en marcha, con lenta solemnidad.

No tiene el menor sentido. Delta es la última estación de la línea. Nada de esto tiene sentido. Bastaría abrir los ojos y despertar. Este tren no existe. Ni sus ventanillas prohibidas. Ni ese cancerbero mezcla de Lombroso y Kafka. Algún retazo de su cerebro no dominado aún por la locura (por la pesadilla) le garantiza que el tren no puede seguir avanzando, porque en esta estación los topes están a menos de cinco metros de la orilla.

Mientras la oscuridad se va cerrando sobre Grimaldo inmovilizado y el ludibrio de asientos deshabitados, la locomotora se adentra —con funeraria lentitud — en las aguas barrosas hediondas del río Luján. ▮

Ricardo Rojas / mayo 2002.

MARZO DE 2009 - No 114 - El Talar noticias - Año XI - Fundado en 1998 - Página 3

Apenas ese resplandor / Gregorio Echeverría

Haroldo Conti in memoriam

Lo importante era seguir la rutina haciendo como que no pasara nada y ese lunes como todos los lunes levantarse con las primeras luces o más bien con los chillidos madrugadores de las pavas de monte y encender el branmetal para que el agua de la pava se fuera entibiando mientras disponía la yerba y el mate para cebar unos amargos porque la helada no me iba a dejar que cargara los filtros es que uno sabe lo dañina que es la heladita del amanecer si te agarra con el estómago vacío ya sé que son manías de viejas pero acá en la isla uno le da bola a esas cosas porque no hay médico ni farmacias a mano y cualquier emergencia tenés que remar un par de horas hasta el hospital así que uno aprende a cuidarse solo y hasta suero antiofídico suele haber en las casas aunque por acá no ves más que culebras pero la creciente de tarde en tarde baja alguna víbora que el agua la agarró desprevenida y se manda metida entre los camalotes igual cuando llegan vienen medio entregadas por el hambre y el frío que casi ni machete hace falta para liquidarlas pero igual la gente se siente más tranquila con un par de ampollas en el botiquín y así en tu casa o en la de un vecino encontrás de todo quiero decir cualquier cosa que uno llegue a necesitar de apuro porque la misma soledad te va acostumbrando a guardar y hacer reserva de grasa para amasar y alguna bolsa de harina y unos cuantos kilos de yerba y si tenés suerte alguna damajuanita que no es mucho lo que a uno le pide el cuero para ir tirando porque igual los miércoles sigue entrando la lancha almacenera y si hay algún peso para gastar ya estás hecho así que entre una cosa y otra ya estaba la yerba hinchada para empezar a cebar cuerpeando las ganas de encender la radio para poder mantenerse atento a cualquier ruido inusual si el bicherío no hace mucho barullo de acá podés escuchar hasta una lancha entrando por el Dorado y de noche hasta las que andan por el San Antonio porque por el lado del 9 de Julio es raro que alguien se anime por los bajos salvo algún abombado que se largue a navegar medio en pedo igual van varias noches que me despierto sobresaltado soñando con lanchas de prefectura y reflectores y milicos que recorren el albardón con los perros por el lado del Mburucuyá o del Arroyón y me cuesta volver a agarrar el sueño hasta que me tuve que acostumbrar a tomarme un valium antes de acostarme es increíble lo que te relaja y cómo dormís capaz ocho horas de un tirón pero bueno por una cosa o por otra le esquivo a la radio porque además estoy seguro de que no voy a escuchar lo que me interesa y en realidad ni yo mismo sabría decir qué es lo que quisiera escuchar debe ser que la soledad te empieza a minar los nervios y entrás a perder el sentido del tiempo primero y de la prudencia después por la angustia sobre todo por la angustia de tratar de adivinar qué habrá sido de los otros si habrán logrado ponerse a salvo de las sirenas y los gritos entonces vas evocando rostros y tantos momentos compartidos de los buenos y de los otros aunque hace tiempo mucho más de los otros pero uno no elige la situación lo elige a uno y cada cual responde como puede o como le da el cuero pero es inútil uno no está hecho para diversión de las fieras ni de los perros de presa y con el correr de los días de las semanas la adrenalina se te instala a flor de piel y ya nada vuelve a ser como antes pero ese día sabés sin que nadie te lo diga que cruzaste un alambrado un límite del cual ya no podés volver porque te pusiste o te pusieron del otro lado del lado de los perdedores de los que van a estar obligados a correr y correr con los perros detrás de ellos hasta la última gota de aliento y seguir aún sin otro aliento que la convicción de que allá adelante tampoco hay salida pero hay que seguir corriendo hasta morir porque la muerte es una salida preferible antes que lo otro no porque haya de por medio cuestiones de valor o cobardía sino porque en todo caso el valor es una cualidad humana y si los perros te dan alcance entre garras y colmillos van a ir desgastando hasta el ínfimo vestigio de humanidad el agua ya está fría y el mate medio lavado ahora puedo bajar hasta el arroyo para cargar dos o tres damajuanas en cada uno de los filtros que con calor o con frío empiezan a gotear un agua clara como caída del cielo el arroyo está desierto los muelles silenciosos y algunos cuzcos enredados entre ellos o atrás de alguna comadreja a fin de cuentas estos pobres bichos corren nuestra misma suerte siempre atentos a los ladridos y a las voces hasta que andá a saber si el hambre o el hastío las hacen salir a la descubierta para terminar despanzurradas para entretenimiento de los caranchos si es que no van a parar al agua y entonces la fiesta la empiezan las tarariras y la rematan los cangrejos qué ironía a uno le enseñaron en la escuela que el perro es el mejor amigo del hombre pero se ve que la selección de las especies va mucho más lejos de lo que uno supone aunque en realidad no se puede decir si ellos son perros evolucionados o humanos degenerados pero me inclino más bien por esto porque hay cuestiones de las cuales los pobres bichos no tienen la culpa y a nosotros bien o mal nos cabe la responsabilidad de manejar este mundo y así anda pero a los cuzcos los disculpo si en todo caso es verdad que perro que ladra no muerde pero los otros esos sí muerden y golpean y manejan los submarinos y las máquinas pero no tengo que darme manija porque me estoy volviendo loco y cuando me afeito termino con la cara llena de cortes y curitas claro que mucho peor la pasó el flaco Gunter no sé si te acordás de la sonrisa permanente del flaco llevando siempre todas las discusiones para el lado de la dialéctica marxista que nadie sabe de dónde carajo sacaba tiempo para leer entre el laburo en la universidad y la militancia porque Gunter no era de los burócratas que se rascan las pelotas y dan órdenes a los demás el flaco ponía el lomo y manejaba él solo el aparato de propaganda de la fede y le daba al mimeógrafo y salía él mismo a repartir los volantes y a pintar paredes pobre alemán con sus dientes de conejo y su sonrisa que se le quedó en eso en una sonrisa bastante triste cuando lo encontramos esa noche con más de veinte plomos en el cuerpo y los huesos molidos a patadas y la cabeza metida en una bolsa de polietileno pero todavía parecía sonreír ya no vale la pena recordar como dice grimaldo nuestros pobres palomos insepultos perdoname la pálida ya sé que es como un golpe bajo pero qué querés como reclamaba aquel andaluzazo tanto penar para morirse uno y hoy nos toca a nosotros digo me toca a mí quién diría tan lejos o tan cerquita acaso de aquella primavera tan linda de parís que por lo visto tampoco daba para más pero igual nos ayudó a desabrocharnos el cerebro la bragueta no hizo falta porque los rioplatenses tuvimos siempre fama de llevarla desabrochada todo el tiempo no estoy jodiendo es que me parece que hace mucha falta en este instante una sonrisa porque ahí afuera andan los perros y aprovechando que no hay luna me escapo de la casa caminando por el costado del arroyo por ahí hubiera sido más seguro ganar el pajonal aunque los perros los tienen entrenados para meterse en los bañados y te siguen el rastro aunque te metas en el agua que debería estar helada porque estamos en pleno invierno y sin embargo siento algo caliente que me envuelve y acá abajo ya no se escuchan los ladridos y los borceguíes han seguido de largo seguro van para la casa pero quién se va a imaginar que mientras rompen todo y después le prenden fuego a los diarios y a los libros yo tengo aún fuerzas para recordar las otras veces que yo mismo los quemaba porque uno es capaz de sacrificar a sus propios hijos para ponerlos a salvo quién podría entenderlo si no lleva como uno los libros en su sangre igual no podría haberlos traído porque se deshacen en el agua y acá abajo casi no hay luz apenas ese resplandor allá arriba y las caras borrosas de los perros asomados a la orilla y las botas en el muelle. ◊

El Talar Noticias, año XI, Nº 114, marzo 2009, pág. 3.

Apenas ese resplandor

- Integra el volumen *La cara del tigre*, Premio Municipal de Literatura "Luis de Tejeda" 2010 / Editorial Municipal de Córdoba.

Haroldo Conti *in memoriam*.

Lo importante era seguir la rutina haciendo como que no pasara nada y ese lunes como todos los lunes levantarse con los primeros chillidos de las pavas de monte y encender el branmetal para que el agua se fuera entibiando mientras disponía la yerba y el mate para cebar unos amargos porque la helada no me iba a dejar que cargara los filtros es que uno sabe lo dañina que es la heladita del amanecer si te agarra con el estómago vacío ya sé que son manías de viejas pero en la isla uno le da bola a esas cosas porque no hay médico ni farmacias a mano y cualquier emergencia tenés que remar un par de horas hasta el hospital así que uno aprende a cuidarse solo y hasta suero antiofídico suele haber en las casas aunque por acá no ves más que culebras pero la creciente de tarde en tarde baja alguna víbora que el agua agarró desprevenida y se manda metida entre los camalotes igual cuando llegan vienen medio entregadas por el hambre y el frío que casi ni machete hace falta para liquidarlas pero igual la gente se siente más tranquila con un par de ampollas en el botiquín y así en tu casa o en la de un vecino encontrás de todo quiero decir cualquier cosa que uno llegue a necesitar de apuro porque la soledad te va acostumbrando a hacer reserva de grasa y alguna bolsa de harina y unos cuantos kilos de yerba y si tenés suerte alguna damajuanita que no es mucho lo que a uno le pide el cuero para ir tirando porque igual los miércoles entra la lancha almacenera y si hay algún peso para gastar ya estás hecho así que entre una cosa y otra ya estaba la yerba hinchada para empezar cuerpeando las ganas de encender la radio para poder mantenerse atento a cualquier ruido inusual si el bi-

cherío no hace mucho barullo de acá podés escuchar hasta una lancha entrando por el Dorado y de noche hasta las que andan por el San Antonio porque por el lado del 9 de Julio es raro que alguien se anime por los bajos salvo algún abombado que se largue a navegar medio en pedo igual van varias noches que me despierto sobresaltado soñando con lanchas de prefectura y reflectores y milicos que recorren el albardón con los perros por el lado del Mburucuyá o del Arroyón y me cuesta volver a agarrar el sueño hasta que me tuve que acostumbrar a tomarme un valium antes de acostarme es increíble lo que te relaja y cómo dormís capaz ocho horas de un tirón pero bueno por una cosa o por otra le esquivo a la radio porque además estoy seguro de que no voy a escuchar lo que me interesa y en realidad ni yo mismo sabría decir qué es lo que quisiera escuchar debe ser que la soledad te empieza a minar los nervios y entrás a perder el sentido del tiempo primero y de la prudencia después por la angustia sobre todo por tratar de adivinar qué habrá sido de los otros si habrán logrado ponerse a salvo de las sirenas y los gritos entonces vas evocando rostros y tantos momentos compartidos de los buenos y de los otros aunque hace tiempo mucho más de los otros pero uno no elige la situación lo elige a uno y cada cual responde como puede o como le da el cuero pero es inútil uno no está hecho para diversión de las fieras ni de los perros de presa y con el correr de los días las semanas la adrenalina se te instala a flor de piel y ya nada vuelve a ser como antes pero ese día sabés sin que nadie te lo diga que cruzaste un alambrado un límite del cual ya no podés volver porque te pusiste o te pusieron del otro lado del lado de los perdedores de los que van a estar obligados a correr y correr con los perros detrás de ellos hasta la última gota de aliento y seguir aun sin otro aliento que la convicción de que allá adelante tampoco hay salida pero hay que seguir corriendo hasta morir porque la muerte es una salida preferible antes que lo otro no porque haya de por medio cuestiones de valor o cobardía sino porque en todo caso el valor es una cualidad humana y si

los perros te dan alcance entre garras y colmillos van a ir desgastando hasta el ínfimo vestigio de humanidad el agua ya está fría y el mate medio lavado ahora puedo bajar hasta el arroyo para cargar dos o tres damajuanas en cada uno de los filtros que con calor o con frío empiezan a gotear un agua clara como caída del cielo el arroyo está desierto los muelles silenciosos y unos cuzcos enredados entre ellos o atrás de alguna comadreja a fin de cuentas estos pobres bichos corren nuestra misma suerte siempre atentos a los ladridos y a las voces hasta que andá a saber si el hambre o el hastío las hacen salir a la descubierta para terminar despanzurradas para entretenimiento de los caranchos si es que no van a parar al agua y entonces la fiesta la empiezan las tarariras y la rematan los cangrejos qué ironía a uno le enseñaron en la escuela que el perro es el mejor amigo del hombre pero se ve que la selección de las especies va mucho más lejos de lo que uno supone aunque en realidad no se puede decir si ellos son perros evolucionados o humanos degenerados pero me inclino más bien por esto porque hay cuestiones de las cuales los pobres bichos no tienen la culpa y a nosotros bien o mal nos cabe la responsabilidad de manejar este mundo y así anda pero a los cuzcos los disculpo si en todo caso es verdad que perro que ladra no muerde pero los otros esos sí muerden y golpean y manejan los submarinos y las máquinas pero no tengo que darme manija porque me estoy volviendo loco y cuando me afeito termino con la cara llena de cortes y curitas claro que mucho peor la pasó el flaco Gunter no sé si te acordás de la sonrisa del flaco llevando siempre todas las discusiones para el lado de la dialéctica marxista que nadie sabe de dónde carajo sacaba tiempo para leer entre el laburo en la universidad y la militancia porque Gunter no era de los burócratas que se rascan las pelotas y dan órdenes el flaco ponía el lomo y manejaba él solo el aparato de propaganda de la fede y le daba al mimeógrafo y salía él mismo a repartir los volantes y a pintar paredes pobre alemán con sus dientes de conejo y su sonrisa que se le quedó en eso en una sonrisa bastante triste cuando

lo encontramos esa noche con más de veinte plomos en el cuerpo y los huesos molidos a patadas y la cabeza metida en una bolsa de polietileno pero todavía parecía sonreír ya no vale la pena recordar como dice Grimaldo nuestros pobres palomos insepultos perdoname la pálida ya sé que es como un golpe bajo pero qué querés como reclamaba aquel andaluzazo tanto penar para morirse uno y hoy nos toca a nosotros digo me toca a mí quién diría tan lejos o tan cerquita acaso de aquella primavera tan linda de París que por lo visto tampoco daba para más pero igual nos ayudó a desabrocharnos el cerebro la bragueta no hizo falta porque los rioplatenses tuvimos siempre fama de llevarla desabrochada todo el tiempo no estoy jodiendo es que me parece que hace mucha falta en este instante una sonrisa porque ahí afuera andan los perros y aprovechando que no hay luna me escapo de la casa caminando por el costado del arroyo por ahí hubiera sido más seguro ganar el pajonal aunque los perros los tienen entrenados para meterse en los bañados y te siguen el rastro aunque te metas en el agua que debería estar helada porque estamos en pleno invierno y sin embargo siento algo caliente que me envuelve y acá abajo ya no se escuchan los ladridos y los borceguíes han seguido de largo seguro van para la casa pero quién se va a imaginar que mientras rompen todo y después le prenden fuego a los diarios y a los libros yo tengo aún fuerzas para recordar las otras veces que yo mismo los quemaba porque uno es capaz de sacrificar a sus propios hijos para ponerlos a salvo quién podría entenderlo si no lleva como uno los libros en su sangre igual no podría haberlos traído porque se deshacen en el agua y acá abajo casi no hay luz apenas ese resplandor allá arriba y las caras borrosas de los perros asomados a la orilla y las botas en el muelle. ▮

Ricardo Rojas / 31 de octubre 2008.

§

Date: viernes, 28 octubre 2005 07:52
From: Gregorio Echeverria <tigre2000x@2000x.com.ar>
To: <alejandrogonzalezsendra@hotmail.com>
Conversation: Administrar modelos…

…………………………………………………………………………………………

En cuanto a lo que queda del Gregorio pescador, tirador y cazador, cancelamos el arrendamiento de la isla cuando a Amanda le empezaron a incordiar el trabajo y los gastos. A ella no sé qué le habrá dejado. A mí al menos me llenó el alma y no tengo empacho en declarar que fueron los dos mejores años de mi vida.

Nunca quise volver, por aquello de la nostalgia y las segundas partes. No me gusta llorar sobre la leche derramada. Pero a partir de entonces, la isla con sus pájaros y sus árboles y su gente aparecen a menudo en mis textos. Es decir, valió la pena… :-)

JUNIO DE 2008 - Nº 105 - El Talar noticias - Año X - Fundado en 1998 - Página 3

Agua grande y amarga

Gregorio Echeverría

Segundo Premio Concurso Literario de Cuento Corto
"90 Aniversario de la Biblioteca Sarmiento de Tigre"



El río Luján corre —a la altura de la desembocadura del Caraguatá — con esa calma que otorga la intuición de estar llegando casi a las aguas grandes. Ignorante tal vez de la sabia reflexión de aquel poeta que lloraba sus duelos *"nuestras vidas son los ríos / que van a dar a la mar que es el morir..."*

acaso porque en estas soledades ampulosas todo habla de una fecunda serenidad que se degusta a cada paso. En la cabellera despeinada que los sauces remojan en la correntada y en la quietud atenta del martín pescador a la espera de sus mojarras. O en el cuchicheo de loros y cotorras y hasta en el contrapunto de las martinetas con las pavas de monte. La corneta de bobo se enrosca al tronco de las casuarinas que flanquean los arroyos y entre la maraña se enciende aquí y allá la llamarada del ceibo coronando la espesura de helechos y madreselva. Algún madrugador rema aguas arriba en busca de su lagunita donde saben remolonear las tarariras y de tanto en tanto los ojillos de una nutria se asoman a la orilla para brincar enseguida buscando el amparo de los pajonales. Se cruzará con los mimbreros instalados casi sobre el Paraná de las Palmas y se cambiarán el saludo y el par de noticias obligadas en una comunidad donde todos se conocen pero donde se respetan la soledad y la privacidad. Aunque en las emergencias nunca ha de faltar la mano amiga y el compromiso solidario, pero después cada cual a lo suyo.

El rancho de Gervasio se alza sobre la ribera izquierda del Luján junto a la boca del Caraguatá, frente a la desembocadura del Guazunamby. Con sus diez años escasos Gervasio se ocupa de proveer carnada para los espineles y llenar la leñera para el invierno. Aparte de las horas de la comida, hay dos momentos importantes en el día, el amanecer y la caída de la tarde, cuando con su padre se sientan a matear en la costa mirando correr el agua. Hay tardes en que el padre, como acorralado vaya Dios a saber por qué impulso duro de controlar, se larga a desgranar una historia de amores y desengaños, aunque más a menudo rumbea para el cuento de la guerra de los yacarés o la batalla de los campesinos y los loros. Pero en general es el silencio el pegamento que los junta dos cabezas y dos corazones en un solo pensamiento. Son un pedacito de ese paisaje apacible, agua atrás y a ambos lados y enfrente el otro arroyo que se pierde en el horizonte remontando los juncales y el montecito bajo atorado de nidos y pichones. El niño no está seguro pero a veces piensa que ahí nomás ha de haber estado hace tiempo ese Paraíso Terrenal del que a veces le habla la madre entre una y otra página del catecismo.

El viejo entreabre los ojos bastante afectados ya por el avance de las cataratas y casi con miedo —entre sin apuro y desgano— se levanta del catre y manotea una manta para abrigarse, porque aunque ya está bien entrada la primavera, las mañanas a la orilla del agua son frescas y el vientito es traicionero y apenas ha podido reponerse del catarro del otro invierno. Los setenta y tantos años le pesan en la espalda y sus piernas acusan ya la dureza de la vida del isleño, bien ajena por cierto a los mimos del confort y las comodidades —a veces dudosas— que ofrece la ciudad. Aún no hace tanto remaba una vez al mes hasta el puerto de frutos para pichinchear en algún comercio conocido sus tallas en corteza y sus raíces trabajadas a cortaplumas por alguna modesta provisión de yerba, harina y azúcar. Hasta hace un par de años soportaba con un encogimiento de hombros el ruido de los fuera de borda y el oleaje de los cruceros. Y la invasión de gente desconsiderada los fines de semana. Incluso los ultralivianos que pasan rozando la copa de las casuarinas para que los pasajeros puedan disfrutar de su espectáculo o los helicópteros verdes que van y vienen de vez en cuando tronando en bandadas de hasta dos docenas de aparatos que hacen temblar el aire, dejando un desastre de tallos agostados y pájaros enloquecidos. Todo esto lo ve casi como una fatalidad que a lo sumo lamenta en la medida en que no se ha animado cuando aún le daban las tabas para trasladarse delta adentro, por el lado del Miní o del Paraná Guazú. Pero las tres lápidas humildes allá al fondo del cementerio de Tigre lo fueron atando una y otra vez hasta que se dio cuenta que estaba viejo para alejarse de lo poco que lo mantenía vivo, aunque el cura que le había dado la bendición a los terrones de tierra que iban cayendo sobre el cajón de la Palmira lo miraba sin sacarle los ojos de encima y repetía que uno se lleva los recuerdos de sus seres queridos adonde quiera que vaya. Pero nunca pudo con la idea de alejarse del entorno que lo ha visto nacer y crecer y que si Dios quiere lo verá morir. Y aprieta los dientes ignorando el castigo de la pobreza y el avance de los atropellos y los ruidos, sabiendo que más duro que todo eso es la indiferencia de la gente y el raleo constante de conocidos y vecinos, unos rumbo al cementerio y los más curtidos huyendo isla adentro cada cual con su propia mueca de rebeldía. Pero lo de las torres colma toda posibilidad de aguante. Ahí justito enfrente sobre la boca del Guazunamby. Al principio hasta un entretenimiento sentarse a la orilla del Luján y pasarse las horas viendo el movimiento de retroexcavadoras y tractores. Previo desmonte a motosierra de todo lo que no pudiera llevarse por delante con las máquinas. Se preguntaba qué carajo estarían por hacer con semejante despliegue y ese batallón de cascos amarillos. Acaso una oscura premonición le haya advertido que era su privada versión del apocalipsis del cual sabía hablar también el cura del cementerio, un apocalipsis en el cual el fuego y la lluvia de sangre habrían de ser reemplazados por el hierro y el cemento.

> Casi le habrá resultado un consuelo darse cuenta que ahí justo en la boca del Guazunamby él ya no estaría para verlo.

Mientras se alzaba el bosque de madera del encofrado para las columnas sostuvo la esperanza de que aquello fuera solo una pesadilla de la cual despertaría para reírse del desvarío de su cabeza que ya no respondía de sí. Y de todos modos aún veía —o se hacía la ilusión— por detrás del maderamen el cielo habitual y el paisaje de árboles que se perdía hasta el horizonte, aunque los mástiles de los guinches iban cada semana más arriba y las plumas se veían cada mes más altas. No tuvo siquiera el coraje de contar los pisos pero la obra iba a llegar sin duda al cielo. Para cuando la construcción empezó a tomar forma y se fue transformando en un bodoque de ladrillos con puertas y ventanas, tuvo de golpe la visión de cómo era de veras el apocalipsis. Se le torció la boca en un gesto feo y empezó a divagar sin poder contener el temblor de las encías medio desdentadas. Por eso fue lo del once de setiembre ahora caigo carajo. Y el viejo Gervasio supo acaso poco antes de morir, que el cura se había guardado algunas explicaciones debajo de la sotana. Que en cada país —en cada ciudad— el apocalipsis llegaría a su manera y en su momento. Casi le habrá resultado un consuelo darse cuenta que ahí justo en la boca del Guazunamby él ya no estaría para verlo.▮

© GE / El Talar, 10 de julio 2006

El Talar Noticias, año X, Nº 105, junio de 2008, pág. 3.

Agua grande y amarga

- Segundo premio en Cuento, Certamen "90º Aniversario Biblioteca Popular D. F. Sarmiento" / Tigre, prov. BA.

El río Luján corre —llegando a la desembocadura del Caraguatá— con esa calma que otorga la intuición de estar alcanzando casi las aguas grandes. Ignorante tal vez de la sabia reflexión de aquel poeta que lloraba sus duelos *"nuestras vidas son los ríos / que van a dar a la mar que es el morir…"* acaso porque en estas soledades ampulosas todo habla de una fecunda serenidad que se degusta a cada paso. En la cabellera despeinada que los sauces remojan en la correntada y en la quietud atenta del martín pescador a la espera de sus mojarras. O en el cuchicheo de loros y cotorras y hasta en el contrapunto de las martinetas con las pavas de monte. La corneta de bobo se enrosca al tronco de las casuarinas que flanquean los arroyos y entre la maraña se enciende aquí y allá la llamarada del ceibo coronando la espesura de helechos y madreselva. Algún madrugador rema aguas arriba en busca de su lagunita donde saben remolonear las tarariras y de tanto en tanto los ojillos de una nutria se asoman a la orilla para brincar enseguida buscando el amparo de su pajonal. Se cruzará como todas las mañanas con los mimbreros instalados casi sobre el Paraná de las Palmas y cambiarán saludos y el par de noticias obligadas en una comunidad donde todos se conocen pero donde se respetan la soledad y la privacidad. Aunque en las emergencias nunca ha de faltar la mano amiga y el compromiso solidario, pero después cada cual a lo suyo.

El rancho de Gervasio se alza sobre la ribera izquierda del Luján junto a la boca del Caraguatá, frente a la desembocadura del Guazunamby. Con sus diez años escasos Gervasio se ocupa en proveer carnada para los espineles y llenar la leñera para el invierno. Aparte de las horas de comida, hay dos momentos importantes en el día, el amanecer y la caída de la tarde, cuando con su padre se sien-

tan a matear en la costa, mirando correr el agua. Hay tardes en que el padre, acorralado vaya Dios a saber por qué impulso duro de controlar, se larga a desgranar una historia de amores y desengaños, aunque más a menudo rumbea para el cuento aquel de la guerra de los yacarés o la batalla de los campesinos y los loros. Pero en general es el silencio el pegamento que los junta dos cabezas y dos corazones en un solo pensamiento. Son un pedacito de ese paisaje apacible, agua atrás y a ambos lados y enfrente el otro arroyo que se pierde en el horizonte remontando los juncales y el montecito bajo atorado de nidos y pichones. El niño no está seguro pero a veces piensa que ahí nomás ha de haber estado hace tiempo ese Paraíso Terrenal del que a veces le habla la madre entre uno y otro capítulo de catecismo.

El viejo entreabre los ojos bastante afectados ya por el avance de las cataratas y casi con miedo —entre sin apuro y desgano— se levanta del catre y manotea una manta para abrigarse, porque aunque ya está bien entrada la primavera, las mañanas a la orilla del agua son frescas y el vientito es traicionero y apenas ha podido reponerse del catarro del último invierno. Los setenta y tantos años le pesan en la espalda y sus piernas acusan ya la dureza de la vida del isleño, bien ajena por cierto a los mimos del confort y las comodidades —a veces dudosas— que ofrece la ciudad. Aún no hace tanto remaba una vez al mes hasta el Puerto de Frutos para pichinchear en algún comercio conocido sus tallas en corteza y sus raíces trabajadas a cortaplumas por alguna modesta provisión de yerba, harina y azúcar.

Hasta hace cosa de diez años soportaba con un encogimiento de hombros el ruido de los fuera de borda y el oleaje de los cruceros. Y la invasión de gente desconsiderada los fines de semana. Incluso los ultralivianos que pasan rozando la copa de las casuarinas para que los pasajeros puedan disfrutar de su espectáculo o los helicópteros verdes que van y vienen de vez en cuando tronando en bandadas de hasta dos docenas de aparatos que hacen temblar el aire, dejando un desastre de tallos agostados y pájaros enloquecidos. Todo

esto lo ve casi como una fatalidad que a lo sumo lamenta en la medida en que no se ha animado cuando aún le daban las tabas para trasladarse Delta adentro, por el lado del Miní o del Paraná Guazú. Pero las tres lápidas humildes allá al fondo del cementerio de Tigre lo van atando una y otra vez hasta que se da cuenta que está viejo para alejarse de lo poco que lo mantiene vivo, aunque el cura que le había dado la bendición a los terrones que iban cayendo sobre el cajón de la Palmira lo miraba sin sacarle los ojos de encima y repetía que uno se lleva los recuerdos de sus seres queridos adonde quiera que vaya. Pero nunca pudo con la idea de alejarse del entorno que lo ha visto nacer y crecer y que si Dios quiere lo verá morir. Y aprieta los dientes ignorando el castigo de la pobreza y el avance de los atropellos y los ruidos, sabiendo que más duro que todo eso es la indiferencia de la gente y el raleo constante de conocidos y vecinos, unos rumbo a una pobre lápida y los más curtidos huyendo isla adentro cada cual con su propia mueca de rebeldía a cuestas.

Pero lo de las torres colma su posibilidad de aguante. Ahí justito enfrente sobre la boca del Guazunamby. Al principio fue hasta un entretenimiento sentarse a la orilla del Luján y pasarse las horas viendo el movimiento de retroexcavadoras y tractores. Previo desmonte a motosierra de todo lo que no pudiera llevarse por delante con las máquinas.

Se preguntaba qué carajo estarían por hacer con semejante despliegue de motores y ese batallón de cascos amarillos. Acaso una oscura premonición le haya advertido que era su privada versión del apocalipsis del cual sabía hablar también el cura del cementerio, un apocalipsis en el cual el fuego y la lluvia de sangre habrían de ser reemplazados por hierro y cemento.

Mientras se iba alzando el bosque de madera del encofrado para las columnas sostuvo la esperanza de que aquello fuera solo una pesadilla de la cual despertaría para reírse del desvarío de su cabeza que ya no respondía de sí. Y de todos modos aún veía —o se hacía la

ilusión— por detrás del maderamen el cielo habitual y el paisaje de árboles que se perdían hasta el horizonte, aunque los mástiles de los guinches iban cada semana más arriba y las plumas se veían cada mes más altas. No tuvo siquiera el coraje de contar los pisos pero la obra iba a llegar sin duda hasta el cielo.

Para cuando la cosa empezó a tomar forma y se fue convirtiendo en un bodoque de ladrillos con puertas y ventanas, tuvo de golpe la visión de cómo sería de veras ese apocalipsis. Y se le torció la boca en un gesto feo y empezó a divagar sin poder contener el temblor de las encías medio desdentadas. Por eso fue lo del once de setiembre ahora caigo carajo.

Y el viejo Gervasio supo acaso poco antes de morir, que el cura se había guardado algunas explicaciones debajo de la sotana.

Que en cada país —cada ciudad— el apocalipsis llegaría a su manera y en su momento. Le habrá resultado un consuelo darse cuenta que ahí justo en la boca del Guazunamby, él por suerte ya no estaría para verlo. ▮

El Talar / 10 de julio 2006.

Como la mirada de mi amo

Quien vive como yo no muere: se acaba, se marchita, se desvegeta.
El sitio donde estuvo sigue sin él estar allí,
la calle por donde caminaba sigue sin que él sea visto en ella,
la casa que habitaba es habitada por no él.

Fernando Pessoa.

Está allá arriba. A treinta o cuarenta pies de altura. O a cincuenta metros. La oscuridad del cielo sin estrellas no permite estimar distancias. Alto, bien alto alto. Lo suficiente para desnucarse si se viniera en banda. *Yo soy el más alto del mundo*.

Yo estoy mirando el mundo desde acá arriba. Y puedo subir más alto todavía. Nada más abrir las alas y remontarme. Pero si estoy acá ¿quién es el que me mira desde la calle y me hace burla? *Ahora hay una mirada en tus ojos / como si fueran oscuros agujeros.*

Todo negro arriba. Todo negro abajo. *Death is dark*. Nadie sabe dónde estás. Estoy en la cumbre de la montaña. El octavo día Dios me creó para reinar por encima del hombrecito. Más allá del hambre y de la sed. Mi propia luz me da energía y riega de gasolina mis alas. Pero no te asustes nena, no vayas a llamar a los bomberos. Soy nada más que fuego negro y todo fuego es luz. Nada más vine al valle para que los pastores jueguen con mi espada. Mi espada es toda luz.

Los hombrecitos amagan enfrentarme con sus cayados de madera. Mi fuego negro los flashea contra las piedras. Cuando eres fuerte puedes defenderte. Siento que haya tardado tanto tiempo. Habrá sido todo una mierda mientras no estuve. *Yo soy el mejor del mundo*. Los hombrecitos me dan lástima aunque la lástima es una debilidad. Los que somos fuertes de verdad no podemos sentir lástima ni piedad.

Si tuviéramos lástima de los hombrecitos y los pastores, no seríamos héroes. Y un mundo sin héroes / es como un pájaro sin alas. *Yo soy el mayor del mundo*. Sí, ustedes me dieron buen amor / pero no está del todo bien, mmm. *Este es mi postrer nacimiento, no habrá ya más para mí nueva existencia*. Y debo celebrarlo con todo.

Vamos niña, enciende mi fuego. Retiren ese alambre porque puedo caminar por el aire. Y los bomberos pueden llevarse sus escaleritas, antes que las haga arder de un soplo y nuestro amor se convierta en una pira funeraria.

Mi piel ya perdió su brillo de lactante. Ahora es una coraza de ceniza insensible. Áspera y poderosa como la mirada de mi amo. ▮

Taller Municipal de la BP Ricardo Rojas / octubre 2010.

Roberta a la luz de la luna

… era ignorante y sensual, se entregaba al trabajo
con todo su corazón y con toda su alma.
Era una puta de los pies a la cabeza… ¡y esa era su virtud!

Henry Miller; *Trópico de Cáncer*

En estas noches pesadas cuando el centauro se va acercando a la cabra, Roberta se arrima buceando al albardón y ahí permanece en acecho aferrada a los pilotes del muelle. Su aliento tabacal de manatí en celo repta silencioso por entre las casuarinas rastreando mi huella, ese olor inquietante que sus papilas han dejado sobre mi piel y en mi respiración. Se olfatea a sí misma con aviesa satisfacción, tenedora de todas las artimañas. El ternero no va lejos cuando la soga es corta murmuró riendo la última vez que se metió en mi cama.

Es un animal antediluviano gestado para dar y exigir placer y no hay ningún otro mandato ni precepto que su voluntad reconozca. Guay de quien se atreviera siquiera con el pensamiento a desviarla de este rumbo, porque nomás basta con imaginar a un puercoespín de un cuarto de tonelada irritado por cualquier nimiedad para acceder a la pálida imagen de esta bestia en medio de un arranque de contrariedad.

Su sabiduría selvática la impele a exprimir a sus víctimas beso a beso, lambetazo a lambetazo, succionando con fruición cuanto surtidor se ponga a su alcance y vaciando cualquier depósito o vertedero con tanta potencia y entusiasmo como una de esas bombas para trasvasar barros que desagotan en un par de horas la sentina de un buque tanque de treinta mil toneladas.

Cualquier exageración basada en la idea de una cópula normal se queda corta, pues el acceso a semejante mole de carne hambrienta es impensable, a partir de una mínima exploración de su ge-

nitalidad. Nada más contemplarla desnuda sobre una cama con sus piernas expectantes y la mirada lúbrica basta para convencer al más osado de que no se trata de penetrarla sino de navegarla, ya a cuerpo gentil ya equipado con vestimenta de buceo. Siendo esta alternativa con mucho la más recomendable, aunque no vaya nadie a creer que zambullirse en semejante vagina sea trámite de encarar sin precauciones. Las fibras estriadas de su recia musculatura respiran a un ritmo compulsivo, dilatando y contrayendo según compases que seguramente le marca su imaginación calenturienta, aunque no es impensable que todo funja en virtud de automatismos más bien regulados por alguna región de su sistema nervioso autónomo. Todo teniendo en cuenta que esta suerte de sístole-diástole diametral se conjuga y acopla con una poderosa succión axial que favorece —o más bien obliga— el avance.

Aunque mi condición de fugitivo me inunda de adrenalina bloqueando las funciones pensantes, vislumbro que la casa es el lugar menos adecuado para esquivar su embestida y después de echar una mirada hacia el senderito de la orilla me descuelgo por el ventanuco del galpón. Hacia el centro de la isla, el terreno desciende suavemente de tal modo que alejándome unos trescientos metros mis pies empiezan a hundirse en un entretejido de gramilla y paja brava matizado aquí y allá por algún ceibo solitario o las guías retorcidas del mburucuyá. Pasando el deck de las colmenas el agua me llega a las rodillas y el avance se hace lento y bastante dificultoso y uno toma consciencia de que en realidad la isla es una inmensa jangada de vegetación anclada al fondo del arroyo, como una criba a través de la cual el agua se filtra con toda libertad.

El arañazo persistente de la paja brava me recuerda que huí desnudo al darme cuenta de la presencia de Roberta cerca de mi refugio. Pero el agua misma mitiga y refresca las heridas y lo único que me importa es seguir huyendo sin saber adónde, pues la isla se extiende no más de mil quinientos metros hacia el lado del Arroyón y

de norte a sur cuenta poco más de cinco kilómetros. Estoy preso en una almadía cautiva a su vez de la trabazón de tallos y raíces que la mantienen inmovilizada. La peculiaridad orgánica de Roberta le permite moverse con igual soltura en tierra como en el agua, digo soltura teniendo en cuenta su volumen considerable y sus veintitantas arrobas de musculatura libidinosa e insaciable. Con los pulmones henchidos, flota sin dificultad avanzando merced al poderoso empuje de sus manos y pies que desplazan agua como grandes palas. Y expulsando aire en un torbellino de burbujas se sumerje para avanzar entre dos aguas con un impulso capaz de voltear una embarcación de buen porte. No me siento en condiciones de resistir otro round con esta comedora de hombres que no conoce otro oficio sino el de cabalgar y ser cabalgada sin dar ni pedir cuartel. Revivo —al recordarlo— la intensa angustia de percibir la extinción de las fuerzas mientras ella pide más y más, contorsionándose sobre cualquier superficie y en cualquier postura, insensible a todo signo que no sea el de acatamiento *in extremis* a su apetito devorador.

Sin detenerme un segundo para mirar hacia atrás, llego bajo el plenilunio al lugar de la isla en que el agua es más profunda. Ya me da por la cintura y avanzar empieza a resultar complicado. Debí haber optado por cargar la 16 con un par de cartuchos y esperarla a pie firme dentro de la casa. Quizás una buena perdigonada en el abdomen hubiera podido frenarla y obligarla a retroceder renunciando al acoso. Anche por el momento. Pero me hubiera dado al menos respiro para estudiar la situación. De algo estoy seguro y es que otra sesión de amor con Roberta sería en estas condiciones un suicidio. Con muchísima pena y ninguna gloria. Roberta abandona a sus presas después de agotarlas, con la misma indiferencia con que la mariposa se deshace de los restos de su envoltura de crisálida para emprender el primer vuelo. Con ella en una cama, de nada valen verónicas ni gambetas. Jadeos, espasmos o desmayos no hacen sino estimular su libido demandante y si lo considera necesario te inyectará testoste-

rona o yohimbina o te hará tragar un caramelo de cantaridina o un par de pastillitas azules y te obligará a seguir lidiando hasta que te desmorones sin respiración y sin reflejos, las pupilas dilatadas y el pulso por las nubes.

De estas visiones vengo huyendo a la luz de la luna con la premura instintiva con que un asesino procura poner distancia con la escena del crimen, pero sé que todo ha de ser inútil. No alcanzo a avanzar un par de metros —ya en la parte más profunda del tremedal— cuando el agua se bate con violencia y unos brazos blanquísimos y fofos me atenazan como mandíbulas de hierro y su boca cavernaria se entreabre golosa para comenzar a devorarme. ▮

El Talar / julio de 2008.

Casa Haroldo Conti / Un triunfo de la memoria

La memoria es invencible cuando tiene por cimientos el amor a la belleza, la verdad y la libertad. Prueba irrefutable es la reciente inauguración —como patrimonio cultural de Tigre— de la casa que el querido Haroldo ocupara en el Gambado, cobijo de muchos de sus sueños y acaso confidente de tantos presentimientos.

El predio se encuentra sobre la ribera izquierda del Gambado, a diez minutos de navegación desde la Estación Fluvial. Saliendo del río Tigre se cruza el Luján y se da con la boca del arroyo que, serpeanteando entre sauces y casuarinas, sale al río Sarmiento un par millas al norte. Adecuadamente refaccionado, un excelente trabajo en madera en el muelle y decks de circulación —obra del arquitecto Molina— recibe al visitante con un halo de leyenda. ▮



Marina Raña leyendo un texto del autor, en el acto de inauguración oficial del Museo Casa Haroldo Conti. Ver texto completo en pág. 191.

JUNIO DE 2009 - Nº 117 - El Talar noticias - Año X - Página 3

Casa Haroldo Conti / Un triunfo de la memoria

La memoria es invencible cuando tiene por cimientos el amor a la belleza, la verdad y la libertad. Prueba irrefutable: la reciente inauguración —como patrimonio cultural de Tigre— de la casa que el querido Haroldo ocupara en el Gambado, cobijo de muchos de sus sueños y acaso confidente de tantos presentimientos.

El predio se encuentra sobre la ribera izquierda del Gambado, a diez minutos de navegación desde la Estación Fluvial. Saliendo del río Tigre se cruza el Luján y se da con la boca del arroyo que, serpenteando entre sauces y casuarinas, sale al Sarmiento un par millas al norte. Adecuadamente refaccionado, un excelente trabajo en madera en el muelle y decks de circulación —obra del arquitecto Molina— recibe al visitante con un halo leyenda.

Mayo es el mes del otoño por estos lados del mundo. Haroldo Pedro Conti, nació un 25 de ese mes, en el año 1925. Día patrio en que la gente de Chacabuco, su pueblo, lucía en sus solapas izquierdas, la escarapela celeste y blanca. Un pueblo de la provincia de Buenos Aires "en todo semejante a otros, trazado en un papel y reproducido luego sobre la inmensa pampa argentina, esa de majestuosa tristeza", un pueblo al que Haroldo luego le daría vida en sus cuentos y en sus personajes.

También fue en mayo, una noche del quinto día en el año 1976, en que la intolerancia irrumpió en su casa, de la mano de unos diez hombres pertenecientes al Batallón 601 de Inteligencia del Ejército Argentino; anestesiando a los niños que dormían, encapuchando a Marta Scavac, la mujer de Conti, destrozando libros, documentos y fotografías, saqueando todo lo que pudiese ser vendido y llevándose a Haroldo y a un compañero que estaba ocultándose en la casa de la calle Fitz Roy, esa que luego fuera vendida con un poder falso y que la familia Conti no pudo recuperar jamás.

En los días anteriores al secuestro, Haroldo había colocado en su escritorio, un cartel escrito en latín que decía: "Hic meus locus pugnare est et hinc non me removebunt"*Ê%

*"Este es mi lugar de combate y de aquí no me moverán"

por Rosana Gutiérrez



Marina Raffa, una de las coordinadoras de los Talleres Literarios que están funcionando en todas las Bibliotecas Populares del partido de Tigre, durante la lectura de un texto de Gregorio Echeverría. Frente de la nueva estructura, correspondiente al Rincón del Escritor. A su derecha, Ernesto Conti, el hijo menor de Haroldo (bebé de pecho al momento del secuestro).

Así escribía

Perdido
(fragmento)

El tren salía a las ocho o tal vez a las ocho y media. Recién diez minutos antes enganchaban la locomotora pero de cualquier forma el tío se ponía nervioso una hora antes. Todos los del pueblo eran así. Apenas llegaban y ya estaban pensando en la vuelta. Su padre había hecho lo mismo. La mitad del tiempo pensaba en las gallinas, que comían a su hora, o en el perro, que había dejado en lo del vecino. Para él Buenos Aires era la Torre de los Ingleses, Alem, la avenida de Mayo y, por excepción, el monumento a Garibaldi, en Plaza Italia, porque la primera vez que vino, con la vieja, se extraviaron y fueron a parar allí. Se sacaron una foto y el tipo de la máquina los puso en un tranvía que los llevó a Retiro. De cualquier forma llegaron una hora antes y con todo estaban tan excitados que casi se meten en otro tren.
Mientras cruzaba la Plaza Británica con aquella torre que de alguna manera presidía su vida, vista o entrevista a cualquier hora del día en que pisó Buenos Aires, y luego los años y toda la perra vida, y ahora esa vieja tristeza que le nacía de adentro, bueno, y la torre siempre allí como el primer día. mientras cruzaba la plaza, pues, vio al tío por anticipado en un rincón del hall del Pacífico (ellos todavía decían Pacífico) encogido dentro del sobretodo que olía a tabaco, con la valija de cartón imitación cuero a un lado y un montón de paquetes sobre las rodillas, manoseando el boleto de segunda dentro del bolsillo para asegurarse de que todavía seguía allí. Ê%

Cierro los ojos y me acuesto de espaldas sobre las tablas del muelle. Intento capturar el silencio. La soledad extiende a veces salvoconductos para permanecer. Permanecer debajo de la herrumbre. La noche vibra en acordes que se desenroscan sin apuro por entre las casuarinas y los mazos de tacuara. En el pajonal, una muchedumbre retoma la lucha por el sustento. Alguna comadreja atisbando un nido de loros en la horqueta alta del sauce álamo. La pareja de carpinchos, organizando su cena colectiva al amparo de la oscuridad. Cerca de mí, en el agua, uno que otro salto marcando el ataque de las tarariras contra un bagre o una boga. Enfrente, ratas animándose por los troncos nudosos de los ligustros, para sorprender un nidal de pichones sin custodia. Los murciélagos planean de una a otra costa, asegurando su menú de mosquitos. Adivino allá arriba el enjambre de estrellas y la ceniza blanquecina de la Vía Láctea. Mantener los ojos cerrados da confianza para el viaje. Los acordes se diluyen en vibración de élitros y alguna zambullida en el arroyo. Mi cuerpo se adormece mientras la mente se desliza hacia el agua. El agua que me recibe y mansamente me empieza a llevar. Ya no importan los ojos porque la mente se entrelaza con los murmullos del murciélago y las luces que se disparan cielo arriba o arroyo abajo, cada cual buscando en el escenario infinito un sendero, una ruta privada en el concierto de escamas y burbujas que fluye rodando sobre sí mismo, marcando rumbos arbitrarios y seguramente mentirosos. Lentamente la noche va pasando sus mensajes, matizando el silencio con crujidos, roces, zambullidas, aleteos y quejidos. Como flecha de mercurio, a ras del agua una nutria se deslizaba a favor de la corriente, atenta también a los reclamos de su estómago. Suena una melodía difícil de reconocer, una música rústica para nada agresiva, como uno esperaría escuchar en las inmediaciones del Paraíso. Qué tontería retomar ahora esa fábula de la infancia. Tan tonta que de pronto percibo haber perdido —junto con la noción de tiempo— la idea de mi propia edad. Un yo que apenas se reconoce como tal, en un espacio infinito sin tiempo y sin memoria. Roces, el rastro de una caricia, adivinar otra presencia, otras coordenadas de repente muy próximas y al instante alejadas… adelante… arriba… entonces… nunca… La presión de unas yemas delicadas acelera mi pulso. Pero la mente no tiene sensaciones ni pulso. Sin embargo la imagen táctil es muy fuerte. Me envuelven formas que van dejando sobre mi piel la traza de unos labios hambrientos, la cóncava dulzura de un pezón estallando en fuego y miel. Mi mente se relaja y ya no importan el fondo ni la orilla. Se expande abarcando la playa y las estrellas. Ya no pienso en el agua y las escamas porque ahora soy el agua y los peces y el violín de los grillos y la piel de la tararira que salta entre los juncos. Se resiste a la falta de referencias, saber si estamos derivando por el Sarmiento o ya desembocamos en el caudal abierto del Luján. Una voz silenciosa, desde la placenta misma de la noche me recuerda que no hace falta, que no vale la pena. Que cuando no hay coordenadas el alma es dueña de las profundidades y los rumbos. Que cuando sobrepasamos los relojes y la brújula empezamos a flotar de verdad hacia las aguas del Gran Mar.

Gregorio Echeverría / Ricardo Rojas, junio 2009

eltalarnoticias.com.ar LA OTRA FORMA DE COMUNICARNOS

El Talar Noticias, año XI, N° 117, Junio de 2009, pág. 3.

§

Cierro los ojos y me acuesto de espaldas sobre las tablas del muelle. Intento capturar el silencio. La soledad extiende a veces salvoconductos para permanecer. *Permanecer debajo de la herrumbre.* La noche vibra en acordes que se desenroscan sin apuro por entre las casuarinas y los mazos de tacuara. En el pajonal, una muchedumbre retoma la lucha por el sustento. Alguna comadreja atisbando un nido de loros en la horqueta alta del sauce álamo. La pareja de carpinchos, organizando su cena colectiva al amparo de la oscuridad. Cerca de mí, en el agua, uno que otro salto marcando el ataque de las tarariras contra un bagre o una boga. Enfrente, ratas animándose por los troncos nudosos de los ligustros, para sorprender un nidal de pichones sin custodia. Los murciélagos planean de una a otra costa, asegurando su menú de mosquitos. Adivino allá arriba el enjambre de estrellas y la ceniza blanquecina de la Vía Láctea. Mantener los ojos cerrados da confianza para el viaje. Los acordes se diluyen en vibración de élitros y alguna zambullida en el arroyo. Mi cuerpo se adormece mientras la mente se desliza hacia el agua. El agua que me recibe y mansamente me empieza a llevar. Ya no importan los ojos porque la mente se entrelaza con los murmullos del murciélago y las luces que se disparan cielo arriba o arroyo abajo, cada cual buscando en el escenario infinito un sendero, una ruta privada en el concierto de escamas y burbujas que fluye rodando sobre sí mismo, marcando rumbos arbitrarios y seguramente mentirosos. Lentamente la noche va pasando sus mensajes, matizando el silencio con crujidos, roces, zambullidas, aleteos y quejidos. Como flecha de mercurio, a ras del agua una nutria se desliza a favor de la corriente, atenta también a los reclamos de su estómago. Suena una melodía difícil de reconocer, una música rústica para nada agresiva, como uno esperaría escuchar en las inmediaciones del Paraíso. Qué tontería retomar ahora esa fábula de la infancia. Tan tonta que de pronto percibo haber perdido —

junto con la noción de tiempo— la idea de mi propia edad. Un yo que apenas se reconoce como tal, en un espacio infinito sin tiempo y sin memoria. Roces, el rastro de una caricia, adivinar otra presencia, otras coordenadas de repente muy próximas y al instante alejadas… adelante… arriba… entonces… nunca… La presión de unas yemas delicadas acelera mi pulso. Pero la mente no tiene sensaciones ni pulso. Sin embargo la imagen táctil es muy fuerte. Me envuelven formas que van dejando sobre los meridianos de mi piel la traza de unos labios hambrientos, la cóncava dulzura de un pezón estallando en fuego y miel. Mi mente se relaja y ya no importan el fondo ni la orilla. Se expande abarcando la playa y las estrellas. Ya no pienso en el agua y las escamas porque ahora soy el agua y los peces y el violín de los grillos y la piel de la tararira que salta entre los juncos. Se resiste a la falta de referencias, saber si estamos derivando por el Sarmiento o ya desembocamos en el caudal abierto del Luján.

Una voz silenciosa, desde la placenta misma de la noche me recuerda que no hace falta, que no vale la pena. Que cuando no hay coordenadas el alma es dueña de las profundidades y los rumbos.

Que cuando sobrepasamos los relojes y la brújula empezamos a flotar hacia las aguas del Gran Mar. ▮

Taller Municipal de la BP Ricardo Rojas / junio 2009.

Este regusto amargo

Si he muerto y no me he dado cuenta
¿a quién le pregunto la hora?

Pablo Neruda; *El libro de las preguntas (I)*

La goleta de velas negras / la goleta negra
encallada en medio de la noche (no anclada
al costado de mi muelle) se vuelve se revuelve
—más bien se hamaca— de babor a estribor
para que el agua negra me salpique / ay digo
¿qué me quiere decir este regusto amargo?
ha de ser la nostalgia de aquellos labios
que una tarde casi por descuido se dejaron
besar / el esplendor de aquellas aureolas
que escribieron en mi pecho con la dureza
con que escriben las balas en la guerra
si es que estoy muerto —pienso— me habrán
muerto tu sexo núbil que ya nunca / el tizón
de tus párpados llovidos / la voz de tu silencio. ▮

Ricardo Rojas / 12 de marzo 2010



La casa de Haroldo Conti sobre el arroyo Gambado, recuperada, remodelada y abierta al público, por convenio entre los municipios de Tigre y Chacabuco.



Carandirú

Llora llora urutaú / en las ramas del yatay
ya no existe el Paraguay / donde nací como tú
llora llora urutaú…

Carlos Guido y Spano; *Nenia*

Así nomás. Sin aclaración ni explicaciones. Ni siquiera en una carpeta. Un nombre —¿un título?— suelto dentro de la carpeta de borradores. Mierda. El alzheimer ya me aprieta los huevos. Si al menos lo pudiera buscar en google. Pero estoy sin conexión desde anoche. Sin conexión significa no correo no google no diccionario no página doce último momento no nada más que el miserable microcosmos alojado en un par de discos rígidos de 80 gigas. Y el alzheimer. O sea todo o casi todo o casi nada desde hace veinte o treinta y cuarenta o… ¡mierda! Te puedo contar pelo por pelo del clarinete que me regaló primo alberto cuando vinimos a visitarlo a buenos aires y yo tenía tres años. Te puedo hablar del trajecito inglés que me encajaron a los nueve para ir a la cultural y que me sirvió para hacer de cazador en la obra de fin de año. Y de los patines y del esmoquin blanco largo de la primera comunión. Puedo revivir y volver a sufrir todo eso y también muchas otras aventuras y algunas otras humillaciones por qué no. Las primeras pero no seguramente las últimas.

Puedo contarte de la torta de chocolate y de mi terror cuando el forense y cuando el juez y cuando el luto y los abogados y las amigas de mamá que me decían pobrecito pobrecito y todos hablaban en voz baja de la autopsia. Cuando ni idea tenía de la estricnina ni de códigos y lo único que me importaba era que me había portado mal y me iba a castigar papá del cielo. Papá no me castigó nunca porque antes ya lo habían castigado a él mamá y la abuela y ahí debo haber empezado a darle vueltas en mi cabeza a los alcaloides y más tarde a

los derivados racémicos y a preocuparme de forenses y de autopsias. Que al principio yo mezclaba con la asistencia y más tarde supe que tío pepe se refería a la asistencia pública de calle moreno y san luis de donde salían las ambulancias pero entonces no sabía nada de todo eso. Mucho años más tarde me iba a subir a una ambulancia cuando la llevaron a la abuela al sanatorio y mucho mucho después cuando lo llevamos a tío pepe al fracassi que entonces ya no era el fracassi sino el neurosiquiátrico rosario. Pero tampoco se trataba de eso ni del cadete del almacén que se masturbaba por las tías ni de miguel el andaluz que aparecía una vez al año y bailaba flamenco delante del mostrador y al final se escaparon con una gitana jovencita del campamento de avenida francia y ocampo frente al tambo de los salinas. Me acuerdo bien de ese campamento y las carpas y de la primera vez que vi una teta que una gitana se sacaba y le echaba un chorro en la cara a un gitanito que le gritaba cosas. Claro también las de mamá cuando se ponía a hacer gimnasia cerca de donde hacía los deberes. Igual las primeras que pude acariciar a gusto fueron las de ana maría pero ese recuerdo me duele y nunca quise hablar porque si hablo de eso aparece también la historia de benito ahogado en el quillá y de la prima holanda y hasta meldy que era virgen y ostentaba en la cara una horrible cicatriz. Para entonces la mención de carandirú se habrá mezclado en mi cabeza con humaitá y paraguarí y cada vez que me acuerdo y hablo de todo eso me pongo a gritar che rojaijú y cerro corá y entonces los enfermeros y los pinchazos y el chaleco. ▮

Taller Municipal de la BP Ricardo Rojas / octubre 2012

Esa piel

El susurro de la miel me resbala por la frente. Percibo el hilo quemante bordeando los ojos. En parte trazando surcos ácidos sobre la nariz. No abriré los ojos. Seguiré soñando con la pequeña Blancanieves y la manzana envenenada royendo sus entrañas. ¿O era la Bella Durmiente? No los abriré porque me resisto a reconocer el rubor de su sangre. Estamos amarrados al pie del árbol. A nuestro alrededor nada más lo verde y el silencio del jardín. Abrir los ojos sería recordar su traición y mis celos de animal selvático. Ella juega con todos sus atributos de hembra apetecible. Astutamente me encandila para de inmediato hacerme a un lado. La veo correr desnuda y centelleante hacia el rincón del jardín donde se oculta mi sombra. Una ráfaga de odio me impele a correr detrás de ella para aferrarme a su garganta, que ha sabido prodigar la luz azul del cobre que exacerba los deseos. Pero no he de abrir los ojos aunque la miel se vaya enfriando lentamente. No hasta que caiga la noche. Entonces me echaré en el arroyo para lavar su sangre que he bebido hasta saciarme. Ya la escucho deslizarse por el tronco del árbol. Es la luz de su garganta la que fulgurando me seduce. Son sus manos ardientes las que me acechan en la sombra. Sus yemas incansables me recorren hasta el éxtasis. Suavemente aproximo mis labios entreabiertos y muerdo con impaciencia la piel de la manzana. ▮

Taller Municipal de la BP Ricardo Rojas / agosto 2009



La Cautiva, invierno del ’86. Amanda en la escalera de entrada a la casa. Al fondo, detrás del cerco de ligustro, la orilla del arroyo. A varios años luz, la civilización.

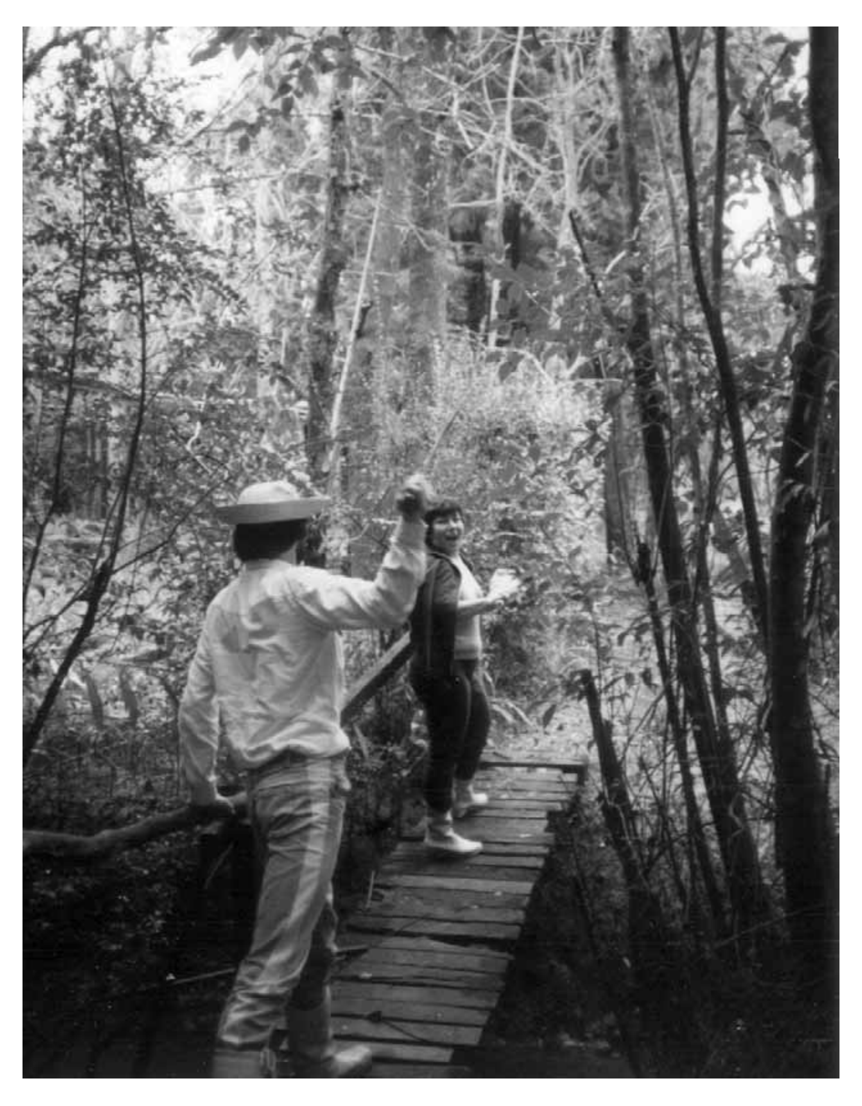
Trópico de cáncer

El sol empezará a salir más tarde cada día. Y a ponerse más temprano. Los pájaros se mostrarán más perezosos en abandonar el nido. El ciruelo se negará a compartir el sabor de sus pulpas y la dulzura de los zumos. El colibrí quedará pendiendo de sus alas frente a los botones del naranjo. La sombra del limonero ya no ha de resultar tan ancha ni tan fresca. Empezará a no importar si sopla el pampero o una brisa leve desde el río. Se irá borrando lentamente la diferencia entre el tapiz de musgo y los médanos que suben desde la playa.

Habrá en lo alto una confusión de constelaciones y fulgor de otros hemisferios. Perderán la armonía y su ritmo las clepsidras y los péndulos. Se opacarán al oído los timbres de la novena sinfonía. Se nublará el perfume de unos pezones evasivos. No habrá testigos del rubor del zorzal ni del chillido de la calandria. Estará muda la chicharra. Nadie lamentará la desnudez del liquidambar y los robles. Nadie recorrerá los espineles.

Algún vaso de vino y un diálogo quedarán en suspenso. Se enfriarán la tos y los teclados. Quedarán en desuso unos zapatos. Se dormirá un poema entre las páginas del libro. Se llenarán de humo la voz y mis recuerdos. Emprenderé el camino. ▮

Taller Municipal de la BP Ricardo Rojas / agosto 2011



Amanda en apuros, acorralada sobre el deck de las colmenas. El cangaceiro machete en alto en primer plano, es Ricardo Kindsvater.

Mis últimas palabras

Ha de sorprenderte esta carta. Tomaré los debidos resguardos para que llegue a tus manos sin tropiezos. Es un riesgo, menor en todo caso del que asumiría de no enviártela. Pero en tal caso debiera cuestionarme si es sensato que te escriba. En fin… es que necesito ratificar algunas cuestiones. Sobre todas, el hecho de que te amo con la misma avidez que aquella tarde en que —como de común acuerdo— nos dijimos cosas peligrosas y definitivas. Claro que es imposible abrir el corazón sin correr riesgos, porque si es inconveniente andar desnudos por la calle, cuánto más peligroso sea desnudar el corazón. Aunque previamente nos hubiéramos desnudado minuciosamente, palabra por palabra, gesto por gesto, mirada por mirada, cada vez que estuvimos juntos.

Lo que ha variado en mí desde entonces, no es la temperatura sino la calidad de este sentimiento. La misma consciencia de su imposibilidad ha funcionado como una herramienta delicada, puliendo y perfeccionando aspectos que en un primer momento no me resultaran evidentes.

Cuando la vista no encuentra motivos de distracción en el afuera, la mente y el corazón se ocupan en desmenuzar escenas, detalles y palabras, buscando como el joyero los ángulos más propicios y las facetas exquisitas. Con lo cual la idea amada se sutiliza y sublima como aquellos compuestos que los viejos alquimistas sometían al ejercicio del mortero y el crisol.

Razón tienen pues quienes afirman que lo bello se aprecia mejor a la distancia. No hablo de la perfección de la mujer física, porque no me alcanzarían las palabras. Me refiero a las cualidades que al momento de conocerte empezaron a tejer alrededor de mi alma una urdimbre inquietante de pulsaciones y temblores.

Tu voz, tus silencios, la gracia inefable de la cruz ansada que custodia el acceso al valle. No luciría más espléndida sobre el pecho de una reina egipcia. No cabe componer un catálogo de las maravillas que me constan y de las muchas que adivino y admiro cada noche con los ojos cerrados y el corazón abierto. Son otras mis urgencias.

Nadie sabe cuándo ni en qué circunstancias volveremos a encontrarnos. Ni siquiera estoy seguro de que esto ocurra. Solo piensa en que las breves promesas que nos dimos aquella tarde, nos permitieron atisbar un paisaje que nos está prohibido y al que no hemos renunciado —yo al menos— pero por el cual no podríamos luchar sin romper vínculos que nos son muy caros.

No guardes esta carta. Conserva nada más la sencilla verdad de mis primeras y mis últimas palabras. Te amo. ▮

Tigre / 27 de junio 2009

Nocturno a Fabricio

Fabricio Simeoni[10], *in memoriam*

En cuanto cierro los ojos aparecen. Una eclosión de biberones y duendes de peluche. Se descuelgan por el cable de la lámpara. Saltan desde el techo del armario. Ruedan como pelotas de papel sobre la alfombra. El aire vibra de risa y serpentinas y una música de circo convoca a la última función de la noche. A la algarabía se suman la ronda de los niños y el concierto de las ranas y los grillos.

Recuerdo. *Una noche / una noche toda llena de murmullos / de suspiros / y de música de alas*… Un rocío perfumado de madreselva y de glicina emborracha los sentidos. Volutas de incienso se enroscan con espirales de nepentes y alguna nubecilla de canabis. En círculos concéntricos se desgranan otros perfumes y diferentes melodías. El oído tal vez me engaña, pero pienso Mendelsohn. Oh no, qué tontería. Oh no por favor, qué tontería. Son los primeros compases del quinto movimiento de la Pastoral. Qué tontería, por supuesto. Es como si mis oídos me estuvieran mostrando otros prados, otros bosques. Por momentos me siento correr descalzo sobre la gramilla húmeda. Creo que ya no me preocupan la fiebre ni el dolor en el pecho. Nada más me interesa no llegar con la función empezada.

Recuerdo. *Una noche en que ardían / en la sombra nupcial y húmeda / las luciérnagas fantásticas*… el Titiritero refuerza su vozarrón con un enorme caracol marino. Pasen señores pasen. En un minuto empieza la última función. Mi alma de niño se vuelca con ansiedad hacia la carpa iluminada por millones de estrellas.

---

[10] El poeta Fabricio Simeoni murió en Rosario el 14 de octubre de 2013 a los 39 años de edad. Coautor con Fernando Marquínez del libro *Cavidades del recreo*, qoe compartiera en 2007 con *Miseria blues* el Premio Municipal de Poesía “Felipe Aldana” (ver Apéndice 5).

Ya están en la pista los elefantes encabezando el desfile. El corazón salta en el pecho. En una sola nube envolvente se mezclan los perfumes y la risa. La brisa nocturna me despeina al tiempo que me domina la emoción del vuelo. Ni temor ni mareo. No más vínculos ni encierro. Aspiro a pecho pleno una bocanada de libertad. Allí abajo la figura enjuta que ha permanecido días a mi lado murmura casi sin mover los labios *ego te absolvo*. ▮

Ricardo Rojas / martes 15 de octubre 2013

Aguas abajo

- Finalista I Certamen Literario Nacional “Delta Argentino” / Tigre (BA) 2013.

¡Cómo te pareces al agua, alma del hombre!
¡Cómo te pareces al viento, destino del hombre!

Johann Wolfang von Goethe.

Abrir los ojos —intentar abrirlos— le clava astillas de fuego en la nuca. El sol de noviembre achicharra todo lo que asome el hocico afuera de la madriguera. Vizcacha, cuises o pichi. Igual cuando consiga entreabrir el único ojo sano, se dará cuenta de que ya está cayendo la tarde. El crepúsculo de sagitario es largo por estos pagos. ¿Estos pagos? Puta si ni idea tengo dónde estoy ni cómo carajo pude llegar hasta aquí.

Aquí… aquí… ¿dónde? Un perfume de naranjales en flor lo seduce con escenas de infancia sobre la ribera del arroyo Las Conchas. De madrugadas recorriendo espineles en el Guazú o levantando un trasmallo en el Miní… o en el Durazno. El sabor de un pacú a la brasa ahí nomás al lado del agua. La nostalgia de unos besos furtivos entre los sauzales del Carapachay.

Ahora se anima a levantar la cabeza para vichar el lugar. Apenas siente su cuerpo, lo único que lo envuelve y lo aprisiona es un dolor que recorre el pellejo desde los pies hasta la coronilla. Esa hinchazón a cosa de seis codos de ia barba deben ser sus pies. Aunque no los sienta. En el lugar de sus pies hay una flojedad y un latigazo entre de dolor y rabia. Cierra el ojo haciendo fuerza para recordar pero la rabia no tiene memoria. No más memoria que una llamarada y quién sabe cuánto después la explosión y más tarde los golpes. Dos golpes y un grito. *Son of a bitch!* Dos culatazos secos en las piernas por debajo de las rodillas y todo junto su alarido y el crujido de los

huesos. La memoria trae de vuelta en remolinos turbios el dolor y la bronca.

Aunque no lo sepa y acaso porque así lo dispone una providencia misericordiosa, aguas arriba la misma noche que lo cobija está cayendo sobre un escenario de quejidos y de espanto. Ni un fogón ni un rescoldo ni siquiera la brasa de un cigarro. Algún oficial arrastra como puede sus llagas recorriendo la posición, alentando con una palmada a los heridos y cerrando los ojos de los que ya no tienen nada para mirar. Ni siquiera taparlos para ponerlos a salvo de la perrada cimarrona, alguna rata y las aves carroñeras. La mayoría artilleros y servidores de los cañoncitos que mantuvieron todo el día a raya a los Peysar y a los Paixhans. Ese mismo o cualquier otro oficial de los escasos sobrevivientes escupirá en la oscuridad un acullico de tabaco. Alzar la voz supone de inmediato un disparo de los infantes que fija han desembarcado al terminar su tarea los acorazados a vapor. En medio de las sombras, otras sombras arrastran sus despojos y sus úlceras, ayudando a cambiar de emplazamiento las piezas volantes. Las cuatro baterías han sido demolidas por los obuses enemigos. La voz de mando, pasada de hueco en hueco, de piedra en piedra, es rearmarse a doscientas yardas del borde de la barranca, fuera del alcance de la artillería naval. Se dice que el general ha sido derribado por un casco de metralla. Se dice que ha muerto. Se dice que lo han visto recorriendo los puestos y alentando a los heridos. Se dice que durante la noche llegan en galera unos doctores desde Santos Lugares, con instrumental y medicinas.

La correntada va acarreando hacia el sur todo lo que encuentra a su paso. Restos humanos, armas, maderas y jirones de mantas o uniformes. Remos, mástiles y velas desgarradas. La oscuridad no diferencia entre el agua medio barrosa y la sangre que van dejando atrás unas venas vacías y unos cuerpos que ya no la requieren. Despojos que han venido del polvo y al polvo van regresando tan a su pesar. El agua disuelve, diluye, limpia y corre. Y reanima o ahoga.

Agua grande en busca de unas aguas aún más grandes. *Nuestras vidas son los ríos / que van a dar a la mar que es el morir…*

El mulato Doroteo presiente que la negrura de la noche se acollara a la negrura de su piel y se anima a sacar las piernas del mazacote de camalotal que aprisiona los restos de la canoa. La caricia tibia le lava el dolor y las heridas. Las del cuerpo, claro. Las otras, la prepotencia de las cañoneras, la tos incesante de los obuses, la algarabía y el *Merde alors!* de los artilleros franceses que para nada se distingue de los otros que celebran cada andanada con un *God save the King!* La rabia y la humillación son humillación y rabia en cualquier lengua. Vienen de pasear sus estopines y su soberbia cruel bajo otros cielos sobre otras aguas. Pero son los mismos cachorros de león con las mismas melenas y un mismo rugido y unas mismas mañas. Las escenas de la última jornada se mezclan en su piojera con los sacudones de la fiebre.

Con la primera luz habían recorrido toda la línea de lanchones y cadenas. De la media docena de bruloteros, cada cual sabía nada más dónde estaba colocada su carga de metralla y pólvora con brea. Cada uno repasaba las instrucciones del sargento. Esperar callados a la sombra de su casco, en sus chalanitas disfrazadas con junco y camalotes. Nada más cuidando la respiración y su yesquero. Cuando empezaran a moverse aguas arriba dejarlos venir. Aguantar los estampidos. Aguantar el empujón de las nubes incendiadas. Aguantar el picor de los gases en los ojos y el ardor en la garganta. Y esperar. Aguantar y esperar hasta tenerlos bien encima.

Cuando termina de destrabar el enredo de tallos que lo retiene anclado, Doroteo se deja ir río abajo recostado en el plan quebrado que es todo lo que queda de su canoa. Su ignorancia le alcanza para comprender que arranca el tramo final de un viaje muy largo.

Sin pies y ya casi sin sangre, no le dan las tabas más que para una oración y algún recuerdo. La oración la despacha para sus adentros, con el ojo cerrado. Alguien lo va a escuchar igual.

Y lo último que se le cruza por la piojera antes de sumergirse en las aguas finales, es la visión de todos los hombres de su batería, entonando abrazados las estrofas de un cántico, alentados por la charanga que ha ordenado el señor General… *¡o-juréemos-con-gloria-moriiiiiiiiir!…* ▮

Tigre / setiembre 2013



Museo de la Reconquista, Tigre 18 de diciembre 2013. El autor, junto a Marina Raña, Cristina González y Jesica Frías, antes de comenzar la ceremonia de premiación del I Certamen Literario Nacional “Delta Argentino”.

Ella acecha cada movida

Quiere todo lo mío. Acecha. Codicia. Ya le he ofrecido hasta mis pensamientos. Los toma sin hacer comentarios. Sin manifestar agrado ni fastidio. Solo le complace despojarme, desvestirme. Hacerse dueña de mi pasado y de mi entorno incluso. Como si enarbolara sobre mi cama y mis libros y sobre el limonero su bandera de ocupación. Más contundente que la dramática bandera de remate. La gente del barrio se relamía. Era mucho más excitante que un embarazo de niña soltera o las golpizas de un marido de mala bebida. Ella acecha cada movida, cada gesto. Hasta se anticipa a cada acto, a cada idea. En cuanto levanto una pieza, antes de depositarla en el escaque elegido, ya se relame. Sé que la partida puede prolongarse. Pero es como un final cantado. Alzará su dama —la dama negra— y murmurará en voz baja: mate… ▪

[Biblioteca, miércoles 31 de agosto 2011]

CIRCULO DE PROFESIONALES
ARGENTINO ARABE

CERTAMEN
DE
POESIA

1987

Auspicio: S.A.D.E. (Filial Santa Fe)

— PRIMER PREMIO —
GREGORIO ECHEVERRÍA

JURADO INTEGRADO POR:

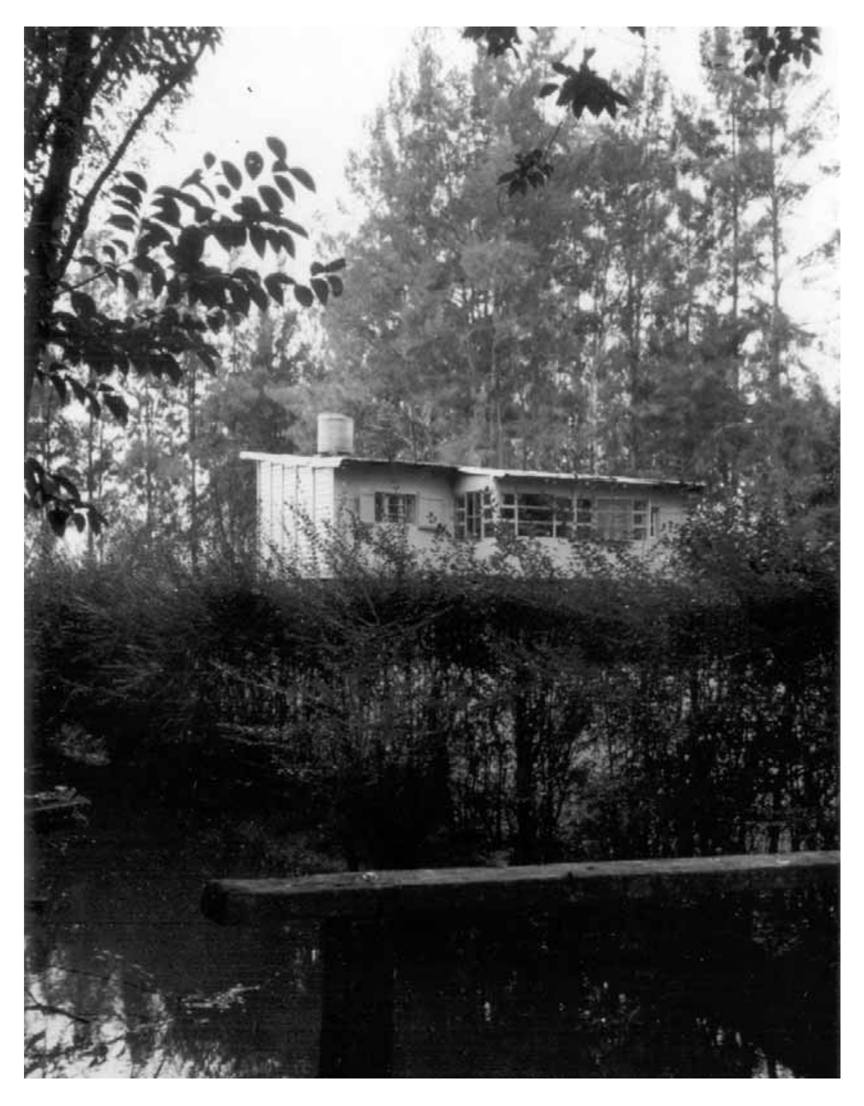
ALBA YOBE DE ABALO
ORESTE ABIATTE
HORACIO ROSSI

Como los marineros

- Primer Premio / II Certamen de Poesía / Círculo de Profesionales Argentino-árabes / Santa Fe 1987. Integra el volumen *Miseria blues*.

Llegará una mañana de navegar el último pasillo
y abrir la última puerta / desencuadernado el atlas
de las constelaciones / exhaustas las alforjas
y resecas las ánforas / será domingo / habrá un último
vaso de vino y el inefable goce de la novena sinfonía
evitaré estar triste a pesar del cansancio y de los pies
hinchados / me asistirán la sombra de Borges desde Suiza
y los apretujones de manos de Cortázar o inventaré
un versículo del Génesis / habrá el dolor callado
de una esposa las inevitables lágrimas de un hijo
todo eso que se estila para las interpretaciones fuera
de programa y los epílogos / vaciaré el corazón
y los bolsillos para flotar sin lastres / alguien se ocupará
de mis poemas y de ordenar las magras pertenencias
querré saber si hay sol / si en la calle se oye volar
el viento / al fin —ya al margen de relojes brújulas
y calendarios— respiraré un licor de casuarina y sauce
entretejiendo trébol sobre mis limoneros / retomaré
el adagio con aquellos cangrejos en la playa
de mis bisabuelos / abriré mi tatuaje a las gaviotas
y haré sombra a la sombra de los antepasados absortos
en sus redes. Pienso en Machado y lo comprendo
solo y desnudo —como los marineros— andaré
ese pasillo y golpearé a esa puerta. ▮

San Isidro / julio de l987.



La casa vista desde el muelle, con el arroyo crecido. El parque cubierto por el agua. El agua sube y baja dos pies una vez al día. Una vez a la semana bastante más. Una vez al mes algo como esto. De cuatro a cinco pies de agua debajo de la casa.

Las viudas de Epifanio

A pesar de todo, pocas de las previsiones —casi ninguna— se cumplieron. Excepto aquel viejo estribillo suyo acerca de la soledad. El hombre nace, vive y muere solo. Referente a su nacimiento (fue ciertamente solitario) nada que valga la pena registrar. Muchos llegaron a este mundo llorando. Es comprensible que tampoco a propósito de su muerte. Pocos son sin embargo los que se marchan riendo.

La morocha demacrada es la primera en comparecer, a media mañana. Y una de las pocas que saben que él ha sido, en ese sentido, una excepción. Con pasos calmos se acerca a la orilla del muelle. Apoyada en la baranda rústica contempla largamente el correr del arroyo, aguas abajo. Allí están nuestras casuarinas… nuestros sauces … canturrea una voz trémula a su oído. Es posible —aunque no probable— que esté al tanto del hecho de que esas casuarinas han sido compartidas asimismo, aunque más no sea virtualmente, con una de las inevitables otras que inevitablemente existen. Y si no existieran cada cual se las inventa como puede. Que las hay, las hay, aunque nadie crea en ellas.

El que oficialmente podría ni haber existido, excepto en algún folio de registro civil y la constancia de unas modestas distinciones literarias, tampoco ha dejado tras de sí huellas tangibles. En realidad nadie sabe si la ácida anticipación de la mujer mayor que se acercará cuando ya empiece a caer la noche es en verdad eso. O tal vez una moción de anhelo. Aunque pocos se atreverían a envidiar un final como el de aquel tío materno, derrotado por el embate convergente de los años, la esclerosis y las interminables ambigüedades. Menos todavía el de la abuela, merced al expediente de una torta que según las malas lenguas contenía algo más que chocolate. Pero aquellas serán —coma más o menos— sus palabras. Esta vez no tendrás siquie-

ra un forense que te firme el certificado, como a tu tío Pepe y a tu abuela Macrina. Resulta inevitable recordar aquí una casa rural donde también se agostan, amén de la madeja de impaciencias, ternuras y temblores, un limonero raquítico, un par de robles, unos ciruelos y una vieja ovejera. Aunque nadie acierte a precisar una clara relación entre lo recordado y el recordante. Pareciera que en ciertas circunstancias —si no felices al menos propicias— el pensamiento escapa de sus comunes envolturas para derivar con arrobamiento por espacios en los cuales las palabras son prescindibles y donde en confusión sobrevuelan —o sobrenadan, puesto que nada se ha dicho acerca de las condiciones físicas del medio— emociones y sentimientos. No todos necesariamente propios. Pero no todos ineludiblemente ajenos. Algo a lo cual llamaríamos inconsciente colectivo, de no mediar nuestra decisión de mantenernos dentro de los carriles del habla común de las gentes.

Una de las famosas previsiones, a medias susurrada cuando ya el sol achica la sombra de las casuarinas a una mancha irregular al pie de los troncos, tiene como la virtud de inducir unos suspiros y alguna interjección contenida. La abuela quería que fuera marino. Comentario que queda ahí flotando sin respuesta. Salvo una gota —resina, lágrima o rocío— que resbalando por uno de los tallos tiernos de la trepadora que se enreda en la baranda, cae finalmente al agua. Cadete de la marina. O ingeniero naval. Dicho por nadie. Apenas pensamiento echado a volar liberado de qué imprecisos límites.

Para entonces otra mujer se ha aproximado a la orilla con un andar leve. El rubio ambarino de su cabello enmarca un rostro pálido y los ojos claros. Fue marinero en sus relatos y en sus poemas. El sol del mediodía estimula la erupción discreta del comentario melancólico deseando crecer en compañía. Los labios ni se mueven. Pero un pensamiento corre tras de otro y se une al revoloteo de imágenes e insinuaciones que con pereza se van entretejiendo con las ramas bajas. El silencio no es absoluto. Es silencio humano apenas. De fondo

la zambullida de una nutria, el reclamo de las ranas, un violín de grillos y chicharras. *Llegará una mañana de navegar el último pasillo y abrir la última puerta*…

La cuarta mujer (la que llega en tercer lugar a media tarde) es pelirroja. Aparece sin que nadie perciba su arribo. Descalza, muda y desnuda bajo una túnica violácea como sus ojos tristes y la corona de azahares. No hay nada más bello que lo que no pudo ser… Si es creíble que la distancia agudiza la objetividad tanto como la intimidad la sofoca, es tal vez esta euménide silente quien mejor llegó a calar en las honduras de su ser. Hubo entre nosotros instantes de magnífica conjunción. La premura del amor vallado que porque sí o sabe dios por qué eligiera los caminos del espíritu antes que los de la carne. Él ha sido capaz de ahondar en sus más reticentes anfractuosidades tanto o más que si en verdad la hubiera poseído. Y ella es tenedora de sus lacerantes dudas y las casi núbiles ilusiones. *Alguien se ocupará de mis poemas y de ordenar las magras pertenencias*…

Más que conocerse entre ellas, se intuyen. Antes que intuirse se sospechan. Casi se adivinan. Ser un otro del otro conlleva desafíos y exigencias que es necesario educar, alimentar, pulir, perfeccionar. A consciencia de que la perfección de los filos terminará bordeando abismos insoportables y tentaciones cuya aceptación implica costos temerarios y cuyo rechazo vaciaría de contenido los juramentos y los códigos. Cada cual sabe o supone o imagina detalles de la otra. La que conoció el olor de su cuerpo y se perdió en la orfandad de los rencores de la almohada impar se pregunta hasta dónde él se sumergió en la llamarada de esa cabellera. Mientras la rubia, aspirando con los ojos entrecerrados la visión de las casuarinas y la costa, procura encajar una pieza con la otra en el anhelo inútil de rearmar —antes de los penúltimos compases— un rompecabezas de palabras y perfumes y pequeños abalorios. *Aquel recuerdo filosamente primordial de unos violetas turbulentos o el tormentoso trueno / la mención de*

alguna casuarina sembrada —sonata a quatro— / en mitad del desierto…

Qué cosa haya sido Epifanio para estas tres mujeres solo cada una de ellas puede saberlo. Tal vez. Y juntar ese conocimiento —intentarlo— en un espacio común que lo contenga y las contenga, sería una tarea acaso ímproba. Por lo menos si ello estuviera amparado en la intención de obtener un cuadro entero y entendible. Si hay alguien en el mundo capaz de dar testimonio leal de esta incompletud, sería el propio Epifanio. A quien la mera idea le acarrea un acceso de escepticismo y socarronería que de translucirse caería de seguro como un baldazo sobre las atribuladas damas. Llamarlas viudas sería cuanto menos prematuro. Puesto que supondría por un lado un avance algo atrevido sobre la estructura monógama de esta sociedad. Siquiera en lo formal. Pero —lo más importante— por otro lado implicaría dar por muerto al quía. Cuestión ardua si las hay. Que a una de ellas por lo menos pareciera constarle. A otra no tanto. Y a la tercera mucho menos.

El hilo de la historia es poco lineal y menos sencillo. Buenas condiciones, pues de lo contrario no hubiera dado pie para el relato. Que debiera haber comenzado por aventurar la posibilidad de que Epifanio ame —o haya amado— con amplitud y seriedad a las tres mujeres de marras. Lo cual no tendría nada de particular. Pero nos mete de golpe en la sesuda cuestión del qué alcance tenga esta proposición "Epifanio ama (o ha o habría amado) a estas tres mujeres". Por supuesto la irritación se insinúa en cuanto el criterio de consecutividad es cambiado por el de simultaneidad. A nadie espanta constatar —o sospechar al menos— que un hombre cualquiera, pongamos Epifanio, haya podido enamorar en su vida a más de una mujer. O se haya enamorado él de más de una mujer (presunciones que parecieran una misma y equivalentes pero no lo son). El prurito sobreviene cuando salen al ruedo cuestiones como coexistencia, dobleces, tapu-

jos, trampas y las mil maneras delicadas de abordar esta ríspida cuestión en un marco civilizado.

En todo caso, la filosófica disquisición respecto del flujo del tiempo, de sus direcciones y la existencia —o inexistencia— de mundos paralelos y múltiples y enedimensionales, no es tema que espante a Epifanio. O lo haya espantado al menos en vida. Asumiendo que a esta altura de las cosas haya pasado a mejor —o peor— estado. Todo lo contrario. Le encanta (o le encantaba, según se prefiera mirar el hecho) discurrir sobre la esencia del concepto de temporalidad y sus muy variadas —y a veces imprevisibles— consecuencias sobre la relación entre las personas y el debido orden cotidiano. Prueba de esta preocupación es la recurrencia de Cronos y el viejo Heráclito y las clepsidras y los péndulos en muchos de sus textos. Bien es cierto que también en este campo vale el ojo de quien lo lee, tanto o más que la intención de quien lo escribe. ¿Por qué —habrá pensado para sí en algún momento la morocha— si teniéndolo a mi lado es como si no lo tuviera, me preocupa en quién pueda estar pensando, a quién nombra sin nombre en sus poemas o quiénes sean los destinatarios y remitentes de su abultado correo? La respuesta es normal. Cae casi por su propio peso. En la otra. A la otra. De la otra. Una otra que acaso no existiría si yo no me hubiera formulado esta inoportuna pregunta. Una otra que no existiría si tú no hubieras cedido tu lugar. Respondería tal vez Epifanio, de disfrutar de una omnisciencia de la cual por cierto carece.

Puestas las cosas sobre este terreno, iríamos a parar a una discusión interminable. Que al parecer —según empezamos a sospechar— ha sido el germen o el fermento que diera razón y existencia a las otras. Porque no hay fantasma vivo si uno no le insufla la vida. Lo que suele acabar enredando de veras estas cuestiones, es que un fantasma, en cuanto cobra aliento, se aplica a construir su propio espacio para sí mismo y para los otros. Y para las otras. ¿Por qué —atenida a este razonamiento se habrá llegado a preguntar un día la pe-

lirroja— si no teniéndolo a mi lado es como si lo tuviera, me preocupa lo que piensa y lo que hace cuando está con la otra?

Ya en este momento se me eriza el vello de la nuca al tomar consciencia de que por esta misma vía haya podido aparecer en escena la segunda persona de la santísima trinidad. Y no es el hecho en sí lo que me apabulla. Sino la percepción de cómo del solo absoluto nace un primer otro. Y siguiendo el canon, del reconocimiento y amor recíprocos ha de aparecer un segundo otro, o sea un tercero. O una tercera, vamos. Habrá —hubo, hay— entonces en nuestra historia esa tercera. O sea ¿una segunda otra? Volviendo la mirada a la escena del muelle es obvio que sí.

Allí están las tres. La que hachaba las casuarinas. La que las ignoraba. Y la que se ocupaba de replantarlas lejos del alcance del hacha. La que encendía sus poemas. La que afectaba no entenderlos. Y la que los saboreaba aun asumiento que no le estaban dedicados. La que siempre estaba. La que jamás estuvo. La que hubiera deseado estar y no se atrevía. La que se negaba a desnudarse. La que vivía desnuda. Y la que deseando desvestirse se vestía. La que lo besaba. La que no se dejaba besar. La que hubiera dado la vida por besarlo. La que decía no entenderlo. La que lo entendía sin decirlo. La que tiernamente y desde lejos le repetía te comprendo. La que le reprochaba el tomar la vida en broma. La que lo amaba por su modo de tomar la vida. Y la que deseaba que la broma no se terminara nunca.

Epifanio sabe que las endorfinas no son eternas. Tampoco ignora que tantas veces la risa no es sino un modo de llorar sin que los demás lo adviertan. Como Pulgarcito, ha ido dejando por el camino sus migas de pan y sus piedrecitas.

Pero llega un día en que descubre que ya no hay atractivo en el regreso. Casi todo lo que deseaba decir está escrito. Incluso mucho de lo que hubiera preferido guardarse para sí. Lo escrito escrito está. Nunca dejó de lado aquellos versículos del Ecclesiastés.

Tiempo de sembrar y tiempo de recoger lo sembrado. Tiempo de reir y tiempo de llorar. Tiempo de preguntar y tiempo de responder.

Las tres mujeres recibieron su copia de este texto, el mismo día y a una misma hora. Como es de suponer, una de ellas no lo entendió. La otra lo esperaba desde hace tiempo. Y la tercera lo guardó sin leerlo, al pie de una casuarina plantada hace pocos años lejos del alcance del hacha. ▮

El Talar / octubre 2003

Para la primavera

Es increíble cómo se acumulan las cosas que uno quiere hacer y va posponiendo con cualquier ínfima excusa. Una lista que llevo en la cabeza sin poder evitar la sensación de que se alarga día a día. De actividades o tareas pendientes que uno recuerda de repente al pensar en un color o evocar un aroma o una forma. Así la imagen del muelle de La Cautiva que tenía de fondo de pantalla en mi computadora me reconviene por no haber regresado una sola vez a la sombra amigable de las casuarinas del Sábalos. Entre aquellas maderas desvencijadas supe gozar de la quietud de madrugadas y atardeceres que casi llegaron a ponerme en comunicación con Dios. Los cañaverales y los bajíos de paja brava llenaron mi alma con el reclamo de las pavas de monte y el cotorreo de loros, calandrias y zorzales que reinaban en la verdura húmeda ajenos a las tentaciones y peligros de la civilización. Para la primavera me prometo reacondicionar mis avíos de pesca y remontar sin apuro las aguas calmas del Sarmiento y el San Antonio para ir al encuentro de mi pequeño paraíso y quizás hasta sorprender a Juan Carlos preparando unos bagres al disco que será necesario empujar con unos vasos de vino y las inevitables anécdotas de la última temporada del arroyo. Y yo recordaré seguramente que Duque aquel fiel perrazo negro no llegó a retozar por la isla porque nunca nos animamos a embarcarlo en la Interisleña.

Andan por ahí unos croquis y unas aguadas con las cuales intenté en vano perpetuar el recuerdo de una cafetera y otro par de piezas de peltre que no tienen valor por sí sino porque me remontan a una infancia en que piezas como esas significaban una tarde en casa de la señora Nora y un pedacito de chocolate o unas galletas de miel que hacía Virginia, pero también eran aquel juego de cubiletes y ceniceros de bronce que había en casa de mis padrinos junto a la cala-

vera de loza con un ojo verde y el otro rojo. Piezas que a su vez se transformaban en una azucarera y una lecherita guardadas en el aparador del comedor de Barrio Parque que primero fue un sobrio mueble de roble y el progreso convirtió en un feo modelo americano de esquinas bombé donde se guardaba la vajilla de los días de visitas. Pero claro que recordar estas piezas de metal con sus distintas capas de vejez a la vista es traer a la memoria las bandejas y los platos repujados por tía Nita y yendo ya muy atrás un vaso y un servilletero con mis iniciales grabadas que junto con un sonajero que durante años colgó del cuello de un malcriado fueron regalos para mi bautismo. El frío envara los dedos pero para la primavera sería bueno terminar alguno de esos croquis aunque más no sea para enmarcarlo y tenerlo a la vista.

Cada vez que me acerco al mar me invade el olor del iodo y de las algas y la brea de las barcas y siento que además de ordenar estas percepciones a medias recuerdo y a medias intención, debería ordenar mi fallida vocación marinera, no fallida en mí porque nunca lo acaté como una vocación sino fallida para abuela Macrina, quien a tenor de su desorbitado amor por los uniformes me tenía asignada *in pettore* la carrera de marino, supongo muchos años antes de mi nacimiento y al amparo del trato diario con oficiales y cadetes de la base naval de su lejana ría gallega. Amor hacia los uniformes que si bien no llegó a florecer en mí halló campo propicio en tía Fina, quien a estar de los cuchicheos e indirectas a media voz que eran paisaje habitual en la familia, habría explorado *in extenso* —y al parecer a su gusto— la compleja relación entre los admirados uniformes y sus humanos contenidos. Todo ello aprovechando la ocasión (la ocasión hace al ladrón) de un viaje de regreso a Buenos Aires en el Monte Urquiola y el interés que sus cuarenta bien llevados despertara en un apuesto y joven oficial, más la complicidad de la noche y la soledad de un camarote. Aunque el idilio fuera interrumpido de modo abrupto por abuela Macrina, feroz autora de aquella filosa sentencia “para

muestra basta un botón”, es de esperar que tía Fina haya alcanzado a dar aquella noche con el botón más aprovechable. Botones habría de allí en adelante en la historia familiar, entre cuyas definiciones brillaba el que sin uniforme un hombre no pasa de ser un montón de huesos y pellejo. Dorada máxima que ignoro si tuvo origen después o antes de su viudez, pues abuelo Andrés era empleado consular civil en Bruselas y siempre sospeché que ni por chiste se hubiera probado un uniforme. Botón de muestra fue por cierto el matrimonio de mis padres. Como lo habrá sido para mi abuela tropezar una noche por las callejuelas del puerto de Marín con tío Pepe abrazado al hijo menor de la Xacomeredes, ebrios y semidesnudos ambos. Y como lo fueron para mí los incontables trajes de calle y disfraces que me encorsetaron para ponerme en situación, uno blanco con vivos azules y rojos de pantaloncito corto a los tres años, otro azul marino de pantalones largos y gorra con la cinta de la “Fragata 25 de Mayo” a los cinco o el de cadete del colegio militar de sable y guantes a los siete. Ni eso ni el grado de Capitán que me asignaron desde que tuve uso de razón hicieron mella en mi desaprensiva tozudez. Aunque bueno estaría para la primavera dedicar un par de días a sacar brillo a tantos botones y medallas y otras condecoraciones que fueron quedando por el camino.

Empiezo ahora a comprender que es real aquello de que los árboles nos impiden a veces ver el bosque. Esto pensando en la cantidad de libros que juntan polvo en mi biblioteca a la espera de una segunda o tercera lectura, por no hablar de los muchos que habiendo sido hojeados con apuro aguardan aún su primera lectura respetuosa. De poco serviría intentar una enumeración de títulos y autores porque los textos se han ido filtrando como por lechos de arena formando arroyitos y hasta ríos subterráneos que sabe Dios dónde fueron a parar, en algún caso a napas profundas y en otros absorbidos y bebidos por un medio goloso de brillos y barnices. Con lo cual en algunos casos serán recuperables las esencias y en otros apenas una

imagen lavada cuando no esa especie de nebulosa que acompaña por la mañana las trasnochadas sin control. Muchos han desaparecido al extremo de no reconocer la menor seña que los identifique, pues si bien se cumple con holgura el vaticinio de que esta sociedad está condenada a morir de estupidez impresa en colores, es fuerza reconocer también el aporte de muchos textos en blanco y negro. De otros conservo el perfume de sus ámbitos o la tersura de sus líneas y de unos pocos retiene mi pobre memoria algún renglón candente que duele como recurso para no ser echado al olvido. Tengo por delante una tarea agobiadora pero me he propuesto en la primavera dedicar al menos un par de horas diarias para fichar y reordenar ese millar de volúmenes que aguarda en primer lugar la limpieza piadosa y una relectura no menos caritativa.

Al escuchar el trino de los horneros y el zureo de las palomas tomo consciencia de que pocas veces le digo cuánto la amo. En realidad ni siquiera le digo que la amo. La verdad es que apenas nos hablamos, cada cual en lo suyo, al punto que cuesta recordar que alguna vez lo fuimos todo el uno para el otro y el silencio no era un silencio cargado de resentimientos y rencores sino un espacio en el que revoloteaban nuestras fantasías y todas las ilusiones y los comejenes del deseo. Entonces quizá tampoco hablábamos pero el silencio no era una lastimadura sino una complicidad por la cual podíamos deslizarnos haciendo piruetas que provocaban el disgusto de publicadores de amonestaciones y pronosticadores de desgracias. Entonces encerrarnos en la cueva del silencio era entrar en un templo de intimidad sin relojes y sin calendarios ni ventanas, para flotar en un sopor que amortiguaba la trivialidad de los noticieros y la opaca consonancia de los decretos y los bandos. De tal modo ensimismados que hasta nos atrevíamos a pensar que éramos felices, porque uno repite hasta el hartazgo eso de que la felicidad es un estado de ánimo cuando son los otros los que preguntan, pero atesoramos con avara terquedad el privilegio de una felicidad toda nuestra y sin plazos, do-

blemente gozable puesto que nada más de celebrar y disfrutar que aquello que poseemos en exclusiva y entonces claro que sentir que somos felices a contrapelo de la común infelicidad nos da como un aura de distinción y somos capaces de jurar sin sonrojos que enamoramiento y santidad son una sola y misma cosa. Claro que hay antecedentes, como sabiamente nos enseñaban las maestras al hablar de la Revolución de Mayo, causas mediatas e inmediatas. Las mediatas eran me imagino el modelo familiar pues ahí nomás ya se contabilizaban ocho abuelos, portador cada uno de ellos de sus historias, ejemplos y consignas en una época ignorante de separaciones y divorcios por la influencia de la santa madre iglesia y aquello de que nadie desate lo que atare Dios y todo eso. Ocho consignas convergentes pues, variadas en el detalle y en las formas pero repetitivas en el fondo de la cuestión. El camino al cielo pasaba obligadamente por un noviazgo pudoroso, el ineludible compromiso, la doble ceremonia civil y religiosa en su momento con abundancia de testigos y testimonios rubricados y registros gráficos, caligráficos y fotográficos de un hecho que ya salía de sus cauces privados para tornarse cosa de interés público. Es decir *res publica*. Cuando uno ni soñaba con las homonimias ni con las asociaciones y la palabra cuernos apenas suscitaba en nosotros la imagen de un antílope o un ciervo o un rinoceronte, esto dependiendo del grado de afinidad de cada cual con la caza o con la biología.

Creo no haberle sido infiel en general, si bien sospecho que me resultaría dificultoso catalogar algunos episodios particulares, sobre todo teniendo en cuenta lo que me costó siempre distinguir entre lo inductivo y lo deductivo o sea aquella cosa que nos venía desde Roger Bacon (¿o era Francis?) y Stuart Mill (¿o era James Stewart?), en fin es increíble el modo inmisericorde con que el tiempo deteriora las neuronas. Sobre todo las nuestras. He gozado de una excelente memoria, no vacilo en autocalificarme puesto que de adolescente disfrutaba en dejar boquiabiertos a amigos y agregados circunstan-

ciales memorizando largos listados de docenas y docenas de palabras sugeridas por los oyentes y dispararlas de adelante hacia atrás y de atrás hacia adelante saboreando los qué maravilla y los qué cabeza privilegiada. Lo relativamente atractivo del número, sumado a mi modestia (falsa pues no conocí otra) daba lugar a subidas especulaciones acerca de videncia, telepatía, premonición y todas esas cuestiones que hábilmente digitadas desembocaban en temas más truculentos, como la copa, la rabdomancia y la telekinesis. De ahí a terminar divagando acerca de casas embrujadas, muertos vivientes y casos de posesión demoníaca había un breve trecho que la experiencia salvaba sin que el auditorio se diera cuenta de la manipulación. Por eso es que volviendo al asunto de la fidelidad hoy creo que sería incapaz de asegurar cuáles hechos fueron reales y cuántos nacieron al calor de estas ingenuas charlas o al fresco de unos vasos de vino blanco bien *frappé*. No lo digo a modo de disculpa, pero bien conozco la insidiosa teoría de falsos idealistas que todo lo atribuyen al pensamiento y a la mente y según los cuales no solo es pecaminoso el acto sino asimismo la suposición, el deseo y la idea misma en estado puro. Digo que me siento culpable en la misma medida en que se sintieron culpables las víctimas de los inquisidores al cabo de las consabidas sesiones de azotes, vergajazos, torniquetes, ahogamientos, submarino y picana escuchando una y otra vez *ad libitum* el sonsonete “eres culpable porque creo que lo eres, porque sospecho que lo eres, porque deseo que lo seas, porque necesito que lo seas y porque decreto que lo fuiste”.

Soy sincero al confesar que ignoro en qué medida fueron reales los besos de aquella niña cuyos senos incipientes se encendían bajo mis dedos hambreados, o los gemidos de una novicia que se desmayó en mis brazos durante un retiro en la abadía benedictina de Victoria, o el amable acoso de alguna compañera de taller que agonizaba con las atrevidas estrofas de Verlaine y la exigente presión de mi sexo contra su pubis. Como no acierto al querer adivinar el grado

de irrealidad de una cabellera violácea que me sedujo en madrugadas de chat a la sombra de tálamos deshabitados o la esquiva voracidad de una pelirroja cuyos pezones imploraban piedad entre volutas de Parsifal y Saratoga. No creo que la realidad o la irrealidad de tales episodios sea gravosa ni atenuante de las figuras en sí mismas, de los hechos *per se* al margen de su eventual historicidad. Al menos si partimos del axioma de que el universo estuvo antes y en un principio en la mente de Dios. Pues temo que de persistir en lo recriminatorio y lo imputable, actos y deseos ecuménicos terminarían cargadas al cabo de la jornada a la paciente y abultada cuenta de nuestro creador. Visualizar las causas inmediatas es bastante más duro, puesto que se mezclan a lo largo de varias décadas lo ínfimo con lo trascendente y lo valioso con lo trivial, revuelto todo con lo que pensábamos, quisimos, imaginábamos, ofrecimos, negamos, dimos y quitamos. Mezcla de la cual sería necesario depurar perspectivas, distorsiones, sublimaciones, renuncias y voluntarismos. Para la primavera sería un buen ejercicio revisar desde el principio estas reflexiones dejando de lado los prejuicios y las categorizaciones *a priori*. No soy lo que se dice un sofista ni es mi especialidad hacer malabares con premisas y silogismos ni me seducen las teorías de hedonistas y epicúreos, pero me atrevería a cerrar esta si se quiere inocente confidencia con aquel añejo —valga la metáfora— apotegma de que bueno es el vino cuando el vino es bueno.

No solo los estímulos sensoriales agitan la redoma donde uno guarda las emociones y los afectos. Nunca he logrado precisar qué gestos desencadenan esa suerte de torbellinos que a veces no pasan de leves ondulaciones del fino polvo que se va depositando en el fondo pero esporádicamente alcanzan la magnitud de temibles erupciones de ansiedad, despecho o contrición. Todo lo que uno se ha empeñado en alisar y planchar para que permanezca en la oscuridad a salvo de sobresaltos se desordena de repente y en un rebrote perentorio un subconsciente adusto nos echa en cara por ejemplo el no

haber blanqueado ante nuestro mejor amigo algún flirteo con su mujer o nos recuerda aquel primer puesto en la fiesta de quinto grado conquistado a costa de delatar el plagio del compañero de banco. La composición del magma suele variar. La condolencia que dimos sin convicción o aspirando con desvergüenza el aroma de la viudez, el amigo al que abandonamos por temor al contagio de la maledicencia, la alumna con la cual nos enredamos en elucubraciones marginales o alguna secretaria a quien acosamos sin elegancia. Otro amigo a quien hace meses no llamamos para interesarnos por su salud o los miserables que dejamos ir de nuestra puerta sin el consuelo de una palabra solidaria. Me reconvengo en estos casos y me hago el firme propósito —para la primavera— de repasar a consciencia esta dolorosa lista y enmendar lo que esté a tiempo de enmendar, aun al precio de una humillación o la tardía disculpa.

Temo haber ido posponiendo demasiados proyectos para esta próxima primavera. Hasta me pareció escuchar detrás de mí una risita socarrona, idea totalmente insensata puesto que me encuentro solo y alejado de cualquier posible compañía y apenas alcanzo a recordar que es el último día del invierno y tal vez ella o algún amigo se acerquen a dejar unas flores y las lágrimas inevitables porque un mes es insuficiente para asimilar ciertas situaciones que al igual que el buen vino requieren del tiempo y del reposo. ▪

El Talar / agosto 2004

Y la sangre era una savia enfurecida

Que el mundo y la vida suelen desenvolverse en tiempos para nada sincronizados con los de cada cual es una experiencia a la que se arriba habitualmente cuando todo lo que hubiera podido remediarse bajo otras circunstancias resulta ya irremediable. La cuestión no es acaso la columna ni la capilla. Ni siquiera el colegio o la ciudad. Todo eso tiene un lugar indudable en el orden de mis recuerdos. También sé cuánto de engañoso acarrean los sueños cuando asumen la forma de la memoria. Y que la memoria más consistente y confiable es aquella capaz de olvidar lo que el alma no soporta recordar. Muchas tardes y tantos anocheceres me he sumergido en los laberintos de la lógica aristotélica y las críticas kantianas hasta un punto de abstracción en que ya me resultaba imposible discernir entre lo pensado y el pensante. Entre el soñador y su sueño. Manteniendo a pesar de ello una clara convicción de transitar por terrenos si no vedados al menos ya explorados con vastedad por otras mentes por cierto muy superiores a la mía. Tránsito que intuía no tanto prohibido como peligroso, desde que adentrarse en un jardín de senderos que de modo permanente se bifurcan o en unos parques capaces de continuar en la mordedura del puñal implica el riesgo de cruzar unos límites cuya lenidad reside precisamente en lo indefinido y en lo ambiguo. Blandura en verdad mortífera, no menos que la apariencia ingenua de unas arenas movedizas o la voracidad insoportable de la ciénaga. Aunque en la calidad premonitoria de esos límites resida la casi ampulosa tentación. *Nullum crimen sine lege*.

Algunas veces la sombra se abraza al fuste de la última columna junto al baptisterio. Visión en sí misma que me transporta sin apelación a la imagen de un torso desnudo mapeado por la hidrografía ominosa del látigo y los costrones de sangre.

Aunque otras veces es la figura misma la que empuñando un cilicio en cada mano ejercita apoyada sobre un tronco las ceremonias de la autoflagelación. En cualquiera de estas situaciones me es imposible ver el rostro velado por la oscuridad y pegado a la columna o al árbol sacrificial. Si bien no necesito detalles para identificar al sujeto de la maniobra expiatoria. Su identidad puede variar de una a otra percepción. En el fondo se admite un secreto convenio acerca de los disfraces y los roles, pero no deja de ser una ficción interminable alrededor de metáforas unánimes y repetidos personajes. De suerte que un trasfondo casi ridículo de *déja vu* acompaña esas escenas sumiéndome en un estado entre la alucinación y la estupidez.

Con mi terapeuta hemos abordado desde infinitos planos el probable significado de la escena. Que ni siquiera era escena al comienzo, más bien una estampa holográfica suspendida en la oscuridad. Del sueño o de la noche o ambas cosas simultáneas. Pero estática. Sin otro signo de vida —de muerte— que el contrapunto entre la sangre reciente y la ya coagulada. Dolor, castigo, crueldad, sufrimiento, culpa y todos los posibles contenidos simbólicos son por lo menos insuficientes a la luz de la racionalidad. Aun puesta a salvo la necesaria reserva acerca de una racionalidad tan relativa como la validez de la terapia. He prestado mi consentimiento a regañadientes y sabiendo que nadie me ofrecería fórmulas matemáticas, porque la cuestión es bastante más compleja que sumar y restar.

Al comienzo del análisis hemos hablado —recuerdo— acerca de la similitud con un calidoscopio. Similitud primitiva si se quiere, pues llegado el caso no compartimos uno y el otro un mismo instrumento. Y media el riesgo seguro de que mientras el observador esgrime un calidoscopio cilíndrico con cuentecillas de mica y esquirlas de vidrios coloreados, el sujeto se maneje con un objeto troncopiramidal de ocho caras con cristales de amatista y gotas de mercurio. Algo tan loco acaso como un ciego que cantara en hebreo intentando entenderse con un sordo que escribe en chino.

Nos hemos reído con ganas la tarde en que surgiera aquella imagen tan acertada. Quizá la única oportunidad —por otra parte— en que he conseguido arrancar una expresión de humanidad de su rostro desabrido. La ciudad no me es desconocida. Acaso debido a esa circunstancia no explicable por la razón, que determina que quien recorre las calles de una ciudad recorre las calles de todas las ciudades del mundo. Y porque quien pretende describir su aldea acabará plasmando el universo o porque ya no queda nada por descubrir bajo las estrellas.

Como en tantas otras hay en esa ciudad esa calle larga y en la larga calle la puerta de un internado. Es probable que de no mediar la existencia de un emblema de las Escuelas Pías trabajado en la mampostería por encima del dintel, podría tratarse de la puerta de cualquier internado del más imprevisible país. Pensar entonces en los padres escolapios y en el patio del bachillerato que da a otro patio al cabo del cual se accede finalmente a una capilla que tiene otra puerta sobre una calle paralela tal vez no sea un devaneo de la imaginación sino el ejercicio de una memoria que quiere y al mismo tiempo se niega a recordar. Entonces no capilla no columna allí atrás cerca del baptisterio ni sombra de mi padre arropado por las otras sombras. Por qué piensa que es su padre. Pregunta inevitable de un terapeuta inevitable. Y saber de repente que no hay respuesta porque decir me parece o lo supongo no es más razonable y equilibrado que afirmar que resulta de convocarlo con ayuda de cualquier fórmula imprecisa facilitada por un impreciso viajero de mis pesadillas. A pesar de que la memoria propia, que suele ser como casi todo el mundo sabe la más falaz, apunta que en efecto se trata de mi padre. Testimonio no emanado de mí mismo porque me hallo absorto en otros aspectos del acto misterioso que allí se lleva a cabo, sino de allegados a la familia que conocen las circunstancias del noviazgo, compromiso, matrimonio y divorcio de mis padres. Y en todo caso no me preocupa lo fidedigno de estos testimonios sino el pensamiento de qué hubiera lle-

gado a hacer en el caso de que me decidiera por hacer algo, si me hubiera atrevido a distraer mi atención, ferozmente ceñida a las maniobras y palabras del sacerdote que nos está casando para fijarla en la oscuridad del fondo cerca del baptisterio.

Conocida entonces la ciudad en cuestión y debidamente identificada la calle y el frente del colegio en el que se levanta la capilla en cuyo altar uno de los padres escolapios de mi promoción lee párrafos alusivos mientras bendice unos anillos y al fondo de la cual una sombra apenas perceptible en la sombra generalizada se esconde detrás de una columna cerca de la pila bautismal, cabe determinar no lo que hubiera ocurrido hasta llegar este momento, sino sobre todo, lo que hubiera podido llegar a ocurrir o mejor dicho lo que hubiera debido ocurrir para que allí no sucediera lo que estaba recordando. Tarea ímproba de no mediar los aportes conjeturales de aquellos testigos por un lado y el sucesivo y ordenado acto de seleccionar y desechar posibilidades en pro de arribar si no a la alternativa más plausible sí a la menos alejada de la circunspección de la ceremonia que me involucra. Según agregaré con el correr de los años, a mi pesar. Aunque para adquirir el pretendido conocimiento probablemente no queda otro camino que integrar los testimonios atendibles a los escasos documentos escritos acerca de la cuestión y a los medidos comentarios y poco confiables recuerdos del sujeto o al menos lo que él voluntariamente tuviere por tales.

Esta criatura muere por la fe. Sentencia de dificultosa apelación que mi tío materno gusta pronunciar en público, como subrayando que el sujeto —formalmente aún no lo era— merece la hoguera como castigo por reales o virtuales malandanzas y conductas inapropiadas y que la familia, en un gesto ejemplar de austeridad y espartanas dotes, está dispuesta a entregar al reo con espíritu no menos piadoso que el que moviera a Abraham a ofrecer en sacrificio a su primogénito. Cuando la ocasión lo demanda, tío Pepe remata la sublime parábola trayendo a colación la total equivalencia de ambas o-

frendas con la propia muerte de Cristo permitida por su padre de los cielos, estableciendo así una cadena de causalidades que coloca a la familia como inobjetable tercer término de una ecuación que solo un imbécil o un anarquista se atreverían a refutar.

Es evidente que en ningún momento hubo necesidad de llevar a cabo la ordalía, pues en tal caso no hubiera tenido lugar el episodio de la columna ni el acontecimiento de los anillos.

Lo que sí queda muy claro es la condición díscola y desacatada del sujeto, al menos según pautas que por lo visto la familia tenía por divina ley. Conviene apuntar asimismo que el clan familiar propuso con pretensiones de imposición varias candidatas que cubrían con mayor mérito las expectativas dinásticas y los reiterados desaires del sujeto en cada caso pusieron a la vista su publicitada pertinacia. No es posible formular opinión acerca de esta cuestión dada la falta de fotografías y documentos que faciliten un juicio objetivo.

Aquí pues en este mismo lugar y espacio temporal él —es decir yo— ella, un padre escolapio, un facistol con los sagrados libros junto a los demás instrumentos del rito, el incienso y el humo y el olor de la nube y el turiferario absorto, arriba Palestrina en un atril del sochantre y en la garganta de los *carissimi figli* y en la laringe tubular del órgano *Señor tú eres mi Camino y mi Luz*. La capilla no se diferencia para nada de las tantas similares capillas escolares en las cuales las comunidades religiosas pretenden —inútilmente casi siempre— morigerar el plus de energía física y espiritual de los educandos, sobre todo antes de comenzar el día lectivo. En realidad, cualquier regente o prefecto de disciplina sabe que el intento es perfectamente baldío, no menos que si se pretendiera desfogar una tropilla de potros orejanos bajo los acordes sublimes del *Ave Verum* o un *Stabat Mater*. En el mejor de los casos, la media hora de misa diaria no pasa de una pulseada entre pupilos y vigilantes cuyos resultados son difíciles de homologar, dada la disparidad numérica y el largo —

y penoso— entrenamiento de las díscolas ovejas en el arte del disimulo, la impostación, la mímica y la ventriloquía. La ornamentación y el mobiliario son necesariamente rústicos y aptos para sobrevivir a generaciones de escolares que a despecho de las miradas escrutadoras se las ingenian para dejar la huella de rayones, raspaduras, salivazos y pegotes de goma de mascar en bancos, paredes y columnas.

De esas columnas conserva el sujeto un recuerdo detallado o al menos la apariencia de un recuerdo detallado, si bien de una a otra evocación varía la idea de materiales y tonalidades, bajo la influencia no controlada de otras imágenes vinculadas a su primera comunión. Así a veces describe unas columnas de travertino romano de basa alta y capitel muy elaborado —posiblemente románico— y en otras ocasiones habla de unas columnas toscanas estucadas en una tonalidad rojo Bilbao. Se presume que estas sean las verdaderas.

Después el cuadro cambia y de una boda / el grupo alegre desde aquí contemplo. Alguien —yo quizás— se distrae en la hilación de sus pensamientos que más que pensamientos parecen un desacompasado divague, para poner en un primer plano de una memoria (tal vez la mía misma) los versos truculentos de Joaquín Castellanos. Único antecedente que recuerdo de un sujeto que sin terapeuta de por medio pero bien asistido por su botellón de vino tinto ha logrado disparar en una sola andanada pasado presente y futuro de una biografía iniciada como la de casi todo el mundo desde una mesa de obstetricia y concluida con un degradée de mal a peor en una mesa de taberna no al borde sino en el epicentro mismo de una cirrosis terminal.

Lo grave —o si se quiere divertido— de la cuestión, es que los puntos de vista han cambiado, se han trastocado, se han disparatado. Inútil buscar con la mirada en el punto preciso del horizonte la cruz del sur, porque las constelaciones han rotado primero en sentido horario, al mismo tiempo siguiendo un eje imaginario —aunque eficaz— orientado según uno de los infinitos diámetros del ecuador

celeste para volver en el final boca abajo de tal modo que quien estuviera acodado sobre la borda de una metafórica embarcación estaría largando en este preciso instante por su boca caldos y minestrones engullidos y regurgitados desde el día en que lo parieron.

Cabe pensar que el laborioso trabajo de parto (por seguir una de las metáforas predilectas del terapeuta) se haya disparado al nombrar al padre, o por alguna asociación más sutil cuyos vínculos habría que interpretar. Me parece —esto lo agrego yo— que en un momento determinado del análisis se han intercambiado los roles. Esto no sería atribuible a una trasferencia normal, puesto que no solo el sujeto asume la personalidad del terapeuta sino que el terapeuta asume además la del sujeto. Estas anotaciones y lo que sigue debieran ser evaluadas teniendo en cuenta la dificultad para identificar al hablante. Como si de pronto se anulara la profundidad de campo y toda la escena fuera un enorme primer plano. *Close up*. Lo pienso y de inmediato veo frente a mi cara la cara de Cortázar observándome a través de una lupa gigante. Pienso no sé si Julio me ve como un gigante o como un axolotl. En verdad lo que aprecio es un rostro deformado por el sufrimiento y con manchas de sangre. Por qué se le ocurre que sea sangre. Pregunta en off supongo que del terapeuta, aunque dada la ambigüedad de roles y la dificultad para ir identificando a los emisores (me) resulta imposible asegurar si lo pregunta el quía, el sacerdote, mi padre o el sujeto. No es una dificultad menor. Si el coloquio no trascurre en un orden razonable, ya sea de derecha a izquierda o viceversa pero siguiendo un modelo previsible, la trama de la cosa terminará deshilachándose como esas alfombras viejas derrotadas por el uso. Me abrazo al fuste de la columna y veo la figura alta de mi padre junto al altar. Todos dicen que nos parecemos (¿quién a quién?). El *close up* es delicado porque la proximidad te marca las arrugas los granitos las patas de gallo la piel de naranja. Pero sobre todo te marca grados de mentira y de verdad que en cuanto te metés adentro de la piel y empezás a perforar se pueden

llegar a convertir en grados de mentira y de más mentira. Hasta dónde sea posible perforar sin lesionar los órganos vitales es imposible de saber. Tenés que ir tanteando tipo jueguito de acierto y error. Solo que si ganás te dan un par de repasadores o un reloj despertador pero si perdés fuiste. *Game over* y entran a sonar las alarmas y las sirenas y las chicharras y el gran dedo te señala y te empuja contra una pared muy dura y empieza a deshacerte como vos hacías con las chinches y las pulgas dejando solamente un reguero de sangre y baba además del olor tan desagradable de las chinches aplastadas. Y uno es esa chinche insignificante que el gran dedo disgrega y pulveriza con indiferencia porque para el dedo una chinche es solo una chinche. Un bichito roto chinche poroto. Una especie de gliptodonte enano chinche gusano. Y al rato queda apenas el rastro del combate las heridas la sangre seca el olor a la muerte y ahora yo abrazado a la columna con la espalda lacerada y la sangre seca es una huella dolorosa que me arde porque seguramente me echaron sal encima pero no, es el sacerdote recordando el pasaje del Génesis diciéndole a mi padre con el sudor de tu frente ganarás el pan y el gran dedo litúrgico que amenaza y amenaza. Es en ese momento cuando entran los pretorianos y lo sacan arrastrando para amarrarlo a la columna y el verdugo repasa *æquo animo* su gato de siete colas sumergiendo las puntas de plomo en salitre derretido al fuego para que cauterice las heridas a medida que castiga.

El fuste de la columna palpita como algo vivo. La piel del estucado se opaca y resquebraja adquiriendo consistencia de corteza. El capitel se hincha y cada tallo cada pecíolo cada ramilla se hidratan virando del rojo sangre bilbaíno a un verde obsceno que se escurre fuera del ábaco reptando cielo arriba desde el pie de los arcos hacia las claves superiores. Las serpientes vegetales ondulan según van engrosando y echando hojas que el calor y las nubes de incienso hacen parpadear. Algunas envuelven el torso abrazado aún al tronco y amarran con firmeza las piernas y los brazos.

En el silencio vibran el borboteo de la savia enfurecida y los versos *Fac me vere tecum flere / crucifixo condolere / donec ego vixero*. Ahora él dice por qué no hablamos un poco de su padre.

Creo que esto lo propongo en un momento en que el sujeto permanece entredormido y parece haberse aislado en su mutismo habitual. Lo poco que sé acerca de mi padre ya lo hemos hablado muchas veces. Respuesta que tanto podría ser de él como mía, aunque por la expresión posesiva acepto en primera instancia que la propuesta es mía y la respuesta ha sido suya. Ya sabe que jamás llegamos a nada que sirva para algo por ese camino. Aquí no hay atribución posible. No solo se observa el intercambio de roles sino que interactúan tomando y desechando cada cual la personalidad del otro sin responder a una matriz lógica. Aunque continúan expresándose como sujetos en singular, es dable esperar en cualquier momento la aparición de un plural mayestático que terminaría de confundir por completo las identidades de emisión y recepción. No creo que lleguemos al extremo de hablar uno por los dos —o por los tres— pero temo que se está produciendo una especie de fusión. Ignoro en qué pueda parar esto, pero es evidente que ya no se logra percibir quién es quién.

Mejor dicho, ya no hay nada que percibir al respecto. En la habitación hay una sola persona hablando con ademanes pausados delante de un espejo. ▮

El Talar / setiembre 2006

Posludio

He cometido el peor delito
que un hombre puede cometer: no fui feliz.

Jorge Luis Borges[11]

Me conmueven estos versos de Borges / ella dice
que soy tan egoísta y asimismo feliz a fuerza de hacer
siempre lo que quiero / pero si junto a cada cual está
su circunstancia ¿a quién —entonces— pasarle la factura?

....

Entretanto al margen de la propia historia / a despecho
de ataduras suicidios y fornicaciones / soslayando
el cansancio los pies hinchados y la dentadura diestra
del centauro / también amo perseguir coleópteros
y libélulas bajo la sombra húmeda de las casuarinas
dejándome tentar por el idioma críptico de la pava
de monte y las chicharras (o por la seducción del agua
haciéndole canciones al jazmín del país y al limonero)
disfruto entonces del cosquilleo de huesos y cangrejos
tejiendo expectativas y recuerdos sobre mi propia
urdimbre de silencios / es cierto —pues—
que a veces soy feliz. A pesar de ella. ▮

[*Confidencias* (fragmento), La Cautiva / abril de 1988].

---

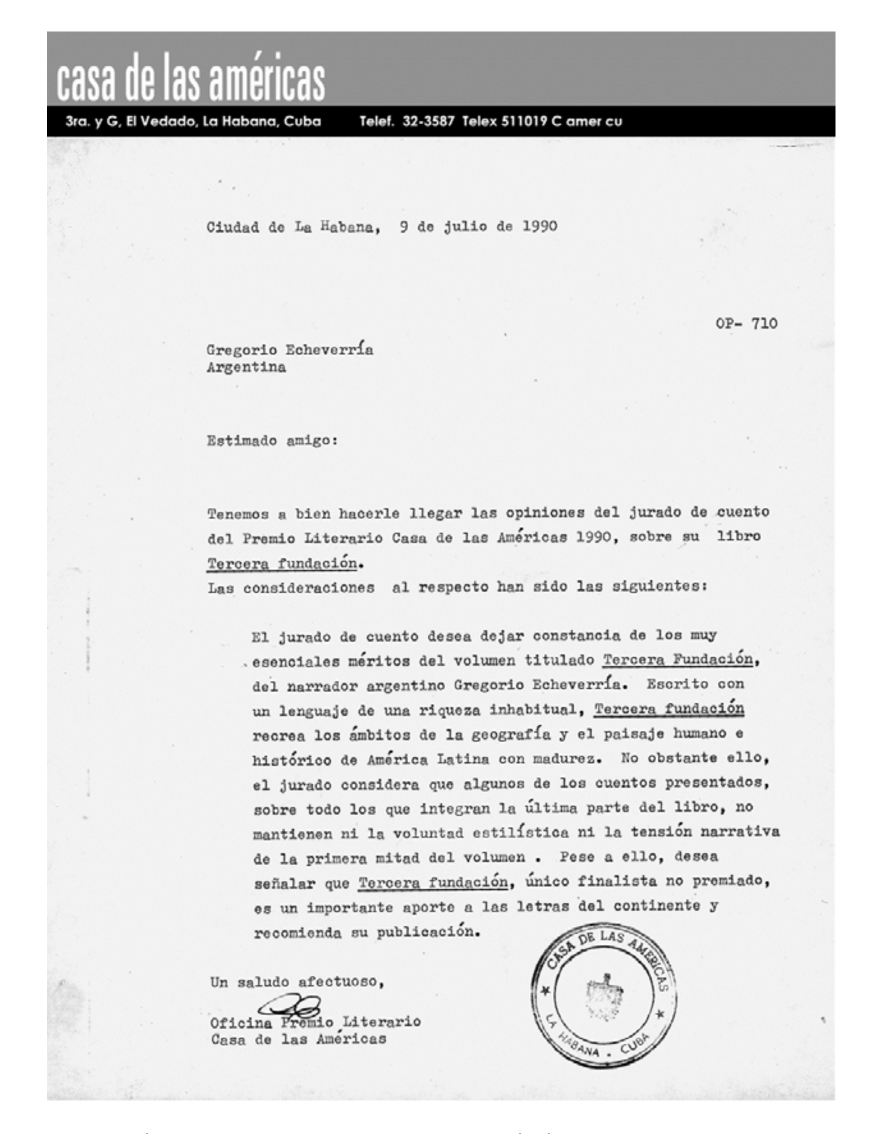
11 Esta atribución ha sido ratificada tantas veces como desmentida. María Kodama la da por apócrifa.



San Fernando, viernes 10 de enero 2014. Plenario (falta Rodrigo) del Taller de l(a)raña, en casa de Marina, para festejar la publicación de *Mala estrella*. Cristina González, Marina Raña, Patricia Rivera y Jesica Frías, junto al autor.

Apéndice

Apéndice 1 / Casa de las Américas 1990.



casa de las américas
3ra. y G, El Vedado, La Habana, Cuba Telef. 32-3587 Telex 511019 C amer cu

Ciudad de La Habana, 9 de julio de 1990

OP- 710

Gregorio Echeverría
Argentina

Estimado amigo:

Tenemos a bien hacerle llegar las opiniones del jurado de cuento del Premio Literario Casa de las Américas 1990, sobre su libro Tercera fundación.
Las consideraciones al respecto han sido las siguientes:

El jurado de cuento desea dejar constancia de los muy esenciales méritos del volumen titulado Tercera Fundación, del narrador argentino Gregorio Echeverría. Escrito con un lenguaje de una riqueza inhabitual, Tercera fundación recrea los ámbitos de la geografía y el paisaje humano e histórico de América Latina con madurez. No obstante ello, el jurado considera que algunos de los cuentos presentados, sobre todo los que integran la última parte del libro, no mantienen ni la voluntad estilística ni la tensión narrativa de la primera mitad del volumen . Pese a ello, desea señalar que Tercera fundación, único finalista no premiado, es un importante aporte a las letras del continente y recomienda su publicación.

Un saludo afectuoso,

Oficina Premio Literario
Casa de las Américas

CASA DE LAS AMÉRICAS · LA HABANA · CUBA

Recomendación del Jurado: "… señalar que *Tercera fundación*, único finalista (no premiado), es un importante aporte a las letras del continente y recomienda su publicación." La Habana, Cuba, 9 de julio de 1990. Ese mismo año, la revista "Casa de las Américas" publica en su número 180 el cuento *Bajo la noche indiana*, que integra el libro *Tercera fundación*.

Apéndice 2 / Homenaje en el Municipio de Tigre, mayo de 2006.



MUNICIPALIDAD DE TIGRE

Progreso en acción

La Delegación Municipal de Ricardo Rojas invita a Ud. y familia al concierto que ofrecerá la Banda Sinfónica de Ciegos, organismo dependiente de la Secretaría de Cultura de la Nación, el sábado 27 de mayo de 2006 a las 18:00 en la Sociedad de Fomento de Ricardo Rojas.
Durante el acto se rendirá homenaje al escritor Gregorio Echeverría, vecino de Ricardo Rojas, por su valioso aporte a la literatura nacional.

Sábado 27 de mayo - 18:00 *Australia 2562 - Ricardo Rojas*

Invitación al acto, iniciado con un concierto a cargo de la Sinfónica Nacional de Ciegos. Abajo, el concejal municipal Héctor Cagnin hace entrega al autor de una bandeja recordatoria.





El saludo del delegado municipal Daniel Macri, actual concejal y presidente de CD de la Biblioteca Popular Ricardo Rojas. Abajo, una vista parcial del público presente.





Cons l ctor Cagnin



Delegado R. Rojas Macri

BANDA SINFÓNICA DE CIEGOS

El sábado 27 de mayo, se presentó la **Banda Sinfónica de Ciegos**, organismo que depende de la Secretaría de Cultura de la Nación, en la **Sociedad de Fomento Ricardo Rojas**, con entrada libre y gratuita.

Durante el concierto se efectuó un homenaje al escritor Gregorio Echeverría, vecino de esta localidad que mas allá de su larga trayectoria, en los últimos meses recibió importantes premios en concursos nacionales e internacionales.

La actividad fue organizada por la Coordinación Cultural de la Delegación Municipal de Ricardo Rojas.





Agradeciendo la distinción, el escritor Gregorio Echeverría decía:

Queridos vecinos. Es una emoción muy especial estar aquí con ustedes y con los profesores músicos de la Banda Sinfónica. Debo confesar que es la primera vez en mi vida que me encuentro con este tipo de reconocimiento. Pero no quisiera que a partir de ahora los guías de Turismo me muestren como "ese viejito de 71 años que escribe" sino como un ejemplo de una persona que ha tenido que competir con 200 ó 300 millones de hispanohablantes para demostrar que es posible ocupar un lugar en la literatura contemporánea.

Me parece valioso señalar que he recibido el año pasado el Primer Premio Especial en el XV Certamen Internacional de Cuento "Tiflos" y este año el Primer Premio Especial en el XIX Certamen Internacional de Poesía "Tiflos" convocados por la Organización Nacional de Ciegos de España y otorgados a escritores con discapacidad visual.

Lo que le pido al Intendente, a las autoridades del Municipio, es que tengan en cuenta a los cientos de escritores, de músicos, de escultores y plásticos que conforman nuestro formidable capital humano creativo. Y que piensen en la manera de darles una mano, no como reconocimiento sino la primera mano para dar los pasos iniciales. Personalmente, con más de veinte libros escritos, no he logrado todavía una sola edición.

Y no quiero despedirme sin referirme a la terrible injuria inferida por esa Secretaría de Cultura de La Nación a esta magnífica Banda Sinfónica de Ciegos, a partir del mal soñado -o mal intencionado- decreto de enero de este año.



Formulo votos para que se corrija la inequidad y este cuerpo siga siendo ejemplo y orgullo de nuestra política cultural.

Cobertura periodística de El Talar Noticias, Nº 80, mayo de 2006.

Apéndice 3 / Premio de Narrativa de ficción "Ciudad de Rosario" 2006.

Página|12

Los libros premiados por la Editorial Municipal / Se trata de *Hombres que no entienden nada* de Jorge Barroso, *Tercera fundación* de Gregorio Echeverría, *Notas en un diario* de Osvaldo Aguirre y *Un tiempo ayer ceniza* de Cadús y Toscanini.

Pasado mañana, desde las 19:30, en el Túnel 4 del Centro Cultural Parque de España se llevará a cabo la presentación de las obras seleccionadas en la primera edición del Premio de Relato Ciudad de Rosario, que el año pasado organizara la Editorial Municipal. Divididos en las categorías de ficción y no ficción -para la primera el jurado estuvo conformado por Patricia Suárez, Analía Capdevila y Enrique Butti, mientras que en no ficción los responsables de la selección fueron Nora Catelli, Daniel Briguet y Emerio Agretti-, los textos ganadores son *Hombres que no entienden nada* de Jorge Barroso, *Tercera fundación* de Gregorio Echeverría (primero y segundo en ficción), *Notas en un diario* de Osvaldo Aguirre y *Un tiempo ayer ceniza* de Jorge Cadús y Facundo Toscanini (primero y segundo en no ficción).

Ubicado por los jurados "dentro de la tradición del policial negro", con *Hombres que no entienden nada* Jorge Barroso logra "la agilidad narrativa del videogame y la precisión del comic, sin perder por un momento la potencia clásica del género". En su novela el autor relata la historia de Trompo, un especialista en "seguimientos" que sin embargo no alcanza el rango de detective privado. Admirador de las historias del Corto Maltés, Trompo transita por la ciudad en búsqueda de casos, convirtiéndose por momentos en un perseguido, más que en un perseguidor. En medio de sus encuentros y escapes aparecen personajes y tramas destacados como "inolvidables". Oriundo de Rufino, Barroso obtuvo el título de arquitecto en la Universidad Nacional de Rosario. Aficionado al comic y al dibujo, colaboró con revistas literarias locales, para luego desarrollar la escritura de guiones para historietas, que se convertirían más tarde en relatos. Coordinador de un taller de cuento desde 2004, *Hombres que no entienden nada* es su primer libro publicado.

Con una mayor producción pero igualmente debutante en el terreno de las publicaciones, Gregorio Echeverría nació en Rosario en 1935, y tiene un vínculo estrecho con la literatura, a partir de la creación de una treintena de obras en novela, poesía, cuento y ensayo, con los que obtuvo numerosos premios nacionales e internacionales, entre ellos el Alcides Greca 1978 de la provincia de Santa Fe y el Internacional de Poesía Ciudad de Zaragoza 2006. En *Tercera Fundación* Echeverría apela a un "cierto anacronismo necesario y provechoso, deudor de las formas de la epopeya y del imaginario de la utopía, recorre los argumentos y el lenguaje de *Tercera fundación*".

De su obra, se distingue además que "los relatos producen la invención de un habla y un mundo cuyas consecuencias históricas y literarias son sorprendentes; porque aunque abrevan en un notable trabajo de arqueología lingüística, en el uso de neologismos, e incluso en la mezcla dialectal (el español dominante, pero también las lenguas indígenas de América), logran una amalgama ficcional nítida para volver a contar, lejos de las durezas pedagógicas, los destinos de la conquista y la colonización. Gregorio Echeverría crea un coro de voces verosímiles y vigorosas en su arcaísmo que, decididas a contar su historia individual, ofrecen una versión más acabada de la historia colectiva". ▮

....

Rosario|12, miércoles 14 de marzo de 2007.

Gregorio Echeverría
Un hoy que no se olvida de su ayer



El viernes 16 de marzo la Editorial Municipal de Rosario presentó en el Complejo Cultural de Parque de España el libro de Gregorio Echeverría titulado Tercera fundación, ganador del segundo premio de Narrativa de ficción "Ciudad de Rosario 2006". El Talar Noticias estuvo presente en el acto, en el Túnel 4 de la antigua estructura del FFCC Rosario Central que unía la estación ferroviaria con el puerto y pudimos conversar con el autor.

TN: ¿Qué significa para Gregorio Echeverría vecino de El Talar, este premio literario en Rosario?

GE: Que uno no puede dejar de lado sus raíces. Aunque las mías anden un poco desparramadas. Nací en Rosario, cerca de la cancha de Ñuls, por eso me pueden todas las camisetas rojinegras. A los 15 años me fui a Santa Fe, a estudiar Ingeniería Química. En los '60, ya casado y con mis tres hijos santafesinos, nos vinimos a la provincia de Buenos Aires escapando de la malaria, en busca de mejor horizonte laboral.

ET: ¿Cómo ingeniero?

GE: La carrera la abandoné en quinto año, al darme cuenta de que iba a terminar siendo un obrero de lujo. Arranqué con el Diseño Gráfico, que me permitió imaginar, crear, volar y soñar. Aunque varias veces tuve que tirarla toalla y recaer en la industria.

ET: ¿Como obrero de lujo?

GE: Pude darme el lujo de trabajar como técnico, siempre en el ámbito automotriz, cuando muchos colegas anduvieron manejando taxis o se fueron del país.

ET: ¿Qué era para vos sentirte un obrero de lujo?

GE: Era tener consciencia de haber asimilado una enormidad de conocimientos técnicos que jamás llegaría a aplicar.
Mis compañeros, a medida que egresaban, iban a parar a las grandes plantas multinacionales. Se pasaban la vida sentados frente a enormes consolas de control, vigilando lucecitas de colores y apretando botones cuando la verde se ponía amarilla o cuando la amarilla se ponía roja. Ganando mucha plata.

ET: ¿Y como diseñador gráfico?

GE: Como diseñador gráfico fui dueño de mi tiempo, con menos plata pero con mucha más libertad.

ET: ¿Qué hiciste con esa libertad?

GE: Sobre todo disfrutarla. Me enganché en un taller literario. Empecé a escribir en serio. A leer mucho. A gozar de la música. Y a estar más cerca de mi familia, aunque siempre pareciera vivir ausente.



ET: ¿Cuándo empezaste a escribir?

GE: Mis primeras colaboraciones fueron para la revista Vida Escolar, en 1954. Y la primera distinción la obtuve en el Premio Mateo Booz de narrativa, en 1966.

ET: Más de 50 años en literatura. ¿Cuál sería el resumen hoy?

GE: En números, unos treinta libros escritos, entre novela, cuento, poesía y ensayo. Casi un centenar de premios, en el país, EEUU, Méjico y España. Varios textos publicados, de los premiados en España. Y mi primer libro editado, *Tercera fundación*. Un vasto programa de trabajo por delante, sobre todo la preocupación de asegurar de alguna manera la vigencia de mi obra, antes de hacer las valijas. ◊

El Talar Noticias, edición digital, lunes 19 de marzo 2007.



Clarín / Revista Eñe 10.3.2007

RELATOS Y TESTIMONIOS A ORILLAS DEL PARANA

Editan a autores de Rosario

Siempre con la idea de difundir la cultura local santafesina, la editorial municipal de Rosario está publicando los textos ganadores del reciente Concurso Literario Ciudad de Rosario 2006. En la categoría relato de ficción, se editó **Hombres que no entienden nada** de Jorge Barroso y **Tercera fundación**, de Gregorio Echeverría, ganadores del primero y segundo premio, respectivamente. En la categoría relato de no ficción, se publicó **Notas en un diario** de Osvaldo Aguirre –ganador del primer premio– y **Un tiempo ayer ceniza: historias de la dictadura en el sur de la provincia de Santa Fe**, de Jorge Cadús y Facundo Toscanini.

UN NUEVO MANUAL DEL INSTITUTO CERVANTES

Es la hora de escribir

AQUELLAS NOVELAS PORTEÑAS DE 1914

El regreso de Soiza Reilly

La radio y las novelas de quiosco hicieron ... tor y periodista Juan José de Soiz... (1879-1959) un personaje clave en el Bue...

Clarín|Revista Eñe, 10 de marzo 2007.

La Capital | Señales

Domingo, 06 de mayo de 2012 01:00

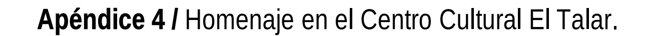
Los segundos son buenos

(Por Osvaldo Aguirre / La Capital). _ Los concursos literarios suponen reconocimientos que pueden resultar equívocos. No siempre las obras más logradas son las que ganan el primer premio.

....

Los nuevos narradores de Rosario se revelaron también en los segundos premios: Federico Ferroggiaro, en el concurso ciudad de Rosario (2008), con “La pierna, el juego (y otros canjes)”, que publicó con el título más atinado de *El pintor de delirios* (2008) y Amanda Poliester, en el último Musto de novela (2010) con *Patas de rana*. E incluso los autores tapados: *Tercera fundación*, de Gregorio Echeverría, permitió conocer a un autor sorprendente, con una obra vasta y prácticamente inédita (2006). En los concursos literarios, no siempre gana el que recibe el primer premio”.

[http://www.lacapital.com.ar/ed_senales/2012/5/edicion_173/contenidos/noticia_5021.html]



Apéndice 4 / Homenaje en el Centro Cultural El Talar.

La señora Amalia López, presidenta del Centro Cultural El Talar, hace entrega de un diploma de reconocimiento, durante el acto de premiación del certamen literario Leopoldo Lugones, en el cual el autor participara como jurado.



MUNICIPALIDAD DE TIGRE

5° CONCURSO DE LITERATURA
LEOPOLDO LUGONES

Centro Cultural El Talar

Declarado de Interés Municipal – Decreto 911/06

Dentro del marco de este evento, se le otorga al escritor

Gregorio Echeverría

el presente Diploma como reconocimiento de su obra artística distinguida tanto en nuestro País como en el exterior, siendo además un "gran colaborador" de la Biblioteca Popular y Centro Cultural El Talar

Amalia López
Presidente Biblioteca Popular
y Centro Cultural El Talar

El Talar, 23 de Junio de 2006

Edgardo Escauriza
Director Gral. de Cultura de Tigre

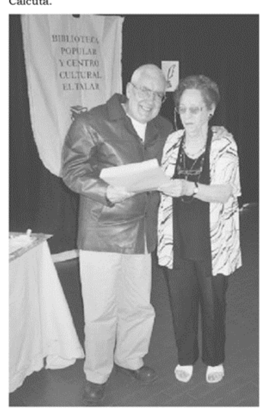
Arriba: el diploma entregado al autor. Abajo: nota gráfica en El Talar Noticias Nº 86, noviembre 2006.

NOVIEMBRE DE 2006 N° 86 · El Talar Noticias · Año VIII - Fundado en 1997

CULTURA

GREGORIO ECHEVERRÍA
ESCRITOR, POETA Y AMIGO

La Biblioteca Popular y Centro Cultural El Talar, felicita al Sr. Gregorio Echeverría, Escritor, Poeta, Amigo y gran colaborador de nuestra Institución, por el Premio recibido recientemente en el 7mo. Concurso Nacional de Poesía Madre Teresa de Calcuta.



1° Concurso de Poesía
"Alfonsina Storni"

El pasado viernes 3 de Noviembre, en el Salón de la Biblioteca Popular y Centro Cultural El Talar, se hizo entrega de los Premios del Concurso de Poesía "Alfonsina Storni", 1° edición.
El destacado Jurado estuvo integrado por la Sra. Aida Gottardi de Bellomo (docente, ex Directora), la Srta. María Gimena Crena (Licenciada en Letras) y el Sr. Gregorio Echeverría (escritor galardonado tanto en nuestro país como en el exterior).
Las obras recibidas corresponden a autores provenientes de las distintas localidades del Partido de Tigre, como también de San Isidro, Castelli e Ituzaingo.

Felicitamos a cada uno de los participantes, y agradecemos la participación ad honorem del Honorable Jurado.



Apéndice 5 / Premio Municipal de Poesía de Rosario “Felipe Aldana” 2007.



Gregorio Echeverría gana el Primer premio del Certamen Municipal de Poesía “Felipe Aldana” de la ciudad de Rosario, con un volumen titulado *Miseria blues.*

Este premio bienal se convoca entre autores nacidos o residentes en la ciudad de Rosario desde el año 1996.

Se trata de un premio convocado por la Municipalidad de Rosario a través de la Editorial Municipal, exclusivo para autores nacidos o residentes en esa ciudad de la provincia de Santa Fe.

Este año el Primer premio fue otorgado en forma compartida a ***Miseria blues***, de Gregorio Echeverría y a ***Cavidades del recreo***, de Fabricio Simeoni y Fernando Marquínez.
El jurado estuvo integrado por los escritores: Héctor Piccoli, Sergio Raimondi y Sergio Cueto.





Página|12

Rosario/12 CULTURA / ESPECTACULOS › EL “FELIPE ALDANA” YA TIENE A SUS DUEÑOS PARA ESTA EDICIÓN

Premios, libros y cuatro voces

Gregorio Echeverría, Fabricio Simeoni, Fernando Marquínez y Marcelo Rizzi; ganaron este año el premio municipal de poesía "Felipe Aldana". Sus trabajos no hacen más que dar cuenta de un amplio registro de búsquedas poéticas, algo que se manifiesta, en primera instancia, en las apuestas formales. El premio se presenta este viernes en Parque España.

Por Sonia Scarabelli

Este año, Gregorio Echeverría con su libro *Miseria blues*, y Fabricio Simeoni y Fernando Marquínez, coautores de *Cavidades del recreo*, se alzaron con el primer premio del concurso municipal de poesía “Felipe Aldana”. En tanto, el segundo puesto fue para Marcelo Rizzi, por *Casa incompleta*. Los tres libros no hacen más que dar cuenta de un amplio registro de búsquedas poéticas, algo que se manifiesta, en primera instancia, en las apuestas formales; sea al detenerse en la medida intensidad de los versos de Echeverría, en el torrente peculiarmente contrapuntístico que proponen Simeoni y Marquinez o en el lirismo más reposado y reflexivo de Rizzi.

Gregorio Echeverría (Rosario, 1935) es poeta, narrador, ensayista y diseñador gráfico. Su obra literaria cuenta con más de 30 títulos y ha sido premiada en Argentina, México, Cuba y España. En 2006 la EMR publicó su libro de relatos *Tercera fundación*. En los más de 60 poemas que integran *Miseria blues* es posible asistir al despliegue de una voz que se modula sin perder nunca su tonicidad rítmica. La tensión lírica opera, junto con una medida clásica y a la vez profundamente personal del verso, para que cada poema actúe como una breve totalidad, aguda y penetrante. El resultado es un canto tan elaborado como intenso, que puede avizorar “cada pluma anticipo del próximo gran vuelo / cada nervadura / articulando los sintagmas del verso inabordable”, en un momento de íntimo abandono; o volverse advertencia: “porque si el hambre es mansa o dócil acaba en hospitales / o almacenada en basurales sin cruces y sin lápidas”; o regresar a los lugares de la infancia, al punto tal de materializar la visión, como en “Caballos”: “entrecierro los ojos y aún me viene aquel olor medio de campo / medio de historia del oeste de los relinchos y la bosta”. ▮



CULTURA

LITERATURA EL FELIPE ALDANA YA TIENE A SUS DUEÑOS PARA ESTA EDICION

Premios, libros y cuatro voces

Gregorio Echeverría, Fabricio Simeoni, Fernando Marquínez y Marcelo Rizzi ganaron este año el Premio Municipal de Poesía Felipe Aldana. Sus trabajos no hacen más que dar cuenta de un amplio registro de búsquedas poéticas, algo que se manifiesta, en primera instancia, en las apuestas formales. El premio se presenta este viernes en el Parque de España.

lidad centrífuga del lenguaje; los poemas parecen estallar continuamente en sentidos que se disgregan, ya se trate de un trabajo de acumulación asociativa torrencial, que se produce tanto en el campo sonoro como en la sintaxis o el trabajo con las imágenes –"Nomenclatura", "Kimono colorado", "Otro plagio más"–, ya se trate de un trabajo de disección que conduce a un instancia casi molecular de lo observado, para crear una totalidad que no puede sentirse sino

Gregorio Echeverría y la dupla Marquínez-Simeoni.

Cavidades del recreo, *Miseria blues* y *Casa incompleta*

Rosario|12, miércoles 14 de noviembre de 2007.

La Capital [Señales] Rosario 30 de diciembre de 2007

La voz de una poesía beligerante

Diego Colombo

La poesía de Gregorio Echeverría parece responder a tres impulsos que dotan a sus textos de una incuestionable singularidad: el testimonial, el musical y el rememorativo. Por el primero, la obra traza un amplio arco temático impregnado de cierta atmósfera fabulosa, bajo la que se pintan inusuales frisos de época o se da cuenta de algunos hitos fechados. Lo político, como límite de la literatura, la inserta en una larga tradición poética nacional -que parecía debilitada en las décadas del ochenta y noventa según cierta prensa cultural-, a la que aún parecen adscribir muchos de los buenos poetas "jóvenes" de hoy. En este sentido, el epígrafe que introduce la obra y puede sorprender al lector más distraído ("Solo la ira de los pacíficos / salvará al mundo / de la indiferencia de los violentos"), junto con el poema inicial "Sin cruces y sin lápidas", se reconocen rápidamente en ella.



Ese mismo poema permite reconocer el impulso musical: una vocación de canto declarada entre más sutiles evocaciones de Whitman o de uno de sus discípulos norteamericanos con el término "aullido". Si frente a la dura realidad "urge tejer un grito", "un trueno", el ritmo sostenido de sus versos largos, las antítesis, los paralelismos, son recursos de una poesía devenida canción o, como se sugiere en el poema que da título al libro, de "un instrumento turbador". La falta de comas, pronunciadas sangrías en los versos pares, la utilización de la barra como signo de puntuación preponderante, dotan de una visibilidad característica al conjunto de la obra.

Puede el lector interesado recurrir a algunos de los poemas del libro colgados en la web desde tiempo atrás, como "Tanta prudencia innecesaria" o "Solo un quejido atroz", para advertir ciertos cambios producidos en ellos (en la puntuación, en el corte de versos y, por ende, en su encabalgamiento, en la supresión de algunas mayúsculas), que, sin afectar su selección lexical, han enriquecido su tratamiento sonoro. Él es el responsable sin duda de que algunos fragmentos tremendistas no se agoten rápidamente en el oído como golpes de efecto: "y los ayes inútiles que ni siquiera / llegan hasta la orilla o adivinar en el ambiente / oscuro los ventanucos enrejados y el hedor a orines / de las textiles clandestinas movidas con la sangre / desahuciada de una turba mostrenca / ojos opacos / y paladar desportillado" ("Reality show").

Bajo el impulso rememorativo, otra fuerza reconocible en los poemas, *Miseria blues* extraña algunos motivos del costumbrismo local (el colegio Normal 3, Pichincha, Parque Independencia, el Mercado Central, Barrio Parque) interfiriendo así los lugares comunes del reconocimiento. Los recuerdos "fluyen" como "sombras esquivas", "visiones engañosas" de un yo que no se puede reconocer frente a las imágenes reflejadas por su espejo-memoria.

Finalmente, la invención de un personaje, Amador, alter ego del yo poético que aparece en numerosos textos, parece ser uno de las modos en que un sujeto lírico puede erguirse en el siglo XXI: novelizado, esto es, exhibido en su naturaleza conjetural y dotado de profundidad narrativa. Su irrupción, con frecuencia en cláusulas adversativas o concesivas, suele resolver de manera reiterada la estructuración de los textos: tras un planteo inicial de ciertas imágenes, sentimientos o ideas, se sucede la reacción del personaje frente a ellas.



Amador sospecha, rememora, se pregunta, reflexiona, comprueba, desconfía, se intriga, advierte; él, que etimológicamente es el que ama, ejerce la negatividad del pensamiento, la puesta en entredicho.

Los otros, en esta poesía beligerante, son los que abundan en un mundo inarmónico y contradictorio. En un tono burlón, con expresión carnavalesca muchas veces, son señalados como los exégetas, regurgitadores de noticias, gerifaltes del imperio, artistas cotizados, tranquilizadores de conciencia, señoras gordas o administradores de consorcios. En un tiempo en que se abusa de la partícula "post" para denominar el mundo, ese aire socarrón advierte que la poesía puede ser un territorio en el que aún no se cumplió el fin de la historia.ll

Sin cruces y sin lápidas

El huracán es dócil o indomable
pero es viento / la lluvia es lluvia
torrencial o mansa pero es lluvia
y el hambre es hambre existencial
o hambre miserable / aunque
Amador sospecha que el hambre
y la miseria debieran ser alaridos
y puños indomables cabalgando
como proclamara Whitman
sobre los tejados de las ciudades
y del mundo / porque solo
el aullido universal es capaz
de galopar a lomo de los vientos
porque solo un alarido puede
contra la furia del torrente
porque si el hambre es mansa
o dócil acaba en hospitales
o almacenada en basurales
sin cruces y sin lápidas. ll

La Capital|Señales, 30 de diciembre de 2007.

Apéndice 6 / 7º Maratón Nacional de Lectura, setiembre 2009.

JARDÍN DE INFANTES Nº 932 DE TIGRE
Por fin ya esta todo dispuesto y preparado para dar comienzo a la Maratón de lectura. Las familias se acercan con sus hijos y las maestras del primer ciclo de la EPB Nº 55 con sus alumnos.



Hay mucha gente en el SUM y, para dar comienzo, nada mejor que apelar a palabras de Graciela Cabal. Hace un tiempo atrás ella escribió un artículo que se titula *El Derecho a ser Felices,* donde nos invita a reflexionar sobre las posibilidades que la lectura nos abre al mundo y de qué manera los libros y las lecturas diversas nos permiten desarrollarnos como personas y crecer como sociedad.



Todos escuchan con atención porque hoy será la primera vez que puedan conocer personalmente a un escritor. Si, hoy nos acompaña Gregorio Echeverría quien viene a trabajar con los chicos. ¡Que emoción!, todos tienen preguntas para hacerle. Los nenes de Sala Verde han confeccionado una serie de preguntas pero el interés de los más pequeños surge espontáneamente. ¿Nos puede contar sobre sus novias? ¿Cuántas novias tuvo? La respuesta no deja de sorprender. ….Ya tengo muchos años y no me acuerdo de todas ellas… pero sí de una que se llamaba… se llamaba… Ana María…. (Parte de la intervención de Marion Reusch, directora del Jardín).



Cubierta de un cuadernillo de actividades, editado por GE para este Maratón, en una tirada reducida solventada por la Delegación Municipal.

Apéndice 7 / Charla literaria en la Biblioteca Popular Mota Capdevila.

ABRIL DE 2010 - Nº 127 - El Talar noticias - Año XII - Fundado en 1998 - Página 3

Un abrazo de Biblioteca a Biblioteca

Una charla literaria del poeta Gregorio Echeverría estrecha en un abrazo fraterno a nuestra Biblioteca Popular López Camelo con la Biblioteca Popular Mota Capdevila de La Carlota, provincia de Córdoba.

El pasado martes 13 de abril, una invitación de la Secretaría de Cultura y Educación de esa localidad cordobesa facilitó el encuentro del escritor con un nutrido número de asistentes, que se dio cita en el local de la Biblioteca Popular Mota Capdevila.

Esta institución hermana funciona en un viejo local propiedad de la familia Cattani, frente a la antigua estación ferroviaria, hoy en receso. No obstante lo cual no faltan en La Carlota personas esperanzadas en verla convertida en un moderno Centro Cultural.

La tarde lluviosa no ofrecía buenas perspectivas para la concurrencia de público, pero a las 20:30 la sala se hallaba colmada y se empezaban a agregar sillas del área de computación, porque seguían llegando invitados, a los cuales se les iba entregando un tríptico con textos y una noticia biográfica del disertante.

Abrió el acto Ricardo Comelli, secretario de Cultura, haciendo un rápido esbozo del visitante. A continuación se hizo cargo de su presentación el poeta Ricardo San Esteban, persona muy querida y respetada por el vecindario de La Carlota, quien recordó las circunstancias en que ambos se habían conocido —de modo casual— en un tren que viajaba de Tigre a Retiro, hace alrededor de 25 años.

Gregorio Echeverría, ya en uso de la palabra, propuso un enfoque de cuatro escritores, desde el punto de vista del exilio y el destierro. Habló en primer lugar del poeta andaluz Rafael Alberti, exiliado en Buenos Aires durante 24 años junto con su esposa también poeta, María Teresa León. Ilustrando este tramo con el poema *Sueño del marinero*, del autor español, y el suyo *Romance marinero*.

Pasó luego a trazar un escorzo de Luis Alberto Quesada, nacido en Lomas de Zamora (BA) y radicado en España con sus padres en 1921 a los 2 años de edad. A los 16 lo sorprende el levantamiento fascista y se enrola en las filas republicanas, destacando por su valor y llegando a ser el Comisario Político más joven del ejército leal a la República. De él ofrece a la audiencia el poema *Dadme tierra de España*… y el de su autoría *No eran lágrimas*.



Gregorio Echeverría leyendo un texto, Ricardo Comelli, Secretario de Cultura y el poeta Ricardo San Esteban

Continúa con Lucio V. Mansilla, en homenaje a un escritor muy querido en el sur de Córdoba, donde Sarmiento lo nombra Coronel y Comandante de Fronteras en Río Cuarto, desde donde lleva a cabo la campaña que luego haría famosa en su libro *Una excursión a los indios ranqueles*. Publicada por entregas en el diario La Tribuna de Buenos Aires en 1870 y galardonada cinco años después con un premio del Congreso Geográfico Internacional de París. Subrayando el sentido de las sucesivas campañas al desierto, GE lee un texto propio titulado *Distorsión del hierro*.

Termina con la figura paradigmática de Rodolfo Walsh, esbozando su vida, detallando las circunstancias de su asesinato en la calle por fuerzas de tareas del Proceso y leyendo los dos últimos párrafos de su valerosa *Carta a la Junta Militar*, al cumplirse un año del golpe y un día antes de su propia muerte a manos de los sicarios de Videla. Como cierre recitó un poema propio fechado en 1990: *Estreno a sala vacía*.


Una vista parcial del público asistente.

La exposición mereció un cerrado y caluroso aplauso de toda la concurrencia. Siguió el agradecimiento del Secretario de Cultura, quien hizo entrega al orador de una plaqueta recordatoria. Amanda Pastrana puso por su parte en manos de la Presidente y Secretaria de la Biblioteca una bandeja enviada por la Biblioteca Popular López Camelo, como registro del evento. Finalmente, los anfitriones ofrecieron a todos los presentes un catering artesanal.

Vale la pena señalar que entre bloque y bloque, el escritor ofreció la palabra a los oyentes, suscitando cada vez un interesante intercambio de opiniones. ∎

Acaba de darse a conocer en los medios literarios españoles que la obra *Herbolario está triste*, presentada por nuestro asociado bajo el seudónimo de Gualterio Expósito, ha sido galardonada con un accésit, siendo destacada por el Jurado como "un relato bien urdido de larga imaginación".

Cabe señalar que el autor no adhiere a la práctica taurina, si bien reconoce su profunda raigambre en la cultura hispánica y sus antiguas raíces mitológicas.

La tauromaquia está presente a flor de piel en toda la obra de Miguel Hernández y Federico García Lorca, por citar solo dos autores cumbre. Su práctica -bajo diversas regulaciones- sobrevive en buena parte de Hispanoamérica, siendo hoy Ecuador y México sus abanderados. También se practica, con un protocolo más rural, en casi toda la Alta California.

GE había sido ya distinguido con un accésit en la convocatoria del I Certamen 2006, por el relato *Como una penitencia*, enviado bajo el seudónimo Grimaldo Ezcurra. Historia que se desarrolla precisamente en la periferia nororiental de San Francisco.

El texto premiado este año es un juego de intertextualidad con un guión de Salvador Díaz Sánchez para su videodocumental *Carmelo, Silverio y Nacho* editado en 2009.

Repasa las peripecias de los tres hermanos Pérez, desde el doble punto de vista de Ignacio (Nacho) y Herbolario, el toro con el que ha de lidiar. Todo a su vez proyectado en el trasfondo de los mitos del Laberinto de Creta y el Minotauro.

Los textos premiados serán editados, como en oportunidades anteriores, por la misma institución convocante. ∎

El Talar Noticias, año XII Nº 127 Abril de 2010, pág.3.

Visión de un escritor contemporáneo

Según plantea Borges en el cuento *La lotería de Babilonia*, todo hombre está forzado a representar infinitos roles —uno cada día— hasta el fin de la eternidad. Infinitos días, infinitos roles. Siguiendo un poco este juego, vamos a tratar de mirar al escritor como si en el reparto de esos roles, le hubieran correspondido tres papeles alternativos: el de testigo, el de cronista y el de actor social. Naturalmente, sabemos que "el escritor" no existe. El escritor, el futbolista, el argentino, son abstracciones a las cuales el imaginario popular va vistiendo y dando forma, para terminar constituyendo una entidad simbólica, un paradigma. Lo que existe son "los escritores", cada cual con su estilo, con su modalidad y con su historia. Por lo cual, elegimos ilustrar estos enfoques, evocando a cuatro escritores más o menos conocidos por ustedes: Rafael Alberti, Luis Alberto Quesada, Lucio V. Mansilla y Rodolfo Walsh. Aunque seguramente a lo largo de nuestra charla irán apareciendo otras caras y otros nombres. Me voy a referir primero a dos de ellos, Rafael Alberti y Luis Alberto Quesada, a quienes vinculo muy especialmente con el tema del exilio, que es una cuestión mía personal, que vamos a compartir antes de entrar al tema de los roles.

La historia de mi familia es una historia de exilios y destierros. No es fácil desandar el camino del exilio. Menos cuando uno trae a cuestas la culpa de haber escrito algún libro. Porque afortunadamente las macanas siempre las hacen los otros. Yo… argentino. O peor todavía, yo… rosarino. No tengo nada en contra de los escritores. Tampoco quiero hablar de los publicadores compulsivos. Aunque a veces pienso que son como esos asesinos seriales del cine negro. Pero bueno, los editores y los libreros también tienen derecho a ganarse su puchero.

Mi bisabuelo materno se exilió de la vida dejando un ropero lleno de frazadas quemadas con su maldito cigarro. Mi abuelo huyó a un consulado en Bruselas para zafar de la rígida batuta de mi abuela Macrina. Quien se entretenía tejiendo al bolillo con el cordón umbilical de sus cinco hijos. Mi tío Manolo prefirió poner mucha agua de por medio con las tijeras de su madre y se vino a Buenos Aires. Para terminar casado con una francesa, fíjense ustedes. Una francesa. Habiendo tantas mujeres buenas en el mundo. Mi tío Pepe fue exiliado y además desertor. Se vino a América escapando de sus compromisos militares. Y lo bien que hizo, porque lo mandaban de

cabeza a los quintos de África. En su momento mis padres se exiliaron de la casa materna, también hartos de ataduras y controles. Yo mismo aguanté como pude la dictadura de mi abuela, la vigilancia del triunvirato de mi madre y mis tías mellizas solteronas y la regencia de mi tío Pepe. A los quince años escapé de mi casa, con el pretexto de ir a estudiar ingeniería química en Santa Fe. Aunque no fuera ese mi primer exilio. Viví la infancia y la niñez exiliado en mundos maravillosos en los que no había tíos ni abuelas ni sopa de tapioca ni lecciones de piano ni trajes de primera comunión. Mis compinches de correrías eran Sandokan, el capitán Nemo, Jack London, Tom Sawyer y los caballeros del rey Arturo.

Pero no solo escapaba de la rigidez de la familia, sino del destino decretado por mi abuela, para quien un hombre sin uniforme no era más que un montón de huesos y pellejo. A los 2 años me preguntaban qué vas a ser cuando seas grande. Cadete de la marina e ingeniero naval. Y claro, lo más importante que había en el pueblo de mi abuela era una base naval. Y ella no podía concebir otra forma de vida para mí. Mi educación fue coherente en ese aspecto. A los 3 años andaba por ahí con un trajecito marinero de brin blanco con vivos rojos y azules y cinturón con hebilla dorada. A los 4 tuve un traje azul marino con una gorra y guantes. A los 5 me dieron la opción de la Caballería y me llevaban a cabalgar en la calesita del barrio equipado con ropa de montar. A los 7 fue un disfraz de cadete del colegio militar, con sable y todo. A los 9 el traje de marino de pantalón largo y la cinta del gorro que decía Fragata 25 de Mayo. Si creen que miento, pueden visitar mi página web.

Finalmente tampoco fui ingeniero químico. Tal vez adiviné que las profesiones liberales no son a la larga tan liberales. Arranqué con el diseño gráfico, que me permitió crear, volar, imaginar y soñar. Ya casado y con nuestros tres hijos santafesinos, la malaria de los 60 nos obligó a emigrar a la provincia de Buenos Aires en busca de mejores horizontes laborales. Cuando ustedes hacían temblar al país con el Cordobazo. Los años 70 fueron de un destierro interior. En el ‘82 me exilié en Uruguay con nuestro hijo mayor, que aquel 2 de abril me dijo papá yo no quiero ir al sur. Tal vez por todo esto, cuando me preguntan de dónde soy, no sé qué contestar.

Esta cuestión del exilio es tan vieja como el mundo. Los primeros exiliados que registra la tradición occidental son Adán y Eva, desterrados del huerto sagrado por haber trasgredido las instrucciones del dueño de aquella tierra. Claro que Adán y Eva no eran escritores, la literatura fue un

pecado posterior. La literatura es en realidad un vicio inventado tardíamente, cuando ya se habían agotado casi todas las trasgresiones placenteras. Los griegos, más cercanos a nuestra civilización y a nuestra propia historia, tienen una rica trayectoria en este asunto de exilios y destierros. Incluso en Atenas el destierro adquiere carácter legal, bajo la figura que conocemos con el nombre de ostracismo. Porque los atenienses eran democráticos —de hecho han sido los padres de las modernas democracias— pero hubo siempre un poder (personal o colegiado) que vigilaba y juzgaba el desempeño de ciudadanos y funcionarios. Y si el resbalón era grueso, como el caso de la conducción de una guerra, alguien solicitaba el destierro del personaje cuestionado y el asunto se votaba colocando los papelitos en una ostra. Entre otros, le toca esa sanción a Dión, a Orestes, a Odiseo, a Creso, a Temístocles y al mismo Pitágoras, por nombrar solo unos cuantos.

El concepto de exilio —o de destierro— involucra a todo tipo de actores, pero el escenario es siempre político. Sucede que con el correr del tiempo, se incrementa el número de actores que se hacen visibles en el escenario político. Así empiezan a pasar por la aduana pintores, militares, músicos, filósofos, periodistas, cantantes, abogados y escritores. Conviene tener claro que exilio y migración son dos situaciones en alguna medida similares. Solo que el exilio es una cuestión individual o familiar —a lo sumo de grupos— mientras que la migración es siempre un hecho masivo. De los procesos de exilio generalizados que se producen entre los siglos XIX y XX, vamos a poner la mirada en España.

España produce dos grandes movimientos de pensamiento entre los siglos XIX y XX, surgidos de una sucesión de circunstancias históricas que marcan un rumbo de decadencia casi continuada. La Guerra de Cuba, iniciada en 1865 por la rebelión de los nativos contra los colonos, desemboca en una guerra entre España y Estados Unidos. Guerra abiertamente provocada y planeada por los norteamericanos, con el objetivo muy concreto de apoderarse de Cuba y Puerto Rico, las últimas posesiones españolas en América. La guerra es rápida y desgraciada para España y el armisticio incluye también la entrega de Filipinas. Con este episodio se completa el derrumbe del imperio levantado por Carlos V y Felipe II. Cae la monarquía y se suceden unos cuantos golpes de estado, una guerra mundial, dos repúblicas, una guerra civil, dos restauraciones, varias dictaduras, otra guerra mundial y dos generaciones de brillantes pensadores: la del 98 y la del 27. La generación del 98 cuenta entre sus figuras a Miguel de Unamuno, Valle-

Inclán, Pío Baroja, Azorín y Antonio Machado. La del 27 contará con Pedro Salinas, Jorge Guillén, Gerardo Diego, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Dámaso Alonso, Vicente Aleixandre, Miguel Hernández y Luis Cernuda.

Rafael Alberti había nacido en 1902 en el Puerto de Santa María, en la provincia andaluza de Cádiz. Con su compañera, la también escritora María Teresa León, se ve obligado a exiliarse después de la derrota de la II República en la Guerra Civil española. "Cuando desembarqué en Buenos Aires, lo hice después de presenciar la batalla de Punta del Este, entre la flota británica y el Graff Spee, un acorazado de bolsillo alemán que pirateaba por las costas atlánticas argentinas y las chilenas del océano Pacífico. Entramos en Buenos Aires, después de una travesía peligrosa, en la que María Teresa se había puesto enferma, teniendo que pagar nuestro traslado a segunda clase, cosa que nos mermó en mucho el poco dinero que llevábamos. Pero todo nos lo solucionó una persona que, entre otras, queridísimas luego, nos esperaba en el puerto: nuestro grande y generoso Gonzalo Losada, un nuevo editor lleno de ingenio e iniciativas, un verdadero adelantado, quien nos resolvió nuestra tan incierta situación. Él me contrató enseguida mi nuevo libro, *Entre el clavel y la espada*, que yo había comenzado a escribir en Francia, durante mis desveladas noches como locutor de la radio Paris-Mondial."

Sueño del marinero

Yo, marinero, en la ribera mía,
posada sobre un cano y dulce río
que da su brazo a un mar de Andalucía,
sueño ser almirante de navío,
para partir el lomo de los mares
al sol ardiente y a la luna fría.

El poeta y su mujer viven en Buenos Aires entre 1939 y 1963. La mayor parte de los intelectuales argentinos apoyan la causa de la República. Las minorías están a favor del nazismo, el fascismo y el franquismo. De tanto en tanto se producen en el centro de Buenos Aires manifestaciones que suelen terminar en palos y trompadas. El escenario preferido es la Ave-

nida de Mayo. Todo un símbolo. La poesía de Rafael Alberti influye en el ámbito local. No es casual la similitud de este poema mío de 1954:

Romance marinero

En el timón del barco
voy cantando en voz baja
y mis palabras vuelan
gaviotas sobre el mar.
Estoy solo en mi barco
y en esta noche clara
al dirigir el rumbo
me siento capitán.

El 27 de abril de 1977 —a dos años de la muerte de Franco— tras treinta y ocho de exilio —veinticuatro en Argentina y catorce en Italia— Rafael Alberti regresa a España. Sus primeras palabras al descender del avión son: “Me fui con el puño cerrado y vuelvo con la mano abierta en señal de concordia entre todos los españoles.” Es elegido diputado por la provincia de Cádiz y recoge su vida durante esos años de destierro en *La arboleda perdida* (1959-1987).



Terminada la Guerra Civil, arriban a Buenos Aires cantidad de exiliados, muchos vía directa y algunos desde Francia, donde entre otros ha muerto Antonio Machado, a pocos días de llegar y perseguido por los falangistas a la caída de Barcelona. A Buenos Aires ha de regresar desterrado por Franco después de tenerlo 17 años preso, uno de los tantos amigos de Rafael Alberti. El poeta argentino Luis Alberto Quesada. Luis Alberto Quesada nace en 1919 en Lomas de Zamora. De dos años de edad, viaja a España con sus padres. En 1936 está estudiando Agronomía. Cuenta 16 años, pero desde el 18 de julio —día del golpe fascista— sale al frente de batalla y lucha hasta que con diecinueve años emprende el camino del exilio hacia Francia. De la marea de gente herida, vencida, que cruza la frontera, que pasa a los campos de concentración instalados en las playas, sobresale hoy la figura de un muchacho que aún no tiene veinte años. Y en Francia va

a vivir —y así la califica él— una vida muy "anormal": estancia en campos de concentración, fortificación en la Línea Maginot, compromiso con la Resistencia, persecución por la Gestapo.

"El día del golpe de Estado hubo marchas. Tenía 16 años, ya vivíamos en Madrid y recuerdo que con una maza empecé a golpear la pared de una iglesia desde la cual nos disparaban. Luego mi padre, que era artista plástico, me reprendió. Pero me escapé y en un camión con chicos y chicas huimos al norte de Madrid a defender la República." Para Quesada, aquellos fueron "días maravillosos, íbamos cantando La Internacional y estábamos confiados en la causa que defendíamos".

Dadme tierra de España
para hacer versos.
Y si no hay tierra,
dadme agua.
Dadme nieve de España
para hacer coplas.
Y si no hay nieve
dadme hielo o escarcha."
Dadme un obrero,
un campesino,
un intelectual.
Dadme un poeta.
Quitadme al general…
y haremos patria."

Luis Alberto Quesada es una leyenda de la Guerra Civil. Delgado, elegante, sencillo, fue el comisario político más joven de la República Española. Después de la contienda, pasa casi dos décadas en las cárceles del franquismo. "Si el lodo de una época llegara a destruir la Utopía tenemos la obligación de volver a inventarla." Alcanza el grado de capitán, siendo Jefe de Servicios del Estado Mayor del Coronel Galán en el frente de Cataluña. Al finalizar la guerra emprende el camino del exilio, cruzando los Pirineos. En Francia, es internado en varios campos de concentración. Le Tech, Barcarés, Saint Cyprien y Gours. Es trasladado para fortificar la frontera belga, al objeto de enlazar dichas defensas con la famosa Línea Maginot. Tras la ofensiva nazi contra Francia, puede llegar a Burdeos, donde contrae matri-

monio con Asunción Allué e ingresa en la Resistencia francesa. Perseguido por la Gestapo vuelve a España donde es detenido en 1943, un año más tarde un Consejo de Guerra le condena a la pena de muerte, que le es conmutada por treinta años de cárcel, de los que cumple diecisiete, pasando por las cárceles de General Porlier, Carabanchel, Alcalá de Henares y Burgos, donde permanece trece años, desarrollando una intensa actividad cultural y reivindicativa. "En 1943 volví a España a pelear contra la dictadura, pero un amigo me entregó. A mi mujer, embarazada, le pasó lo mismo. Y en la cárcel de Madrid, al fondo de la Puerta del Sol, escuché llorar a un bebé sin saber que era mi hijo."

En 1959 es puesto en libertad y el gobierno franquista le expulsa del país. A su llegada a Argentina, es prosecretario de la Organización para la Amnistía de los Presos Políticos de España y Portugal. Dirige la publicación *La Encina Raíz de España* y el Instituto de Cultura Ibero-Argentino de Buenos Aires, institución que recibe a la delegación española, presidida por el general Gutiérrez Mellado, una vez que España recupera la democracia.

La libertad no la tienen los que no tienen su sed.

Desde 2004 es Ciudadano Ilustre de la ciudad de Buenos Aires, donde hasta hace un par de años aún escribía contra dictadores y genocidas de toda laya, con su alma de niño libre y su picardía andaluza. Cierro este apartado donde hemos conversado de testimonios y de exilios, con un poema mío de 1986 que puntea sobre estos mismos tópicos:

No eran lágrimas

Vamos quiero decirte —hermano— ese fulgor que se instaló
en mis ojos una noche sagitaria de soledad y vino
deshilvanando astillas y oquedades no eran lágrimas podés
creerlo hermano / ignoro de qué se hablaba / seguramente
del Corsario Negro o el d'Artagnan que casi fuimos
del heavy metal de un cielo pespunteado de azul y libertades
acaso de la herida de unos labios de pulpas viscerales
o del acoso penitencial de los primeros tigres de la sangre

verdaderamente hermano ignoro de qué hablábamos
se dijo vida se nombraba horizonte se pronunciaron
límpidamente las palabras fraternidad y mar y proletario
se conversó de poemas y cachorros (fraguamos —pues—
futuros) tal vez aunque mi sed no lo recuerde vos (o yo)
borroneamos miseria o dependencia / como de contrapunto
el vino habrá ido macerando con su ardua prolijidad
guardapolvos y garibaldinas y —cautamente— pinceles
con neutrones lo cual pudo habernos permitido (obligado)
sin usura a desplegar como un teorema de divanes nuestras
calcificadas frustraciones las infinitésimas pasiones
unas constitucionales equivocaciones / no sé cuándo fue
el brillo / encima de nuestra charla lloviznaban el nunca
y el destierro / un recuerdo de amores de amigos fusilados
campos de Chimbarongo y megatones / puedo jurarlo
hermano no eran lágrimas / era un licor sofisticado amargo
mezcla de bronca y amor y vino y esperanza. ▮

❧❧❧

Lucio Victorio Mansilla, aparece en algunos documentos como Lucio Victorino. Periodista, escritor, militar y diplomático, una de las vidas más novelescas de nuestra historia, nació en Buenos Aires en 1831. Un héroe de capa y espada, que se mueve con igual soltura en las cortes europeas y en las tolderías, que seduce con su charla a caciques y emperadores. Hijo del general Lucio Norberto Mansilla —héroe de la Vuelta de Obligado— y doña Agustina Rosas, hermana de Rosas.

Siendo un adolescente sus padres lo envían de viaje para alejarlo de “unos amores que la prudencia no veía con buenos ojos”. Según otros biógrafos, porque su padre lo sorprende leyendo literatura unitaria, todo un bajón para la familia. Lleva en el bolsillo, para gastos menores, veinte mil libras esterlinas en monedas mexicanas de oro y de plata. Recorre la India, Egipto, Turquía, Italia, Francia e Inglaterra. El pronunciamiento de Urquiza en 1851 lo obliga a regresar al país. Tiene apenas 20 años. El 2 de febrero —un día antes de Caseros— mientras las tropas de Urquiza se dirigen a Buenos Aires, Lucio visita a su tío Juan Manuel en Palermo. Rosas le lee su extenso discurso a la legislatura, como si nada sucediera. El episodio queda

reflejado en su relato *Los siete platos de arroz con leche*, donde cuenta cómo el gobernador probaba su discurso con él, mientras cada tanto aparecía Manuelita Rosas con un plato de arroz con leche. Caído Rosas, Mansilla, en compañía de su padre, regresa a Europa y se instala en Francia. El viaje es bastante corto y el 19 de agosto de 1852 ya está de regreso en Buenos Aires. El héroe del combate de la Vuelta de Obligado, se queda en España y nunca más regresará a su patria.

En 1853 se casa con su prima, Catalina Ortiz de Rosas y Almada. La joven tiene diecinueve años. Nacen cuatro hijos: dos varones, Andrés Pío y León Carlos, que mueren siendo niños y dos mujeres, María Luisa y Esperanza, que también mueren a temprana edad, la primera a los veinticinco años y la segunda a los veinticuatro. La vida pública de Mansilla comienza con un episodio bastante particular. El 22 de junio de 1856, en el Teatro Argentino, ante unos dos mil espectadores reta a duelo al escritor y senador José Mármol, que había ofendido a su padre. Pero el autor de Amalia prefiere valerse de sus influencias y hacerlo encarcelar y desterrar. En 1857 Lucio se traslada a Paraná, capital de la Confederación. Comienza su carrera periodística en El Nacional Argentino, del que llegará a ser director y propietario. Cumplido los tres años de destierro, regresa a Buenos Aires y escribe en el periódico La Paz.

El 17 de septiembre de 1861, interviene en la batalla de Pavón, lo que le vale la designación como capitán de línea y un destino militar: el pueblo de Rojas en la provincia de Buenos Aires. Allí escribe *Reglamento para el ejercicio y maniobras del Ejército Argentino* y para la Revista de Buenos Aires sus *Recuerdos de Egipto*. En mayo de 1864, sube a escena en el Teatro Victoria de Buenos Aires su obra *Una venganza africana*, un melodrama romántico, y en octubre de ese año se estrena su comedia *Una Tía*. En 1865, estalla la guerra del Paraguay de la que Mansilla participa como militar y como periodista. Con diversos seudónimos —Falstaff, Tourlourou, Orión— firma sus crónicas desde el frente para el diario La Tribuna, criticando la conducción de la guerra. Sus notas despiertan la indignación del ministro de Guerra, el general Gelly y Obes, quien intenta cambiarlo de destino y enviarlo a San Juan a sofocar una rebelión, pero antes de que el batallón de Mansilla llegara, los rebeldes habían sido vencidos. Lucio regresa entonces al frente paraguayo a tiempo como para participar de la batalla de Humaytá.

En 1868, al finalizar la presidencia de Mitre, apoya entusiastamente la candidatura de Sarmiento quien lo designa coronel y comandante de fronteras en Río Cuarto, provincia de Córdoba. Aquí arma su campaña contra los aborígenes que quedará inmortalizada en su obra *Una excursión a los indios ranqueles*. La obra se publica en entregas en el diario La Tribuna a lo largo de 1870. Cinco años más tarde es galardonada con el primer premio del Congreso Geográfico Internacional de París.

A principios de 1870 se acuerdan los términos de un tratado de paz con los Ranqueles y Mansilla se dispone a realizar su famosa incursión. El tratado se cumple por parte de los pueblos originarios solamente, porque el Gobierno, que ha prometido dinero, hacienda, comida, herramientas y regalos, necesita aún la aprobación del Congreso. Durante su viaje a las tolderías de los caciques Mariano Rosas y Baigorrita, el teniente coronel Lucio V. Mansilla debe responder por las innumerables deslealtades de los cristianos con los pueblos originarios, de las sucesivas ocupaciones y el incumplimiento de sus tratados. Si embargo Mansilla logra superar estas sospechas y consigue sostener al menos en parte el tratado que finalmente el Congreso no firmó ni cumplió.

Durante gran parte del año 1871, Buenos Aires vive asolada por la epidemia de fiebre amarilla. Mansilla se integra a la comisión de ayuda a los damnificados, presidida por Sarmiento. Al concluir el mandato presidencial del sanjuanino, en 1874, Mansilla trabaja a favor de la candidatura de Nicolás Avellaneda, que se impondrá, como todos sus predecesores, gracias al fraude electoral. Mitre, su principal oponente, denunciará el hecho e intentará dar un golpe cívico militar. Mansilla se hace cargo del Estado Mayor del Ejército de Reserva y se une a las fuerzas leales que derrotan a los mitristas. En 1876 es electo diputado. Permanece en su banca durante un año, pero su espíritu inquieto lo lleva a solicitarle a su amigo Avellaneda la gobernación del Chaco. ¿Por qué el Chaco? Mansilla tenía informaciones sobre importantes yacimientos de oro en el Paraguay. Forma junto a un grupo de amigos una empresa, e intenta manejar sus negocios auríferos desde la gobernación más cercana. El proyecto es un fracaso y Mansilla, decepcionado, vende sus acciones, renuncia a la gobernación y se marcha a Europa, donde permanece hasta 1880. Para casi todos los franceses en aquel París de 1980, la Argentina era un mundo nebuloso confundido entre un Brasil que llegaba hasta el río de la Plata, la pampa interminable y la selva virgen. De hecho, en una de las Ferias Internacionales de entonces, Argen-

tina aparece representada por un negro de Dahomey. Por eso no nos llama la atención que en medio de una fiesta aristocrática, cuando alguien le informa a una ilustre dama que ese caballero tan apuesto es un militar argentino, ella responda emocionada "¡Qué bello debe verse con sus plumas!" Mansilla al enterarse, rio de buena gana, lo anotó en su prodigiosa memoria —que conservaría hasta la muerte— y no dejó de envanecerse ante la idea de revestir su espléndida figura con el colorido plumaje atribuido por la imaginación popular a los nativos del Plata. ¿Por qué no? Al fin y al cabo, toda su vida vistió con un estilo muy personal, muy propio, inimitable y que sus contemporáneos juzgaban extravagante.

Regresa para apoyar la candidatura presidencial de Julio A. Roca. A poco de llegar se enfrenta a duelo de pistolas con un contrincante político, Pantaleón Gómez, a quien mata de un balazo al corazón. A poco de asumir, Roca envía a Mansilla a Europa para promover la inmigración y en una misión militar secreta. Vuelve a Buenos Aires en 1885 y es electo diputado nacional. Comienza su mandato como tibio opositor a Roca y va evolucionando hacia el juarismo. En 1890, es vicepresidente primero de la Cámara de Diputados sin abandonar su carrera militar donde llega al grado de general de división. En 1894, después de varias decepciones políticas, Mansilla se vuelca a la literatura y escribe una de sus obras más memorables: *Retratos y recuerdos*, prologada por Roca. Al año siguiente parte nuevamente a Europa, comisionado para estudiar la organización militar de varios países. Allí muere su mujer a los sesenta y un años. A partir de entonces realiza innumerables viajes, generalmente vinculados a misiones diplomáticas.

En 1898, conoce a quien sería su segunda esposa, Mónica Torromé, hija de una rica familia de San Nicolás, establecida desde 1869 en Londres. Mansilla tiene 68 años —el doble de años que su prometida— pero a Mónica el detalle parece no importarle y la boda se concreta en febrero de 1899 en Londres, con toda la pompa. Quien casa a la pareja es el Cardenal Vaughan, arzobispo de Westminster, capilla de la familia real. En 1900 es nombrado ministro plenipotenciario ante las cortes de Alemania, Austria-Hungría y Rusia. La tarea diplomática no lo aleja del periodismo, colaborando con frecuencia con El Diario de Buenos Aires. En 1903, publica *En vísperas*, un ensayo sociológico sobre la Argentina, y en 1904 *Mis memorias* y *Rosas*, una excelente biografía de su tío a la que subtitula como "ensayo psicológico-histórico-político".

A partir de 1906, se radica en París. Frecuenta la Sorbona y sigue siendo un lector incansable. Murió poco antes de cumplir los 82 años en su departamento de la Rue Victor Hugo, el 8 de octubre de 1913. Los diarios de Buenos Aires le escriben extensas necrológicas y Le Figaro de París le dedica una de sus páginas. Cierro la evocación de este notable personaje, con un párrafo del Epílogo, casi al final de *Una excursión a los indios ranqueles*:

“Las calamidades que afligen a la humanidad nacen de los odios de razas, de las preocupaciones inveteradas, de la falta de benevolencia y de amor. Por eso el medio más eficaz de extinguir la antipatía que suele observarse entre ciertas razas en los países donde los privilegios han creado dos clases sociales, una de opresores y otra de oprimidos, es la justicia. Pero esta palabra seguirá siendo un nombre vano, mientras al lado de la declaración de que todos los hombres son iguales, se produzca el hecho irritante, de que los mismos servicios y las mismas virtudes no merecen las mismas recompensas, que los mismos vicios y los mismos delitos no son igualmente castigados.”

Dicho hace 140 años, me parece de una notable actualidad. Les leo un texto mío de 2009, también en forma de crónica, que se remonta a los primeros años de la conquista de nuestra América.

Distorsión del hierro

Los soldados de Diego de Almagro requisan cada cueva y cada garganta a lo largo de la cordillera en los alrededores del Cusco. Descienden por el cauce del Urubamba desde Quillabamba hasta Urcos. Al fin encuentran al amauta prófugo. Cargado de hierros lo conducen de regreso a presencia del conquistador. Bajo la mirada atenta de un missi dominici, unos alguaciles preparan el fuego. El franciscano que toma notas para una futura crónica le recuerda que el fuego es instancia reservada a los confesos. Almagro sonríe y calla. El amauta es atado a un tronco y sus cadenas ceñidas al cuello, cintura y extremidades, estiradas hasta sendos postes plantados a cosa de cinco pasos del reo. Con diligencia amontonan leña alrededor de estos laderos y a una seña de Almagro dan lumbre. La crónica relata cómo el

calor se mueve a través de los gruesos eslabones, hasta alcanzar las carnes del preso. La cadena que inmoviliza su cogote es la más alta y la que primera se pone al rojo, mientras el collar cerrado en torno a la garganta seca el sudor primero, para luego comenzar el paciente trabajo de tostado de la piel. Para entonces ya las cadenas del medio han dado buen calor a la cincha de hierro que abraza la barriga y allí la labor es más perceptible merced al tufo a grasa recalentada y hasta el leve chasquido de la fritura. Por fin el calor del fuego alcanza a los eslabones y los grilletes de muñecas y tobillos. Aquí los utileros han agregado un trenzado de plomo entre el hierro y la carne. A su debido tiempo —cosa de una hora— el plomo semifundido forma un todo pastoso y maloliente con los huesos y la carne sancochada. Cincha, collar y grilletes son ya formas retorcidas e irreconocibles. El cronista certifica que ni una brasa entra durante todo este procedimiento en contacto con el cuerpo del prisionero. ▮

ꕥꕥꕥ

El escritor y periodista Rodolfo Walsh nació en Choele-Choel, provincia de Río Negro, en 1927. En los años cincuenta, ingresa a la editorial Hachette, donde trabaja como corrector de pruebas de imprenta, lector, antólogo y traductor. Colabora también en las revistas Leoplán y Vea y Lea. En 1953 publica *Variaciones en rojo* y la primera antología de cuentos policiales argentinos.

En la noche del 10 de junio de 1956, mientras jugaba al ajedrez en el club Capablanca de La Plata, recibió las primeras noticias sobre el levantamiento de los generales Valle y Tanco; seis meses después comenzó su investigación sobre los fusilamientos clandestinos de civiles en los basurales de José León Suárez. Al año siguiente, aparece *Operación Masacre* con el que Walsh inaugura en la Argentina la novela de no ficción, en la cual la investigación periodística sirve de punto de partida para la narración de hechos reales por medio de procedimientos ficcionales. Tanto en este libro como en sus investigaciones posteriores *(¿Quién mató a Rosendo?* de 1969 y *El caso Satanovsky* de 1973), Walsh incorpora las técnicas de la investigación periodística y los procedimientos del género policial, como el uso del enigma y del suspenso, politizando sus estrategias centrales.

En 1959 viaja a Cuba para participar de la fundación de la agencia de noticias Prensa Latina. En los años sesenta, estrena dos obras teatrales

(*La batalla*, 1964, y *La granada*, 1965) y publica dos libros de cuentos (*Los oficios terrestres*, 1965 y *Un kilo de oro*, 1967).

En enero de 1973 apareció su último relato de ficción, *Un oscuro día de justicia*, editado por la editorial Siglo XXI, cuyo prólogo, titulado "Hoy es imposible en la Argentina hacer literatura desvinculada de la política", fue una primera versión de esta entrevista, que Ricardo Piglia le había realizado en marzo de 1970. A partir de ese momento, Walsh abandona la escritura de ficciones para dedicarse a la militancia política, primero en las FAP (Fuerzas Armadas Peronistas) y luego en la organización Montoneros. Como periodista, dirigió el semanario de la CGT de los Argentinos a partir de mayo de 1968 y participó como fundador y redactor del diario de orientación montonera Noticias, en 1973. Bajo la dictadura militar de 1976, organizó la Agencia Clandestina de Noticias y la Cadena Informativa.

El 25 de marzo de 1977, un pelotón especializado lo emboscó en las calles de Buenos Aires para detenerlo vivo, pero Walsh se resistió y fue herido de muerte. Su cuerpo nunca apareció. El día anterior había escrito su *Carta Abierta a la Junta Militar*, donde denunciaba el terrorismo de Estado. Los párrafos finales decían:

"Si una propaganda abrumadora, reflejo deforme de hechos malvados no pretendiera que esa Junta procura la paz, que el general Videla defiende los derechos humanos o que el almirante Massera ama la vida, aún cabría pedir a los señores Comandantes en Jefe de las tres Armas que meditaran sobre el abismo al que conducen al país tras la ilusión de ganar una guerra que, aun si mataran al último guerrillero, no haría más que empezar bajo nuevas formas, porque las causas que hace más de veinte años mueven la resistencia del pueblo argentino no estarán dcsaparecidas sino agravadas por el recuerdo del estrago causado y la revelación de las atrocidades cometidas. Estas son las reflexiones que en el primer aniversario de su infausto gobierno he querido hacer llegar a los miembros de esa Junta, sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso que asumí hace mucho tiempo de dar testimonio en momentos difíciles."

Rodolfo Walsh - C.I. 2845022 Buenos Aires, 24 de marzo de 1977.

Es muy poco lo que se puede adosar a estas tremendas palabras. Acaso la consideración de que los roles de que hablábamos al comienzo —testimonio, crónica y accionar social— se aúnan y se confunden en algunos

seres privilegiados que han sido capaces de refundir vida y literatura en un solo fenónemo valiente e inseparable. En homenaje a tales figuras, me despido de ustedes con un poema de 1999 que resume de alguna manera mi posición al respecto:

Estreno a sala vacía

(o Quien habla solo espera hablar con Dios un día)

A nadie le interesa lo que nos pasa ni aquello que escribimos.
Somos nuestro único público.

Tu-Fu, citado por Luis Bacigalupo en *Yo escribía un poemita*.

Poeta testigo de su tiempo poeta loquito que con habilidad
zafó del manicomio / poeta heredero de los profetas bíblicos
poeta bandido subversivo armado de imaginación y de malicia
poeta trompeta del ángel a la puerta del huerto / poeta
marginado poeta lengua de su pueblo poeta señor que escribe
versos y entretiene a las señoras poeta memoria de la especie
poeta mal menor de quien se ocupan los torturadores y sirve
de alimento a críticos editores y doctos del idioma / el poeta
(construcción sustantiva) núcleo poeta modificador directo el
—si bien serlo podría ser analizado como circunstancia
adversativa— poeta según el implacable diccionario
el que compone obra poética y está dotado de las facultades
necesarias para componerla / poeta Montemagno da Pistoia
dolce pensier che da si dolce lumi / poeta espantapájaros
disfrazado con palabras / poeta lúcido caos de Juarroz
poeta vago improductivo / mejor vago producto ¿OK?
con los años poeta mentira muro de lamentar y graffiti
—aquello de la identidad y de las proyecciones—
cómo aprovecharon káiseres adolfos generalísimos
sultanes augustos herodes califas torquemadas videlas
mentira que no jode a nadie / los que joden son los poetas
no los que decoran con plata de rocío el ruiseñor del príncipe
no los que se ruborizan (vivir es milagro) no los que ilustran
cumplidamente los gustos del jurado no los que callan

porque es de mala educación hablar con las barrigas llenas
no los pavos reales de las ferias del libro / no los de musa
anémica y autógrafo grandielocuente / no los que se subastan
para patentar un prólogo / no los que acechan un primer
plano de segunda en escenas de cuarta no los priores
cómitres asesores promotores menestrales comendadores
y recomendadores de vanguardismos supermodernismos
cretinismos y putismos / no los encabezadores oficiales
de toda lista de bestséleres de trinchera en gallinero de FM
poetarios y cenáculos cena culos del presidente almirante
señor embajador señora directora coronel y capo
de suplemento literario / joden ¡y cómo joden! los Haroldo
Conti los Nazim Hikmet los Roque Dalton los Rodolfo Walsh
joden los Parra los Víctor Jara los Prèvert los Miguel
Hernández y los Federicos los Julio Huasi los Almafuerte
los Neruda los Fijman los Urondo y los Quilapayún
los que eligen vivir a luna llena /
los que no aceptan ser sus únicos testigos. ▮

Muchas gracias.

GE / La Carlota, 13 de abril 2010

Apéndice 8 / Charla literaria en la EM3 de Don Torcuato.

4º SEMINARIO DE FORMACIÓN:
"EDUCACIÓN INTERCULTURAL Y PENSAMIENTO LATINOAMERICANO"

CTERA-SUTEBA Tigre-CTA
Don Torcuato / EM3 29 de octubre de 2010

Visión de un poeta local

Dos cosas quiero compartir con todos ustedes antes de abordar la cuestión que nos ocupa. La primera es que me siento atravesado por la muerte de Néstor Kirchner. La otra es la evocación de mis primeros maestros, a quienes recuerdo uno por uno con nombre y apellido y con devota veneración. La docencia carece casi de prestigio social y no enriquece a nadie en términos de dinero. Por eso me conmueve encontrarme con ustedes que han abrazado esta vocación. Una responsabilidad de la cual ningún Estado puede desentenderse. La educación y la salud son cargas públicas que no pueden delegarse.

La problemática de la interculturalidad sobre la que estamos trabajando acepta diversos abordajes. Que tienen que ver con la particular cosmovisión de cada cual. En mi caso personal, no hace tantos años que escarbando en la cuestión de la identidad, pude reconocer mi importancia de ser parte ínfima pero necesaria del universo y tomar consciencia de que el universo sería sin Gregorio algo menos completo y que todo el universo estaba a su vez dentro de Gregorio. Después vendrá la pregunta de si hubo en los albores una monocultura y cómo siguió la historia. Y tenemos dos vertientes, la creacionista y la evolucionista. Por un lado, el testimonio que respalda a las religiones monoteístas acerca de un diluvio y un señor con habilidades de carpintero naval que se arma una embarcación para meter a muchos animales y a su familia. Y que sus tres hijos, Cam, Sem y Jafet, darían origen a la raza blanca, a la negra y a la amarilla. Con lo que, de arranque ya tenemos multietnia y multicultura. Y desde un punto de vista evolucionista, todo lo que surge es diversidad.

Vale la pena considerar que Alejandro de Macedonia marca, 400 años antes de nuestra era, un serio intento de integrar la cultura helénica a las culturas orientales que va descubriendo a lo largo de sus conquistas. In-

cluso tiene la grandeza de hablar de cultura griega, siendo que los atenienses miraban como bárbaros a los macedonios. Hay que imaginarse a ese ejército de campesinos que marcha caminando desde Macedonia hasta las orillas del Indo. Conquistando pero no destruyendo, en muchos casos deja a cargo de los territorios ocupados a sus antiguos gobernantes. Que occidente no se haya hecho cargo de esa experiencia es harina de otro costal. Para colmo el muchacho era homosexual y seguramente tendría vicios peores.

Veamos cómo funciona la cosa dos mil años después, cuando los europeos llegan a América. No es una monoetnia con una monocultura que se encuentra con otra monoetnia y otra monocultura. La conquista trajo una docena de razas, castellanos, godos, lusitanos, germanos, andaluces, cántabros, flamencos y valones (residuos de la conquista de los Países Bajos). Y la corona se ha anexado también el Reino de las Dos Sicilias y llegan tropas y tripulaciones italianas. Para encontrarse con media docena de grandes culturas subdivididas en infinidad de subnaciones y subculturas. Pero mientras Alejandro Magno empuja la integración y preserva la arquitectura y los tesoros de arte, la gente de Almagro y de Pizarro y de Alvarado se dedica a fundir las imágenes y los ornamentos de oro para hacer lingotes y monedas.

Respecto de lo que nos mostraba Angélica en el corto que vimos hace un rato, es verdad que para colmo, ese oro ni siquiera queda en manos de los españoles. Los reyes católicos estaban fundidos y no tenían ni para el pastel de bodas. Habían contraído deudas cuantiosas con usureros alemanes y holandeses para costear la disparatada conquista del territorio Andalusí. Una aventura fanática que los impulsa a destruir la cultura más elaborada de la península para levantar catedrales encima de las mezquitas. Aventura que habrán de continuar a lo largo del tiempo, atravesando ellos a su vez el Estrecho para seguir plantando catedrales sobre las mezquitas africanas. Y finalmente ni siquiera se harán cargo de esas colonias y han de negar a sus habitantes la condición de ciudadanos, dejándolos morir a bordo de las pateras o deportándolos al pie de los aeropuertos. Como lo están haciendo ahora mismo con sudamericanos que viajan a visitar a sus familias.

Tengo por ahí un interesante cálculo de la fortuna que España se llevó de estas tierras. Dejando fuera de la cuenta el millón por lo menos de vidas aborígenes sacrificadas a la violencia y la codicia. Esa cifra a valores actuales representa cien veces el producto bruto de la nación más rica del mundo. Pero esto ni se escribió ni se reconoció, porque la historia la escriben siempre los vencedores.

Una de las pocas cosas que le debemos a los ingleses, es haber ventilado estas cuestiones. No por ecuanimidad sino para moverle el piso a los españoles y poder mojar el pan en la sopa.

Acerca de esto y ya que estamos celebrando nuestro Bicentenario, descubro con sorpresa que todavía seguimos aprendiendo y enseñando que nuestra Patria nació el 25 de Mayo de 1810. ¿Es que cinco siglos antes no existíamos? ¿Los pueblos originarios diseminados por todo el continente desde hace por lo menos 40.000 años no existieron? ¿Cuándo comienza nuestra historia? Hace un par de años tuve un encuentro con la comunidad griega de Buenos Aires. Y el embajador recordaba esa noche el 30º aniversario de la Libertad de Grecia. No pude menos que expresar públicamente mi profunda tristeza, ante la evidencia de que nada menos que Grecia, cuna de nuestra cultura y con una trayectoria de alrededor de 4.000 años, fijara su libertad en una fecha tan cercana. Y claro, al cabo de esos tantos siglos, Grecia fue cien veces invadida, reprimida, descuartizada, recompuesta y vuelta a recomponer y a dividir. Quedando por el camino la lección de Leónidas y sus 300 espartanos a la puerta de las Termópilas. Hoy la patria griega es pasto de fondos buitres y el cerrojo del FMI.

La idea de patria nos lleva a la de nacionalidad. Y nos mete en un terreno conflictivo. Porque es muy fuerte la impronta que han dejado el nacionalismo alemán y el nacionalismo republicano de los EE.UU. O el espectro de Kosovo. Pero si bien estos aspectos del nacionalismo en países desarrollados son nocivos y hasta letales, en los países emergentes el espíritu nacionalista sirve para cohesionar y potenciar los movimientos de liberación. Yo les confieso que tengo un profundo sentido de patria. Pero me doy cuenta de que al correr de los años, el contenido de ese sentimiento se modifica, ensanchándose y haciéndose más abarcador.

Seguramente al neoliberalismo globalizador le resulta más rentable la monocultura. De la cual el monocultivo no sería sino una faceta más. Derribar fronteras, unificar los gustos, las adicciones, la moda y los hábitos es ciertamente el sumum de la optimización. De ser posible unificar hasta la lengua, que ya no sería el esperanto pero vaya a saber qué. Por lo cual me parece que debemos tener cuidado al hablar de interculturalidad. Que no significa en todo caso mezclar y amasar los contenidos para producir una pasta neutra, sino componer una música donde suene la armonía que no tape los matices, los sabores y los timbres. ▮



Gregorio Echeverría al terminar su exposición, junto a la coordinadora Daniela Machado.

Apéndice 9 / Premio Municipal de Literatura "Luis de Tejeda" Córdoba.



01.12.2010

Editorial Municipal

Gregorio Echeverría ganó el Premio Luis José de Tejeda 2010

El escritor Gregorio Andrés Echeverría, rosarino, residente en Tigre, Buenos Aires, obtuvo el Premio Municipal de Literatura "Luis José de Tejeda", dedicado en 2010 al género cuento.

El jurado, integrado por Elvio Gandolfo, Daniel Link y Antonio Oviedo, lo consagró ganador por su trabajo "La cara del tigre". El primer premio, dotado de $ 6.000, incluye además la publicación de la obra literaria.

El segundo premio, consistente en $ 4.000 (más publicación de la obra) fue para "Trabajo Social", de Sergio Hernán Gaiteri, de Córdoba; en tanto, el tercer premio (dotado de $ 2.500 y publicación) recayó sobre la obra Hacerse agua, de Martín Di Lisio, de Ciudad Autónoma de Buenos Aires.



Gacetilla de Prensa 23.12.10

XXVI Premio Municipal de Literatura Luis José de Tejeda

El escritor de Tigre Gregorio Echeverría obtiene el Primer Premio en la XXVI edición del certamen de Cuento "Luis José Tejeda" que convoca anualmente el Área de Letras de la Secretaría de Cultura de la Municipalidad de Córdoba.
El Jurado de este año estuvo integrado por Elvio Gandolfo, Daniel Link y Antonio Oviedo.

El texto premiado es un volumen titulado *La cara del tigre*, que recopila 46 relatos fechados casi todos de 2003 en adelante. El premio incluye la edición del libro, tarea que llevarán a cabo en forma conjunta el Área de Letras y la Editorial Municipal de Córdoba.

Gregorio Echeverría es autor asimismo de *Tercera fundación*, Premio de Narrativa de ficción "Ciudad de Rosario" 2006, editado por la Editorial Municipal de Rosario. Y *Miseria blues*, Premio Municipal de Poesía "Felipe Aldana" 2007, dado al público ese año por la misma Editorial.

Echeverría ha logrado la edición de muchos de sus textos a partir de numerosos premios recibidos en nuestro país, México, Cuba, EEUU y España. Entre otros se cuentan el XIX Premio de Cuento "Universidad de Mazarrón" 2003 (Valencia, España); XII Certamen Internacional de Relato Corto Ateneo 1º de Mayo 2005 (Comisiones Obreras de Madrid, España); VIII Certamen Internacional de Poesía "Andrés García Madrid" 2006 (Ateneo 1º de Mayo, Comisiones Obreras de Madrid); XXIII Certamen Internacional de Poesía "Ciudad de Zaragoza" 2006 (España); Premio Nacional de Literatura Tres de Febrero 2008; XIII Premio Internacional de Cuento "Universidad de La Laguna" 2009 (Tenerife, España) y V Premio Internacional de Relato "Peña Taurina Félix Rodríguez" (Santander, España).

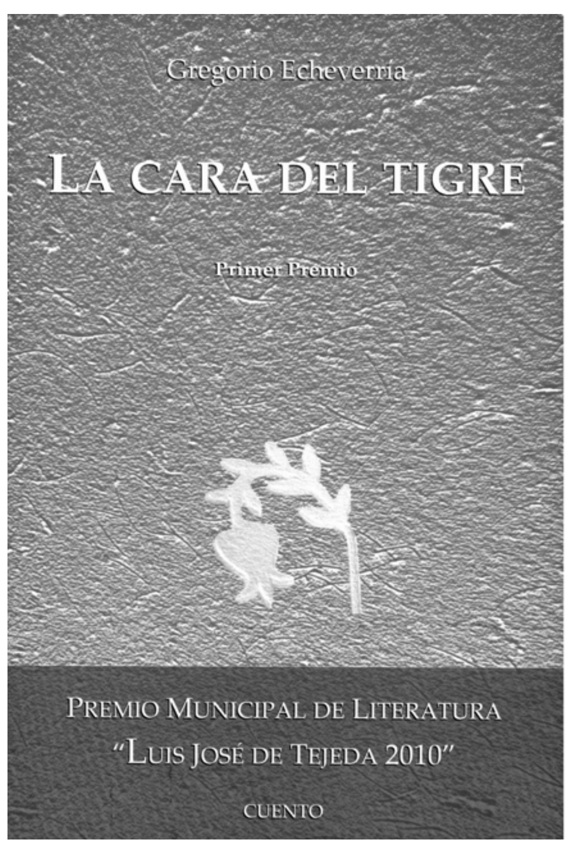
Aún considerando estas ediciones antológicas, más de treinta libros de su autoría permanecen inéditos. ∎

Silvia Noemí Loyola
Presidente

http://oficinadeletras.com.ar/2010/12/ganadores-del-premio-tejeda-2010/
http://www.cordoba.gov.ar/cordobaciudad/principal2/default.asp?ir=1_15_2&ir2=noticia&id=8260



Gacetilla de prensa de la Biblioteca Popular López Camelo, Ricardo Rojas 23 de diciembre 2010.



Hay mucho de mentira y de leyenda detrás de toda esta historia. Algunos echan a rodar la bola por el puro deleite de embobar a sus oyentes y tenerles un rato pendientes de dichos y descripciones que las más de las veces se pierden en una nebulosa de sandeces y aguardiente. Aunque es cierto que el aliento del maestro de ceremonias en cada ocasión puede apestar asimismo a tequila, pisco, cachaça o caña de la brava. Eso según de qué rincón de estos territorios se trate la cosa, que todito lo recorre y atormenta con sus tropelías el taimado bicho.

La cara del tigre (fragmento)

Premio Municipal de Literatura
Luis de Tejeda / Córdoba 2010

Apéndice 10 / 50 años en Literatura.



Gacetilla / 17 de febrero 2011

Gregorio Echeverría, 50 años en Literatura

El escritor santafesino, residente en Tigre desde 1991, cumple 50 años de actividad literaria y lo compartimos con nuestros lectores. Su primer cuento fue publicado en Santa Fe por la revista Octógono de la Universidad Nacional del Litoral, en el número 1 de marzo 1961.

Nuestro editorialista, columnista y amigo acredita a lo largo de este medio siglo de actividad ininterrumpida, una obra profusa en Cuento, Poesía, Novela y Ensayo. Cuarenta libros en total, de los cuales han sido editados *Tercera Fundación* (Premio de Narrativa "Ciudad de Rosario 2006", Editorial Municipal de Rosario); *Miseria Blues*, (Premio Municipal de Poesía "Felipe Aldana 2007", Editorial Municipal de Rosario) y *La cara del Tigre* (Premio Municipal de Literatura "Luis de Tejeda 2010", Editorial Municipal de Córdoba). Muchos de sus textos premiados figuran en antologías de nuestro país, Chile, México y España. La revista cubana Casa de las Américas publicó en su edición Nº 180 de 1990, *Bajo la noche indiana*, uno de los cuentos de *Tercera fundación*, único finalista (no premiado) ese año. Asimismo circulan sus textos premiados en revistas, redes y antologías virtuales de Argentina, Venezuela, El Salvador, Cuba, México, Italia, Estados Unidos, España y Reino Unido.

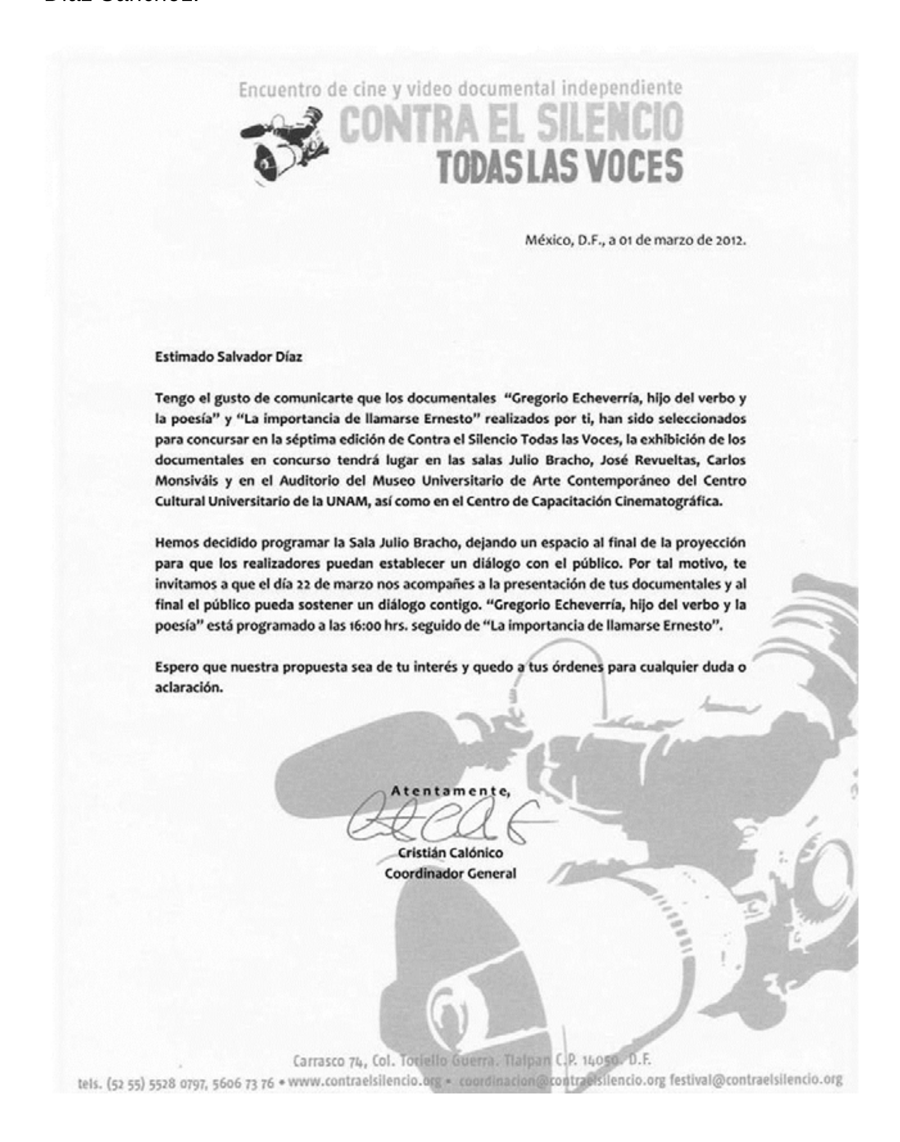
Ha recibido -desde 1966 a la fecha- casi un centenar de premios, entre ellos el Premio Provincial de Literatura "Alcides Greca" / Santa Fe 1978; Premio Nacional de Poesía "Casado del Alisal" / Secretaría de Estado de Cultura 1979; Premio Nacional de Ensayo "Casado del Alisal" / Secretaría de Estado de Cultura 1979; Premio Nacional "Poesía contra el Fascismo" 1985 / Sociedad Argentina de Relaciones Culturales con la URSS; "Querido Borges IV" 1990 / Liceo Internacional de Cultura, Hollywood USA; XIX Premio de Cuento "Universidad de Mazarrón 2003" / Murcia, España; I Certamen Internacional "Todos somos diferentes" 2004 / Civilia Fundación de Derechos Civiles, Madrid, España; XII Certamen Internacional de Relato Corto Ateneo 1º de Mayo" 2004 / Comisiones Obreras de

Madrid, España; II Certamen Internacional de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid” 2005 / Fundación Juan Muñiz Zapico, CC.OO. Asturias (España) - Bruselas (Bélgica); Premio Especial en Cuento “XV Certamen Internacional Tiflos” 2005 / ONCE Organización Nacional de Ciegos de España; XXIII Certamen Internacional de Poesía “Ciudad de Zaragoza” 2006 / España; Premio Especial XIX Certamen Internacional de Poesía “Tiflos” 2006 / ONCE España; III Certamen Internacional de Relato Corto Taramela 2006 / San Miguel de Abona, Tenerife (España); I Concurso Internacional “Peña Taurina Félix Rodríguez” / Santander (España); I Certamen Provincial de Narrativa de Ficción “Ciudad de Rosario” 2006 / Editorial Municipal de Rosario; I Certamen Nacional “Las Letras y el Dibujo” 2006 / Secretaría de Cultura de la Nación y Fundación Deloitte; I Certamen Internacional “Vivencias” 2007 / Ediciones Orola, Madrid-San Sebastián; Premio Municipal de Poesía “Felipe Aldana” 2007 / Editorial Municipal de Rosario; I Certamen nacional de Narrativa sobre cultura helénica 2008 / SADE-Asociación Cultural Helénica NOSTOS, CABA; Premio Nacional de Literatura Tres de Febrero 2008 / Caseros (BA); XIV Certamen Internacional de Cuento “Santoña… la mar” 2009 / Cantabria, España; XIII Premio Internacional de Cuento Universidad de La Laguna 2009 / Tenerife, España y XXVI Certamen Municipal de Literatura “Luis José de Tejeda” 2010 / Municipalidad de Córdoba, Argentina.

Gregorio Echeverría se encuentra este año abocado a compilar, corregir y actualizar textos, con vistas a editar su obra completa, considerada ya en 1990 por el Jurado de Casa de las Américas “un importante aporte a las letras del continente”.

Ernesto J. García / Director

Apéndice 11 / *Hijo del verbo y la poesía*, un videodocumental de Salvador Díaz Sánchez.



Encuentro de cine y video documental independiente
CONTRA EL SILENCIO
TODAS LAS VOCES

México, D.F., a 01 de marzo de 2012.

Estimado Salvador Díaz

Tengo el gusto de comunicarte que los documentales "Gregorio Echeverría, hijo del verbo y la poesía" y "La importancia de llamarse Ernesto" realizados por ti, han sido seleccionados para concursar en la séptima edición de Contra el Silencio Todas las Voces, la exhibición de los documentales en concurso tendrá lugar en las salas Julio Bracho, José Revueltas, Carlos Monsiváis y en el Auditorio del Museo Universitario de Arte Contemporáneo del Centro Cultural Universitario de la UNAM, así como en el Centro de Capacitación Cinematográfica.

Hemos decidido programar la Sala Julio Bracho, dejando un espacio al final de la proyección para que los realizadores puedan establecer un diálogo con el público. Por tal motivo, te invitamos a que el día 22 de marzo nos acompañes a la presentación de tus documentales y al final el público pueda sostener un diálogo contigo. "Gregorio Echeverría, hijo del verbo y la poesía" está programado a las 16:00 hrs. seguido de "La importancia de llamarse Ernesto".

Espero que nuestra propuesta sea de tu interés y quedo a tus órdenes para cualquier duda o aclaración.

Atentamente,

Cristián Calónico
Coordinador General

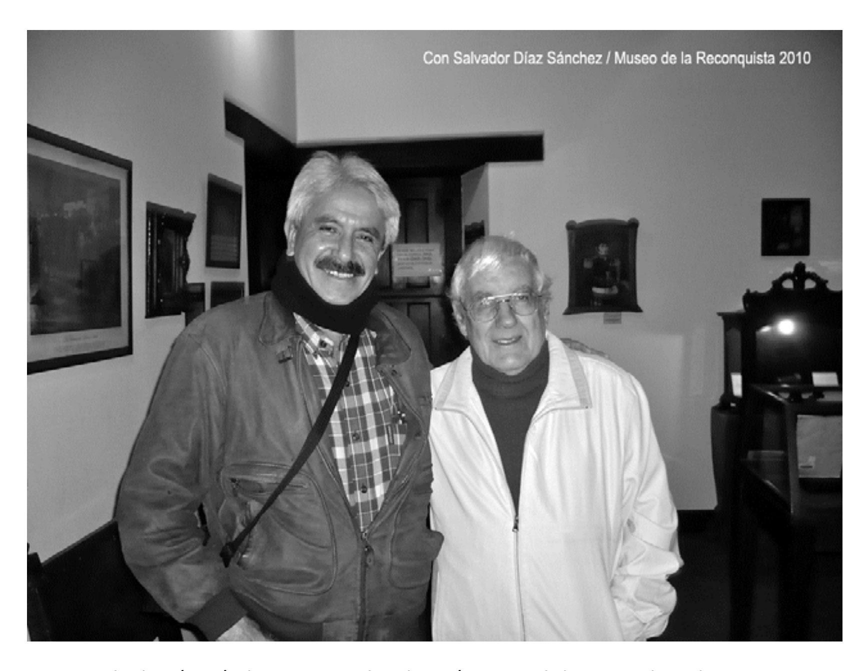
Carrasco 74, Col. Toriello Guerra. Tlalpan C.P. 14050. D.F.
tels. (52 55) 5528 0797, 5606 73 76 • www.contraelsilencio.org • coordinacion@contraelsilencio.org festival@contraelsilencio.org

LES CONVIDO DE MI DOCUMENTAL "GREGORIO ECHEVERRÍA: HIJO DEL VERBO Y LA POESÍA"

En un mundo donde escasea el ingenio, la originalidad, lo extraordinario; y lo opaco perdura doquiera volteamos la vista, es un remanso conocer personas que te aportan luminosidad y fábulas, te enseñan a vivir. Alguien de tal trapío es mi amigo argentino Gregorio Echeverría, talentoso escritor, lentísima persona. Cuando cumplió 75 años le hice un breve homenaje en un documento audiovisual. Ahora cumple 78 años (¡Felicidades Gregorio!), con ese pretexto los invito a ver este documental que filmé durante una estancia de siete días en Argentina:

GREGORIO ECHEVERRÍA, hijo del verbo y la poesía www.youtube.com

"Y lo que pasa es que me descubro, en la casa de mi hermano Gregorio Echeverría, donde el ritual del mate se cumple como si estuviéramos cebándolo en las praderas rioplatenses rodeados de cuacos, guitarras, vigüelas y gente de juerza acreditada pal cuchillo que apacigua sus demontres con el conjuro del malambo y las coces de sus boleadoras, y me topo con un trinchón que, al igual que yo, no puede medir su vida con pesos y centavos sino con utopías y sueños justicieros, con verbo de alto voltaje, de mucho nervio y mayor ingenio, que combustiona las conciencias con el arma de sus versos insumisos, hecho no menor, por lo cual me siento halagado que me haya procurado con su amistad y franqueza el favor de su privanza, y quizá también porque convengamos en otra cosa: somos parte del mismo árbol, selecto grupo de locos, que lucha contra la corriente, y que esto exige siempre el estar más preparados. Y bueno, volviendo como el gaucho, corcoveando el potro por los comienzos de este relato, todo viene a razón porque durante una visita por una semana a la tierra de los gauchos, durante dos días filmograbé a Gregorio y de ahí este documental a propósito de sus 50 años como escritor." [Posted 21 ABR 2012 at 2:48 FB].



Salvador Díaz Sánchez con Gregorio Echeverría; Museo de la Reconquista, Tigre 2010.

```
From: Gregorio Echeverria <tigre2000x@2000x.com.ar>
Date: Wed, 05 Sep 2012 02:27:27 -0300
To: <embajada@embajadaargentina.mx>
Subject: A nuestra Embajadora atentamente
```

Querida Embajadora:

En primer lugar, agradecer su apoyo a la difusión del material documental del Festival “Contra el Silencio Todas las Voces”, durante el pasado mes de mayo.
Que incluyó entre las producciones presentadas el corto Gregorio Echeverría, hijo del Verbo y la Poesía, del documentalista texcocano y amigo del alma Salvador Díaz Sánchez.

Y además hacerle saber que acabo de recibir el Primer Premio en el II Certamen Internacional de Poesía de Nogarejas (León, España).

Un cordial saludo, con mis sinceros augurios de una gestión exitosa. Gregorio Echeverría

Apéndice 12 / Declarada de interés municipal la obra literaria del autor.



INTENDENCIA MUNICIPAL
DE
TIGRE

CORRESPONDE EXPTE. 4112-55332/12

TIGRE, 28 NOV 2012

VISTO:

La importante trayectoria cultural del escritor Don Gregorio Echeverría, radicado en Tigre desde hace 18 años, y,

CONSIDERANDO:

Que este Departamento Ejecutivo comparte en un todo la propuesta de la Unidad Administrativa Agencia Cultura Tigre de declarar dicha obra de Interés Municipal, atento los antecedentes obrantes a fs. 1/28 del expediente 4112-55332/12.

Por ello, el Intendente Municipal del Partido de Tigre en uso de sus atribuciones

DECRETA

ARTÍCULO 1.- Declárase de Interés Municipal la obra del escritor Gregorio Echeverría.

ARTÍCULO 2.- Refrende el presente Decreto el señor Secretario de Gobierno.

ARTÍCULO 3.- Dése al Registro Municipal de Normas. Publíquese en el Boletín Oficial de la Municipalidad de Tigre. Notifíquese y cúmplase por la Unidad Administrativa Agencia Cultura Tigre.

DGD
LRT
D3212
211112

Eduardo Cergnul
Secretario de Gobierno

Sergio Massa
Intendente Municipal

DECRETO Nº 1583

Jesica Frías y otros miembros del Taller de l(a)raña que coordina Marina Raña en la Biblioteca Popular Ricardo Rojas, generan en 2012 una movida para impulsar y difundir la obra literaria de Gregorio Echeverría, participante del Taller por quinto año consecutivo. Con firmas de más de un centenar de vecinos se hace llegar esta inquietud a la entonces Subsecretaría de Cultura -hoy Agencia de Cultura Tigre- que recibe la cuestión con interés. Habiendo aportado la parte solicitante un *dossier* con detallados antecedentes y documentación correspondiente, se abre el Expediente 4112-55332 /12, que culmina con el Decreto 1593/12, cuya parte resolutiva expresa:

"Declárase de Interés Municipal la obra del escritor Gregorio Echeverría".



El autor, con Marina Raña, Jesica Frías y Cristina González, en la Biblioteca Popular Ricardo Rojas, sede del Taller de l(a)raña.

TEXTO DEL PEDIDO SUSCRIPTO POR LOS VECINOS

Los abajo firmantes, vecinos del Partido de Tigre, manifiestan su apoyo a los considerandos de la presente Solicitud, que son de público conocimiento y a continuación se detallan:

- El escritor Gregorio Echeverría, oriundo de Rosario, provincia de Santa Fe, reside desde hace 45 años en la provincia de Buenos Aires, los últimos 20 años en Tigre.

- Su actividad literaria se remonta al año 1961, en que la revista *Octógono*, editada por la Universidad Nacional del Litoral, publica su cuento *Marcado*. En 1966 recibe la primera distinción, por parte de ASDE Asociación Santafesina de Escritores.

- La totalidad de su obra escrita a la fecha incluye 43 libros entre novela, cuento, poesía y ensayo. Más alrededor de cien artículos literarios y notas periodísticas, publicados en distintos medios del país y asimismo en Internet. Excepto dos de sus libros, premiados en Rosario, uno premiado en Córdoba y ediciones parciales de sus textos premiados en Argentina, Cuba y España, el resto de su producción permanece inédito.

- Parte de estos textos se difunde a través de Internet, en páginas literarias de nuestro país y del extranjero (Estados Unidos, Colombia, El Salvador, México, Reino Unido y España). Ha sido jurado de premios literarios municipales, provinciales y nacionales. Ha participado de salones literarios y ofrecido charlas y conferencias en nuestra Provincia y en localidades del interior. Críticos argentinos y extranjeros consideran con respeto el valor de sus textos.

- A lo largo de estos 50 años ha recibido cerca de un centenar de premios y reconocimientos en el país y en el exterior (Estados Unidos, Cuba, México y España).

Atendiendo a lo expuesto, los suscriptos solicitan a las autoridades del Municipio de Tigre:

1. Se considere de interés municipal la obra literaria del escritor Gregorio Echeverría.

2. Se provean los medios para que pueda continuarla, publicarla y consolidarla.

Tigre, mayo de 2012

Apéndice 13 / Magia de la Palabra, taller abierto en Don Torcuato.



Magia de la palabra
Taller literario abierto

Coordina
Marina Raña

Expone
Gregorio Echeverría

Panel
Miembros de los Talleres Literarios municipales que coordina Marina Raña (Bibliotecas Populares Ricardo Rojas, Mariano Moreno, Ricardo Güiraldes y José Ingenieros)

Objetivos
Lectura y discusión de textos del autor,
cuya obra ha sido declarada de interés municipal, por Decreto 1593/2012.

Nivel
- Adultos: sin restricciones.
- Menores: estudiantes de 4o y 5o años.

Formato
Mesa redonda interactiva entre el público, un panel de talleristas y el autor.

Información adicional
http://www.2000x.com.ar/Paneles/Gregorio_Echeverria.pdf
http://www.2000x.com.ar/Cultura2000x/Cultura1303.html

Sábado 29 de junio de 2013 / 16:30
SUM Delegación Municipal Don Torcuato / Estrada 1150

Entrada libre / Se entregan Certificados de Participación

Informes
4741-4944 bpjoseingenieros@gmail.com

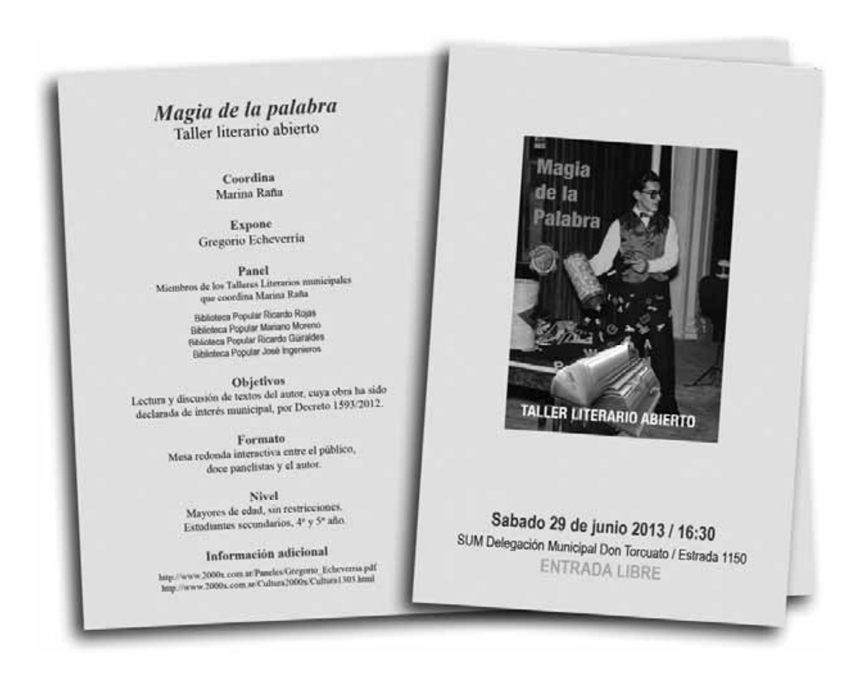
Invitación cursada por la Biblioteca Popular José Ingenieros

"A partir de los hechos [promulgación del Decreto Municipal 1593/12], Marina Raña —haciéndose cargo del sentido de este reconocimiento— incluye en su programa de trabajo de los talleres municipales que funcionan en la Biblioteca Popular José Ingenieros y la Biblioteca Popular Mariano Moreno —ambas de la localidad de Don Torcuato— el estudio de dicha obra. Fijándose asimismo una fecha tentativa para la realización de un Taller Abierto, en el SUM de la Delegación Municipal de Don Torcuato.

El presente Apunte pretende aportar una base mínima para el desarrollo de estas actividades. En sintonía con el mismo Proyecto, el autor ha donado a ambas Bibliotecas, ejemplares de sus tres libros publicados hasta la fecha y diversas antologías argentinas y extranjeras que incluyen parte de sus textos premiados. La obra completa de Gregorio Echeverría contabiliza cuarenta y tres títulos, entre Cuento, Poesía, Novela y Ensayo. Y acredita —a partir de la publicación en marzo de 1961 de su cuento *Marcado* en la revista *Octógono*, de la Facultad de Ingeniería Química (UNL)— cincuenta y dos años sostenidos de actividad literaria. Tigre, marzo de 2013."

[GE; *Magia de la palabra*, edición del autor, marzo 2013, 88 páginas[12]]

[12] Un extracto de este Apunte, conteniendo 15 textos, es editado como material de trabajo con el título de *Fascículo*, por la Biblioteca Popular José Ingenieros de Don Torcuato, Tigre.



Díptico recordatorio editado por la Biblioteca Popular José Ingenieros.



El autor, con las panelistas Marina Raña y Jesica Frías.

Inconfundible

Primero llegó su perfume. Cómo describirlo. Todo un bosque de arrayanes y batallones de avispas de panza negra y amarilla libando miel y desparramando en el aire ese aroma entre dulzón y agrio. Y de inmediato aquella música que no era precisamente música. Como un ejército de grillos afinando sus violines y otras tantas chicharras agarradas a la corteza y vibrando los élitros al compás. Entonces sus colores desplegados desde las nubes hasta las alfombras de trébol y los colchoncitos de musgo. Todo sonando junto en una sinfonía de luces, sonidos y perfume. Nadie dijo de quién se trataba ni para quién llegaba. Pero supe que a pesar del disimulo y el olvido era ella. La de siempre. ▮

[GE / Biblioteca, miércoles 24 de agosto 2011]





Vistas parciales de panelistas y público.

En la esquina de mis manos y tu olvido

A la vuelta del quiosco de girasoles azules. Nada más bajar del olmo de cartulina plisada y a medida que se desciende, llenarse los bolsillos de pochoclo. El tronco del olmo está tallado a cepillo de dientes en forma de escalera de corazones. Bueno, de escalera de caracol. Quién diría que un caracol fuera más transitable que un corazoncito. Ah, si los caracoles fueran menos transitables y un poco más masticables. Es que si me mastico un corazón puedo terminar mal. Por ejemplo al pie del árbol me puede estar esperando un gendarme. Y cómo explicarle a un policía todo esto esto de los corazones y los caracoles. Detenido y condenado por canibalismo. Santo Dios… ▮

[GE / Biblioteca, miércoles 24 de agosto 2011]

Apéndice 14 / El Fondo Municipal de las Artes de Tigre subsidia la edición de *Noche en el Sábalos*.

Otro emergente del Decreto 1593/12, en línea con el espíritu de su promulgación, es el apoyo económico que el Fondo Municipal de las Artes de Tigre ofrece a Gregorio Echeverría para hacer pública parte de su obra. *Noche en el Sabalos* es la elegida por el propio autor, por razones que se expresan en las primeras páginas del libro, que ya está maquetado y listo para pasar a la etapa de impresión en enero del año próximo.

Ricardo Rojas, diciembre de 2013



Municipio de Tigre
Agencia de Cultura
Fondo Municipal de las Artes

TIGRE MUNICIPIO

Certificamos que

Gregorio Andrés Echeverría

Ha sido beneficiado con el Subsidio del Fondo Municipal de las Artes 2013 según decreto N°1696/3

Daniel E. Fariña
Director Ejecutivo
Agencia de Cultura Tigre

Julio Zamora
Intendente
Municipio de Tigre

12/2013
Fecha

TIGRE MUNICIPIO | AGENCIA DE CULTURA

Certificación del subsidio otorgado por el Fondo Municipal de las Artes.



CHEQUE SERIE QB82061771 $**********12.000.00

TIGRE 16 DIC 2013

PAGUESE A ECHEVERRIA, GREGORIO ANDRES NO A LA ORDEN

LA CANTIDAD DE PESOS DOCE MIL

Banco de la Provincia de Buenos Aires

014-047-1648 7
82061771 8
05138169284 5

CTA.: 5138-16928/4 (12/03) CAZON 000/514 TIGRE (1648)
MUNICIPALIDAD DE TIGRE-EJERCIC
CUIT 30-99928489-9 MUNICIPALIDAD DE TIGRE

SUCURSAL TIGRE
DOMICILIO DE PAGO: AV CAZON 1279 Y ALBARELLO- (1648)-TIGRE-BUENOS AIRES

M. MARGARITA SMACHETTI
Tesorera Municipal

Florencia Jalda
Secretaria de Economía y Hacienda

H11-VII/13

Finalmente, el cheque. Abajo: El Talar Noticias Nº 171, diciembre 2013.

I Concurso Literario "Delta argentino"





Gregorio Echeverría "Una vez más el Taller de l(a)raña sale de su cueva para compartir textos y experiencias. Al caer la tarde nos encontramos en el Museo de la Reconquista para conocer el fallo del I Concurso Literario "Delta argentino". Marina, Cristina, Jesica y yo. Las hortensias y el ámbito colonial del lugar nos pusieron en clima para enterarnos del alcance y la repercusión del certamen. Como suele suceder, alguna presencia que suma, como Juan Vitali, cuyo excelente decir realzó la calidad de un par de poemas premiados. Buenos de verdad, al margen de la lectura de Juan.

Tigre continúa destacando a aquellos artistas que despliegan todo su potencial artístico. En esta oportunidad, por haberse destacado en el I Concurso Literario de Cuento y Poesía, que llevó adelante el Museo Sarmiento, dependiente de la Agencia de Cultura, el Programa Radial La Colectiva del Delta y la Filial Delta de la SADE (Sociedad Argentina de Escritores). Se presentaron concursantes de numerosas localidades de todo el país, lo cual le ha dado un gran alcance nacional por tratarse de un primer certamen.
En el caso del Partido de Tigre hubo mayor presencia de concursantes del Delta y de Don Torcuato, pero también de las otras localidades del partido. Fuera de Tigre, participaron escritores del resto de la provincia de Buenos Aires (La Plata, General Belgrano, Vicente López, Azul, Ramallo, Martínez, Berazategui, San Miguel, Trenque Lauquen, Paso del Rey, San Isidro, Malvinas Argentinas, Maschwitz, Ramos Mejía, Ituzáingo, Tandil, José León Suárez, Zárate, Lomas de Zamora, San Antonio de Areco, San Martín, San Justo, Tres de Febrero, Sarandí, Hurlingham, Caseros, Arroyo Dulce, Olavarría, Burzaco, Villa Martelli, Villa Adelina, Beccar, Escobar, Florida), CABA, Chubut (Trelew), Santa Fe (Cañada de Gómez, Santa Fe, Crucellas, Salto Grande, Las Rosas, Rosario, Venado Tuerto, San José del Rincón), Mendoza (Chacras de Coria), Entre Ríos (Diamante, Victoria, Paraná), Córdoba (Marcos Juárez, Villa María), Corrientes (Corrientes) y Chaco (Barranqueras).

Gregorio Echeverría - *desde L. Camelo* -

Noche en el Sábalos
Gregorio Echeverría recibe un subsidio del Fondo Municipal de las Artes para la edición.

El autor, cuya obra literaria ha sido declarada de interés municipal por la Intendencia de Tigre en noviembre de 2012, recopila en este volumen de 320 páginas, textos y poemas relacionados con su experiencia en la vida isleña. Vinculada además con sus ancestros marineros, una vocación desoída y su imagen casi mitológica de la isla como una construcción que tiene bastante que ver con el Paraíso Perdido y asimismo con una Tierra Prometida. Fotografías y una docena de apéndices documentan lo que según sus propias palabras, intenta devolver a los vecinos de Tigre -en especial a quienes en su momento lo apoyaron este reconocimiento con más de un centenar de firmas- una visión poco convencional y fuertemente emotiva de la cuestión. Emotiva y al mismo tiempo elocuente y agradecida.
ET: ¿Por qué este libro ahora, Gregorio?
GE: No hay una única razón, Ernesto. Acaso respondiendo a alguien que me dijo hace un par de años que no cabían reconocimientos porque mi obra no habla de Tigre.
ET: ¿Sos tan vasco como para ponerte a escribir un libro porque alguien te sale al cruce?
GE: Ya lo ves.
ET: Una vez dijiste que no te gusta escribir por encargo.
GE: Es verdad, no me gusta. *Noche en el Sábalos* es una recopilación de textos que giran alrededor de un solo tema: la vida junto a la Naturaleza.
ET: ¿Cómo sería esto, Gregorio?
GE: *Noche en el Sábalos* es un relato escrito alrededor de 1990, tratando de recuperar vivencias de una isla en el arroyo Sábalos, entre 1986 y 1988.
ET: ¿Qué tuvo de especial para vos?
GE: Que fue la concreción de un deseo que venía arrastrando desde quién sabe cuándo.
ET: ¿De veras no lo sabés?
GE: Supongo que en lo inmediato, una añoranza muy concreta de los años vividos en Santa Fe, al lado de la laguna Setúbal y del río Colastiné y también del Salado.
ET: ¿Eso sería todo, Gregorio?
GE: Seguro que no Ernesto. Mucho más atrás habría que rastrear la historia de mi abuela materna y mis bisabuelos pescadores, en una ría gallega. De mis ocho bisabuelos no todos fueron pescadores, por cierto. Pero por el lado de alguno de ellos viene la cosa.
ET: ¿Y entonces?
GE: Nada… o muy pocos. Unos versos.

dando resuello a los
resucitados huesos me
acuclillo
presto a tejer mi propia
barredera y relingar mis
cabos
una gaviota afiebrando mi
frente con la señal del
ángel
exorciza todo lo gris y mis
cangrejos.

GE / Ricardo Rojas, diciembre 2013

Fondo Municipal de las Artes

La Agencia de Cultura del Municipio de Tigre sigue fomentando la difusión del arte, y por eso, se hizo concesión de apoyos económicos a artistas, docentes y directores locales, afines a las distintas actividades culturales. Teatro, música, cine y literatura son algunas de las prácticas artísticas beneficiadas en esta ocasión. El acto de entrega en cuestión se realizó en el Museo de la Reconquista, en Tigre Centro.

Con ese propósito, el intendente Julio Zamora, declaró: "Este fondo se creó para ayudar a los artistas locales, para fomentar la cultura de Tigre, en casos que realmente lo ameritan por la calidad y los objetivos que tiene de la actividad. De esta manera, seguimos colaborando con distintas propuestas que valen la pena, ayudando a los vecinos, para que todas las expresiones culturales puedan canalizarse a través de la Agencia de Cultura y contar con el respaldo institucional".
"Cualquier vecino o grupo de personas puede presentar su proyecto para acceder a un estímulo económico, éste es evaluado y, a fin de año, una parte del fondo le es asignada para seguir adelante con su actividad", finalizó Zamora.

Mientras que Daniel Fariña, director ejecutivo de la Agencia de Cultura municipal, destacó: "Esta iniciativa la llevamos adelante desde hace tres años y se destina a apoyar a los artistas locales. Para nosotros es una alegría, porque –por ejemplo- colaboramos con jóvenes que van a estudiar y perfeccionarse en el arte, además ayudamos a distintas compañías de teatro, de música y demás proyectos".
Por su parte, Carla Curia, vecina de Tigre, cantante lírica reconocida nacionalmente y beneficiada por el Fondo Municipal de las Artes, reconoció la importante ayuda que recibe: "Para mí es fundamental esta colaboración que me brinda el Municipio de Tigre, porque me permite continuar con mis estudios, en la escuela de canto del Teatro Colón. Las clases de técnica vocal son muy costosas y gracias al municipio puedo seguir con mi carrera. Estoy muy agradecida. Desde hace algunos años, Tigre viene mostrando un enorme interés por la cultura local".
Precisamente, la soprano acompañó la jornada con dos interpretaciones líricas y el payaso "Palmito", también beneficiado y vecino del Delta, realizó un show para los más chicos.
El Fondo Municipal de las Artes fue creado en 2010, con el objetivo de colaborar con los artistas y la cultura local, sea en



propuestas públicas, impulsadas por el Municipio de Tigre, o privadas (institutos, escuelas, compañías teatrales o artistas). Su capital surge de una tasa que se percibe de los espectáculos en Tigre y sólo se destina a causas afines. Actualmente, Bahía Blanca, Venado Tuerto (Santa Fe) y Tigre, son los únicos distritos que cuentan con una iniciativa de este estilo para fomentar el arte local.
Entre otras cosas, el fondo permitió reconstruir los Teatros Hindú y Pacheco, realizar el Tigre Rock Festival en los últimos tres años y por supuesto, respaldar a los diversos proyectos culturales en el distrito. En esta oportunidad, algunos de los proyectos agraciados fueron: la Academia de Cine de la Biblioteca Popular y Museo Leonardo Favio, la compañía teatral "La Zopenca", la escuela de música "Eduardo Mateo", la Casa de las Artes Tacuarí, la Escuela SB Nº 46 Río Carapachay de la Isla; y la Orquesta de Música Latinoamericana Ricardo Carpani.
Acompañaron la jornada, los siguientes funcionarios municipales: Alejandra Nardi, presidente del HCD; los concejales Rodrigo Molinos y Verónica Caamaño; Florencia Jalda, secretaria de Economía y Hacienda; Emiliano Mansilla, subsecretario de Faltas; y Alejandro Moyano, director general de Promoción e Inclusión Cultural.

Nº171 - El Talar noticias - Año XIII - Página 3

Distinciones

2013

- Finalista I Certamen Literario Nacional “Delta Argentino” / Tigre (BA) 2013.
- Primer Premio en Poesía Certamen Literario “Barracas al Sud”, Avellaneda (BA).

2012

- Primer Premio II Certamen internacional de Poesía de Nogarejas / León-España.

2011

- Mención honorífica II Certamen Internacional de Relato “Conrada Muñoz” / Fundación Sociedad y Justicia / Granada, España.

2010

- Accésit V Premio Internacional de Relato “Peña Taurina Félix Rodríguez” de Santander, España.
- Mención (2) Juegos Florales Nacionales UCU 2010 / Universidad de Concepción del Uruguay, Argentina.
- Primer Premio XXVI Certamen Municipal de Literatura “Luis José de Tejeda” / Municipalidad de Córdoba, Argentina.

2009

- Primer accésit XIV Certamen Internacional de Cuento “Santoña… la mar” / Cantabria, España.
- Seleccionado para edición I Certamen de Cuentos cortos “Del Cordobazo” / Casa de los Trabajadores, Córdoba, Argentina.
- Accésit XIII Premio Internacional de Cuento “Universidad de La Laguna” / Tenerife, España.

2008

- Primer Premio I Certamen nacional de Narrativa sobre cultura helénica / SADE-Asociación Cultural Helénica NOSTOS, ciudad de Buenos Aires.
- Finalista XXV Premio Internacional de Poesía “Ciudad de Zaragoza” / Ayuntamiento de Zaragoza, España.
- Mención “En la masmédula” II Concurso nacional de Poesía Oliverio Girondo / Martínez, BA.
- Tercer Premio en Cuento, V Bienal de Literatura Barracas al Sud / Avellaneda, BA.
- Jurado Premio Literario Ciudad de Martínez / Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia.
- Mención en Poesía Premio Nacional de Literatura Tres de Febrero 2008.
- Primer Premio en Cuento Premio Nacional de Literatura Tres de Febrero 2008.

2007

- Primer Premio Poesía XXI Certamen Internacional “Atilio S. Giraudo” / Biblioteca Pública Municipal Bartolomé Mitre de Arrecifes, BA.
- Cuarto Premio Poesía XIV Concurso “Leopoldo Marechal” / Dirección de Cultura de Morón, BA.
- Accésit I Certamen Internacional “Vivencias” / Ediciones Orola, Madrid-San Sebastián.
- Primer Premio Municipal de Poesía “Felipe Aldana” / Editorial Municipal de Rosario.

2006

- Primer Premio XXIII Certamen Internacional de Poesía "Ciudad de Zaragoza" / España.
- Mención 150º Aniversario de Esperanza / Movimiento Esperancino Letras, Santa Fe.
- Primer Premio Especial XIX Certamen Internacional de Poesía "Tiflos" 2006 / ONCE Organización Nacional de Ciegos de España.
- Mención XV Certamen Nacional de Narrativa "Los poetas del Encuentro de Villa Ballester", BA.
- Segundo Premio VIII Certamen Internacional de Poesía "Andrés García Madrid" / Ateneo 1º de Mayo, CCOO Comisiones Obreras de Madrid, España.
- Mención V Concurso Nacional de Cuento "Asociación Arte y Cultura de Merlo", BA.
- Mención V Concurso Nacional de Poesía "Asociación Arte y Cultura de Merlo", BA.
- Primer Premio IV Concurso Nacional de Cuento "Malvinas Argentinas" / Biblioteca Popular Héroes de Malvinas, Lobos, BA.
- Primer Premio V Certamen Internacional de Cuento "Dr. Néstor Hugo Brizuela" / Asociación de Poetas y Escritores de Aimogasta (APEA), prov. de La Rioja.
- Distinción al Mérito Literario "Dr. Néstor Hugo Brizuela" 2005 / APEA, Aimogasta.
- Primer Premio III Certamen Internacional de Relato Corto Taramela 2006 / San Miguel de Abona, Tenerife (España).
- Finalista I Certamen Internacional de Poesía Revista Axolotl 2005, Méjico.
- Accésit I Concurso Internacional Asociación Cultural "Peña Taurina Félix Rodríguez" / Santander (España).
- Segundo Premio VII Certamen Internacional de Cuento "Rotary Club" / City Bell, BA.
- Distinción al Mérito Literario Municipalidad de Tigre (Delegación Ricardo Rojas), BA.
- Mención I Certamen Nacional de Literatura Premio Publicación / San Nicolás, BA.
- Distinción al Mérito Literario / Centro Cultural y Biblioteca Popular El Talar, BA.
- Jurado Juegos Florales Juglarescos "San Isidro" 2006, BA.
- Mención en Cuento Premio Nacional de Literatura Tres de Febrero 2006, BA.
- Segundo Premio I Certamen Provincial de Narrativa Ficción "Ciudad de Rosario" 2006 / Editorial Municipal de Rosario, Santa Fe.
- Segundo Premio Cuento "90º Aniversario Biblioteca Popular D.F. Sarmiento" / Tigre, BA.
- Jurado I Certamen de Poesía "Alfonsina Storni" / Biblioteca Popular El Talar, BA.
- Mención III Premio Nacional "Leonardo Castellani" / Reconquista, prov. Santa Fe.
- Primer Premio Nacional de Poesía Biblioteca Madre Teresa 2006 / Virrey del Pino, La Matanza, BA.
- Seleccionado Premio Nacional Literatura Tres de Febrero 2006 Poesía y Cuento, Caseros, prov. BA.
- Seleccionado I Certamen Nacional "Las Letras y el Dibujo" / Secretaría de Cultura de la Nación y Fundación Deloitte.

2005

- Primer Premio Especial en Cuento "XV Certamen Internacional Tiflos" / ONCE Organización Nacional de Ciegos de España.
- Semifinalista I Premio Internacional de Poesía "Paseo en Verso" / Querétaro, Méjico.
- Mención Especial en Castellano / Premios Literarios Ciudad de Sant Andreu de la Barca, Barcelona, España.
- Finalista Premio Internacional de Poesía "Desiderio Macías Silva" / Guanajuato, Méjico.
- Primer Premio "II Certamen Internacional de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid" / Fundación Juan Muñiz Zapico, CCOO Asturias – Bruselas.
- Segundo Premio Poesía "Oliverio Girondo" / SADE Delta Bonaerense, BA.
- Primer Premio Cuento "Horacio Quiroga" / SADE Delta Bonaerense, BA.

2004

- Segundo Premio "XII Certamen Internacional de Relato Corto Ateneo 1º de Mayo" / CCOO Comisiones Obreras de Madrid, España.
- Segundo Premio en Cuento "I Certamen Nacional Macedonio Fernández" / Círculo Médico Lomas de Zamora, BA.
- Finalista "I Certamen Internacional de Microrrelatos Mineros Manuel Nevado Madrid" / Fundación Juan Muñiz Zapico, Asturias (España) - Bruselas (Bélgica).
- Finalista Premio "Vivir" / Escuela de Enfermería, Universidad de Alicante, España.
- Mención Especial a la Mejor Participación Latinoamericana I Certamen Internacional "Todos somos diferentes" / Civilia Fundación de Derechos Civiles - Asamblea Juvenil por los Derechos Civiles, Madrid, España.

2003

- Primer Premio "XIX Concurso Internacional de Cuentos Universidad Popular de Mazarrón-Antonio Segado del Olmo" / Murcia, España.
- Mención Premio Internacional de Poesía "Videncia" / Ciego de Ávila (Cuba).

1990

- Tercer Accésit en Cuento "Querido Borges IV" / Liceo Internacional de Cultura, Hollywood, USA.
- Distinguido como Ciudadano Meritorio de la Ciudad de Los Ángeles, USA, por *Forever and Never* (Querido Borges IV).
- Único finalista (no premiado) Casa de las Américas / La Habana, Cuba.
- Primer Premio al Pionero del Taller / Taller Literario del Centro de Salud Mental Manuela Pedrazza, ciudad de Buenos Aires.
- Primer Premio a la Expresión Literaria / Taller Literario del Centro de Salud Mental Manuela Pedrazza, ciudad de Buenos Aires.

1987

- Primer Premio en Poesía "Círculo de Profesionales Argentino-Árabe" / Santa Fe.
- Primer Premio en Cuento "Círculo de Profesionales Argentino-Árabe" / Santa Fe.
- Premio "Cuentos del Litoral" / SADE Santa Fe.
- Primer Premio en Poesía "Certamen Hugo Mandón", SADE Santa Fe.

1985

- Primer Premio "Poesía contra el fascismo" / SARCU (Sociedad Argentina de Relaciones Culturales con la Unión Soviética), ciudad de Buenos Aires.

1984

- Mención en Poesía "Certamen Hugo Mandón" / SADE Santa Fe.

1981

- Premio en Cuento Certamen Provincial "Manuel Gálvez" / SELP Sociedad de Escritores de La Plata.
- Segunda Mención en Cuento "Certamen Literario Internacional Benito Lynch" / Biblioteca Popular Cornelio Saavedra, CABA.

1980

- Segunda Mención en Poesía “IV Certamen IDEA Integración Cultural, desde San Rafael al país”, prov. Mendoza.
- Mención Especial en Cuento “IV Certamen IDEA Integración Cultural, desde San Rafael al País”, prov. Mendoza.
- Mención en Poesía “Premio Provincial Roberto Themis Speroni” / SELP La Plata.

1979

- Gran Premio de Honor de Poesía “III Certamen IDEA Integración Cultural, desde San Rafael al país” / prov. de Mendoza.
- Primer Premio Nacional de Poesía “Asociación de Residentes” / Mar del Plata, BA.
- Primer Premio en Ensayo “Carlos Casado del Alisal” / Secretaría de Estado de Cultura.
- Primer Premio en Poesía “Carlos Casado del Alisal” / Secretaría de Estado de Cultura.

1978

- Primer Premio I Certamen Literario “Esteban Echeverría” (cuento) / Esteban Echeverría, BA.
- Mención en Cuento Concurso “Manuel Gálvez” / Sociedad de Escritores de La Plata.
- Primer Premio (poesía) / VIII Fiesta de las Letras / Almirante Brown, BA.
- Primer Premio de Poesía “Universidad de Belgrano” / Ciudad de Buenos Aires.
- Primer Premio “I Certamen de Poesía Rosalina F. de Peirotén” / ASDE Santa Fe.
- Primer Premio en Cuento “Ciudad de Santa Fe” / Asoc. Amigos Biblioteca Municipal.
- Primer Premio en Poesía “Ciudad de Santa Fe” / Asoc. Amigos Biblioteca Municipal.
- Primer Premio de Poesía “Alfonsina Storni” / Biblioteca Popular Cornelio Saavedra, ciudad de Buenos Aires.
- Premio Provincial de Literatura “Alcides Greca” (narrativa) / prov. Santa Fe.
- Mención en Cuento Certamen “Roberto J. Payró” / Dirección de Cultura, prov. de Buenos Aires.
- Mención Especial Certamen Nacional de Cuento SARCU (Sociedad Argentina de Relaciones Culturales con la Unión Soviética), ciudad de Buenos Aires.
- Mención en Poesía “Premio Provincial Themis Speroni” / SELP, La Plata.

1975

- Primer Premio Provincial de Novela “Luis Cané” / Mercedes, prov. BA.
- Segundo Premio Cuento “V Fiesta de las Letras” / Almirante Brown, prov. BA.

1966

- Mención Premio Provincial de Cuento “Mateo Booz” / SADE Santa Fe.

Actualizado 31 de diciembre 2013

Bibliografía editada.

2013

- *Mala estrella* / Auditgraf Ediciones, 1ª ed. diciembre 2013, 320 pp. ISBN: 978-987-33-4088-8.
- *Ya no ser el puñal* / Gaceta Literaria Nº 77- Abril de 2013 - Año VII - Nº 4 http://gacetaliterariavirtual.blogspot.com.ar/
- *Fundación* / Conil de la Frontera, Cádiz, Spain - Revista de poesía y cultura en general / lunes, 1 de abril / http://revistaazahar.blogspot.com.ar/2013/04/fundacion.html

2012

- *Érase una vez una vaca en la noria / éranse unas ubres con historia* / Argenpress Cultural. 17 de marzo 2012. / http://cultural.argenpress.info/2012/03/erase-una-vez-una-vaca-en-la-noria. html.
- *Paradoja del tiempo* / El Talar Noticias, Nº 150, marzo 2012.
- *Peñaloza inmortal* / El Talar Noticias, Nº 150, marzo 2012.
- *Yupanas y vuvuzelas en la Feria del Libro* / El Talar Noticias, Nº 152, mayo 2012.
- *Bibliotecas Populares* / El Talar Noticias, Nº 156, setiembre 2012.

2011

- *La cara del tigre* (fragmento) / El Talar Noticias, Nº 136, enero 2011.
- *50 años en Literatura* / El Talar Noticias, Nº 137, febrero 2011.
- *Obra completa* / CDRom 690Mb edición privada, febrero 2011.
- *Premios con historia* / CDRom 250Mb edición privada, febrero 2011.
- *50 años en Literatura* / Razones de Ser, 23 de mayo 2011 http://www.razonesdeser.com/vernota.asp?d=23&m=5&a=2011&notaid=80825
- *La cara del tigre* / Edit. Municipal de Córdoba, julio 2011, ISBN: 978-987-9129-50-0, 312 pág.

2010

- *Sangre en el palomar, Intriga de Amador, Asunción en el Huerto* / "Antología Poética Argentina I" / Editorial Gaceta Virtual / http://santafens.blogspot.com/
- *Inefable Mœbius* / El Talar Noticias Nº 124, enero 2010.
- *Este negro vacío de mi pecho* / "Antología Narrativa Argentina I" / Editorial Gaceta Virtual / http://anatomoi.blogspot.com/
- *Visión de un escritor contemporáneo* / Plaqueta editada por las Bibliotecas Populares Mota Capdevila (La Carlota) y López Camelo (Tigre), abril 2010.
- *Una charla de Biblioteca a Biblioteca* / El Talar Noticias Nº 127, abril 2010.
- *Todas las voces… todas* / El Talar Noticias Nº 128, mayo 2010.
- *Doscientos años de soledad* / El Talar Noticias, Nº 130, julio 2010.
- *Herbolario está triste* / "V Premio Internacional Asociación Cultural Peña Taurina Féliz Rodríguez" (Santander, España) ISBN 978-84-87616-98-3 84-01234-5-67.
- *Color K* (editorial) / El Talar Noticias Nº 133, octubre 2010.
- *Carpe diem; Diálogo a las puertas de la ciudad; Estreno a sala vacía; Historicidad de los Cristos y Testimonial* / Gaceta Literaria Virtual, http: //gacetaliterariavirtual.blogspot.com/

2009

- *Entre playa, vino y buena lectura* / El Talar Noticias Nº 112, enero 2009.
- *Mama África* / El Talar Noticias Nº 112, enero 2009.
- *El hilo se corta por lo más delgado* / El Talar Noticias Nº 112, enero 2009.

- *Tus cenizas ya empiezan a enfriarse* / “Antología Primer Certamen Literario de temas Helénicos” / Asociación Helénica Nostos, ISBN 978-987-21314-5-6. Ed. Trama, 70 pag. enero 2009.
- *Hedor de la miseria* / Argenpress Cultural. 28 de febrero 2009. http://cultural.argenpress.info/2009/02/hedor-de-la-miseria.html
- *De frutos y semillas* (editorial) / El Talar Noticias Nº 113, febrero 2009.
- *Sin cruces y sin lápidas* [et alt] / Contrapunto (El Salvador, Centroamérica), ed. 102 (2-8 marzo 2009).http://www.contrapunto.com.sv/index.php?option=com_content&view=article&id=153:miseria blues&catid=60:cultura-artes&Itemid=73
- *Miseria blues* / Razones de Ser (Coahuila, Méjico), ed. 20 de marzo 2009. http://www.razonesdeser.com/vernota.asp?d=20&m=3&a=2009&notaid=60054.
- *Apenas ese resplandor* / El Talar Noticias Nº 114, marzo 2009.
- *Sin cruces y sin lápidas; Arreando sus búfalos; Cachacos turbulentos; Caída de las bolsas y Davos intemperata* / Contrapunto Prensa Digital, El Salvador, edic. 15-20 marzo 2009. http://www.contrapunto.com.sv/index.php?option=com_content&view=article&id=153:miseriablues &catid=60:cultura-artes&Itemid=73
- *Los caminos de la memoria* / El Talar Noticias Nº 114, marzo 2009.
- *El tigre tiene que morir /* “Premio Nacional de Literatura 2008-Poesía y Cuento” / Oficina Municipal de Letras-SADE 3 de Febrero, 220 pag. ISBN: 978-987-24558-4-2.
- *Sin cruces y sin lápidas; Hoy puede ser un gran día; Sin mapas y sin brújulas /* “Premio Nacional de Literatura 2008-Poesía y Cuento” / Oficina Municipal de Letras-SADE 3 de Febrero, 220 pag. ISBN: 978-987-24558-4-2. Dirección de Cultura 3 de Febrero, marzo 2009.
- *El arte de desinformar* (editorial) / El Talar Noticias Nº 115, abril 2009.
- CV y Bibliografía / http://www.redescritoresespa.com/E/echeverriagregorio.htm
- *Si el voto cambiara algo, sería ilegal* (nota de tapa) / El Talar Noticias Nº 116, mayo 2009.
- *El pueblo quiere saber* (editorial) / El Talar Noticias Nº 116, mayo 2009.
- *Casa Haroldo Conti, un triunfo de la memoria /* El Talar Noticias Nº 117, junio 2009.
- *Aquí no pasa el tiempo;* Gacetilla del Área de Minas, Universidad de Jujuy, Facultad de Ingeniería, año III Nº 73, 30 de junio 2009, pág. 24. http://www.fi.unju.edu.ar/component/option.com_docman/task,doc_view/gid.80/.
- *Ricardo San Esteban, el fuego inteligente /* El Talar Noticias Nº 117, julio 2009.
- *Sin Industria no hay Nación /* El Talar Noticias Nº 119, agosto 2009.
- *Marionetas;* Gacetilla del Área de Minas, Universidad de Jujuy, Facultad de Ingeniería, año III No 77, 11 de agosto 2009, pág. 24. http://www.fi.unju.edu.ar/component/option,com_docman/task,doc_view/gid,80/.
- *Nubes a barlovento* (fragmento) / El Talar Noticias Nº 119, agosto 2009.
- *Primero las mujeres, los ancianos y los niños* (editorial) */* El Talar Noticias Nº 120, setiembre 2009.
- *Omnisciencia del gran ojo* / Gaceta virtual Nº 33 Set 2009 Año III Nº 9.
- *Un alto en el camino hacia Santiago* / Gaceta virtual Nº 33 Set 2009 Año III Nº 9.
- *Concavidad de la ceniza* / http://lospunosdelapaloma.ning.com/profile/ GregorioAndresEcheverria-Vidal.
- *Luctuoso Chile* / http://lospunosdelapaloma.ning.com/profile/GregorioAndresEcheverriaVidal
- *Marionetas* http://lospunosdelapaloma.ning.com/profile/GregorioAndresEcheverriaVidal
- *Muerte y descomposición del perro* / http://lospunosdelapaloma.ning.com /profile/GregorioAndresEcheverriaVidal.
- *Al llegar la sombra /* Gaceta virtual Nº 35 Set 2009 Año III Nº 11.
- *Coatlicue vuelve a parir* / http://lospunosdelapaloma.ning.com/profile/GregorioAndresEcheverriaVidal
- *Hedor de la miseria* / http://lospunosdelapaloma.ning.com/profile/GregorioAndresEcheverriaVidal
- *Quebrantamiento del Ande* http://lospunosdelapaloma.ning.com/profile/GregorioAndresEcheverriaVidal
- *Distorsión del hierro /* http://lospunosdelapaloma.ning.com/profile/GregorioAndresEcheverriaVidal
- *Dies iræ /* http://lospunosdelapaloma.ning.com/profile/GregorioAndresEcheverriaVidal

- *Miseria blues /* http://lospunosdelapaloma.ning.com/profile/GregorioAndresEcheverriaVidal
- *Inefable Mœbius /* “XII Premio Internacional Julio Cortázar de Relato breve 2009” / Universidad de La Laguna / Santa Cruz de Tenerife / 76 pp. ISBN 13: 978-84-608-0996-8.
- *Un 2009 complicado* (editorial) / El Talar Noticias Nº 123, diciembre 2009.

2008

- *Semana de la memoria* / El Talar Noticias Nº 102, marzo 2008.
- *Sin cruces y sin lápidas* / El Talar Noticias Nº 102, marzo 2008.
- *Cuando los árboles no dejan ver el bosque* / 28 de marzo 2008. http://www.2000x.com.ar/Archivos1/Archivo877.html.
- *Intriga de Amador* / “Poemas Ciudad de Zaragoza 1983-2008” / Servicio de Cultura Zaragoza, España, 1ª edición mayo 2008. 517 pp. ISBN 978-84-8069-471-1.
- *Composición: El 25 de Mayo* / El Talar Noticias Nº 104, mayo 2008.
- *Eva forever* / “Poemas 2008-XXV Concurso de Poesía Ciudad de Zaragoza” / Ayuntamiento de Zaragoza-Área de Cultura y Turismo - Servicio de Cultura / 1ª edición mayo 2008, 215 pp. ISBN 978-84-8069-469-8.
- *Lecciones de escatología* / 26 de mayo 2008 / http://www.2000x.com.ar/Archivos1/Archivo880.html.
- *No confundir gordura con hinchazón* / 4 de junio 2008. http://www.2000x.com.ar/Archivos1/Archivo879.html.
- *Agua grande y amarga* / El Talar Noticias Nº 105, junio 2008.
- *¡Vamos a morir!* / El Talar Noticias Nº 105, junio 2008.
- *¡Vamos a morir!* / junio 2008 / http://www.2000x.com.ar/Archivos1/Ar chivo881.html.
- *¡Vamos a morir!* / http://www.eltalarnoticias.com.ar/img/editorial/23-06-08/El%20Ta_05.pdf.
- *Sin mapas y sin brújula / “*Antología de cuento y poesía 6 - XIV Concurso Leopoldo Marechal” / Dirección de Arte y Cultura, 128 pp. ISBN: 978-987-98796-8-9, Morón 2008.
- *Los charcos* / El Talar Noticias Nº 106, julio 2008.
- *La verdad y la mentira /* El Talar Noticias Nº 106, julio 2008.
- *Petite anáfora alejandrina con resabios de Discépolo* / El Talar Noticias Nº 107, agosto 2008.
- *Petite anáfora alejandrina con resabios de Discépolo* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, agosto 2008.
- *Petite anáfora alejandrina con resabios de Discépolo* / http://www.eltalarnoticias.com.ar/img/cultura/240808/Flash%20cultural%2008.pdf.
- *Un país sustentable* / Industria y Nación, año I Nº 2, setiembre 2008.
- *Subsaharianos /* Argenpress Cultural, 27 de setiembre 2008. http://cultural.argenpress.info/2008/09/subsaharianos.html.
- *Ángel gris del útimo andén* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, octubre 2008.
- *Sin mapas y sin brújula* / “Certamen de Poesía Andrés García Madrid (1999-2008)” / Fundación Ateneo Cultural 1º de Mayo [Comisiones Obreras de Madrid] DL: M-42060-2008, 174 páginas.
- *El tigre tiene que morir* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, noviembre 2008.
- *Este negro vacío de mi pecho /* Certamen de Relatos Cortos Meliano Peraile (2000-2008) / Fundación Ateneo Cultural 1º de Mayo. DL: M-523 05-2998, 302 pag. Madrid, noviembre 2008.
- *Mama África /* Argenpress Cultural, 22 de noviembre 2008. http://cultural.argenpress.info/2008/11/mama-africa.html.

2007

- *¿Qué dicen los astros?* / El Talar Noticias Nº 88, enero 2007.
- *Hoy puede ser un gran día* / “Desde adentro” / SADE Delta Bonaerense, año V-Nº1, marzo 2007.
- *Un hoy que no se olvida de su ayer* / El Talar Noticias Nº 90, marzo 2007.

- *Marcado /* "Premio Nacional de Literatura 2006-Poesía y Cuento" / Oficina Municipal de Letras-SADE 3 de Febrero, marzo 2009.
- *Reflujo bajo el otoño* / "El Tiempo en las Letras y el Dibujo" / Secretaría de Cultura de la Nación-Fundación Deloitte / Tantalia, BA 1ª edic. abril 2007, ISBN 978-987-1339-02-0.
- *Coatlicue vuelve a parir* / Isla Negra http://isla_negra.zoomblog.com/ar chivo/2007/05/17/gregorio-Echeverria-Argentina.html.
- *Un alto en el camino hacia Santiago* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, mayo 2007.
- *Miseria blues* / Isla Negra 3/102 mayo 2007.
- *Insurrección de los tlálocs* / Isla Negra 3/103 mayo 2007.
- *Vigilia del coyote* / Isla negra 3/104 junio 2007 / http://es.geocities.com /folygalan/islanegra.htm
- *Miseria blues* / "Desde adentro" / SADE Delta Bonaerense, año V-Nº 4, junio 2007.
- *nyepes_backup* / "Desde adentro" / SADE Delta Bonaerense, año V-Nº 5, julio 2007.
- *Miseria blues* / Plaqueta editada por Auditgraf, ciudad de Buenos Aires, julio 2007.
- *El guiño* / Señales [diario La Capital] Rosario, 1º de julio 2007.
- *Una sed insatisfecha* / "Desde adentro" / SADE Delta Bonaerense, año V-Nº 6, agosto 2007.
- *Inaborbable espuma* / "Desde adentro" / SADE Delta Bonaerense, año V-Nº 6, agosto 2007.
- *Sin industria no hay Nación* / El Talar Noticias Nº 95, agosto 2007.
- *Sin industria no hay Nación* / Industria y Nación, año I No 1, noviembre 2007.
- *Sangre en el palomar* / Isla Negra 3/110 agosto 2007.
- *Era un jueves de junio* / "Desde adentro" / SADE Delta Bonaerense, año V-Nº7, setiembre 2007.
- *Fábulas de nuestro tiempo* / "Desde adentro" / SADE Delta Bonaerense, año V-Nº7, setiembre 2007.
- *Miseria blues* / Editorial Municipal de Rosario, ISBN 978-987-8267-40-0. 1ª edición octubre 2007.
- *Sábado 22 de enero de 1994* / "Desde adentro" / SADE Delta Bonaerense, año V-Nº 8, octubre 2007.
- *El último latido* / "Antología I Premio Vivencias" / Ediciones Orola SL-Madrid, octubre 2007, 224pp. ISBN: 978-84-923380-5-4.
- *Perfidia del profeta* / "Desde adentro" / SADE Delta Bonaerense, año V-Nº 9, noviembre 2007.
- *Sin cruces y sin lápidas* / El Talar Noticias Nº 98, noviembre 2007.
- *Agua grande y amarga* / "Desde adentro" / SADE Delta Bonaerense, año V-Nº 10, diciembre 2007.
- *Llamado de las islas* / "Antología 2007" / SADE Delta Bonaerense / Ediciones Ocruxaves, San Fernando, diciembre 2007.
- *Juan del valle* / "Antología 2007" / SADE Delta Bonaerense / Ediciones Ocruxaves, San Fernando, diciembre 2007.
- *Topografía de las islas* / "Antología 2007" / SADE Delta Bonaerense / Ediciones Ocruxaves, San Fernando, diciembre 2007.
- *Arboladura del otoño* / "Antología 2007" / SADE Delta Bonaerense / Ediciones Ocruxaves, San Fernando, diciembre 2007.

2006

- *Intriga de Amador* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, febrero 2006.
- *Asunción en el Huerto* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, febrero 2006.
- *Amargor de las despedidas* / El Talar Noticias, año VIII, Nº 77, febrero 2006.
- *Urge tejer* / El Talar Noticias, año VIII, Nº 78, marzo 2006.
- *La mirada distraída* / El Talar Noticias, año VIII, Nº 78, marzo 2006.
- *Sin mapas y sin brújula* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, abril 2006.
- *Instalaciones* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, abril 2006.

- *Hoy puede ser un gran día* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, abril 2006.
- *Marionetas* / “Microrrelatos Mineros-II Concurso Manuel Nevado Madrid” / MADU Ediciones (Asturias, España). 1ª edición marzo 2006 / ISBN: 84-85998-74-2.
- *El guiño* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, BA, abril 2006.
- *El guiño* / El Talar Noticias, año VIII, Nº 79, abril 2006.
- *Mala estrella* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, abril 2006.
- *Latitud 55º Sur* “Antología 5º Concurso Nacional Cuento y Poesía” / Arte y Cultura de Merlo, BA.
- *Nguenechen* / http://revistaaxolotl.com.ar/poe17-7.htm.
- *Los charcos* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, BA, mayo 2006.
- *Era un jueves de junio* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, BA, mayo 2006.
- *Poema para leer a solas* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, BA, abril 2006.
- *Ayes por una tierra herida* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, BA, abril 2006.
- *Sin mapas y sin brújula* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, BA, abril 2006.
- *Miseria blues* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, BA, abril 2006.
- *Como los marineros* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, abril 2006.
- *Frente a este ocaso* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, abril 2006.
- *Virtud de la zanahoria* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, BA, abril 2006.
- *Marionetas* / “Antología Internacional SADE Córdoba 2005” (Cuento Corto), mayo 2006. ISBN: 13 978-987-05-0582-2.
- *Da capo* / “Antología Internacional SADE Córdoba 2005” (Poesía) mayo 2006. ISBN 13 978-987-05-0582-2.
- *Como una penitencia* / I Certamen Taurino de Narrativa Corta Asociación Cultural "Peña Félix Rodríguez" / Edición, Santander 2006. ISBN: 978-84-87616-98-3 / 84-01234-5-67.
- *Doble réquiem para Macrina* / III Premios Literarios Taramela, Ayuntamiento San Miguel de Abona 2006 (Edición pendiente).
- *Poemas libertarios* / Indymedia, Méjico / Galería de Poemas Ilustrados <http://www0.mexico.indymedia.org/tikibrowse_image.php?galleryId=111&sort_mode=created_asc&image Id=4899&scalesize=0>
- *En la orilla* / “Cuántos cuentan cuentos” / Antología Literaria SADE Delta Bonarense 2006, Ediciones Ocruxaves, San Fernando, sin ISBN.
- *Tercera fundación* / Editorial Municipal de Rosario 2006, 321 pp. ISBN 987-9267-31-1. 1ª edición diciembre 2006.
- *Muerte y descomposición del perro* / Isla Negra 2/91 diciembre 2006.

2005

- *Aquí no pasa el tiempo* / “Microrrelatos Mineros I” (antología), Fundación Juan Muñiz Zapico, Comisiones Obreras de Asturias / MADU Ediciones / 1ª edic. abril 2005 / ISBN: 84-95998-52-1.
- *Estados de la materia* (cuento) / Revista Cultura de los Cuidados, 1er. Semestre 2005 - Año IX - Nº 17. ISSN: 1138-1728, Universidad Alicante, España.
- *Zahir* / http://www.pasosenlaazotea.com/cgi-bin/trabajos.cgi?001000767 +Titulo.
- *Zahir* / “Pasos en la Azotea” / Antología de poemas premiados en el certamen “Paseo en Verso” / 1ª edición, Querétaro, Méjico 2005.
- *Bajo la noche indiana* (cuento) / “Universidad Popular de Mazarrón, Premios Antonio Segado del Olmo 1995-2004” (antología). ISBN: 84-609-6184-2.
- *Urge tejer* / “El verbo descerrajado” Antología de apoyo a los presos políticos en Chile / ASOLAPO Asociación Latinoamericana de Poetas, 1ª edic. Chile 2005.
- *Miseria Blues* / El Talar Noticias, año VII, Nº 72, setiembre 2005.

- *Hoy puede ser un gran día* (Fotomural) / MACRO Museo de Arte Contemporáneo Rosario, nov-dic. 2005.
- *Sin mapas y sin brújula* (Fotomural) / MACRO Museo de Arte Contemporáneo Rosario, nov-dic. 2005.
- *Instalaciones* (Fotomural) / MACRO Museo de Arte Contemporáneo Rosario, nov-dic. 2005.
- *En la orilla* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, BA, noviembre 2005.
- *Marionetas / http://www.fundacionjuanmunizzapico.org/ConcursoManuelNevadoMadrid/2005 _2.htm #txt1*
- *.Marionetas* / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, prov. BA, noviembre 2005.
- *Nadie puede dar una respuesta* (reportaje) / El Talar Noticias, año VII, Nº 75, diciembre 2005.
- *Miseria Blues* / Al Watan Nº 656, Buenos Aires 29 de diciembre 2005.

2004

- *Este negro vacío de mi pecho* (cuento) / Madrid Sindical, Nº 83, setiembre.
- *El guiño* (cuento) / Macedonio Fernández CMLZ (antología sin ISBN).
- *Estados de la materia* / http://dialnet.unirioja.es/servlet/autor?codigo=1210 249.
- *Aquí no pasa el tiempo* / http://www.fundacionjuanmunizzapico.org/ConcursoManuelNevadoMadrid/2004_2.htm#txt6.

2003

- *Bajo la noche indiana* (cuento) / Plaqueta editada por la Biblioteca Popular López Camelo, Tigre, BA.
- *Tras una larga noche el sol* (poema) / Poets Against the War: http://www.poetsagainstthewar.org/displaypoem.asp?AuthorID=11542.
- *Tanta prudencia innecesaria* / Poets Against the War: http://www.poetsagainstthewar.org/displaypoem.asp?AuthorID=11542.
- *El inminente vuelo* / Poets Against the War: http://www.poetsagainstthewar.org/displaypoem.asp?AuthorID=11533.
- *Nada del otro mundo* / Poets Against the War: http://www.poetsagainstthewar.org/displaypoem.asp?AuthorID=11533.
- *Réquiem por unos bárbaros* / Poets Against the War.
- *Idus de marzo in fine* (poema) / El Talar Noticias, año V, Nº 52, diciembre 2003.

2002

- *Carta de un hermano ausente* / Junio 2002 / http://www.2000x.com.ar/Cultura2000x/Archivo004.html

2001

- *No todo lo que reluce es oro* (editorial) / News, Cotelcam, marzo 2001.
- *Argentinos, ¡a las cosas!* (editorial) / News, Cotelcam, abril 2001.
- *Como entonces* (editorial) / News, Cotelcam, mayo 2001.
- *La materia prima* (editorial) / News, Cotelcam, junio 2001.
- *In hoc signo vinces* (editorial) / News, Cotelcam, noviembre 2001.

1999

- *Juntemos las neuronas* / Tigre 2000x, año I, Nº 1, mayo 1999.
- *Elena Buchniev* / Tigre 2000x, año I, Nº 1, mayo 1999.
- *Gracias* / Tigre 2000x, año I, Nº 2, julio 1999.
- *Qué queremos* / Tigre 2000x, año I, Nº 3, agosto-setiembre 1999.

- *Topografía de las islas* / Tigre 2000x (BA), año I, Nº 3, agosto-setiembre 1999.
- *Urbano Raco Rivero* / Tigre 2000x (BA), año I, Nº 3, agosto-setiembre 1999.
- *Un año más /* Tigre 2000x (BA), año I, Nº 4, octubre-diciembre 1999.
- *El poeta del Caraguatá* (reportaje al poeta Eduardo Ángel Battagliero) / Tigre 2000x (BA), año I, Nº 4, octubre-diciembre 1999.
- *Da capo* / Tigre 2000x (BA), año I, Nº 4, octubre-diciembre 1999.

1996

- *Los orígenes del fuego* / El Contestador Telefónico Nº 65 / (BA) Enero-fe-brero 1996.
- *La guerra y la paz* / El Contestador Telefónico Nº 66 / (BA) Marzo-abril 1996.
- *Día de las Américas* / El Contestador Telefónico Nº 66 / (BA) Marzo-abril 1996.
- *Diez años sin Borges* / El Contestador Telefónico Nº 67 / (BA) Mayo-junio 1996.
- *9 de Julio* / El Contestador Telefónico Nº 68 / (BA) Julio-agosto 1996.
- *Una flor para Tatita* / El Contestador Telefónico Nº 68 / (BA) Julio-agosto 1996.
- *Raco, in memoriam* / El Contestador Telefónico Nº 68 / (BA) Julio-agosto 1996.

1995

- *Disparen contra el futuro* / El Contestador Telefónico Nº 63 / (BA) Setiembre-octubre 1995.
- *La paz no tiene precio* / El Contestador Telefónico Nº 64 / (BA) Noviembre-diciembre 1995.
- *Día de la Tradición* / El Contestador Telefónico Nº 64 / (BA) Noviembre-diciembre 1995.

1994

- *Topografía de las islas* / Ya Press - Año 1 - Nº 1 setiembre 1994.
- *Suerte que uno la tiene clara* / Ya Press - Año 1 - Nº 1 setiembre 1994.

1990

- *Tercera Fundación* (fragmento) / Revista Casa de las Américas, Nº 180, La Habana, Cuba.

1988

- *Che* [et alt.] / "Ejercicios con Brato" / Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia, Martínez, prov. BA, 2ª ed.

1987

- *Como los marineros* / Plaqueta editada por el Círculo de Prof. Argentino-Árabe de Santa Fe.
- *Forever and never* / Plaqueta editada por el Círculo de Prof. Argentino-Árabe de Santa Fe.
- *Un día como tantos* / Plaqueta editada por Banco Club (Publicación del Club de Empleados Banco Provincial de Santa Fe).
- *Hugo de las islas* / Plaqueta editada por ASDE Asociación Santafesina de Escritores.
- *Cada mañana despertaba /* Plaqueta editada por ASDE Asociación Santafesina de Escritores.

1985

- *Tras una larga noche el sol* / "La Poesía contra el Fascismo" / Letras, Revista de Teatro y Literatura, SARCU Sociedad Argentina de Relaciones Culturales con las URSS, Buenos Aires, año I, noviembre 1985.

1983

- *Julio Cortázar, 20 años después* / Los desvariantes, Nº 1.

1982

- *1982 amanece* (editorial) / “Todos con sentido común” / Del Viso, BA, año I, Nº 7, enero-febrero 1982.
- *Paseo guiado por la literatura* / “Todos con sentido común” / Del Viso, BA, año I, Nº 7, enero-febrero 1982.
- *Civilización o barbarie* (editorial) / “Todos con sentido común” / Del Viso, BA, año I, Nº 8, marzo 1982.
- *Paseo guiado por la literatura* / “Todos con sentido común” / Del Viso, BA, año I, Nº 8, marzo 1982.
- *Cuando el remedio es peor que la enfermedad* (editorial) / “Todos con sentido común” / Del Viso, BA, año I, Nº 9, abril 1982.
- *Macedonio visto por Macedonio* / “Todos con sentido común” / Del Viso, BA, año I, Nº 9, abril 1982.
- *Fundación* (poema) / “Desde San Rafael al País” (antología sin ISBN) / Prov. Mendoza, agosto 1982.
- *De concordias, conciertos y otras imprecisiones* (nota periodística) / Diario Nuevo País, (BA) agosto 1982.

1981

- *Rescate* (cuento) / Diario Tribuna Cultural, Almirante Brown, BA, Nº 106, noviembre 1981.
- *Noches de Montiel* (cuento) / Diario Tribuna Cultural, Almirante Brown, BA, Nº 106, noviembre1981.
- *Fe de errata* (editorial) / “Todos con sentido común” / Del Viso, BA, año I, Nº 6, diciembre1981.
- *Paseo guiado por la literatura* / “Todos con sentido común” / Del Viso, BA, año I, Nº 6, diciembre1981.

1980

- *Lo anular* / (cuento) / Diario Los Principios, Córdoba, domingo 13 de enero.

1979

- *Noches de Montiel* (cuento) / Diario El Litoral, Santa Fe, sábado 22 de setiembre.

1974

- *Che* / “Ejercicios con Brato” / Biblioteca Popular Bernardino Rivadavia, Martínez, prov. BA (antología) sin ISBN.

1961

- *Marcado* (cuento) / Revista Octógono / Universidad Nacional del Litoral, Santa Fe, marzo 1961.

1956

- *El viejo payaso* (cuento) / Revista Vida Escolar, Santa Fe.
- *La danza* (ensayo) / Revista Vida Escolar, Santa Fe.
- *La flor eterna* (cuento) / Revista Vida Escolar, Santa Fe.

Sumario

Apéndice



Obra de Gregorio Echeverría editada por Auditgraf Ediciones.
Impreso en talleres de La Imprenta Ya
Av. Mitre 1761, Florida, Vicente López, prov. de Buenos Aires
Enero 2014